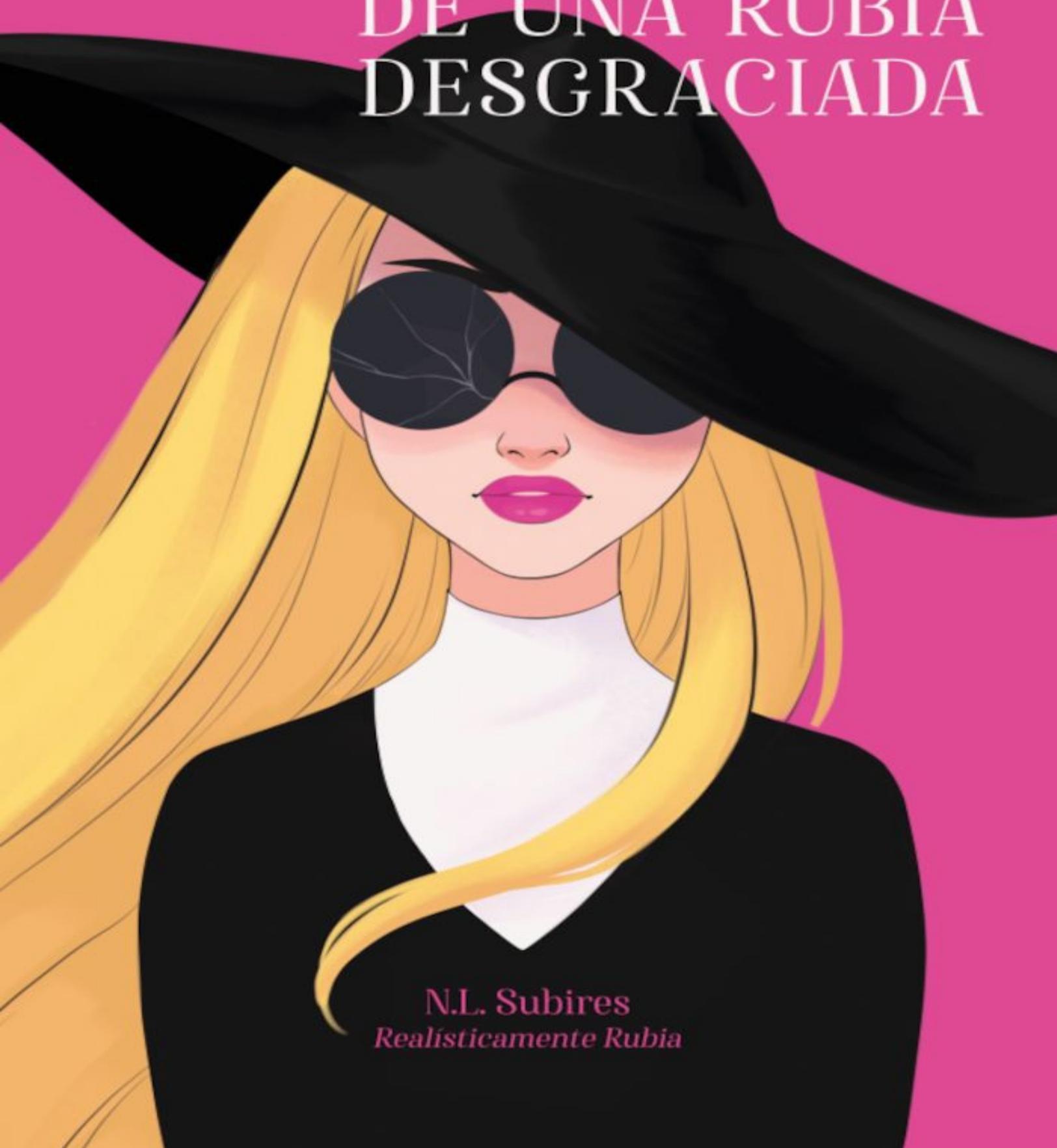


# LOS MELODRAMAS DE UNA RUBIA DESGRACIADA



N.L. Subires  
*Realísticamente Rubia*

## Capítulo 1

### La perfecta Charlotte Fausser

Mi nombre es Charlotte Katherine Fausser. Tengo 28 años, salud, trabajo, novio y el mejor amigo de la mujer: un hombre irremediablemente gay. Hasta aquí todo parece perfecto, ¿verdad? La vida perfecta, trabajo perfecto, pelo perfecto... Pues no. Soy una desgraciada, mi vida es un drama y, en consecuencia, soy una *Drama Queen*. Por si todo esto no fuera suficiente, el universo planeaba mi muerte de la forma más cruel e inoportuna posible, pero eso yo aún no lo sabía.

Pensaréis que soy una exagerada, pero no es así. Bueno... Quizás un poco, pero solo cuando tengo la regla... y cuando me tiene que venir. A veces incluso unas semanas después... Yo me lo tomo como un entrenamiento emocional para que mi mente no se desacostumbre.

El caso es que soy una desgraciada, si bien pueda parecer que tengo una vida de ensueño. La Barbie rubia, guapa y triunfadora acompañada de su mejor amigo guapo y triunfador, el Ken. Barbie y Ken, inseparables. Perfecto, ¿no? ¡Pues no! Porque mi Ken también es *una desgraciada*, así que el drama se multiplica.

Hasta el 2018 yo no era una desdichada... Al menos, no tanto. Sufría las desgracias justas de los dramas primermundistas, pero fue salir del 2018, mi fabuloso año 2018, y todo se torció. Maldito 2019, ¡destruyó mi vida por completo! Os pondré en contexto para que me entendáis.

El que fue el mejor año de mi vida terminó sin yo saberlo tras las doce campanadas. El año que resumía todos mis éxitos y cumplió todos mis propósitos: el trabajo *perrrrfecto* en la agencia de *marketing* y publicidad Perfect. Irónico, ¿verdad? Dinero, centro de Londres, viajes por todo el mundo desde Dubái a Miami, lujos, gastos pagados, un Paul y un Markus. ¡Lo tenía todo! Un ático en el centro de Londres (¡era lo más!) y cerca de lo más importante de Londres, el Soho. Y, por último, pero no menos importante, el mejor compañero de piso y de vida: mi gato Foffy. En mi familia siempre ha habido perros, pero los gatos son mejores, y yo tenía el mejor gato del mundo. Hasta se parecía a mí cuando se ponía borde. ¿No os parece adorable? Así era mi vida: perfecta, divina y fantástica.

Las probabilidades de sentir envidia ahora mismo son altas, y no te culpo, pero en cuanto sigas leyendo un poco más lo que sentirás será pena por mí.

Desgraciadamente el perfecto 2018 terminó, llegó el odioso 2019 y, bum, sin saberlo, adiós a mi año perfecto. ¡*Au revoir*, vida perfecta!

No pude saber que el 2019 sería horrible solo por el primer día porque empezar, empezó muy bien. Comenzó como un año cualquiera, de fiesta. Club de moda, fiesta de lujo, cócteles, bares, conocidos y desconocidos... Era como un fin de semana cualquiera, pero con más gente, más ambiente y más alcohol. Lástima que me cruzara con el indeseable de Max. Si ese engreído no hubiera aparecido, habría sido la noche perfecta. Una noche fantástica, divertida e inolvidable si no fuera por el alcohol.

Empezó muy bien, pero había un problema; era 2019 y, por lo visto, el universo decidió que una pobrecita persona normal y corriente como yo no podía permitirse el lujo de ser feliz dos años seguidos. Eso explicaría el encontronazo con Max y el castañazo de después. Era un compañero de trabajo que me atormentaba la existencia con su mera y embriagadora presencia. Con unos ojos verdes que resaltaban en su tez oscura, el rapado impecable y una sonrisa de anuncio. En resumidas cuentas: un Doctor Jackson Avery de *Anatomía de Grey*, pero en capullo. Ese tío lo tenía todo y, en concreto, tenía el don de la oportunidad, apareciendo justo a tiempo para ver con esos ojazos cómo me caía por las escaleras al salir del club, tras lo cual recuerdo a mi mejor amigo Paul meándose de la

risa cogido a la barandilla para no caerse, un montón de tipos ayudándome a levantarme y la risilla soberbia de Max al otro lado. También recuerdo el moretón de mi rodilla. Una entrada al nuevo año bastante normal en mí.

Sin embargo, ese no fue el día en que mi vida empezó a desmoronarse. Recuerdo el momento exacto en el que mi vida, tal y como la conocía, murió: fue el 17 de enero de 2019 a las 11:58 horas. Entonces me convertí oficialmente en la chica rubia más desgraciada de Londres.

## Capítulo 2

### El peor día de mi vida

Aún tengo ese día grabado a fuego en mi mente, 17 de enero de 2019 a las 11:58 horas. Eran las rebajas. A las 8 de la mañana estaba disfrutando de mi desayuno repleto de energía y nutrientes: tortitas de avena con chocolate 0 % en compañía de mi queridísimo Paul. Sí, mi Ken, mi mejor amigo gay que hacía apenas unos días se estaba riendo de mí por caerme. No lo culpéis; yo también lo hago continuamente. Además, por cada una de mis caídas, él sufría tres. Se caía de las tarimas, en los baños y también por las escaleras, pero siempre se levantaba rápido para huir del lugar antes de darle la oportunidad a los demás de reírse o ayudarlo. Muy digno. Desde luego Paul no pasaba desapercibido. Era tres centímetros más alto que yo, es decir, medía un metro ochenta y tres centímetros para ser exactos. Ojos azules, tupé negro y pómulos y culo perfectos. Todo un Can Yaman. Amigo, confidente y estilista. Planeamos minuciosamente cada detalle del plan de rebajas para aquel día: dónde parar a comer, qué comprar, dónde quemar nuestras tarjetas de crédito... Lo típico.

Y así avanzaba la mañana de compras en Irregular Choice, Nico Didonna y obviamente, la que no podía faltar, Victoria's Secret, tienda que se convirtió en mi condena sin yo saberlo.

Mi misión en aquel lugar era muy clara. Me iba de fin de semana con Markus, así que necesitaba algo nuevo. Algo que no hubiera visto y que lo dejara sin palabras pero que a la vez le vinieran tantas a la cabeza que no supiera qué decir. Y Paul era un experto en encontrar ese tipo de cosas, así que mientras él estaba enfrascado en aquella ardua tarea yo recibía un mensaje:

De Alice: Hoy es el cumple de mamá. ¡Lámala!

Estaba tan feliz y tan despreocupada que no me había parado a pensar en ello. Yo quiero a mi madre, mucho, pero más y mejor en la distancia; no sé si me entendéis. De todos modos, no aprueban mucho mi estilo de vida exitoso y contemporáneo, así que era mejor limitar las conversaciones para no acabar discutiendo.

Alice sabía que se me pasaría y, si no lo hacía de inmediato, yo sabía que también, aunque me olvidara a propósito, así que la llamé. Y ese fue mi error, llamarla en mitad de la tienda a la vista de todos, para que todos supieran cuáles eran mis movimientos exactos al sacar y guardar el móvil. Esa puta llamada fue mi condena porque, cuando llegué a caja para pagar, me di cuenta de que mi móvil NO estaba allí. Ni rastro de él: ni en el bolso, ni en los bolsillos, ni en las estanterías de Victoria's Secret donde había estado hurgando.

¡Alguna maldita zorra de manos largas me lo había robado! Ni quince minutos tardó aquella mala pécora en arrebatarme mi vida. Quince minutos de despiste y un segundo para convertirme en la desgraciada más absoluta del mundo.

Procuré no sacar conclusiones precipitadas.

—Paul, llámame —le exigí y Paul rápidamente pulsó el botón de llamada.

—El teléfono al que llama está apagado o fuera de cobertura —se escuchó.

—¡AAAAAH! —Aquel grito debieron de escucharlo incluso en Hong Kong—. ¡Mentira! Mi móvil jamás está apagado. No puedo apagarlo. Imposible. Ese teléfono tiene que estar activo 24 horas al día los 7 días de la semana. No puede apagarse —Estaba histérica, maldiciendo todo lo posible para mis adentros y actuando como una loca en medio de una tienda delante de mi mejor amigo. Había perdido los estribos—. Además, no me sé el pin, no puedo apagarlo —dije más sosegada tras sacar mi furia e histeria exponiendo el único y verdadero motivo por el que nunca podía apagar el móvil.

Ese fue el día de mi muerte. El inicio de la decadencia. Ese móvil era mi vida entera, mi trabajo, mi ocio, mi adicción. Mi vida, agenda y contactos estaban en ese teléfono. Además de Instagram, y todo ese tipo de aplicaciones superficiales que son de vital importancia para mí.

—¿Puedo llamar a mi hermana? —pregunté a Paul. Ya sabía que no tenía ni que preguntárselo, así que no tardó en alargar el brazo con el número de Alice. Tenía que bloquear y formatear ese teléfono *ipso facto*. Le indiqué a Alice todos los pasos que debía seguir para bloquearlo y borrar todos los datos antes de que destruyeran aún más mi vida. No podía arriesgarme a que también me la robaran si con arruinarla y destrozarla no tenían suficiente.

¡Qué drama de día! Al final irme de rebajas me salió carísimo, no solo por lo del teléfono, sino porque casi todo lo que me compré era de nueva temporada.

Ya era oficial que el día era una mierda y no iba a mejorar, pero ¿en serio hacía falta que empeorara? Al final tuvimos que detener nuestro plan de rebajas después de entrar a solo tres tiendas y acabar en la policía. Necesitaba encontrar la caja del móvil, necesitaba los datos que contenía para poder denunciar.

¿Alguna vez os habéis mudado? Por si alguien dice que no, os diré que es una putada. Cuando te mudas, descubres que tienes más cosas de las que necesitas y más de las que te caben. Sin embargo, te lo llevas todo y amontonas aún más mierda. El hecho de tener que buscar algo como una caja diminuta de un aparato electrónico de hace unos cuatro años se convirtió en algo bastante jodido. Y allí estábamos, rebuscando todo lo habido y por haber en busca de la condenada caja.

—Yo no he pedido un día libre para esto —murmuré.

Entonces recordé que también tendría que alertar al operador de la compañía para hacer oficial la conversión de mi móvil en un pisapapeles electrónico. Un pisapapeles electrónico con mucho estilo y muy caro. Además de congelar el contrato por si se les ocurría robarme algún minuto de llamada o los datos, aunque eso último era más improbable. De media, el día 3 de cada mes, ya no me quedaban datos. Esa era una de mis desgracias primermundistas a las que me refería al principio de todo. Una desgracia continua con la que podía vivir, como todo el mundo, pero una cosa es sobrevivir mendigando wifi y otra muy distinta era sobrevivir sin móvil.

Paul era una de mis mayores suertes. No solo encontró la caja en el rincón más recóndito de un armario, sino que también me acompañó a la policía para que la espera se me hiciera lo menos insufrible posible.

Ese día perdí mi dinero, mi móvil, mi tiempo y mi vida. ¿Os hacéis una idea de la cantidad de aplicaciones y cuentas inútiles que tenemos abiertas por culpa de internet? Si la respuesta es no, ya os daréis cuenta cuando tengáis que empezar a cambiar las contraseñas de todo.

No solo perdí horas en llamadas a la compañía para el bloqueo y la cancelación y horas en una comisaría para poner una denuncia. Perdí otro montón de horas cerrando todas las aplicaciones en todos los dispositivos y cambiando contraseñas. ¿Quién necesita tantas aplicaciones? Fue un día de mierda total y absoluta. No podía evitar pensar que, si no hubiera llamado a mi madre, aún tendría pleno control de mi vida, un móvil y probablemente mucho menos dinero, pero mucha más felicidad material.

Sin embargo, el universo, no contento con arrebatármelo todo, pensó que sería divertido un poco más de drama enviando una subida de tensión al edificio justo en el momento en el que iba a revisar mi correo en busca de las nuevas del trabajo. Mis ojos vieron cómo todas las luces de la casa se apagaban, cómo salían chispitas de mi ordenador y cómo todo se volvió negro.

—¡No, no, no, no, no, no! —rogué mientras pulsaba todas las teclas del ordenador esperando que alguna funcionara. Pero nada. *Caput*. Ni luces, ni ruidos, ni nada. Un apagón. Sería por el diluvio y el viento de fuera. No era la primera vez que pasaba, pero en ese justo momento era una putada. Encendí velas, me acurruqué en el sofá y las mantas y me dormí esperando a que volviera la luz.

En efecto, la luz volvió, pero la del sol. Solo eran las 6:36 de la mañana, pero, si quería recuperar mi vida, tenía que ponerme manos a la obra. Fui al ordenador: no reaccionaba. Todos los demás aparatos, interruptores y cachivaches electrónicos funcionaban, pero el ordenador no. Aquel apagón debió generar una subida de tensión que cortocircuitó mi ordenador. La luz se iba muchas veces, pero nunca me quemaba ningún aparato electrónico. ¿Por qué tenía que empezar ahora? Y lo que era peor: ¿por qué tenía que empezar con el ordenador? ¿No podía empezar con el microondas? ¿O la tele? ¿O incluso el horno? ¡No sé! ¡Cualquier cosa que no utilice! Ahora mi ordenador solo era una caja metálica llena de chips que se había convertido en un pisapapeles aún más grande y caro que el móvil.

Allí estaba yo, insistiendo con el botón de encendido sin éxito, rezándole hasta al diablo para que me salvara. Todo intento era inútil; el ordenador estaba muerto, como mi vida.

—Gracias, universo —La frustración en aquellas palabras era palpable. Bajé la cabeza para golpearla contra el escritorio. Había perdido oficialmente la cabeza—. Soy la rubia más desgraciada del Reino Unido.

### Capítulo 3

#### La peor semana de mi vida

Mi desgracia debería haber terminado para el viernes 18 de enero, o eso esperaba yo, que no quería seguir sufriendo. Pero desgraciadamente no fue así. Parecía que no había tregua, pero no podía rendirme, así que entrar pronto al trabajo para poder conectarme era mi única solución. Lo que no tenía solución eran mis ojeras de no dormir y la hinchazón por la llorera. Ni el mejor corrector sería capaz de cubrir eso. Tenía que ir a trabajar y dar buena imagen, pero, sinceramente, solo quería llorar y comer helado en pijama y en la cama. No estaba segura de ser capaz de afrontar otro día de mierda, y menos sin móvil.

Vestía básicos: camisa, americana negra y pantalón chino. Varios kilos de corrector, máscara de pestañas, pintalabios color *nude*, un moño despeinado, unas gafas de sol grandes para ocultar la hinchazón que el corrector no podía tapar, unos zapatos Oxford y a la calle.

No estaba yo ese día para pensar en dar la mejor imagen de mí, pero tampoco la peor, y mucho menos iba a darle motivos a Max para que se sintiera superior a mí («puto narcisista»). No podía evitar pensar en algo así cada vez que lo veía o lo nombraba, aunque fuese solo en mi mente. Era un creído de cuidado: estaba bueno, era bueno y lo sabía. Y todo eso en él era una mala combinación.

Normalmente, desayunaba en casa, pero necesitaba conectarme con urgencia a la red y ver qué era de mi trabajo, no sin antes parar a por un más que necesario «café-carga-pilas». Subí al coche y me dirigí camino a la oficina. Normalmente a esas horas de la mañana suena música dinámica y alegres para que empieces el día con buen humor y energía, pero esa mañana todas las emisoras se pusieron de acuerdo en deprimirme con música lenta, triste y de llorera de esa que te dan ganas de cortarte las venas.

—Muy oportuno —murmuré a modo de conclusión. Era la guinda del pastel.

No, de hecho, aún podía mejorarlo o empeorarlo, según se mire, porque para variar en Londres llovía. Y allí estaba yo con mis pintas y mis gafas de sol en medio del diluvio británico. Esa mujer patética en su Hummer, escuchando música deprimente un día lluvioso con gafas de sol. Esa era yo. Mis ganas de saltar de la torre de Londres iban en aumento por momentos, pero podía optar por sufrir un trayecto deprimente o uno estresante en el que lo único que ocupara mi mente fuese el tráfico. Así que opté por la segunda opción; con suerte llegaría viva al trabajo.

Después de 45 largos minutos en el coche, llegué a la oficina. Parecía una planta fantasmal. Ni un alma por los pasillos. Ni siquiera la persona que siempre está en la fotocopiadora, pero siempre, siempre. Es como si su único trabajo fuera estar en la fotocopiadora para hacer esperar a la gente que de verdad la necesita.

Solo había dos opciones: era la primera en llegar porque todos estaban atrapados en el tráfico o nos habían dado un día festivo a todos y era la única pringada que, siendo víctima de la incomunicación tecnológica, se presentaba en el trabajo. En realidad, no quería pensar en una tercera opción y, por eso, no tardé ni tres segundos en llegar a mi despacho para averiguarlo.

¡Efectivamente! El universo seguía en mi contra. Ese ordenador parecía no haberse tomado el café de buenos días y necesitaba su tiempo. «Discúlpeme, señora tecnología, por hacerla trabajar antes de su horario habitual», pensé sarcásticamente. Quizás también estaba deprimido empatizando con mi desgracia, pero eso no ayudaba. Cuando el ordenador por fin decidió activarse y ponerse manos a la obra, mis accesos no funcionaban.

—¿Por qué no me sorprende? —Todas mis esperanzas ya estaban por los suelos y aún no había

nadie para solucionar los problemas técnicos. Estaba condenada. Necesitaba urgentemente que alguien salvara mi vida.

—¡Charlotte! —Mi jefe Robert apareció de golpe frente a mi puerta como si de un fantasma se tratara—. ¿Qué coño haces ahí parada? Estamos a punto de empezar.

«¿De empezar qué?», pensé.

—¡Espera, espera, espera! —le grité mientras lo seguía rápidamente—. ¿Empezar qué?

—Te estuve llamando ayer. ¿Por qué cojones tenías el móvil apagado? —Él seguía a su rollo ignorando completamente mi pregunta, mientras yo lo seguía a ritmo apresurado por toda la planta sin saber aún qué diablos estaba pasando—. Tuve que llamar a Max para asegurarme de que...

—¿A Max? —interrumpí. Robert siempre hablaba y preguntaba sin dar tiempo a responder, pero ¿llamar a Max? Ni de broma iba a dejar que pusieran a ese mamarracho por encima de mí como solución—. Me robaron el móvil, pero aquí estoy. ¿Qué pasa? —Lo paré agarrándolo del brazo para que me respondiera de una vez.

—Los de HYLD están aquí para la presentación. —No es que me pusiera blanca en ese momento; ¡me volví transparente! ¡Era traslúcida! Llevaba meses detrás de HYLD y cuando por fin recibo *feedback* positivo por su parte resulta que estoy ausente. «Perfecto, Charlotte, acabas de condecorarte profesionalmente», me dije mentalmente.

—No puede ser; es a las 10. Lo tengo apuntado. Me acuerdo.

—Lo cambiaron, por eso te llamé. —Retomamos el camino por la oficina hasta la sala de conferencias.

—Me robaron el móvil —repetí—. Y esta mañana no he podido acceder. Haz que lo arreglen. Yo me encargo de HYLD —concluí antes de que cruzáramos la puerta al infierno.

—Os encargáis —Me detuvo antes de cruzar—. Los dos os encargáis —remarcó—. Ayer tuve a Max metido en esto toda la tarde, ahora no me jodas.

—Él no ha estado en todo el proyecto —le reocriminé, pero hizo caso omiso.

—Haber respondido al teléfono —concluyó Robert con su gesto de mierda de «es lo que hay». Y así, entró a la sala de conferencias, seguido de mí y la sonrisa más falsa que mi cara pudo proporcionar esa mañana.

Entré en la reunión con toda la dignidad que pude reunir y fingiendo la máxima seguridad posible. Aunque la presencia de Max no era de gran ayuda para fingir. «Qué asco de tío». Allí estaban de nuevo esos pensamientos automáticos e incontrolables cada vez que aparecía el susodicho. Algún día se me escaparían en voz alta. Me lanzó una mirada de soberbia con esa sonrisa torcida y despreciable y sentí cómo se me clavaban diez puñales en el estómago.

Aunque todo lo que quería en ese momento era gritar «por favor, enterradme», ignoré por completo esas ideas y me dirigí sin vergüenza a los directivos de HYLD, haciendo quedar a Max como un simple asistente. Y no sabéis qué satisfacción me dio. Para cuando habíamos terminado, había conseguido el contrato de publicidad más caro de la historia de la compañía. Y sin la ayuda de Max.

Salí victoriosa de la sala de conferencias, segura de que aún tenía el control de mi trabajo, pero parecía que mi jefe tenía otros planes. No pude ni sentarme en mi silla cuando Robert ya me citaba en su despacho, lo que tenía una connotación no muy positiva. Así que mientras me dirigía a su despacho rezaba al techo de la oficina repitiendo sin cesar:

—Por favor, universo, dame una tregua.

Quienes estuvieran alrededor debían de pensar que ya había perdido la cabeza mientras yo seguía mi camino y mi análisis interno para descifrar si sonaba más a un «da has cagado» o a algo más

optimista como un «me cago en tus muertos». Paré frente a su puerta. Respiré hondo. Volví a hacerlo. Y una tercera vez. Hasta que decidí que sería mejor no retrasar lo inevitable. «¿Qué puede ser tan malo? Acabo de conseguir el contrato del año», decidí consolarme antes de cruzar esa puerta.

Al abrir la puerta allí estaban: Robert y el capullo de Max. «Esto va a ser peor de lo que pensaba», asumí inmediatamente. Antes de que pudiera llegar al centro del despacho, Robert empezó su discursito.

—Gran trabajo hoy, chicos —Robert se levantó y empezó a servir tres copas de wiski. No pude evitar reaccionar con una mueca al estridente sonido del «chicos». ¿«Chicos»? ¿Cómo que «chicos»? No. Eso tenía que ser: «Buen trabajo, Charlotte. Aprende algo, Max». Lo segundo solo era un añadido para saciar mi ego, pero con lo primero me conformaba. Max no había hecho nada. Yo lo hice todo, de principio a fin—. Los habéis dejado impresionados. Bueno, a mi también —continuó mientras terminaba de servir el wiski y nos alargaba una copa a cada uno. Y de nuevo traduje mentalmente sus palabras a un «dos has impresionado. Aunque no me sorprende; eres una superestrella. Ojalá Max fuese tan bueno como tú»—. Hacéis un gran equipo —¿*Equi*-qué? Este viejo ha esnifado pegamento ¿o qué? Otro espasmito cerebral—, y quiero que continuéis con la campaña juntos. —Para continuar algo juntos, primero tendría que haberse empezado. Robert concluyó dibujando esa sonrisa sin dientes en su cara y alzando la copa de wiski a modo de brindis de cierre de negociación. Y allí ya no pude contenerme y tuve que abrir mi boca.

—Robert, llevo en este proyecto meses y él apenas 24 horas. No creo que estés escogiendo las palabras adecuadas. Y segundo, prefiero continuar sola, con MI equipo, como hasta ahora, donde ya puedes comprobar que los resultados son más que positivos. Aproximadamente, 20 millones más positivos. —Robert soltó una pequeña carcajada amistosa.

—Sí, Charlotte, te entiendo, pero... ¿imaginas lo que podríais lograr juntos? —siguió con la charla—: Si mis mejores hombres por separado sois la hostia —Odiaba cuando se hacía el enrollado con palabras «de coleguitas»—, ¡Imaginad juntos! Juntos podéis lograr verdaderos milagros para la empresa —y entonces añadió la guinda. La gracia del día. Gracia que por supuesto tenías que reírle —: Sois la pareja *perrfecta*.

Lo que faltaba. No solo todos mis meses de trabajo para conseguir HYLD arrebatados en un segundo, sino que además tendría que aguantar a Max como supercompi durante un tiempo indefinido. No creo que mereciera ningún castigo y, mucho menos, uno tan cruel como ese.

Toda la parte difícil ya estaba hecha; ahora Max solo tenía que recoger mis frutos y gozar de ellos. «Maldito mamarracho oportunista». Allí estaba mi espasmo cerebral con sus más que útiles aportaciones.

—Ponle al día, ¿vale? —añadió dando por terminado el discurso—. Nadie mejor que tú para los detalles. —Me guiñó un ojo, alzó la copa a modo de brindis y así concluía oficialmente la negociación, por llamarlo de algún modo. No solo tenía que aguantarlo, también tenía que pasarle de gratis todo mi trabajo. Vería cómo se regocijaría de semejante éxito delante de mis narices y me restregaría su puta suerte. «Capullo enchufado». Tenía que empezar a controlarme o lo acabaría diciendo en voz alta en el momento menos oportuno, porque yo también tenía el don de la oportunidad, pero de la mala.

¿Se puede saber por qué de golpe todo en mi vida se volvía una mierda total? Mis desgracias no cesaban. Al universo no le costó nada convertirme en una patética fracasada en un momento mientras yo había tardado veintiocho años en intentar hacer algo de éxito en mi vida. ¡Veintiocho años en llegar al punto triunfante en el que estaba hace tan solo dos días! Era horrible: en solo 48 horas me había convertido en una Bridget Jones aún más patética y fracasada que la original, pero en guapa.

El momento fue interrumpido por una llamada entrante en su despacho.

—Prepararé las cosas —concluí con una sonrisa falsa para ambos y un trago amargo. Dejé el vaso con fuerza sobre la mesa, salpicando de wiski el impecable pantalón Hugo Boss del pobrecito de Max—. ¡Ups! Perdón, qué torpe. —Y con la mentira más grande de mi vida, me marché de aquel despacho con un poco más de dignidad. Solo un poco.

Lo metí todo en una caja y, como buena rencorosa que soy, lo puse todo desordenado. «Que se busque la vida organizándolo todo, por capullo». La coletilla no podía faltar. No le iba a dar toda la faena bien hecha, ¡faltaría más!

Cuando llegué a su despacho con la caja, lo vi limpiándose el pantalón con un pañuelo y, mientras dejaba la caja sobre su escritorio desordenado, realicé una de mis mejores actuaciones.

—¡Oh! Cuantísimo lo siento por lo del pantalón.

—Ya, seguro —Se detuvo para mirarme mientras yo sonreía sarcásticamente—. Oye, yo no he pedido esto. —Fingió excusarse.

—Ya, seguro —afirmé con un tono burlón haciendo referencia a su «ya, seguro» anterior. Aproveché para echar un vistazo alrededor. Ese maldito engreído se las quería dar de sibarita, con sus títulos colgados y fotos con «gente importante» si la palabra *importante* abarca a los futbolistas. Como si eso fuera una hazaña.

—Veo que no eres muy organizada —dijo mirando por encima el desastre de la caja.

—Soy un desastre. Eso se te da muchísimo mejor a ti —Me hice la víctima sabiendo que lo había tirado todo a conciencia—. Seguro que no te importa. Ya, si eso, te lo organizas a tu modo y, si tienes dudas, me llamas.

—¡Vamos, nena! ¡Voy a estar toda la noche solo para entender la mierda que has hecho! —¿«Nena»?! ¿Será cabrón el tío llamándome como a una de sus Putisbaratis? Horrores me costó aguantarme las ganas de tirarle otra copa de wiski encima.

—Mejor no hablemos de la cantidad de noches que he pasado en ese proyecto—le reocriminé—. Además, los dos sabemos que se lo vas a pasar a tu *minion* —Lo había pillado. Su expresión cambió de actor de telenovela mala ofendido a su usual mueca de soberbia. Le dediqué una última sonrisa sarcástica y me fui de allí mientras, de espaldas, movía la mano con desinterés—. ¡Ciao!

¿Cómo podía una persona ser tan sumamente insufrible? Odié con todo mi corazón el momento en que dejé la caja sobre su mesa. Desde luego, mi día terminaba tristemente, con aún menos suerte de la que ya tenía y sin pronósticos de mejora.

Era oficial: había tocado fondo. Acababa un viernes noche sola en casa con mi gato, un pijama de *Alicia en el país de las maravillas*, una tarrina de chocolate y un dramón en la televisión. Me faltaba un cartel con luces de neón sobre la cabeza que dijera «¡PATÉTICA!». ¿Podía ser más cutre? Ya había subido de nivel: ahora era la chica rubia más desgraciada del continente.

## Capítulo 4

### ¿Móvil nuevo, vida nueva?

Una noche, una tarrina de chocolate, tres dramas y una pesadilla más tarde llegaba el sábado. Me aseguré de levantarme con el pie derecho, literalmente. No quería más sustos y necesitaba terminar con mi racha de mala suerte, aunque siempre se dice que no hay dos sin tres. Aunque técnicamente ya había cumplido las tres. El móvil, el ordenador y Max. Así que más me valía ir hacia delante con todo el optimismo que me quedaba.

Tocaba recuperar mi vida y empezaría retomando mi rutina establecida: ducha, maquillaje, ropa bonita y a desayunar. Sin embargo, la mañana no empezó bien. Nada bien.

El calentador no funcionaba, así que tuvo que ser una ducha fría, en pleno enero. La plancha del pelo se cayó y se partió. Y las lentillas se fueron por el desagüe junto con la pasta de dientes. Bien, si hacemos correctamente los cálculos de la ecuación, nos queda un patético cubito de hielo con pelos de loca y cuatro ojos. Eso no era empezar bien el día.

Respiré hondo. Y una segunda vez. Y otra más.

—Bueno... será que no hay tres sin cuatro, cinco y seis. —Intenté calmarme. Sin berrinches. Sin histeria.

Mi cerebro quería suicidarse y mi corazón, llorar. Yo solo quería volver a la cama e hibernar hasta que todo terminara, pero un timbrazo interrumpió abruptamente mis intenciones de morir. Fueron necesarios dos timbrazos más para que mi cerebro reaccionara de verdad.

Al abrir me encontré con la cara de la alegría personificada: mi hermana Alice. No es ironía; es sorprendente la capacidad que tiene Alice para estar de buen humor y con una sonrisa en la cara las 24 horas del día. Todo lo contrario a mí, sobre todo un sábado a las nueve de la mañana, cuando todo lo que quería hacer era dormir hasta el día de mi muerte y no volver a salir jamás de mi cama. Además, otra de las habilidades de mi hermana es la de liarme para hacer cosas que no quiero o, más bien, que pienso que no quiero hacer. Al final salimos a desayunar.

Para no desacostumbrarme a mi desgracia humana, era obvio que no iba a encontrar el top que buscaba, así que me rendí y me vestí con una camiseta cualquiera. Una camiseta que en cualquier otro momento me hubiera encantado, por algo me la compré, pero en esta ocasión la odiaba. Me hacía parecer un adefesio, un desastre y un desecho humano, solo porque no era la puñetera camiseta que quería ponerme en ese maldito momento. ¡Quería mi top negro simple y básico! ¡Y no estaba! ¿Por qué no estaba? Los halagos de mi hermana para apaciguar mis gritos de exasperación y llantos de zorra superficial me convencieron para salir a la calle asemejándome a cualquier persona ordinaria. Algo completamente en contra de mi religión.

Allí estábamos mi hermana y yo, desayunando, cotilleando y haciendo confesión de todas nuestras experiencias semanales como buenos seres humanos que somos. Y antes de que os forméis ideas equivocadas, aclararé que todo era cotilleo sano acerca de nuestro círculo de conocidos. Lo que pase con Angelina Jolie y Brad Pitt nos importa más bien poco. De hecho, más que cotilleo es una puesta en común de información social.

Es increíble la cantidad de cosas que pueden pasar en una semana; de hecho, en poco menos de una hora descubrí que nuestra sobrina Nadine suspendía educación física, que nuestros tíos se iban de fin de semana a París, que a nuestro hermano Oliver le subían el sueldo, que su mujer había empezado a escribir un libro y que un amigo se había prometido. Y sí, sé lo que estaréis pensando:

¿quién cojones suspende educación física? Pero no, eso no es lo que me pregunto yo. Yo me pregunto: ¿por qué de todas las personas nombradas anteriormente yo soy la única desgraciada? Y no, suspender educación física no es de desgraciada; es vagancia. ¡Por dios! Si incluso yo aprobaba educación física sin darle al balón ni una vez.

Con esa conversación y después de exponer mis desgracias y analizarlas detenidamente con otra persona más objetiva que yo, llegamos a una conclusión. Había que restablecer el orden y recuperar el equilibrio y la armonía de mi vida. Necesitaba un móvil nuevo. Esa teoría contenía todo tipo de lógica y razonamiento. Ahí residía toda mi esperanza. Puse toda mi fe ciega en aquella hipótesis y, aprovechando las dotes de chófer de mi hermana, decidimos ir a comprar mi nueva vida.

Fuimos a unos grandes almacenes, ese maravilloso lugar donde venden de todo. También siguiendo el consejo de Alice de que allí todo sale más barato, y con el plus de no lidiar con moscas cojoneras que pretenden que contrates alguna de sus mejores estafas. En eso último tenía razón, y eso que normalmente soy yo quien la tiene. Técnicamente, si yo estaba de acuerdo, es porque estaba en lo cierto.

Las opciones en el apartado de telefonía eran abrumadoramente amplias, pero como yo soy una muchacha de costumbres y tradiciones a la que no le gustan los cambios fui directa a mi antiguo móvil, pero en su versión más actualizada. Además, con las 150 libras que mi hermana aún me debía me lo podía permitir y, de paso, cobraba su deuda pendiente desde noviembre de 2016. Sí, llevo la cuenta de todo. Una vez pagué y contraté el seguro, casi más caro que el teléfono en sí, salí de la tienda más pobre pero más feliz, dispuesta a recuperar mi vida.

Alice terminó su labor de chófer cuando me dejó a mí y a mi nuevo bebé en casa, pero como soy una buenísima persona que no se merece nada de lo que le está pasando la invité a comer.

—¿Te quedas?

—¿Ahora cocinas? —preguntó Alice sumamente extrañada.

—¿Qué quieres? ¿Que queme la casa?

—O sea que me invitas a comer a tu casa, pero cocino yo. —Analizó Alice exitosamente.

—Puedo hacer mi especialidad —sugerí mostrando el paquete preparado de espaguetis y salsa boloñesa que había en el armario. ¿Cómo podría describir la cara de Alice en ese momento? Era una mezcla de sentimientos y sucesos entrelazados de la forma más extraña posible. Era como ver a alguien vomitar a las tres de la mañana el alcohol de la fiesta, pero a la vez sentir pena porque aún le quedaba toda la noche para disfrutar. O como cuando te preguntan: «¿Me hace gorda?», y tú tienes que decirle que ese vestido le hace de todo menos bien.

—No vuelvas a sacar esa mierda delante de mí —Fue una reacción mucho más controlada de la esperada. Alice se acercó a los fogones mirando por los cajones en busca de algo—. Dime qué tiene esto de diferente a que vayamos a un restaurante.

—Estamos tú y yo solas, y tú no te estás moviendo infinitamente estresada haciendo de todo menos comer conmigo —concluí con una sonrisa, sentada sobre la encimera mientras seguía con la mirada a una Alice estresada mirando por todos los armarios y cajones de la cocina—. ¿Se puede saber qué buscas?

—¿Se puede saber dónde guardas el delantal? —preguntó tras rendirse en la búsqueda. Pero no hizo falta que respondiera con palabras; mi cara lo decía todo. Era algo así como «¿me ves con cara de tener eso?». Vale —Se rindió. Entonces abrió la nevera. Dos aguacates, un paquete abierto de jamón y tres tomates. Esos «ingredientes» fueron suficientes para llegar a la conclusión—: Nos vamos a un restaurante. —Había aguantado más de lo que esperaba.

Volvíamos al coche. Durante el trayecto, Alice seguía sin creerse lo triste que era mi cocina y mi

nevera. Ojalá pensara lo mismo de mi vida.

—¿De qué te alimentas? —preguntó completamente incrédula.

—A ver, ¿quién quiere cocinar habiendo gente dispuesta a cocinar por ti? —Alice era una de esas personas a las que les gustaba cocinar y cocinar para los demás. Si no, no tendría su propio restaurante—. Si quiero comida casera tengo tus táperes. Los de mamá me quedan un poco lejos — Alice esbozó una sonrisa. Sonreía porque era cierto por muy increíble que le pareciera—. Qué le voy a hacer; nunca me ha gustado cocinar. ¿Por qué voy a aprender a hacer algo que no me gusta cuando hay gente que disfruta con ello y es su vocación? No voy a ser yo quien os arrebaté la posibilidad de cumplir vuestro sueño.

—Es increíble cómo eres capaz de darle la vuelta a todo. —Rio.

La comida transcurrió en calma y sin incidentes, seguramente por el hecho de haber recuperado el móvil. Louis se unió a nosotras y me usaron de conejillo de Indias para sus platos y postres para el menú de esa noche. ¿Comida rica gratis? ¡No me digas más! El cosmos parecía volver a su equilibrio natural.

—Oye, Charlotte, te dejo ya, que tengo que empezar con las cenas.

—Ya lo sabía. He quedado con Paul a dos calles de aquí. Estaré bien: ya tengo móvil, ¿recuerdas?

Pasé lo que quedaba de tarde con Paul. Acabamos en mi apartamento viendo por milésima vez el *reality* de Paris Hilton: *Paris Hilton's My New BFF*, porque era nuestro clásico que jamás pasaba de moda. Era como repetir la temporada de Italia de *Jersey Shore*. Simplemente necesario.

Para mi sorpresa, no nos perdimos en el metro al volver, no explotó el microondas al hacer las palomitas, tampoco la televisión, ni hubo ningún tipo de incidente extraño. ¿Habría Alice solapado con su *buenergía* mi maldición? ¿O el móvil nuevo simplemente restableció el orden de las cosas? ¡Estaba viviendo un sueño! Todo era tan idílico que llegué a olvidar un par de detalles: uno, soy una desgraciada; dos, el universo me odia. Pero no tardaría en recordarlo de nuevo.

De hecho, bastó que Paul saliera de mi apartamento para que lo recordara. La visita del mes. Allí estaba. En el momento oportuno. Precisa para estropear el precioso día, pero nunca llegando cuando debe. Lo único que aún podía hacerme sufrir más e incrementar mi sensibilidad. La desestabilizadora oficial de mi sistema emocional. Seguro que era justo lo que necesitaba.

—¡Aaarggh! —Era todo lo que podía decir, pero había que seguir adelante—. En fin... que todo lo malo sea esto. —Suspiré.

Fui a prepararme mi cena por excelencia. Lo único que sabía cocinar perfectamente al 100 %, de ahí que Alice solo encontrara esos ingredientes en mi nevera. Sándwiches de *brie*, tomate, aguacate y pavo. ¡El rey de los sándwiches! Me puse manos a la obra, bajé la sandwichera, corté el tomate, el queso y el aguacate. Estaba todo predispuesto para preparar la cena. Todo excepto el pan. ¿Dónde estaba el pan?

—¿Por qué no queda pan? —Nada de pan, de ningún tipo. Mis esperanzas de una cena se desvanecieron trágicamente—. ¿No puedo tener ni una cena tranquila? —pregunté a gritos desesperada mirando hacia arriba, esperando respuesta del ¿techo? Simplemente patético.

Era mejor irse a dormir, podría intentarlo mañana, y si no... siempre me quedaría pasar el domingo en la cama. Lavándome los dientes volví a verme terriblemente patética. El moño con pelos de loca, las *gafapasta*, el pijama de Alicia con el cárdigan de lana blanco y la boca llena de espuma. Qué triste. Eso era mi sábado noche. En eso me había convertido el 2019. Escupí y puse rumbo a la cama.

—¡¡¡ME CAGO EN MI P...!!! —La cama se desplazó con fuerza contra mi dedo meñique del pie—. ¡¿En serio?! ¡¿También esto!? —gritaba de nuevo a mi techo. ¿En serio esperaba algún tipo de «lo

siento» por tropezarme con mi propia cama? Me había dado un buen golpe—. ¿Cómo puedo ser tan tonta? ¿Es que ya no sé dónde está mi puta cama? —me preguntaba mientras me sentaba en ella a observar mi pobre meñique—. Esto solo me puede pasar a mí. —Me dejé caer hacia atrás completamente devastada, recordando que soy la rubia más desgraciada de los siete mares. Y eso no parecía cambiar.

## Capítulo 5

### Antes muerta que patética

Era sábado por la noche y seguía sumida en la miseria. No podía dejarlo ganar. Aunque el dolor de mi dedo no cesaba, tampoco me vencería.

De Charlotte: ¡Se acabó! No voy a dejar que gane el universo. Nos vamos de fiesta.

De Paul: Te recojo en 20 minutos.

Me encantaba que nunca pusiera pegas ni inconvenientes. Era perfecto.

Es cierto: todo era una mierda, pero no podía quedarme encerrada en casa sintiéndome aún más patética un sábado noche. Normalmente pasaba los fines de semana con Markus. Todas las semanas, Markus solía preparar una cena románticamente deliciosa, acompañada de una buena botella de vino y una excelente conversación. Tenía pelazo, cochazo, cuerpazo y todo lo «-azo» por lo que cualquiera mataría. Apenas llevábamos un año y medio, pero ya sabía que era el hombre de mi vida. A un tío así no se le podía dejar escapar. Esa semana estaba en Japón cerrando unos negocios. Ojalá hubiera estado conmigo durante mi fase de decadencia. Aunque pensándolo bien... mejor que no, no quería perderlo a él también. Mientras pensaba en él, me arreglaba para la fiesta. Un *midi* negro con encaje en la parte inferior, la mejor cara posible detrás del maquillaje y una pasada de cuchilla después, estaba a punto, justo para el timbrazo de Paul, el único capaz de llevarme a un sábado noche de *divineo*, lujo y cócteles. Salir esa noche y no ser patética iba a ser todo un reto, pero lo aceptaba y justo cuando iba a cruzar la puerta:

—Conmigo no sales así, cariño. —Me detuvo Paul parado en medio de la puerta extendiendo su mano frente a mi cara a modo de *stop*. ¿Tan horrible iba?

—¿Qué dices? ¡He ido así mil veces!

—No, guapa. ¿Dónde están los tacones y las pestañas?

—Las pestañas me rozan las gafas. ¿Te recuerdo que mi último par de lentillas se fue por el desagüe junto con mi dignidad? Tardarán dos semanas. Hasta entonces, esta es la cara que vas a ver. —Intenté salir, pero a Paul aún le faltaba otra respuesta.

—¿Y para los zapatos de abuela qué excusa tienes? —¿De abuela? ¡Solo eran unas bailarinas planas!

—No son de abuela —sentenció, pero Paul respondió con la mirada, que se traducía en «a otra con el cuento, chica». Me duele el pie. He sido embestida por la cama —Su mirada seguía sin cambiar—. ¡Aaarggh! ¡Vale, me pondré tacones! —Paul sonrió satisfecho al ganar la batalla—. Pero entonces quiero estar sentada —concluí apuntándole intimidatoriamente con el dedo índice.

Paul tenía contactos en los clubs más exclusivos, glamurosos y caros de la ciudad. Entramos sin hacer cola, nos dieron zona vip y nos regalaron un cóctel a cada uno. Por fin parecía que el orden volvía a restablecerse. Desafortunadamente, el orden no duró mucho. En la mesa de al lado un grupo de machos tenían reserva para celebrar un cumpleaños. Y el problema no era el grupo de tíos buenos y ricos. Ni el cumpleaños. Ni el cumpleañosero. El problema era que uno de esos tíos era Max. ¿No había más clubs? Lo mío era peor que mala suerte. No era justo encontrarse con eso cuando vas con unas pintas como las mías... Que sí, eran buenas, pero no eran deslumbrantes. Y lo peor no es que él estuviera allí, ni que me viera y decidiera hundirme aún más la noche viniendo a saludarme. Lo peor fue el comentario de Paul mientras Max se acercaba a nosotros.

—¿Quién es ese macho empotrador con sonrisa pícara y mirada lasciva y por qué no te lo has tirado ya? Porque si es gay y no me lo has presentado, te mato —susurraba descaradamente mientras se acercaba. ¿En serio se refería a Max como «macho empotrador»? Si apenas llegaba a intento de macho alfa narcisista con complejo de Edipo—. Aquí viene —musitó finalmente.

—Vaya sorpresa —saludó Max con su sonrisa perfecta—. Nunca te había visto por aquí. —«Ni las ganas que tenía», respondí mentalmente.

—Y nosotros a ti tampoco. Soy Paul, *by the way*. —Lo asaltó con dos besos en la mejilla con los que no pude evitar soltar una sonrisilla. ¿Estaba intentando ligar con Max? Esto no podía perdmelo.

—Mi mejor amigo —añadí intentando terminar con el momento tan embarazoso —. No te preocupes, no muerde.

—Si no me lo piden, claro... —insinuó Paul con un gesto de tigresa. Yo me reí; Max por el contrario parecía asustado.

—Ya. Un placer. Supongo —cortó incómodo. Volvió a mirarme, con intenciones de retomar una conversación que ni siquiera había empezado—. Estoy con unos amigos allí.

—Lo veo. Tengo ojos —interrumpí con una mueca de obviedad.

—Por si queréis uniros a la fiesta.

—Estamos bien, gracias —salté antes de que Paul respondiera con la brillante idea de unirnos a Max y a su grupo de testosterona—. Pásatelo bien. —Lo despedí con la mano.

—Cuando quieras. —Me guiñó el ojo, alzó su copa a mi salud y volvió a la mesa con sus machitos. A pesar de que tanto Paul como yo le repasamos el culo en esos pantalones negros ajustados, estaba en *shock*. ¿Estaba Max intentado ligar conmigo? Miré a Paul.

—¡Deja de pensar con el pene! —le acusé.

—¿Pero tú lo has visto?

—Sí, cada día, suficiente como para no tener que aguantarlo también un sábado por la noche. — Lo puse al día para que lo odiara tanto como yo.

—Pues tienes que tirártelo —concluyó mientras aún lo miraba de reajo sorbiendo su daiquiri de plátano.

—¿Has escuchado algo de lo que he dicho?

—Sí, por eso. Tienes que joderlo tanto como él te ha jodido.

—Tú quieres que se me baje el alcohol al suelo ¿o qué? —Di un sorbo a mi daiquiri porque de verdad lo necesitaba—. ¿Acaso te olvidas de Markus? ¿Mi novio?

—Hablando del rey de Roma. —Paul señaló hacia la pista de baile.

No podía creer lo que veía. ¿Markus? No, no podía ser él. ¡Él estaba en Japón! Debía ser un tío cualquiera con un semejante casi exacto comiéndole la boca a una cualquiera. Muy, muy parecido. ¡¿Con el mismo Armani que le regalé las pasadas navidades?!

—Llámallo —sugirió Paul.

Saqué rápidamente el móvil y llamé. Solo esperaba que respondiera y que no fuese el tío de delante. El hombre paró de magrearse con aquella pelirroja y sacó el móvil del bolsillo. Pude ver un reloj idéntico al que le regalé por nuestro aniversario y la misma cicatriz en el dedo de cuando se cortó con el pastrami. Pulsó el teléfono. Y en el mismo momento sonó cómo me había colgado. ¡¿En serio me había putocolgado?!

—Me ha colgado —dije con el móvil aún en la oreja y una cara de bogavante analizando la situación.

De Markus: ¿Despierta tan tarde? Voy a entrar a una reunión. Cuando pueda te llamo.

—¿Qué dice? —inquirió Paul al ver que había recibido un mensaje.

—¿Qué hora es en Japón? —pregunté ignorando por completo su pregunta. Que de todos modos no hacía falta que le respondiera porque él mismo podía fisgonear la conversación. Tampoco esperaba respuesta a mi pregunta; solo hacía las matemáticas en voz alta—. Son 8 horas... por tanto son... 8, 9, 10... —Hacía la cuenta con los dedos, igualito que en la primaria—. ¡Las 10:36! —Miré a Paul —. Vale, la excusa de la reunión es posible. ¿Cuál es el plan? —Paul agarró el móvil de mis manos y empezó a teclear mientras me hacía gestos y empezamos a caminar hacia él.

De Charlotte: He salido con Paul. Estoy increíble. No sabes lo que te pierdes. ¿Quieres verme?

Vimos perfectamente como el Markus de la fiesta no se despegaba de la pelirroja y aún así reaccionaba al móvil coincidiendo con nuestros mensajes.

—No me lo puedo creer —confesé temerosa a Paul en su oído mientras nos acercábamos cada vez más. Pegué un sorbo a mi copa. Paul se detuvo e hizo una foto a los amantes en el momento oportuno.

De Charlotte: Se ha enviado un archivo de foto.

Markus miró de nuevo su móvil y aceptó el archivo de fotografía. Su cara se tornó del bronceado de máquina al blanco del papel. Miró hacia los lados y entonces Paul le tocó la espalda para que se girara a verme.

—Increíble, ¿verdad? —Le tiré lo que me quedaba del daiquiri a la cara—. ¡Qué sigas disfrutando de Japón!

—Charlotte, yo... —No le dimos oportunidad ni a que lo intentara. Solo quería salir de allí corriendo y llorando a moco tendido. Ya había montado bastante espectáculo. Hasta Max estaba atento a la escena de cuernos.

Markus intentó cogerme, pero Paul se interpuso.

—Ni se te ocurra, cariño. —Bloqueó amenazantemente gay.

Paul me alcanzó fuera a los pocos minutos, mientras mi móvil no paraba de recibir mensajes y llamadas de Markus. A buenas horas. Las ignoré todas. ¡No me lo podía creer! ¿Cuánto tiempo había vivido engañada? Esto no me podía estar pasando a mí. ¿Es que acaso iba a salir viva de esa semana? Me senté en la acera y me quité los zapatos. Tenía los pies más hinchados de lo normal. No podía aguantarlos más. Y el dolor del golpe no cesaba. ¿Se habría intensificado por los tacones? Rompí a llorar y Paul se sentó a mi lado a abrazarme.

No dijimos nada. No hacía falta y tampoco podía. Solo me salían llantos y sollozos acompañados de los mocos que me caían de la nariz. Una imagen de todo menos glamurosa, divina o de lujo.

—Necesitamos una botella —concluyó Paul. Nos levantamos y fuimos a mi apartamento, donde otra cosa no, pero botellas de vino siempre había.

Había dejado el apartamento patas arriba ahora que lo veía, pero no tenía intención de arreglarlo. Tiré los zapatos al suelo, cogí la botella de vino y me la llevé a la cama. Paul fue al baño. Abrí la botella de Atardi espatarrada en la cama y le di un primer y largo sorbo. Una botella que debería ser disfrutada en un ambiente con clase iba a acabar como acompañante en una noche de desgracia en la que nada era suficiente para ahogar las penas. Paul salió con el desmaquillante y empezó a restregarme el algodón dejando entrever mi verdadera cara.

—Tú sí que me quieres y me cuidas —dije mientras Paul seguía retirándome el maquillaje. No dijo nada, pero me dedicó una sonrisa sincera y, cuando acabó, me dio un besito en la frente—. Soy patética. Me merezco todo lo que me pasa. —Entonces Paul me dio un bofetón suficientemente

doloroso como para que reaccionara.

—Ni se te ocurra volver a decir eso —amenazó con su dedo índice apuntando a mi cara—. Él es el patético que no te merece.

—¿Entonces por qué soy yo la que está en casa llorando y tomándome una botella de 80 pavos sola?

—No estás sola. Estás conmigo. —Paul me arrancó la botella de las manos para darle otro merecidísimo sorbo.

Era oficial: se había convertido en una fiesta de pijamas. Una fiesta de pijamas deprimente, pero una fiesta. Había vino, caras desmaquilladas, pelos de loca y el ritmo lo marcaba Taylor Swift con *I knew you were trouble*. Jugamos al «besar, matar, casarse» con estrellas de Hollywood y nos pintamos las uñas y los dedos enteros como adolescentes bajo los efectos del alcohol. Sabíamos que despertaríamos bocarriba con la babilla colgando y un dolor de cabeza tan insufrible que el simple repicar de la lluvia contra la ventana parecería un taladro en pleno proceso de lobotomía. Pero ya daba igual. Despertara como despertara, seguiría siendo la chica rubia más desgraciada del mundo. Y nadie podría cambiar eso.

## Capítulo 6

### El dolor de la vida ordinaria

Desperté con dolor. Podía ser por la ruptura, por el alcohol o por lo que parecía ser una pelota de tenis morada pegada a mi pie izquierdo. Eso no podía ser bueno. Tenía que conseguir que el manatí que dormía a mi derecha se despertara. A este hombre ya podías ponerle diez alarmas o tirarle agua fría en la cabeza que aún así no se despertaba.

—Foffy, aráñalo —incité, pero fui ignorada por completo. Era demasiado manso para hacer nada. Soplé pensando en qué otras opciones me quedaban. Salté sobre él para aplastarlo. ¡Funcionó! Pero no porque mi peso sobre él influyera en algo, sino porque quería girarse y conmigo encima le era molesto.

—¿Estaba roncando muy fuerte? —¿Esa era su única pregunta? ¿Si estaba roncando fuerte y no qué hacía aplastándolo?

—Tienes que llevarme al hospital.

—Solo es resaca; no te vas a morir.

—Creo que me rompí el dedo cuando me di contra la cama. Mira —Y le enseñé lo que antes era un pie—. Parece que me hayan injertado una pelota de tenis.

—También nos pasamos con la laca de uñas —dijo al ver que tenía manchas de pintura hasta en el tobillo—. ¿Puedo tomar un café antes?

—Sí, no creo que muera por un café. Sin embargo, sí que me moriría sin un café.

—Amén.

Todo me parecía ridículo, o quizás la ridícula era yo que no podía ponerme ni unas deportivas. Bajé a la cocina con unas pintas completamente contrarias a la definición de «fabulosa». Unos *joggers* grises agarrados en tobillos y cintura, un *crop top* blanco de algodón, una cara de desgracia absoluta y unos pelos que ni el mejor moño podía contenerlos. Pero todo eso me daba absolutamente igual porque ¡no podía meter el pie en el zapato!

—No me cabe el pie. He pasado de Cenicienta a hermanastra fea. —Paul me alcanzó una taza de café desde el otro lado de la barra a modo de consuelo. Dio la vuelta a la isla y se sentó en el taburete de al lado.

Brindamos con nuestros cafés. Miré alrededor y vi que toda la planta baja de mi apartamento estaba hecha un desastre. Ropa y zapatos sobre los sofás negros y las siete mantas tiradas en diferentes puntos del sofá, suelo y alfombra. Alguna también en el sillón. Pero lo que no lograba encontrar en ese salón era la mesita del café, que probablemente estaba enterrada bajo los cientos de pañuelos de papel, las tres tarrinas de chocolate vacías, las revistas de *Vogue* y las tazas de café sucias. Daba pena. Sin embargo, podía mirar al otro lado, donde nos encontrábamos. Una impoluta cocina con apenas un par de zapatos tirados en el suelo entre la barra y los fogones y las últimas cajas de comida china a domicilio. El mármol de las encimeras conservaba su blanco brillante, junto con el reluciente negro de los armarios de arriba y abajo. En aquel mármol se veían perfectamente reflejadas nuestras desgracias y las copas de vino que nos habíamos bebido.

—Con ese salón te digo que no has sido Cenicienta en tu puta vida —Tenía razón; su lógica era irrefutable—. Tú eres Úrsula o Cruella.

—¿Me estás llamando bruja o asesina de cachorros?

—Cariño, con el gato que tienes no podrías ser la versión de Cruella-mata-cachorros. Si no, Foffy ya sería un bolso o una bufanda.

—Tápate los oídos, Foffy —interrumpí mirando a Foffy después de las terribles teorías de Paul.

—Piénsalo: aun desterradas o marginadas son poderosas. La gente las teme, pero también las admiran porque querrían tener aunque fuera una milésima parte de su poder. Imponen con su presencia y le callan la boca a cualquiera solo con mirarlo.

—¿Tú me has visto?

—*Cariña*, solo es cuestión de actitud —Sorbió su café con dignidad, aparentando lo que él llamaba «cuestión de actitud»—. Necesito algo de ropa.

—¿Quieres ponerte mi ropa? —pregunté extrañada.

—Como comprenderás, no puedo ir a un hospital como anoche, con mi *look* de diosa del glamur. ¿Quieres que haga el paseo de la vergüenza por un hospital? Si entro con esas pintas, preguntarán por la fiesta de anoche y por el alcohol y se pensarán que estamos allí por la más humillante de las razones. Me niego.

—Coge lo que quieras —Señalé al piso de arriba, donde encontraría el armario, aunque él eso ya lo sabía—. Creo que en el cajón de abajo hay ropa de Markus.

—También quiero unas gafas de sol —ordenó mientras se levantaba del taburete para ir a vestirse—. De las grandes. Como la diva que soy.

—Tú quieres las que me regalaste —insinué.

—Esas me sentarían perfectas. —Sonrió dando la vuelta como toda una supermodelo y con una sonrisa de satisfacción al ganar otra batalla. Sacudí la cabeza sonriendo. Paul estaba como una cabra, pero sabía hacerme sentir mejor, aunque fuese llamándome bruja.

Paul me llevó al hospital en su Mini azul. Sabía que le encantaba ese coche, pero una de las cosas que siempre me preguntaba era por qué un tío tan grande como él quería un coche diminuto. Me sentía como uno de esos payasos de circo cuando salen cientos de ellos del coche ridículamente minúsculo. Quizás por eso escogí un coche grande. Me sentía segura cada vez que entraba o salía de mi Hummer. Me sentía alta y fuerte cuando conducía. Por algún motivo me gustaba tener cosas grandes. Era como que me inducían una falsa seguridad: coche grande, bolso grande, gafas grandes, cama grande, techos altos, incluso capas de ropa *oversize*. Me convencía de que era lógico diciéndome: «Una tía grande necesita cosas grandes».

Un viaje en coche, un formulario en urgencias y 47 minutos después, entramos en la consulta. Quería a Paul conmigo para darme apoyo moral. Me arrepentí muchísimo de mi decisión después de que el médico me preguntara cómo había pasado.

—¿Cómo sucedió? ¿Una caída? ¿Algún accidente haciendo deporte? ¿Accidente de tráfico? —preguntó el doctor. Opciones mucho más honorables de lo que realmente sucedió.

—Me di un golpe —narré completamente avergonzada de cómo continuaba—, contra un mueble. Caminando descalza —Paul intentaba aguantarse la risa, pero se le veían los mofletes hinchados y los labios haciendo fuerza conteniendo el aire. El médico me miraba con desconcierto, lástima e incredulidad—. Contra la cama para ser exactos. —Podía leer perfectamente en su cara «eres patética», mientras Paul ya se reía descontroladamente, aunque intentara contener la risa con la mano y a pesar de sus «lo siento, no puedo» entre carcajada y carcajada.

—Bueno, sin duda es inusual... —respondió el doctor. Escogió aquel adjetivo por mi bienestar, pero de todos modos sería la comidilla de sus compañeros durante el día de hoy y hasta la aparición

de alguien más triste que yo.

Estaba segura de que ese era uno de los momentos más embarazosos de mi vida y, para más inri, mi supuesta ayuda moral solo lo empeoraba con su estúpida risa contagiosa. ¿Por qué todo me pasaba a mí? ¿Tan mal me había portado en otra vida? Estaba segura de que no merecía ni una cuarta parte de lo que sufría. Móvil, pelo, ojos, proyecto, novio y ahora ¡el dedo meñique del pie roto por darme contra un mueble?! ¡Era absurdo! Salí de allí con el pie escayolado y muletas. Una cruel broma del destino para que no se me olvidara que, aunque parezca que no puedes caer más bajo, siempre puedes abrir un boquete y atravesar el suelo. El universo me bajaría hasta Australia y me dejaría del revés. ¡Ni una tregua! Ahora, además de parecer un espantapájaros, iba a caminar como si tuviera una pata de palo. Era oficial: no saldría de casa nunca más. Me encerraría el resto de mi vida. No más desgracias. No volvería a salir de casa hasta que me muriera y Foffy se alimentara de mi cuerpo exánime hasta que no quedara ni rastro de lo que algún día fui. Un final triste, como mi vida.

Paramos a comer en un KFC, porque necesitaba comida de gordas más que el alcohol para consolarme esta vez.

—¿Sabes qué es lo peor? —preguntó Paul con la boca llena mientras mordía una de las alitas de pollo grasientas.

—¿Es que aún hay algo peor que romperse el dedo meñique del modo más absurdo del mundo? —inquirí escéptica.

—No puedes llevar tacones. Tienes que ir plana. Como una básica —Pero Paul aún no había terminado su *speech* desmotivador; aún podía mejorarlo—: Como ir a un sitio aburrido donde todas llevan labiales rosas. ¿Dónde está la fantasía? Todo igual, nada diferente. Muy triste. Aburrido. — Todo esto sin parar de masticar su alita de pollo y gesticular con ella como si realmente estuviera sufriendo él el suceso en primera persona.

—Desde luego sabes cómo animar a la gente —expresé sarcásticamente.

—Soy realista, cariño. Además, ya sabes que yo te querré con o sin tacones —Cogió la última alita, me miró confidente y me tranquilizó con su última conclusión—: Sigues siendo una fantasía en todo lo demás. —Me lanzó un besito y siguió con su alita de pollo. Me hizo sonreír, así que supongo que después de todo hizo su función de apoyo moral.

¿Os acordáis del punto anterior en el que mencionaba que solo quería encerrarme el resto de mi vida y que mi gato se alimentaría de mi cadáver? Bien, el universo tenía otros planes para mí. Otra vez tomando decisiones sin consultarme.

La calle de mi apartamento estaba cortada. Había más bomberos y policías de los que había visto en mi vida. Creo que todos los cuerpos de seguridad estaban en mi calle en aquel momento. Paul paró el coche y nos fuimos acercando todo lo que pudimos a pie. ¡Era en mi edificio! No sabía lo que estaba pasando, pero era en mi edificio. Cuando miré un poco más a mi alrededor, logré ver algunas caras conocidas de mis vecinos. Llevaban algunas cosas en las manos que habían logrado sacar y a sus mascotas.

—¡Foffy! —Se me abrieron los ojos como platos y el corazón me dio un vuelco. No podía pensar en nada más que en Foffy. Como una madre que lo primero que pondría a salvo sería sin duda a su hijo. Bien, mi gato era mi hijo. Corrí como pude hacia el edificio. Lo poco que me dejaron antes de que un agente me detuviera.

—Lo siento, señora, pero no puede pasar.

—Vivo aquí—exigí—. Mi gato está dentro.

—Lo siento, señora. Estamos intentando salvarlo todo. Por favor, espere tras las cintas. Iré a preguntar a mis compañeros por un gato. Espere aquí. —Asentí nerviosa y asustada. No podía

montar el espectáculo. Cogí la mano de Paul temerosa y con fuerza.

—¡Es un persa! —Me apresuré a describir antes de que se marchara—. Gris y con un ojo verde y otro azul. —El agente asintió.

—Espere aquí. —Extendió su palma para apaciguarme.

—Sí, gracias —respondió Paul en mi nombre. El agente se acercó a sus compañeros. Paul miró a su alrededor e hizo una pregunta de la que en realidad no esperaba respuesta por mi parte—: ¿Qué coño ha pasado?

Uno de los señores de alrededor que había escuchado la pregunta nos respondió sin pedirlo:

—Ha explotao una tubería de esah. S'ha puesto toh de agua hasta arriba. Estaban los doh edificioh mal eshos y caro... la tubería s'ha cargao las paredes y ha empezao a sacah agua pa' toh laos que ni el Aquapark ese. Que l'ha reventao que s'ha escushao en toh Londreh casi. Está mumal la cosa. Mu mal, mu mal, mu mal... —repetía mientras se iba marchando entre los vecinos con las manos en la espalda y sacudiendo la cabeza.

Miré a Paul acojonada, porque, en parte, no había entendido ni una palabra de ese hombre y, por otra, había entendido todo lo que necesitaba entender. Me acababa de quedar sin casa. Y esperaba que sin nada más. Eso era otro nivel; era la chica rubia más desgraciada de la tierra y los planetas adyacentes.

## Capítulo 7

### Con el agua al cuello

Era una catástrofe. Estaba en una racha de desgracia muy superior a la normal y aún así hice mis mejores esfuerzos para salir de casa en contra de mi patetismo, sin tacones y con un pie medio muerto. Me enfrento al mundo en contra de toda estética superficial, tratando de retomar las riendas de mi estatus social, y me encuentro esto: un apartamento reventado. ¡No! No solo mi apartamento; ¡el edificio entero! Y el de al lado también... Por si me daba por hacerme la víctima. Ahora no solo era una desgraciada; también era gafe. Contagiaba mi mala suerte allá donde iba.

—¡FOFFY! —exclamé con sincera alegría después de todo—. ¡Es Foffy! —repetí mirando a Paul, que aún seguía a mi lado a pesar de todo. En ese momento solo pude pensar en la suerte que tenía de que mi gato fuese inmune a mi mala suerte.

El agente llegó y me dio el gato sin miramientos, pues mi expresión no indicaba duda alguna de que era mi gato. Diría que lo abracé, pero creo que es más correcto decir que lo estrujé de amor. Era un milagro: estaba entero, perfecto, no le había pasado nada.

—¿Charlotte Katherine Fausser, del apartamento 4B? —preguntó el agente mientras yo aún repasaba cada centímetro de Foffy en busca de algún daño.

—Sí, soy yo.

—Acompáñeme, por favor. Hemos conseguido rescatar algunas de sus cosas.

Le pasé el gato a Paul para poder seguir al agente con mis nuevas y fantásticas muletas. Véase la ironía en mis palabras. Seguimos al agente hasta un montón de cosas entre coches de patrulla, camiones de bomberos y ambulancias. Y allí estaban... entre las cajas, montones de ropa y zapatos empapados, fotos medio destruidas, algún objeto decorativo y poco más. Mis revistas se habían convertido en pasta y los aparatos electrónicos, en pisapapeles caros. En realidad, con los bomberos rondando, no podía evitar preguntarme: «¿Qué es mejor: que se te inunde la casa o que se quemé?».

—La explosión se ha generado en su misma planta. Han podido salvar pocas cosas. Su gato saltó a la fachada y lo rescataron de encima de uno de los aparatos de aire acondicionado de la tercera planta. Debió llegar saltando por el alféizar del edificio. Suerte que dejó las ventanas abiertas —Era gracioso que se dirigiera a mí como «una chica con suerte»—. Tiene un gato muy listo —añadió con una leve caricia en la frente de Foffy —El agente volvió a lo que iba—: Es posible que aún puedan sacar algo más, pero... —Juntó los labios y movió la cabeza en un gesto en el que se leía un claro «yo no esperaré mucho más... por no decir nada»—. El seguro se pondrá en contacto con usted en los próximos días. Si no le importa, pase a hablar con mi compañero para confirmar algunos datos.

—Gracias, agente. —Aunque no fueron las gracias más sinceras que había dado en mi vida, aquel señor no tenía la culpa de nada e hizo todo lo que pudo, así que me limité a darle las gracias y seguir con los procesos.

De Alice: Acabamos de ver las noticias. ¿Estás bien? Por favor, llámame.

De Charlotte: Estoy bien; no estaba en casa. Luego te llamo.

Le respondí lo más rápido que pude para que no se volviera loca y empecé a responder a lo que parecía un interrogatorio sobre mi vida al otro policía.

Al final todo se resumía en cuatro cajas con cosas empapadas o medio destruidas y Foffy. No quería darle más vueltas a eso, pero supongo que podría haber sido mucho peor. Podría haber estado dentro cuando el reventón o podría haber dejado la ventana cerrada. Supongo que, aunque todo

fuera una mierda, en este caso sí que era una chica con suerte o, simplemente, tenía un gato con suerte.

De Charlotte: ¿Puedo quedarme en tu casa?

De Alice: ¿Dónde te recojo?

De Charlotte: Me llevará Paul.

De Alice: ¿Necesitas algo?

De Charlotte: Estoy bien. Llegaré en un rato.

Paul me esperó con Foffy y mis cuatro cajas sentado en el coche. Incluso tuvo la amabilidad de llevarme a casa de Alice. No intercambiamos palabra durante el camino. Él sabía que no podría hablar aunque quisiera; me conocía demasiado bien, hasta el punto de saber que con estar allí bastaba. No obstante, rompí el silencio.

—Habría conducido yo si no fuera por la pata. No quería molestarte más.

—Sabes que no me importa. Además, me ofrecí yo. También podrías quedarte en mi casa.

—Eso ya sería abusar... Necesito que sigas siendo mi amigo a pesar de... todo yo.

Paul se rio.

—Chica, es precisamente «todo tú» lo que me encanta. Si fueses una más, solo querría cortarte los pelos de rabia —Le sonreí—. Además, ser tu compi de piso sería una fantasía. ¡Qué corra el champán! —Nos reímos. Era imposible no reírse con Paul. Formaba parte de su superpoder.

—Prométeme una cosa —dije seriamente—. Si a los 40 sigo soltera y terriblemente desgraciada, te casas conmigo. Antes muerta que solterona desgraciada de por vida.

—Amén —Era su forma de responder «lo prometo» o «vale»—. Pero cada uno en su cama.

—Por supuesto, la individualidad sexual de cada uno seguirá siendo completamente libre. Es solo que no quiero morir sola.

—Amén.

Y así llegamos a la puerta de Alice. Al abrir la puerta, Alice se abalanzó a abrazarme. La escena parecía sacada de una *sitcom* barata. Una solterona cerca de los treinta con pelos de loca, chándal de haberse rendido ante la vida y lisiada, una lesbiana haciéndole hueco a la solterona desesperada que mendiga un techo y un gay parado al lado con dos cajas llenas de cosas estropeadas y con un gato dentro. De golpe Alice me soltó:

—¡Eres una mentirosa! —Me quedé pasmada. ¿Qué quería decir?—. ¡Me dijiste que estabas bien! ¿Y eso? —terminó señalando mi escayola.

—Estoy bien. Esto ha sido un accidente completamente distinto —dije empezando a entrar al apartamento. Paul dejó las dos cajas, una de ellas con Foffy, en el recibidor.

—Voy a por lo que falta —añadió Paul, que iba a buscar las dos cajas restantes al coche.

Alice dejó la puerta entornada para que Paul pudiera volver a entrar y me acompañó al sofá, donde me senté. Louis, que se había quedado también parada viendo aquella patética escena, nos acompañó al sofá.

—Y bien... ¿qué te ha pasado? —preguntó Louis. Alice también miraba expectante. Yo por el contrario solo deseaba no tener que pasar de nuevo por el bochorno de contar mi ridícula desdicha, pero las miradas no cesaban, así que me tocó confesar mis vergüenzas.

—Me golpeé con la cama y me rompí el dedo meñique del pie. —Intenté decirlo lo más rápido y escueto posible procurando evitar más preguntas sobre el tema, pero al oírlo las dos soltaron unas más que audibles y descontroladas carcajadas.

—No, ¡en serio! ¿Qué ha pasado? —Alice volvió a preguntar entre risas de incredulidad. Entonces entró Paul con el resto de las cajas y se encontró otra patética escena de *sitcom* barata.

—¿Les has contado lo del dedo verdad? —preguntó Paul desde el otro lado de la estancia mientras cerraba la puerta. Yo asentí apretando los labios y entonces las carcajadas se empezaron a ahogar y las caras de Alice y Louis pasaron de «jaja» a «ups».

—¿Té? —preguntó Louis intentando evitar el tema.

—No, yo me voy ya. Además, he dejado el coche mal aparcado —dijo Paul, quien me miró y añadió un último detalle antes de marcharse—: ¡Mañana te llamo! —Me lanzó un besito y se despidió con la mano de Louis y Alice.

—¡*Ciao!* —respondimos todas al unísono acompañado de un movimiento de manos.

—No, es tarde —respondí a la pregunta de Louis—. Quiero irme a dormir; ha sido un día largo. —Louis y Alice intercambiaron miradas de complicidad. Habían notado en el tono de mis palabras que no es que fuera un día largo; es que fue un día duro.

Alice me puso la mano sobre la rodilla.

—Te hemos preparado el cuarto. —Y añadió un gesto de cabeza a modo de «vamos» que no hacía falta pronunciar en voz alta.

El apartamento de Alice y Louis era de lo más acogedor y reinaban las plantas, las alfombras y la madera. Alice había heredado el don de las plantas de papá y mamá y, aunque en el centro de Londres no pudiera tener su terreno donde plantar sus tomates y cosas, tenía un pequeño huerto urbano en el balcón y plantas por toda la casa. Me parecía fascinante que pudiera mantener con vida a tantísimas plantas. Yo apenas podía con un mísero cactus. Su apartamento era más simple y pequeño que el mío, pero lo tenían muy bien aprovechado. La zona común con cocina y salón, un baño, dos cuartos y el balconcito. Pero la estrella del salón era el mapamundi que colgaba en la pared frente al sofá. Hecho de corcho, pero completamente marcado con chinchetas rojas en cada uno de los lugares que habían visitado juntas o separadas y, en cada chincheta, una foto polaroid donde aparecían ellas y el lugar destacado que tocara en cada ciudad. Era precioso. Yo lo máximo que tenía era un tarro de cristal lleno de corchos de botellas de vino en los que anotaba la fecha, con quién lo había tomado y en qué evento. Y eso ni siquiera era idea mía. Lo había visto en un episodio de *Total Bellas* donde Nikki Bella lo hacía.

Alice y Louis habían estado casi en todos lados. Después de eso, decidieron sentar la cabeza, abrir el restaurante, rebajar los viajes y priorizar su vida familiar.

—¿Necesitas algo? —preguntó Alice en el cuarto. Negué con la cabeza; solo quería dormir. Ese había sido un día largo y horrible. Demasiadas emociones. En realidad, demasiadas emociones y sucesos en menos de una semana. Tras esa reflexión sí que tuve que preguntarle algo después de sentarme en la cama.

—¿Puede acabarse ya este año de mierda? ¿Voy a pasar siquiera de enero? ¿Puede toda esta mierda parar en algún momento y darme un puto respiro? —De nuevo se me llenaban los ojos de lágrimas que no quería dejar caer. Yo no era de lágrima fácil, pero cada vez me costaba más aguantarme las ganas. Ya no sabía si llorar o saltar directamente por la ventana.

Alice me abrazó.

—Tranquila, solo es una mala racha —Sin soltarme empezó a frotarme la espalda a modo de consuelo—. Pasará.

—¿Puedo comer helado? —pregunté intentando no pensar en mí, pero sin desengancharme de su reconfortante abrazo.

—¿De chocolate blanco o negro? —respondió sin dejarme.

—Negro, como mi vida —concluí.

Varias semanas de reposo, visitas al médico y llamadas al seguro después, llegaba el importante día en que visitaría lo que quedaba de mi apartamento. Inspección de daños, dijeron. Me preguntaba si realmente podría poner un pie en mi edificio sin que se derrumbara o si llegaríamos, ya que íbamos en transporte público a la espera de que Alice pudiera conducir mi Hummer para dejarlo cerca de donde yo estuviera. En dos días me quitarían la escayola y, aunque seguiría con sus vendas y cosas de médicos, posiblemente podría volver a conducir y caminar como una persona normal.

Nos dieron casco y mascarillas por seguridad y, aunque el edificio por fuera no parecía muy perjudicado, por dentro era otro mundo. Aún estaba húmedo y las puertas de madera caídas e hinchadas o simplemente destrozadas. Había un montón de cosas por el suelo: revistas y papeles empapados convertidos en una especie de pasta, tabiques de madera caídos, sillas con patas en lugares donde no deberían estar... Pocos pasos pudimos dar. Prácticamente no quedaban paredes en la cuarta planta. Podía ver mi apartamento, el de mis vecinos y el del edificio de al lado. Y todos estaban igual de mal: ladrillos, tuberías rotas, tabiques de madera por los suelos... De las escaleras solo quedaban un par de barras colgando; todo estaba destrozado y esparcido por la planta. Sobrevivían un par de armarios con las puertas colgando y poco más. «Demasiado habían sacado los bomberos», pensé después de ver lo que realmente quedaba de mi apartamento.

No estuvimos mucho más rato allí. No era seguro y el experto ya sabía y había visto lo que necesitaba. Dejó claro que no fue provocado (no por mí, al menos) y qué era lo que cubría y no el seguro. Intercambiamos cuatro palabras más y de nuevo debía esperar que se pusieran en contacto conmigo. Antes de irse añadió una pregunta más:

—¿Lo de su pierna le pasó durante el accidente?

—No, fue algo completamente independiente a este suceso —respondí evitando dar más detalles. Alice se mordió los labios aguantándose la risa.

—Gracias, señorita Fausser. Seguiremos en contacto.

Alice me miró, mientras el del seguro se marchaba.

—Bueno... ¿tomamos algo antes de ir a casa? —preguntó Alice. Era la primera vez que salía desde que llegué a su casa, así que supongo que quería aprovechar y recuperar la tradición de la puesta en común de informaciones semanal.

—Acepto su oferta, señorita —Empezamos a caminar un poco. Iba a llevarla a mi sitio habitual de los desayunos «pretrabajo»—. Conozco un sitio por aquí. Es donde siempre pillaba el café antes de ir al trabajo.

—Bueno, si ibas cada día, no puede estar mal.

—Amén. —Le robé descaradamente la coetilla a Paul aprovechando que no estaba.

Lo cierto era que, aunque siempre fuera a por el café a aquel lugar, nunca me había sentado dentro. Nunca me había parado realmente a disfrutar de un desayuno completo y tranquilo en aquel sitio.

—Es raro hacer la puesta en común cuando me he encerrado en tu casa durante las últimas semanas —confesé mientras esperábamos los capuchinos y los cruasanes de chocolate—. Me da miedo salir, creo... Ya solo falta que me caiga un meteorito en la cabeza.

—La NASA nos avisaría bastante antes. No te ralles por eso. —Trajeron el pedido e hicimos ojitos al chocolate.

—A ver, eres tú la que ha tenido contacto con el mundo exterior; yo estoy demasiado ocupada sumida en mi desgracia, pero... lo último antes del apartamento fue el capullo de Max robándome mi

éxito profesional y el capullo de Markus pegándomela con otra. —A Alice se le atragantó el café.

—No sabía nada de lo de Markus. ¿Cuándo ha sido?

—Mmm..., ¿te acuerdas del día del apartamento? —Alice asintió—. Vale, pues esa mañana el médico me puso la escayola cuando yo estaba de resaca después de llorar a moco tendido en mi cama con Paul por haber visto a Markus liándose con una pelirroja en el club en el que habíamos estado antes. Supuestamente estaba en Japón. En fin..., la vida.

Me había quedado sin aliento y Alice sin palabras. Tras ese «breve» repaso, no pude evitar preguntarme cuán despiadado podía llegar a ser el universo, que había metido semejantes barbaridades en mi vida en apenas 24 horas.

—¿Y tú? ¿Qué te cuentas? —pregunté quitando hierro al asunto.

—Quizás necesites ir a un profesional —Alice ignoró completamente mi pregunta—. No es nada malo, pero... puedes hablar con él y desahogarte para asimilarlo. Te estás aislando. Te lo comes todo, lo guardas y aguantas hasta que no puedes más. Y entonces explotas. Recoger todos esos cachitos es devastador para ti. Prefieres dejarlos y perderlo todo. Bloquear tu mierda, como si no existiera. La dejas ahí tirada, pero no se va. Está ahí. Lo sabes, la ves de reajo. Intentas ignorarla, pero vuelves a recogerla y guardarla. Y el ciclo empieza de nuevo. Tienes que deshacerte de toda esa mierda, Charlie.

Una parte de mí sabía que Alice tenía razón, pero no quería admitirlo. Yo tenía que ser capaz de controlar mis emociones y sentimientos; lo había hecho toda mi puta vida. No necesitaba ayuda de nadie. No necesitaba añadir a mi lista de patetismo el desequilibrio mental.

—Sobreviviré —concluí con la misma sonrisa sin dientes que usaba Robert al querer terminar una conversación, pero esa técnica no parecía funcionar con Alice—. Mira, solo necesito que me quiten la pata de palo para que pueda volver a hacer mis cosas ¡y ya! Tan pronto como recupere mi libertad, buscaré otro apartamento y seguiré con mi vida —Era probablemente la mentira más gorda que había dicho. Como si realmente el universo quisiera dejarme volver a la normalidad y recuperar mi vida, pero en ese momento era lo que Alice necesitaba escuchar—. Tú misma lo dijiste: solo es una mala racha. La peor de mi vida, pero... una racha al fin y al cabo.

Alice parecía más tranquila. Sabía que solo quería protegerme y que estaba preocupada, pero no podía dejar que ella también cargara con mis preocupaciones; bastante hacía aguantándome en su casa.

Volvimos al apartamento en mi coche. Prefería que estuviera cerca de donde me encontraba y no en la otra punta de Londres. Que si querían robarlo o destruirlo lo harían tanto allí como aquí, pero así al menos podía controlarlo desde el balcón.

Esa noche no pude evitar pensar en lo que Alice me había dicho. ¿Estaba haciendo siempre lo mismo? ¿Guardármelo todo hasta explotar? ¡Pero si estaba bombardeando a todo el mundo con mis desgracias! Sí que era cierto que estos últimos días había estado más encerrada, pero... ¡tenía un pie moribundo! No era plan de salir a correr o invitar a Paul a mi no-casa a molestar. Al fin y al cabo, solo era una mala racha, ¿no?

A pesar de que nada terrible hubiera pasado en los últimos días escondida en mi fuerte de mantas, no pude evitar sentirme la chica rubia más desgraciada de la tierra y cuatro planetas a la redonda.

## Capítulo 8

### Mantequilla en pies y manos

Los días pasaron lentos y largos. Ya estaba aburrida de no hacer nada en casa. Era gracioso porque, si me hubieran preguntado un mes antes, habría pensado ¿quién puede cansarse de no hacer nada? Descansar, no poder trabajar... Simplemente ocio y relajación. Era un sueño, ¿no? ¡Pues no! Era un asco. Quería salir de casa y tomar un café en la calle mientras quemaba mi tarjeta en tiendas de ropa. Simplemente se me habían acabado las cosas que hacer en el sofá de la casa. Parecía que le había perdido el miedo a salir o, sencillamente, necesitaba que me pasara algo, bueno o malo... Ya no me importaba, pero mi vida con escayola era aburrida. No podía seguir en el sofá. Cuanto más se acercaba la fecha en la que liberarían mi pie bajo fianza, más lento pasaba el tiempo.

En esas dos semanas ya había visto todas las temporadas pendientes, leído todos los libros de mi lista de deseos de Amazon y visto las películas de las que todo el mundo se horroriza cuando dices: «No la he visto». Apenas me quedaban diecisiete horas como presa y me parecían años. Había atracado la sección de dulces de la cocina de Alice y no quería empezar ninguna otra serie o película que sabía que no terminaría. Tan pronto como recuperara mi pata, recuperaría mi vida. Y empezaría por los zapatos.

De Charlotte: Mañana me quitan la pata de palo y quiero celebrarlo con zapatos.

De Paul: No se hable más. Nos vamos... ¡DE COMPRAS!

De Charlotte: Con el móvil en la caja fuerte... por si las moscas.

De Paul: Amén.

Así era como pensaba empezar de nuevo, pisando fuerte, y para ello había que empezar por lo imprescindible: unos buenos zapatos. Y cuanto más tacón mejor. Pasé el resto del día visitando las tiendas *online* y revisando los candidatos en el portátil de Alice.

Alice y Louis llegaron del trabajo y yo seguía en el sofá escogiendo los pretendientes perfectos para mis pies.

—Te veo concentrada —dijo Louis al cruzar la puerta. Estaba sonriendo, pero era una sonrisa que también decía «esto es raro».

—Estoy con una tarea de crucial importancia.

—¿Estás comprando? —preguntó Alice, que me conocía desde que nací como para saber cuáles eran mis prioridades. Pero me rebelé, pues no era cierto.

—Pues no, listilla. Estoy BUSCANDO. Los compraré mañana. En vivo y en directo. Cuando sea libre—Empecé a levantar mi pata chunga señalando exageradamente mi pie con ambas manos y amplios movimientos de brazos—. Iré por la calle cantando «*oooh freedooooooooom*» a todo pulmón.

Ambas se rieron.

—Estás como una cabra —concluyó Alice sentándose a mi lado y golpeándome suavemente con su bufanda—. Déjame juzgar a tus candidatos —añadió queriendo ver las ochenta y siete ventanas que había dejado abiertas en su portátil con los nuevos posibles novios para mis pies.

Cenamos las tres juntas en el sofá y el suelo alrededor de la mesita de café de madera, con el portátil como la estrella invitada de esa noche buscando el candidato perfecto. Mi nuevo pie no se merecería nada peor que el zapato perfecto, y creímos haberlo encontrado. Un botín al tobillo con tacón de aguja. Rodeaba el tobillo una fina línea negra con flecos cortos del mismo tejido que el estampado de pata de gallo. Completamente blanco y negro, pero con la punta negra, igual que la

línea del tobillo sobre los flecos. Y la cremallera en la parte trasera sin estropear la línea del botín los hacía sencillamente preciosos y perfectos. No podía esperar ni arriesgarme a perderlos. Los compré directamente para que los enviaran a casa. Mañana ya compraría sin presión. Por ahora, ya había encontrado todo lo que necesitaba.

Una cena, ochocientas libras menos y una noche de descanso. Llegaba el momento de la libertad. Esta vez fui con Paul. A Alice ya la había arrastrado suficientes veces y, puesto que lo que continuaba tras esa visita médica era un irrefrenable día de compras y cafés, Paul era el indicado para esa compañía. Además, quería comprarles algo a Alice y Louis por todo lo que me habían aguantado. Y eso tenía que hacerlo a sus espaldas, porque odiaban que se les hiciera regalos de agradecimiento. Siempre decían «no hace falta», «solo hemos hecho lo que cualquiera habría hecho», «no es molestia» y otras miles de excusas de mierda que para mí no tenían ninguna validez.

Al final, una cruel broma del destino volvía para romper la tregua. Sí, me quitaron la escayola, pero aún tenía que llevar un cabestrillo en el dedo. Sí, ya podía llevar zapatos en los dos pies, pero nada de tacones en por lo menos tres semanas más. ¡TRES SEMANAS! En tres semanas mis preciosos botines pasarían de temporada. En tres semanas llegaba abril y abril no es un mes para llevar botines de pata de gallo. El universo era cruel y despiadado conmigo. Y esto era pasarse. Bueno, quizás estaba exagerando, pero seguía sin ser justo para mí. Eran tres semanas más con deportivas.

Salí de la consulta sin muletas y con zapatos en los dos pies. No era cien por cien lo que esperaba, pero al menos podía caminar libremente y podría conducir, aunque siguiera siendo un poco molesto. Pero era una molestia que fácilmente podría ser ignorada con buena compañía y buen café. Así nos encontrábamos Paul y mi nueva libertad condicional calle abajo con el café en la mano.

—Quizás unas Gucci nuevas te suban el ánimo —Paul trataba de consolarme—. Son deportivas *classy and glamy*. No son para correr.

—¿*Classy and glamy*? ¿Qué clase de invento es ese? —pregunté con una expresión total de «¿qué me estás contando?».

—No son para correr, Charlie. Son para gritar, aun sin tacones, aquí manda mi coño, ¿sabes?

—Pues a mí me parecen horteras. No voy a ponerme esa monstruosidad en mis preciosos pies.

—En fin..., nadie puede ser perfecta. —Se burló de mí sacándome la lengua. Le respondí con el mismo gesto.

—De todos modos, me dejé ochocientos pavos ayer en los zapatos perfectos que no podré ponerme y tengo muchas... —Detuve mi lengua al recordar que toda esa colección de ropa y zapatos a la que quería referirme en esa frase se había perdido junto con mi apartamento. Suspiré— ¡Necesito de todo! —Esa fue mi conclusión final.

—Los pantalones que llevas son monos. —Intentó aliviarme Paul, pensando que aún había ropa bonita que había salvado.

—Sí, lo son... —Lo miré con culpabilidad—. Se los he robado a Alice.

—Pues tiene buen gusto cuando quiere —sentenció Paul.

—Amén —añadí burlándome cariñosamente. Me sonrió con complicidad, me rodeó con el brazo y me dio un besito en la frente. Era el amigo perfecto y tuvo una idea perfecta.

—¡Tengo una idea! Pero solo por esta vez y para salir del paso —me advirtió con su dedo amenazante. Miedo me daba—. Necesitas un montón de ropa con urgencia, pero estás pelada hasta nueva orden, ¿no?

—Sí.

—Vamos en un momento a comprar cuatro cosas que te saquen del paso en los próximos días.

Sobretudo si tienes que ir al curro. No puedes presentarte hecha un desastre al pibonazo de Max.

—Aaagh... ¡Por favor! —le interrumpí con un sonido de asco notable—. No le llames pibonazo.

—Charlie, puede ser lo capullo que quieras, pero es un pibonazo.

—Ya lo sé, simplemente no lo digas en voz alta. Si no lo nombras, no es real, recuerda —expliqué con un movimiento de mano para remarcar mi sobrada lógica—. En fin, a lo que ibas, compro lo suficiente para un par días y luego ¿qué?

—Compras un montón de ropa por un precio absolutamente absurdo.

—¿Y dónde consigó eso? Sabes que no soporto las tiendas de segunda mano. Paso de pillar otro sarpullido como la última vez.

—No, me refería a Shein. Puede que tarde un poco en llegar, pero lo que tienen es *crazy*. Además, tengo descuentos.

—Cuenta conmigo —dije sin dudarlo ni un momento.

—Pero esto es solo para emergencias, ¿lo pillas?

—Prometo no rebajar mis estándares —dije con mi mano derecha en alto a modo de juramento—, pero necesito ropa urgente. ¡A montones!

—Amén.

Y así finalizó nuestro tratado de compras. Sin embargo, aparte de ese tratado y de lo poco que acabaría comprando físicamente, necesitaba algo para Alice y Louis. Empezaría con algo que no necesitaban para nada, pero me haría quedar bien. Una tarta que dijera: «Gracias por aguantarme», literalmente. Aunque aún tendrían que lidiar conmigo por un tiempo indefinido, lo mínimo era agradecer la primera parte de mi «insoportabilidad». Para terminar, una planta. Si había algo que les gustaba, eran las plantas. Solo necesitaba una planta que gritara: «Soy perfecta para el salón de Alice», y no tenía ni puta idea de dónde buscarla ni qué buscar, pero sabía perfectamente dónde encontrar la tarta: Eclair Cake. Era cierto que nos desviaba completamente del centro, pero solo teníamos que parar a recogerla.

Todo el tema del pastel estaba más que controlado, pero faltaba la planta. Gracias a Google fue fácil encontrar un lugar que cubriera esa necesidad. Nos decantamos por Kensington Flowers. No es que viera algo especial o diferente, pero estábamos cerca de allí y tenía cuatro coma nueve estrellas, así que no podía estar mal. La décima que faltaba sería de algún repipi experto en plantas con un mal día y, como yo no tenía nada que perder, solo podía salir ganando.

—Buenos días —me dirigí a la dependienta de la floristería. Era una mujer mayor y, por la tierra en sus manos, se notaba que era una apasionada de la jardinería. Llevaba un delantal verde con una flor bordada en el centro que la hacía parecer una mujer adorablemente entrañable.

—Buenos días, bonita. ¿En qué puedo ayudaros? —respondió con voz dulce.

—Estoy buscando lo que sería la planta perfecta para el salón. Ya sabe, de esas que entras al salón y ¡bum! Lo primero que ves es esa preciosidad. —No sabía para nada lo que quería, así que «bum» era la palabra más útil que se me ocurrió como descripción.

—Bien..., vamos a ver... Si son para interior, te recomiendo una kentia. Tienen un porte elegante y visten cualquier rincón de la casa. No suelen exigir mucha luz y son muy frescas para los interiores. O una *Alocasia*. Esta, a diferencia de la kentia, es de hojas grandes y llama la atención desde cualquier sitio.

La señora fue muy amable y atenta al explicarnos y enseñarnos las dos opciones. Sin embargo, no quería sonar como un ogro al decirle: «Busco una planta, no un árbol», así que opté por expresar educadamente que, si metía alguno de esos árboles en casa de Alice, nosotros ya no podríamos

meternos en la casa.

—Disculpe, supongo que tendría que haber empezado por ahí y, aunque las dos opciones me parecen preciosas, estaba pensando en algo más pequeño —dije juntando los dedos para enfatizar el «pequeño»—. No es un apartamento muy grande —añadí.

—¡Oh, cuánto lo siento, cariño! —La señora me tocó el brazo con delicadeza mientras se acercaba la otra mano a la boca—. Tienes toda la razón. Debería haber preguntado antes —Empezó a caminar hacia el otro lado de la floristería mientras nos hacía gesto con las manos y seguía farfullando—. Una se hace mayor, discúlpame. —Aquella señora era un amor y la persona que le quitó esa décima a sus cinco estrellas debería ser un auténtico monstruo sin corazón.

—Pero me ha gustado mucho la «alocada» esa de las hojas grandes —añadí mientras la seguíamos sin saber siquiera cuál era el nombre de la planta—. ¿La tiene en tamaño portátil?

—¿Portátil? —respondió la mujer extrañada, como si fuese un término completamente loco en el mundo de las plantas. ¿Cómo explicarle que quería algo más transportable? Algo que ocupara una sola mano y no un coche entero.

Al final me llevé un espatifilo, cuyo nombre dudaba que recordara antes de llegar a casa de Alice, pero tenía las hojas grandes de la *Alocasia* y el blanco lo ponían las flores en vez de las hojas. Era una planta preciosa y sabía que, una vez estuviera lejos de mi responsabilidad, estaría en buenas manos.

Al terminar aquella intensa mañana, habían caído no mucho más que un par de bolsas de Zara y Adolfo Domínguez para acabar en el apartamento de Paul, con comida grasienta del chino de la esquina y el asalto a la tienda *online*.

Lo que veían mis ojos era sencillamente de locos. Tenían de todo. Literalmente DE TODO. Y los precios eran absurdamente ridículos. Sabía que había prometido a Paul no rebajar mis estándares, pero no hacerlo con semejante oportunidad en mi vida era de idiotas. Con lo que me dejaba en una falda normal podía tener treinta y siete conjuntos. ¿Y qué más daba cuánto duraran? Por ese precio podría vestir un conjunto completo diferente cada día del año.

—Paul, debo admitirlo... Me va a costar mucho mantener mi promesa.

—Lo sé.

—Eres una zorra. Has sabido esto todo este tiempo y no me has dicho nada. A veces puedes ser el peor amigo del mundo, ¿lo sabías?

—Lo sé.

—Incluso peor que cuando me caigo y te meas de la risa. O cuando te llevo de apoyo moral al médico y te descojonas en mi cara por mi patetismo.

—En esto último tienes que darme carta blanca. Entiéndelo... —confesaba entre risas que claramente no podía contener—. Es que es tan... Es... —Ni siquiera podía soltar dos palabras seguidas sin ahogarse de la risa—. Lo siento... Es que... —No había manera. Era mejor desistir de intentar sacar algo en claro de Paul en ese momento.

—¡Vale! Lo pillo, pero quiero todos tus descuentos. —Y así terminaba la conversación, aunque Paul aún seguía conteniendo carcajadas hasta que se cayó para atrás de la risa. Poco le faltó para dar la voltereta propulsado por su propio culo. Entonces me reí yo por sus intentos de mantener el equilibrio cual cucaracha boca arriba. Quien ríe el último, ríe mejor.

Todo estaba yendo a pedir de boca. No me habían robado, no me había roto nada, no había explotado nada... En serio, todo estaba yendo demasiado bien. Y no pude evitar sentirlo.

—Habrán problemas con el pastel.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Paul sorprendido. No sabía de qué hablaba.

—En mi vida no puede funcionar todo bien a la vez. Algo va a salir mal.

—Charlie, tienes un cabestrillo en el dedo meñique del pie. Te gastaste ochocientas libras en unos zapatos que no te podrás poner hasta el próximo invierno, fuera de temporada. Creo que ya tienes tu dosis de drama del día o ¿es que se te ha olvidado?

—Mierda, tienes razón —Paul me abrió los ojos y, aunque la verdad dolía, tenía razón. Ya había aguantado mi dosis de desgracia mínima diaria—. Gracias.

—Para eso están las «amigas» —añadió tirándose hacia atrás con los brazos abiertos.

No tardamos mucho más en ponernos camino a la pastelería. El tráfico era horroroso y yo iba a empezar a mordirme las uñas. Podía verlo. Me iban a cerrar la puerta en las narices, pero no quería presionar a Paul, así que me agarré las manos con fuerza. Lo último que quería era acabar estampada contra el arcén por un manotazo al comerme las uñas. Además, aún había tiempo. Habíamos contado con la posibilidad del tráfico. Era solo que no quería sufrirlo.

—¿Pongo música? —le pregunté a Paul con la esperanza no solo de hacer más amena la espera, sino también de esparcir mi mente en otras actividades para no mordirme las uñas. Cantar a todo pulmón en el coche clásicos del pop me ayudaba.

Allí estábamos Paul y yo en un Mini azul en medio del tráfico de Londres cantando a todo pulmón *Everybody* de los Backstreet Boys. Nunca pasa de moda.

Para mi sorpresa, llegamos justo a tiempo. La tarta era perfecta, de chocolate y limón. En uno de los laterales, tenía medias rodajas de limón con virtutas de chocolate rizadas a modo decorativo y comestible y, justo al lado, la placa de chocolate donde podía leerse con una caligrafía impecable el «gracias por aguantarme». Era perfecta y tenía que estar de muerte.

Paul me dejó en la puerta de Alice y Louis. Me preguntó si necesitaba ayuda, pero mi cabezonería pensó que podría con todo. Yo, con mi leve cojera, mis bolsas en el antebrazo y un pastel y una planta en cada brazo conseguimos entrar con éxito al portal, llamar al ascensor y apretar el botón del séptimo piso. Era increíble que lo hubiese logrado. Paul tenía razón: mi desgracia diaria fue el cabestrillo y los botines que jamás usaría.

Idiota de mí; canté victoria demasiado pronto. Al empujar la puerta del apartamento de Alice me desequilibré. Todo sucedió a cámara lenta frente a mis ojos. Recuerdo cada uno de los momentos en detalle: mis manos haciendo malabares entre las bolsas, la tarta y la planta, mis piernas retomando una posición de equilibrio, mi cara rogando por todos los dioses «no, por favor», la puerta a punto de golpear la estantería por mi empujón, desde la cocina Louis y Alice mirándome con los ojos como platos, sus bocas gritando «¡cuidado!» a pleno pulmón, Alice con el brazo extendido mientras corría hacia mí con la esperanza de atravesar la cocina hasta el recibidor a tiempo y, por último, la caja de la tarta dando varias vueltas en el aire hasta chocar boca abajo contra el suelo.

La tarta...

Era la chica rubia más desgraciada del sistema solar.

## Capítulo 9

### ¿Volviendo a lo grande?

De la mejor tarta de Londres ya solo quedaba una mezcla de texturas espachurrada entre el suelo y el cartón de la caja. Me parecía increíble que el universo me hubiese dejado aguantar con tanta paz a lo largo del día para luego hundirme en el último momento. Era como llevar una luz de neón parpadeante gritándome «recuerda tu fracaso». Estaba tan cerca de lograrlo...

—¡¡Aaarggh!! —No pude contener la frustración en mi interior—. ¡No puede ser! —grité dirigiéndome a Alice y Louis aún cargada con todo lo que había sobrevivido en mis manos—. He sobrevivido al portal, al ascensor, a los botones... ¡¿Ahora?! ¡¿En serio?!

Ambas rieron. Me uní a las risas... En fin, era mejor que llorar. Alice cogió la planta, cuyo nombre ya había olvidado, antes de que formara otro estropicio. Louis limpió el desastre de la difunta tarta.

—Habría sido una tarta preciosa —confesó Louis mientras llevaba esa extraña montaña de chocolate y limón a la encimera.

—A lo mejor aún se puede salvar algo —Alice sumó uno de sus optimistas comentarios—. La presentación es insalvable, pero aún se puede salvar alguna exquisitez sávida. —Louis y yo asentimos; parecía razonable.

—Bueno, al menos el «espatufileco» ha llegado perfecto —añadí mientras dejaba las bolsas junto a la isla de la cocina para sentarme junto a Alice y el resto de tarta.

—¿El qué? —preguntaron las dos al unísono confusas.

—¡La planta! —respondí con un gesto facial que no indicaba nada más que obviedad, claramente legible como «*Dunb*». Me levanté a por las cucharas.

—Espatifilo —rectificó Alice con complicidad mientras se le escapaba la risilla. Le di una cucharilla a cada una y concluí:

—Como dice Nikki Bella: «*Whatever*». —Sonreí sin dientes como solo Robert lo habría hecho y me llevé una cucharada de restos de chocolate y limón a la boca. Aún en ese estado estaba jodidamente increíble y mis ojos no pudieron ocultar la emoción. Alice y Louis se unieron a la cata y tampoco pudieron esconder sus caras de placer.

—Habría acabado igual —aseguró Louis señalando su barriga mientras se llenaba la boca con otra cucharada.

Alice y yo nos miramos. Sabíamos perfectamente lo que teníamos que decir para terminar con esa conversación y ese pastel. Louis nos miró; también lo sabía. Y cuando las tres estábamos en la misma página, pronunciamos al unísono la palabra que todas teníamos en la cabeza:

—Amén.

Justo antes de dormir preparé la ropa que me pondría al día siguiente para mi regreso a la oficina. No tenía mucho que pensar. Tenía literalmente tres conjuntos que se pelearían por ser el elegido para el regreso. No era una competencia difícil. Aunque el conjunto quedara deslucido al combinarlo con unos básicos planos como una señora mayor, lo llevaría con toda la dignidad posible.

Los ganadores de la competición fueron el bléiser *oversize* blanco, el pantalón recto fluido negro que caía elegante desde la cintura hasta los zapatos de Adolfo Domínguez y una blusa negra básica de Zara que haría bolsa en la cintura al meterla por dentro del pantalón. Volvería a lo grande.

Y así fue, todo el mundo aclamó mi regreso con cumplidos y halagos. Incluso Robert que, tan

pronto como crucé la puerta, ya tenía un nuevo proyecto para mí. Podía sentir cómo recuperaba el control de mi vida. ¡De aquí al éxito! No iba a dejarlo caer estrepitosamente de nuevo. Aquí empezaba mi nueva vida.

—Me alegra tenerte de vuelta —dijo Robert alargándome una de las copas de wiski que acababa de preparar—. Eras de Birmingham, ¿verdad? —Acepté la copa y asentí a su pregunta extrañada—. Tengo un proyecto entre manos y quiero que seas tú quien se encargue —Por el momento, me gustaba lo que escuchaba—. Un hotel —Me gustaba mucho—, en Birmingham. —Eso ya no tenía tanta gracia y mi cara no pudo disimularlo. Pasó de emoción pura a decepción constante.

—¿Quieres que me vaya a Birmingham? Pero..., ¿como algo temporal?, ¿solo unos días?

—¡Sí, por supuesto! ¡Eres mi superestrella! —Volví a respirar con normalidad y tomé un trago—. Será solo un año, dos como mucho —Me atraganté con el wiski—, dependiendo de lo que tardéis con el desarrollo —Mi cara mostraba de todo menos convencimiento, así que Robert continuó—. Es un proyecto ambicioso. Será el inicio del nuevo Birmingham.

—¿Y por qué no va Max? —inquirí. Uno o dos años sin Max, eso sí que sonaba como un buen plan en mi cabeza.

—¡Noo! —Hizo un gesto con la mano acompañado de una expresión sobrada de «vaya tontería has dicho; él no te llega a la suela de los zapatos». Eso último lo añadió mi cabeza—. Para él tengo otros planes. De momento se quedará con lo viejo, cerrando y manteniendo lo que ya tenemos —añadió restándole importancia al hecho de que él se quedaría recogiendo los frutos del trabajo que yo realicé, llevándose los méritos, tranquilo y en el centro de Londres. Robert se acercó y se quedó a pocos centímetros de mi cara—. Tú sabes mejor que nadie qué es lo que le faltaba a Birmingham para querer irte de allí. También sabes qué es lo mejor para poder explotarlo al máximo. Es una ciudad en auge. ¡Será el nuevo Londres! —Desde luego sabía cómo dorarte la píldora, pero también sabía cómo ponerte contra las cuerdas—. No me hagas buscar a nadie nuevo, anda... —Allí estaba el recordatorio inminente de «todos somos reemplazables»—. Todos somos reemplazables, Charlie —usó el diminutivo de mi nombre con cariño. Odiaba eso. Arrugué la nariz y fruncí los labios al escucharlo. Mis expresiones faciales eran incontrolables—. Incluso tú, superestrella —dijo golpeándome con el índice la punta de la nariz, como si fuese una cría de tres años, y volvió a pasearse por su despacho—. Cuando acabes, todos en el círculo conocerán tu nombre y tus éxitos. Y, por supuesto, te querré en primera línea, con todo lo que eso implica —Me guiñó el ojo y se sentó—. Dime algo mañana. —Pegó un último trago en su butaca con las piernas cruzadas en un gesto de pleno control de su poder y seguridad y terminó, como siempre, dedicándome una de sus sonrisas sin dientes. Una vez veías esa sonrisa sabías que todo estaba dicho.

¿Recordáis al principio cuando dije: «Podía sentir cómo recuperaba el control de mi vida»? ¿Y lo de «aquí empezaba mi nueva vida»? Vale..., no era exactamente esto lo que tenía en mente. Era algo así como... ¡todo lo contrario!

Volví a mi despacho y, sentada en mi silla, analicé detenidamente la situación. Las bases eran sencillas: o recogía mis cosas y me iba a Birmingham cobrando o recogía mis cosas para irme a mi puta casa sin cobrar. Y, dadas las circunstancias, en ambas opciones terminaría en Birmingham porque no podía seguir abusando del apartamento de Alice. Por otra parte, si me iba, el premio tras el sufrimiento sería considerable y, si no..., mi futuro profesional sería incierto. Si seguía pensando... ¿Qué me quedaba en Londres? Mi apartamento no volvería a un estado habitable en años, mi «ya-novio» me la pegaba con otra, u otras... La cantidad de cuernos y su tamaño sobre mi cabeza aún era algo desconocido, y así lo prefería. Y Alice, aunque no dijera nada y me quisiera mucho, sé que estaba deseosa de recuperar pleno control de su apartamento y su relación íntima con Louis. En Londres ya

no me quedaba nada. En Birmingham mantendría el trabajo y estaría un tiempcito sin Max; eso siempre era bueno. Y, por si fuera poco, cuando volviera a Londres, lo haría a lo grande. No era exactamente como lo había imaginado, pero... era algo. Estaban todas las cartas sobre la mesa. No había mucho más que pensar.

Volví al despacho de Robert y antes de que pudiera tocar a la puerta me hizo pasar.

—Necesito un par de días para preparar mis cosas. —Robert sonrió al escuchar aquellas palabras saliendo de mi boca en tan poco tiempo.

—Lo que necesites. Te enviaré los detalles y contactos del proyecto por *email*. Míratelos antes de llegar.

—Siempre lo hago —dije desganada mientras volvía al lugar del que había venido. Nunca mejor dicho.

Repetía el camino hacia mi despacho. Posiblemente por última vez. Agarré una caja y con desgana empecé a meter mis cosas. El cactus, las libretas... Y entonces vi la foto con Marcus. Era la foto que hicimos para nuestro aniversario. Yo llevaba un vestido burdeos ajustado, de terciopelo, increíble, con el escote en forma de V y tirantes finos. Me llegaba hasta los pies. Enseñaba sutilmente el brazalete que Marcus me había regalado posando mi mano sobre su pecho. Él también estaba increíble con la chaqueta negra y burdeos a conjunto, camisa blanca con pajarita y pantalones negros. Fue una noche perfecta y no necesitaba recordar eso. Por lo tanto, tiré la fotografía con marco incluido.

«Eso no voy a necesitarlo nunca más», dije para mí misma.

Alguien tocó a la puerta. Era Tina, la ayudante de Robert. Venía con una botella de champán en la mano y una tarjeta de la compañía.

—Le traigo esto, señorita Fausser —dijo entregándome la botella.

Tina era una mujer mayor y encantadora, de las pocas que había estado desde el principio en Perfect. Siempre había sido muy educada y no osaba llamar a nadie sin el «señor» o «señorita» delante, por mucho que se lo pidiéramos.

—Muchas gracias, Tina, muy amable. —Le sonreí de forma sincera a la vez que cogía la botella.

—Voy a echarla de menos, señorita Fausser. —La abracé. Tina era todo amor. Hasta se le escaparon algunas lágrimas al separarnos.

Tina se marchó y me quedé con mi nueva botella y mis viejos pensamientos. Era un asco. Me senté en la silla, abrí la botella y empecé a beber mientras continuaba tirando papeles inútiles en la basura con desgana y poniendo los útiles en la caja. Dos cajas y media botella después, volvieron a llamar a mi puerta. Por la hora que era, ya tendrían que haberse marchado todos. Solo debería quedar yo procrastinando, pero no. ¡Sorpresa! Era mi *superamigui* Max.

—Esta vez sí que me has jodido pero bien, capullo —El alcohol hablaba por mí. Sin filtros—. Cierra la puerta si vas a entrar.

—¿Que yo te he jodido? —Se señaló sonriendo mientras se acercaba a mí. Se sentó al borde de mi escritorio, robó mi botella y continuó tras ver que la mitad de su contenido estaba ya probablemente en mi cabeza—. Vaya fiesta te has montado tú solita. ¿Puedo acompañarte? —Me encogí de hombros—. Por los viejos tiempos. —Y le dio un sorbo.

—Te queda mucho para llegar a mi nivel. —Bajé la pata chula de la mesa cruzándola sobre la sana, procurando incorporarme mínimamente en la silla mientras Max le daba otro sorbo a la vez que me observaba.

—Así que Birmingham... —dijo.

—El nuevo Londres dice... —Recuperé mi botella de sus manos y tomé otro sorbo. Lo miré a los ojos—. ¿Qué he hecho mal? —le pregunté sinceramente con los ojos hundidos en lágrimas que

no dejaba salir—. He trabajado tanto para escapar de Birmingham que... ahora tengo que acabar en Birmingham.

Max recuperó la botella y bebió.

—Al menos confía en ti... —Tomó otro trago. ¿Qué quería decir?—. Yo quería lo del hotel —confesó y volvió a beber.

—Sí, creo que lo necesitas más que yo. El trago, digo —Paré un momento a pensar—. Debería dejar de verlo como un castigo, ¿no? —Max asintió.

—Si lo consigues, vas a ser la jefa. Y yo seguiré como hasta ahora..., superestrella —dijo en un tono burlón refiriéndose a Robert. Le dio otro trago y esta vez empujó un poco el culo de la botella para que fuera uno de los largos.

—Eres un capullo.

—¿Y ahora qué he hecho? —preguntó riendo tras terminarse la botella.

—Vienes aquí con tu soberbia, tus ojazos y tu sonrisa perfecta. Te bebes mi botella y encima haces que me sienta mal por ti. ¡Soy yo la que tiene que volver a Birmingham!

—¿Mi soberbia? —preguntó sorprendido.

—¡Sí, tu soberbia! Siempre perfecto, y lo sabes. Por eso siempre has sido tan insoportable —Desde luego el alcohol no medía mis palabras—. Siempre en el momento oportuno, triunfante con tu impecable traje y tu trabajo perfecto. Como si para ti todo fuese tan fácil como chasquear los dedos —Intenté chasquear los dedos, pero la sincronización no era lo mío en ese momento—. ¿De dónde vienes? ¿Eres Superman o qué?

Max se reía. ¿Es que acaso le parecía que había contado un chiste?

—No, solo soy de Londres... y no soy perfecto, aunque lo intento. Y por lo del trabajo... mmm... ¿gracias? Pero lo mío me cuesta. Tengo una competencia dura —finalizó dándome un golpecito cariñoso en el brazo. Max se percató de la foto en la basura—. ¿Cuento sin final feliz? —preguntó señalando la fotografía. Entonces recordé la conversación que tuve con Paul.

—Las brujas no tenemos final feliz.

—A mí no me parece una bruja.

—Eso es porque no me has visto sin maquillaje —concluí victoriosa. Lo miré a los ojos—. Tienes unos ojazos. Te odio.

Max se mordió la lengua.

—Ya..., seguro que es eso —me respondió sin apartar la mirada—. Así que... estoy bueno dices... —Allí estaba el Max de siempre.

—Yo no he dicho eso.

—Sí lo has dicho —dijo mientras se acercaba lentamente con su sonrisa torcida y sosteniéndome la mirada.

—No, podría repasar cada una de las palabras que he dicho y eso no lo encontrarías... —Max me calló con un beso. Acabé la frase cortada por lo que había sucedido.

—Sshhhh... —Max me agarró suavemente de la barbilla y volvió a callarme con otro beso. Al acabar siempre asomaba esa estúpida sonrisa. Si las sonrisas embarazaran, con esa yo estaría de trillizos por lo menos.

—¡Tú no me «ssshhh» a mí! —dije autoritaria intentando retomar el control de la situación, pero entonces me besó por tercera vez y ahí ya no pude contenerme. Si no podía tener el control de la conversación, lo tendría de la situación. Me puse en pie y continué besándolo furiosamente. Él estaba sentado sobre la mesa y yo de pie. Tenía el control. Empecé a desabrocharle los pantalones. Él me rodeó la cintura con sus grandes manos cambiando las tornas. Ahora él llevaba el control; él

estaba de pie y yo sobre la mesa. «¡Mierda! Tengo que volver a estar al mando», pensé durante aquel vendaval de emociones.

Fue una guerra continua. Unas veces estaba yo arriba y otras él. Otras entre sus brazos, otras tirados en el suelo. No recuerdo quién terminó teniendo el control, pero los dos terminamos. Fue el final de la guerra entre nosotros, tirados con las espaldas tocando el suelo por completo. Respirábamos al unísono con la boca abierta y mirando el techo. No sabía exactamente cómo, pero sabía que le había jodido, aunque no sé si del mismo modo que Paul insinuó la noche del club. Una cosa estaba clara en aquel momento: fue el polvazo del año y, aunque no quisiera aceptarlo, Max era lo mejor del año. Era la chica rubia más desgraciada desde el sol hasta Alfa Centauri.

## Capítulo 10

### Bienvenida a casa

¿Había perdido la cabeza? ¿Era por despecho? ¿Era por tensión sexual no resuelta, ahora ya resuelta? ¿O simplemente había perdido el control? ¿A quién intentaba engañar? Hacía tiempo que había perdido el control de todo. Una cosa tenía clara... «No vuelvo a beber alcohol en mi puta vida», repetía en mi cabeza incansablemente, pero la otra parte de mi cerebro añadía lo siguiente en esa misma repetición: «No vuelvo a beber alcohol en mi puta vida... hasta la próxima». Esa otra parte del cerebro sabía que no podría dejar el vino aunque quisiera.

Y aún era más triste admitir que cuando llegué al apartamento de Alice, con las cajas de lo que antes formaba la decoración de mi despacho, abrí otra botella de vino. Así que la próxima vez que afirme que no volvería a beber alcohol en mi puta vida, debería pensarlo dos veces. Apenas aguanté dos horas, aunque esta copa me la tomé con Alice y Louis. Cuando crucé la puerta, fueron ellas las que me preguntaron por mi día y por la caja que tenía en las manos. Así que volví con mis dramas:

—Me han invitado a irme. Podía escoger entre Birmingham o la calle.

—Dime que has elegido Birmingham —preguntaba temerosa e indirectamente Alice mientras se tragaba la copa entera.

—He elegido Birmingham —La calmé—. Y me he tirado a Max —Hice que Alice se llenara otra copa y que Louis casi se atragantara con la que ya se estaba tomando. ¡Y a todo esto yo aún no había tomado ni un solo sorbo de la mía! Pero continué con los detalles—: En la mesa, en la silla, contra las paredes y en el suelo —Entre aquella enumeración de todos los lugares del despacho donde practicamos alguna postura sexual diferente por la lucha del control, sí que tuve que beber. La copa entera—. Es bueno hasta en la cama. Y eso sin cama. Capullo —concluí llenando la copa para tomar otro trago.

—¿Y en la fotocopidora? —preguntó Louis.

—¡Mierda! ¡Sabía que me dejaba algo!

—Acabas de suspender en sexo en el trabajo si no has ido a la fotocopidora —añadió Louis burlona alzando la copa a modo de brindis.

—Soy un fracaso hasta en el sexo —ironicé mientras respondía al brindis.

Entonces Alice hizo la pregunta que llevaba todo el tiempo eludiendo en mi cabeza:

—¿Vas a ir a casa de mamá? —Mi cara respondió por mí. Arrugué la nariz, torcí la boca y fruncí el ceño apretando los labios. Era mi forma de expresar «si no lo digo en voz alta no es real», pero Alice conocía muy bien esa cara de no querer admitir las cosas—. Tienes que llamarla. —Choqué devastada mi cabeza contra la encimera antes de admitirlo.

—Lo sé... —reconocí entre dientes sin levantar la cabeza.

—¿Puedo preguntar cuánto hace que no la llamas? —añadió Alice con su sonrisilla sonsacadora.

—¿Cuándo dices que fue su cumpleaños? —Contraataqué respondiendo con otra pregunta.

—¡Charlotte Katherine Fausser! —Alice gritó sobresaltada. Había usado mi nombre completo. No dijo «Charlie»; dijo «Charlotte Katherine Fausser»... Es ahí cuando sabes que no es algo bueno. Aunque también sabes que es malo que te llamen «Charlie» si usan ese tonillo de «¿me haces un favor?» cuando te acabas de sentar en el sofá y quieren que te levantes a traerles algo—. ¿No has llamado a mamá desde enero? —Me apuntaba con su dedo inquisidor amenazante. Nombre completo, dedo... Esto eran claros indicios de bronca; solo le faltaba la chancla. Así que la

interrumpí y hui cual cobarde antes de que empezara.

—Solo bromeaba —Sacudí la cabeza restándole importancia—; la llamé hace un par de semanas... —Alice mantuvo su dedo y su mirada—. ¡Vale! Mañana la llamo —Y entonces usé la excusa mientras huía no tan disimuladamente a mi cuarto—. Ahora es tarde. Buenas noches. —Cerré educadamente la puerta de la habitación completando mi huida con éxito. Había perdido el vino, una baja totalmente aceptable.

Esa noche di mil vueltas en la cama y a la cabeza. ¿Era una hija horrible por no llamar a mi madre en semanas? En fin..., al fin y al cabo ambas teníamos informantes a modo de intermediarios. Oliver y Alice transmitían toda la información y nuestra relación era mejor si no hablábamos ni nos veíamos mucho. Ella no entendía mis dramas y prioridades. Para ella todo lo que mi vida representaba eran caprichos y pataletas, así que era mejor minimizar el contacto y las conversaciones. Aunque quizás la explosión de mi apartamento habría sido uno de esos momentos importantes en los que llamar. O el dedo roto, aunque fuera por una causa tremendamente ridícula. En mi defensa, debía decir que sí que le mandaba mensajes. Supongo que yo solita respondí a mi propia pregunta: sí, era una hija horrible. Menos mal que tenía dos más para compensar mi falta de todo. Necesitaría toda la fuerza posible para enfrentarme a esa llamada.

El día amaneció gris y lluvioso. Bien feo, como el momento que tendría que afrontar llamando a mamá.

—Que Dios se apiade de mi alma —suspiré en voz alta antes de marcar el botón de llamada.

—¡No me lo puedo creer! —Mi madre respondió la llamada con gran énfasis... Entonces empezaban sus quejas de «¿por qué no me llamas?», «¿es que no quieres a tu madre?» y «ya verás tú el día que me vaya...». Y una vez su monólogo de madre había terminado por fin me tocaba hablar a mí. Supongo que si la llamara más a menudo me ahorraría el monólogo, pero con los mensajes era más fácil. Siempre era después de estas llamadas cuando realmente me planteaba el llamar más a menudo. Era como escuchar el discurso del villano y darte cuenta de que te está convenciendo.

—Lo siento, mamá; sabes que me es más fácil enviar mensajes —me disculpé con excusas baratas.

—Es ese trabajo tuyo..., que no tienes tiempo ni para llamar a tu madre... —Y allí estaba de nuevo el mismo discurso del villano, así que interrumpí y corté por lo sano antes de tener que retomar la conversación desde el punto en el que mi madre respondía la llamada.

—¡Hablando de trabajo! ¿Adivina quién se va a trabajar a Birmingham? —Usé un tono de adivinanza con sorpresa feliz, aunque por dentro me clavara puñales en el estómago.

—¡¿No me digas?! ¡¡¿¿TÚ??!!

—¡¡¡YOOOO!!! —respondí con la felicidad más falsa jamás fingida. Una actuación merecedora de un Óscar.

—¡Ni en un millón de años lo hubiera esperado! ¿Tú? ¿Pero cómo es eso? ¿Qué ha pasado? Tú que clamabas que no volverías a Birmingham. Con lo repipi que te has vuelto *en los Londres*. ¿Cómo es eso? —Y así seguía ella con sus monólogos y preguntas que no dejaba responder, soltando pullitas entre pregunta y pregunta, intercalando gritos a Nicholas, mi padre, que estaría en la otra punta de la casa—. ¡Cariño, que la niña se viene de vuelta! —Y volviendo a retomar las preguntas hacia mí—. ¿Y Marcus? ¿Os venís los dos? ¿No me digas que te vienes por él? Que él es más estirado que tú... A ver cómo *te le traes*... —Ups..., parece que me dejé un pequeño detalle por mensajearle.

—¡Mamá, mamá! —interrumpí su incesante palabrerío—. Con calma. Uno, voy por MI trabajo, y resalto el MI en la conversación antes de que vuelvas a preguntar. Y dos, Marcus y yo hemos terminado y no quiero hablar del tema. Sé que te cuesta entender muchas de mis decisiones, pero espero que esta la respetes —Hice una pausa para arrugar la nariz y apretar los labios y añadí—: Por

favor.

—Bueno, tranquila. ¿Pero qué ha pasado? —Dos palabras tardó en quebrantar el acuerdo.

—¡Mamá, no! —Salté yo dispuesta a hacerle la pregunta de la verdad, antes de que ella se pusiera a repetir preguntas que jamás respondería o, peor, a soltar pullitas, ya no solo de mí, sino de Marcus y yo—. ¿Está bien si me quedo en vuestra casa hasta que encuentre un apartamento adecuado por ahí?

—¡Pues claro! ¡Qué pregunta es esa! ¡El tiempo que quieras! Además, ahora que papá ya está más *viejote* le vendrá bien una ayuda en el huerto. Que nosotros aún podemos. Estamos fuertes y sanos, y eso es gracias al huerto, pero ya no es lo que era... —Mi madre siguió con su nuevo monólogo sobre lo bueno que es su huerto y lo mucho que les gusta y bla, bla, bla, pero lo único que rondaba mi cabeza era «¿de verdad se cree que yo iba a ponerme a trabajar en el huerto?» ¡Si se me mueren hasta los cactus! Aún no había llegado y ya estaba deseando irme.

—Bueno, mamá... —Volví a interrumpirla dado que ese era el único modo de poder hablar con ella—. Tengo que colgar, tengo que preparar las cajas y eso.

—Muy bien, cariño. Que sepas que estamos muy contentos de que vengas. A ver si así se te quitan un poco las ideas esas petulantes que me llevas. —Y allí estaba, otro de sus necesarios comentarios. Era el momento de cerrar esa conversación antes de que subiera a más.

—Bajaré en un par de días. Te avisaré. Te quiero. *Ciao*. —Lo dije todo de carrerilla con la esperanza de evitar las cinco despedidas que hay que superar para colgar a una madre. Y funcionó. Colgué después de mi primer *ciao*. Y entonces me tiré en la cama cual estrella de mar con un sonoro «aaarggh». A pesar de todo, había sobrevivido.

Dos días, varias despedidas y un maletero lleno después, me dirigía a mi nuevo-viejo destino, Edgbaston, a las afueras de Birmingham, donde mis padres se escondían «del bullicio de las grandes ciudades», como siempre decía mamá. Aunque yo no pensaba quedarme mucho tiempo fuera del bullicio de una gran ciudad, si no era el bullicio de Londres, por lo menos sería el que el centro de Birmingham pudiera ofrecerme.

Me puse en marcha ignorando todos los avisos de mi alrededor que me pedían por favor que fuera en tren por el bien de mi pie, en vez de hacer dos horas y media de trayecto en coche con un molesto pie izquierdo que poco tenía que hacer en un coche automático, por no decir nada. En aquel momento, había muchos frentes borrosos a mi alrededor, pero si una cosa tenía clara era que no iba a hacer una mudanza en tren. Por muy pocas cosas que me quedaran. Si el pie molestaba, descansaría... tantísimas veces como fuera necesario, incluso más de lo habitual. Yo era así de cabezota, pero mi lógica interna me decía alto y claro «si puedo caminar, puedo conducir un coche automático donde el pie izquierdo no tiene ninguna utilidad». Y ante mi cabezonería no había mucho más que discutir.

A pesar de los éxitos pop de todas las épocas que escogí para amenizar mi camino al pasado, el viaje se me hizo largo y tortuoso y llegué a las cuatro horas y cuarenta y siete minutos de viaje entre parada y parada. Podría culparlo a la molestia del pie chungo..., pero mentiría. Solo pretendía retrasar lo inevitable parando en más de una ocasión para respirar el aire puro de las áreas de descanso exteriores de las autopistas, no para descansar el pie, sino para descansar de mi ansiedad por no querer llegar. Como he dicho..., retrasando lo inevitable. La guinda del viaje la marcó Avril Lavigne con *My Happy Ending*, canción que repetí tortuosamente toda mi adolescencia y gran parte de este viaje. Cantaba a pleno pulmón con rabia y sentimiento. Y en todas las canciones el *you* iba a dedicado a Marcus, Robert, el trabajo o el Universo entero como concepto general al que culpar por mi fracaso. La siguieron otras como *I'm Not Okay (I Promise)* de My Chemical Romance, *Tell Me Why*

de los Backstreet Boys, *It's Alright, It's OK* de Ashley Tisdale y, por supuesto, el clásico que no podía faltar de nuevo en mi vida y en mis momentos más bajos, *I Knew You Were Trouble* de Taylor Swift. Estaba diluviando fuera de mi coche, pero seguramente era solo por el drama. Mi voz de ángel del infierno no debía haber influido en nada. Aunque la peor parte se la había llevado Foffy, que no tenía modo de escapar de esa tortura. Estoy segura de que de poder se habría cortado las venas con las uñas.

Había llegado. Quería quedarme en el coche para no enfrentarme a la vida y seguir cantando, si a eso se le podía llamar cantar, éxitos de la música con los que me identificaba, pero me estaba meando, porque si había algo que no hice en esas cuatro horas y cuarenta y siete minutos era mear. Además, que si no habían escuchado ya mis berridos al aparcar el coche tras el Mercedes Benz 190 viejo, roñoso y cubierto de barro de papá, sería porque no habrían querido escucharlo. La casa estaba exactamente como siempre, con sus muros y hiedra creciendo por la piedra. Las ventanas con sus vallas negras oxidadas, el barro infinito aún en el camino de piedra hasta la puerta y el felpudo con más barro que la propia tierra mojada, si es que eso tiene algún sentido.

Sabía lo que me esperaba cuando abrieran la puerta verde mohosa de la entrada, y no eran los tirones de mejillas de mi madre o los abrazos de oso de papá. Era el asalto perruno y sus patas sucias, así que iba preparada con los mismos *joggers* con los que fui al médico, una camiseta negra ancha y larga, abrigo abierto y bufanda hacía atrás para intentar salvar lo máximo posible del ataque perruno. Conociéndome como lo hacía, llevaría solo una caja de las poco pesadas, que contendría la bolsa del gato con Foffy dentro, como excusa para apartarme y que mamá frenara a los chuchos. Llamé a la puerta con mi mano libre y esperé.

Mamá abrió la puerta y el tornado de animales salió con exagerada felicidad a recibirme..., aunque habrían recibido igual a cualquiera.

—Oh..., te has traído al gato —dijo mi madre sin apenas separar los dientes con un notado tono de decepción y asco por mi querido Foffy. Ignorando el horrible e inmerecido trato hacia mi precioso y apacible gato, resaltaré el hecho de que su primer comentario después de no vernos desde Navidad era una *desbienvenida* a su casa.

—Yo también me alegro de verte —respondí con una sonrisa sin dientes mientras apartaba de mis piernas a los aún alterados sabuesos.

—Pues claro que nos alegramos, mi pequeña —Escuché a mi padre viniendo desde la parte de atrás. En cuanto pudo hacerse sitio entre los perros, me dio un beso en la frente y un abrazo de oso cuidadoso—. Vamos entra, te estábamos esperando. —Cargó con mi caja y entramos con su mano en mi espalda como gesto. Una vez me libré de la caja, mi madre cerró la puerta para darme un abrazo y estrujarme la mejilla.

Y entonces vi que con el «esperábamos» no se refería solo a él y mamá. Estaban Oliver y su tropa al completo: Elizabeth, su esposa, y mis sobrinas, de mayor a menor, Nadine, Nichole y Olivia. No se había molestado mucho en pensar los nombres. Cogió los de los predecesores de la familia tanto suya como de Elizabeth y los adaptó según el sexo de sus herederos. Todas herederas en su caso.

—¡Qué sorpresa! —No quise añadir si era buena o mala y dejarlo simplemente en que no me los esperaba mientras las pequeñas se abalanzaron a abrazarme. Más lentamente se acercaron Elizabeth y Oliver a darme un sencillo beso en la mejilla de bienvenida, pero Oliver, nunca contento con eso, añadió el comentario con el que me torturaba desde el estirón:

—Has encogido, ¿no? —Sabía que lo decía en broma y con cariño, pero me repateaba que me restregara su centímetro de diferencia.

—Cuando pueda llevar tacones de nuevo te lo vas a tragar —respondí apuntándole con el dedo

mientras Nicole me tiraba del abrigo para que la cogiera.

—Seguiré siendo más alto que tú —Sonrió. Oliver observó los incesantes intentos de llamar la atención de su hija—. Deja a tu tía; no puede cogerte con el pie malo —le dijo a Nicole mientras yo ya estaba cargándola.

—Oh, no te preocupes, sí que puedo. —La cargué en brazos.

—Ya, pero no deberías —replicó Oliver. Yo le saqué la lengua. Eran unos segundos para darle un besito a mi sobrinita; no pasaría nada.

—Sí que has tardado, ¿no? —Mamá volvía al ataque con la bandeja de ensalada en las manos para ponerla en el centro de la mesa.

—Sí..., con el pie he tenido que parar más de lo habitual para descansar. —Mi madre se tragó la excusa, que solo respondió con un «aah, claro», como si hubiera hecho la pregunta con respuesta más obvia de la noche. Porque preocuparse por mí o preguntarme cómo estoy estaba sobrevalorado. Sin embargo, a Oliver no lo engañé y agachándose ese maldito centímetro hacia mi oreja susurró una verdad como un templo:

—Charlie, tu coche es automático. No tienes que hacer nada con el pie izquierdo. Literalmente nada —Le sonreí y le agradecí silenciosamente con la mirada que no se hubiera chivado llevando el dedo a mis labios y rogando que mantuviera silencio. Además, me hizo el favor absoluto de eludir el tema con una sonora pregunta que me sacaría de esa habitación—: ¿Hay que bajar algo más?

—Sep. —Dejé a Olivia y salí con Oliver y papá a coger las cajas que quedaban en el coche.

—Llevas muy pocas cosas —dijo papá *muuuuy* sorprendido. Y Oliver coincidía con esa afirmación. En fin..., razón no les faltaba. Era una mudanza que cabía en un maletero y una caja. Así de triste.

—Lo poco que sobrevivió y lo que he comprado para salir del paso... —dije tratando de eludir esa conversación.

—¿Lo dejamos abajo directamente? —preguntó papá mientras entrábamos con mis pertenencias.

—¿Cómo que abajo? Lo podemos dejar directamente en mi cuarto. Ya lo colocaré luego.

—Bueno..., es que tu cuarto ya no es tu cuarto —respondió papá. Mi cara cambió al momento, aunque no quise interrumpirlo, pero dibujó claramente un grito de horror que se leía como un «¡¡¡¿¿¿CÓMO???!»—. Hemos habilitado el sótano para poner la habitación. —Mi padre seguía sin enterarse de mi cambio facial mientras que Oliver se mordía el labio superior. No sabía si se estaba aguantando la risa o si simplemente intentaba decirme: «A mí no me mires, no es cosa mía». Así que tuve que preguntar:

—¿Cómo? —E incluso torcí la cabeza acercando la oreja a la cabeza de mi padre y entrecerré un ojo para escuchar mejor lo que me estaba diciendo. Mi padre seguía sin leer y entender mi tono de incompreensión hacia la injusticia de la situación—. ¿Cómo que el sótano?

—Sí, tu madre puso el gimnasio en tu habitación y movimos tus cosas aquí abajo. —Papá no se inmutaba. Él seguía contándomelo con total normalidad mientras bajábamos las escaleras de cemento.

Y hasta que no lo vi con mis propios ojos no lo creí, pero sí. Allí estaban mi cama y cajas polvorientas con lo que antes decoraba las estanterías y paredes de mi habitación. No se habían molestado en montar y hacer nada más que la cama. Una cama entre cajas de mi adolescencia, las nuevas recién llegadas de Londres, el cesto de la colada, la lavadora y la secadora en lo que sería mi nuevo cabecero. Preciosas tuberías adornando las paredes de mi nueva habitación y ladrillo marrón como el acogedor color que me arroparía por las noches. Pero habían tenido el detalle de poner un par de alfombras sobre el suelo gris de cemento mal pavimentado y una regleta con varios enchufes y un calefactor de aceite conectados a la corriente.

—Vale —suspiré y, mientras papá volvía arriba, cogí del brazo a Oliver antes de que se marchara y le susurré la mayor de las verdades—: Luego me dices que para mamá no existen favoritos. —Hice una mueca con la boca chocando los dientes y lo solté del brazo. Oliver no respondió nada más que una risilla. Tampoco esperaba respuesta; era una afirmación certera. Había enviado mis trastos al sótano a coger polvo para tener sus dos aparatos de gimnasio cogiendo polvo en MI cuarto. Toda esta situación me parecía surrealista y me superaba..., pero no era el momento de montar una escena. Respiré hondo una vez. Y otra. Y otra más. Finalmente, volví arriba con el resto de sociedad con las más falsas de las sonrisas y actitudes.

Pensé en acercarme a la cocina, donde mi madre y Elizabeth estaban terminando de preparar la cena. Una cocina que, vista ahora, parecía hecha a parches, con armarios de diferentes colores a los de la encimera, hierbas secas colgando en las paredes para vete tú a saber qué brebajes o comidas los quería, cientos de botes con especias, cafés y té, pero ninguno combinando con el otro, platos decorativos de abuelas que nunca me gustaron y con los que siempre soñé que se me caían al suelo por accidente. Y por supuesto las plantas. Plantas en las encimeras, en los armarios y sobre ellos. Plantas en el suelo y colgadas en las paredes. Unas caídas, otras se mantenían perfectamente en el diámetro de su tiesto y otras querían alcanzar el techo. De hecho, si no fuera por ese techo, aún podría pensar que estaba en el exterior, perdida en medio de la jungla. Una jungla con un gusto horrible, con encimeras de granito tostado sobre la madera ocre y bajo los armarios verdes. Preferí no entrar en la zona de guerra y omitir esa batalla. Lo que sí hice fue enviarle una foto de mi nuevo cuarto a Alice.

De Charlotte: ¿Qué te parece mi nuevo cuarto?

De Alice: ¡No te creol! :O

De Charlotte: Bienvenida a casa...

No iba a hacer más comentarios al respecto. Volví con mi hermano, mis sobrinas y mi padre al salón. Otra zona interesante de la casa, con alfombras rojas de estampados marroquíes a juego con un sofá de, más que probablemente, la Edad Moderna, beige, viejo y estampado a flores, al lado del butacón de papá. Una butaca de respaldo alto a cuadros verdes y azules con dos cojines redondos y planos en color rojo y la mantita azul colgando del lateral izquierdo. Manta que no he visto usarse en mi vida. Estoy casi segura de que el sillón se había hecho con la manta, incrustada en el reposabrazos sin poder escapar. La mesita de café ovalada de madera oscura con un centro de cerámica blanca y un dibujo de una rosa, que quizás era la única planta que sería capaz de identificar en toda mi vida. La rosa y la orquídea. Y sobre esta, un jarrón horrible, pero HORRIBLE, de cisne con más flores de color rosa, pero no eran rosas. Tras la butaca estaba la chimenea, que sería probablemente lo único que salvaría de esa casa, quitando las quinientas fotos familiares que decoraban las polvorientas estanterías de libros de al lado. Libros que jamás les he visto tocar. Seguro que, si miraba dentro, estarían huecos o carcomidos por las termitas. Pero algo que me gustaría resaltar entre aquella exposición de fotos familiares era la cantidad de fotos más que había. Podía encontrar a Oliver ganando el torneo de críquet en el instituto, todas sus graduaciones desde el jardín de infancia hasta la universidad, su boda con Elizabeth, fotos de cada una de sus nietas, tanto recién nacidas como juntas en el parque, en la playa, en casa o jugando en el jardín de casa. Otras tantas de Alice, también todas sus graduaciones, algunas de sus viajes, la inauguración de su restaurante y el día que anunció su relación formal con Louis. ¿Y más? Mi graduación del jardín de infancia con una sonrisa mellada donde me faltaban más dientes de los que tenía y la del vergonzoso baile de graduación con Oliver al lado. Muy probablemente la puso porque salía Oliver y yo horrible con mi sonrisa con aparatos y esa flor rosa horrenda en la cabeza. La última foto en la que yo aparecía era una donde estábamos los tres de niños en el porche de casa con un suéter de lana gordo, feo y picajoso y en la que Alice y Oliver están de pie superestirados, sonriendo a la cámara, y yo detrás sentada de brazos cruzados y

enfurruñada. De nuevo, opino que la tiene allí porque salen Oliver y Alice y no la corta porque, uno, se notaría mucho su favoritismo y, dos, le gusta verme mal. Ella sabía que me había dado el jersey más horripilante de todos.

Así que, vista la situación, ni siquiera pregunté si necesitaban ayuda en la cocina. Podía ver cómo terminaría en ambos casos. Si ayudaba, lo estaría haciendo todo mal y me reprocharía que solo las estaba retrasando, que tenía casi treinta años y que tendría que saber cómo pelar una patata para mi futuro marido y sus futuros nietos. Y el mal rato que pasaría sería mucho más largo y mayor que si simplemente no lo intentaba, lo que quedaría en un simple reproche de «si hubiésemos tenido más ayuda, habríamos terminado antes», reproche que no iría destinado a nadie más en la sala más que a mí.

Solo tenía que sobrevivir a esa cena familiar. Intentaría centrarme lo máximo posible en mis sobrinas y Oliver, evitando las conversaciones adultas e ignorando mi redundante pensamiento de «ojalá Alice estuviera aquí». Ella siempre apaciguaba con éxito las conversaciones y momentos incómodos.

A pesar de todos mis esfuerzos, no puede evitar las comparativas entre los hijos de mamá y sus preocupaciones por acercarme a los treinta y estar soltera después de haber dejado ir al «buen chico de Marcus» sin motivos. Porque sí, ahora que ya no éramos pareja, era un buen chico, pero, cuando éramos pareja, era un esnob falso e insoportable cosmopolita. No podía evitar pensar siempre que, el día en que muriera, de golpe me convertiría en su favorita, la buena chica con la que todos sus otros hijos deberían compararse. Desde que tengo uso de razón, todo lo que hacía o las decisiones que tomaba eran malas o para hacerle mal:

- Me gustan los gatos.
- Los perros son mejores.
- Mi color favorito es el amarillo.
- Ese es un color hortera.
- Quiero estudiar *marketing*.
- Eso no tiene futuro.
- He encontrado trabajo en Londres.
- Con lo bien que se está aquí.
- He diseñado la campaña de publicidad de Mulberry completa.
- En eso malgastan el dinero.

Siempre mal. Así que no me sorprendía que esa noche fuera más de lo mismo. Solo que ahora mi trabajo estropearía su precioso y tranquilo Birmingham, según ella. Yo lo llamaba «mejorar»; ella «estropear». Literalmente como el perro y el gato. La tensión se podía cortar con cuchillo.

Una cena y setenta y ocho comparativas después, me retiré a mi nuevo cuarto y robé una tarrina de chocolate del congelador. Sí, también tenía un congelador, en el lado contrario del rincón de la colada. Saqué el portátil nuevo de una de las cajas y, bajo las mantas con Foffy, me escondí tras la pantalla, donde disfruté de un dramón para hundirme más en la miseria. Admitámoslo: el ser humano tiene la necesidad de recrearse en su drama autoboicoteándose con música triste y películas deprimentes. Como puros sadomasoquistas con el drama. Sé que no es lo más inteligente, pero todos lo hacemos. Así que no me juzguéis.

Allí estaba yo, sola y patética, llorando con mi gato en el sótano de mis padres y ahogando la ansiedad en chocolate. Sinténdome la chica rubia más desgraciada desde el sol hasta Alfa Centauri y los planetas que probablemente orbitan a su alrededor, porque así lo era.



## Capítulo 11

### Más vale pájaro en mano que ciento volando

Era un nuevo día y estaba deseando salir de esa casa. No solo el día de hoy, sino en general. Cuanto antes hiciera mi trabajo, antes me iría. Y el primer paso era conocer al cliente y sus intenciones, así que iba a ponerme en marcha inmediatamente. Desgraciadamente, salir de esa casa no era tarea fácil. Fui interceptada por mis padres a apenas unos centímetros de la puerta.

—¿No desayunas? —gritó mi madre desde la cocina. En realidad, no era una pregunta que esperara respuesta; era más bien un «de esta casa no sales hasta que desayunes», pero tenía que intentarlo.

—Desayuno fuera. —Sonreí tratando de alcanzar la puerta de nuevo.

—Pues ya me lo podrías haber dicho, que tengo el desayuno preparado. Y además, ¿qué te crees, que soy tonta o qué? Un café en la calle no cuenta como desayuno. Mueve el culo aquí, que como sigas así te me vas a desmayar por la calle.

—Vale —gruñí rendida. Si quería salir de allí rápido tendría que seguir la corriente y no nadar contra ella—. No todas nos levantamos a las cinco de la mañana para avisar de que no vamos a desayunar en casa, pero tranquila, que mañana te mando un mensaje —añadí mientras me sentaba en una de las sillas de madera de la mesa de la cocina con su mantel a cuadros rojos y blancos.

—¡No me seas! —gritó mamá con su tendencia a culparme a mí de sus malas decisiones—. Me lo hubieras dicho anoche.

—Bueno, pues que conste en acta —expuse llamando también la atención de mi padre con un chasquido. Podía dejar de prestar atención a su periódico unos segundos; no le pasaría nada—: mañana no desayuno aquí. Y el café sí cuenta —concluí.

—Por la noche me lo recuerdas —dijo mi madre poniendo sobre mi plato lo que parecía una docena de tortitas con cantidades ingentes de sirope y haciendo oídos sordos a mi comentario. Papá volvió a bajar la cabeza a su periódico a modo de «a mí no me metas» o «esta guerra no va conmigo». Mamá se acercó con la jarra de café.

—¿Café?

—Sí, por favor —«Vaya pregunta absurda», pensé—. Sabes que no voy a terminarme las doce tortitas, ¿verdad? —rematé. En realidad, no esperaba respuesta de mi madre, pero quería que quedara constancia.

Mi padre se sentó conmigo en la mesa. Normalmente se tomaba el café en su butaca con su periódico, pero por mí hizo una excepción. Cosa que agradecía infinitamente para tener un mediador entre mi madre y yo. No sería la niña de mamá, pero sin duda era la de papá.

—¿Y qué vas a hacer hoy? —me preguntó papá interesado de verdad mientras mamá ponía la oreja a la espera de poder reprocharme lo mal que le parecía todo.

—Tengo que reunirme con el cliente. A ver qué ideas tiene, qué quiere, ver la zona que le interesa y eso —explicaba mientras me llenaba la boca de tortitas—. Es lo que llamo trabajo de campo.

El chiste malo nos hizo gracia a papá y a mí. Para variar, mamá tuvo que expresar su valiosa opinión:

—Trabajo de campo es ponerse manos a la obra en el huerto. —Reproche número uno.

Papá tomó un último sorbo y puso los ojos en blanco. Sabía que ese iba más para él que para mí.

Finalizó el café, dobló el periódico dejándolo sobre la mesa y se fue al jardín a trabajar.

Me había quedado sola, la última guerrera en primera línea. Papá salió huyendo por patas a la mínima... Traidor. Pero no voy a negarlo: yo hice exactamente lo mismo. Tragué tan rápido como pude lo que me quedaba de café para salir por patas.

Y mientras huía descaradamente cogiendo bolso y abrigo, grité mis últimas palabras antes de desaparecer:

—¡No me esperes para comer! —Cerré la puerta sin opción a respuesta y escapé.

Nos reunimos en el Alpha Tower del mismísimo centro. Su nombre era Hernest Callahan. Entrado en la cincuentena, con las canas asomando en su pelo pelirrojo apagado, un poco entrado en carnes, con papada prominente, gafas minúsculas a media altura de su nariz, afeitado prácticamente perfecto y traje a medida azul marino con finas rayas blancas. Era probable que ese edificio fuese lo más moderno que encontrara en Birmingham en aquel momento. Hernest me recibió de inmediato en su despacho. Suelo negro brillante en el que podía verme reflejada. Líneas rectas, cristal y metal impolutamente reflejante describían no solo su despacho, sino también el edificio en general.

—¡Charlotte! —Me recibió de pie frente a su enorme mesa de cristal con los brazos abiertos. Como si me conociera de toda la vida. Se acercó a darme un sencillo beso en la mejilla mientras mantenía los brazos sobre mis hombros con una sonrisa imperfecta aunque enorme de lado a lado de la cara—. Robert me ha hablado maravillas de ti. Dice nada menos que lo mejor. ¡Una superestrella! Estaba ansioso por poder hablar contigo.

Pasaban demasiadas cosas por mi cabeza, pero la que más se repetía era «mantén tus expectativas bajas para no decepcionarte» y «gracias por la presión innecesaria, Robert».

—Vaya, cuántos halagos —Sonreí con la boca torcida. Hernest me hizo una seña para que me sentara—. Espero no decepcionarlo, señor Callahan —añadí mientras me sentaba frente a él.

—También mencionó tu modestia —Soltó una corta aunque sonora carcajada—. Y por favor, trátame de tú. En confianza. Esa es la base de toda relación profesional. La confianza —A mí no tenía que venderme sus rollos comerciales. Sabía exactamente cómo funcionaban, pero desde luego Hernest desbordaba confianza. Eso o era un actor digno de Óscar—. ¿Por dónde empezamos?

—Por el principio —Guiñé—. Quiero saberlo todo.

Para poder crear la imagen perfecta de su nuevo hotel tenía que saberlo todo: sus ideas, sus orígenes, su historia, lo que quería, lo que necesitaba, lo que tenía y, sobre todo, lo que le faltaba. Lo cierto es que le faltaba algo bastante importante: la propiedad del lugar donde lo querían construir. Ese lugar pertenecía al dueño de un minúsculo establecimiento llamado BookNest, una librería que parecía que llevaba allí años, sobreviviendo al tiempo y a las generaciones. Al parecer el tío era un hueso duro de roer y no quería vender.

—Aún así, es solo cuestión de tiempo que nos hagamos con la propiedad. Tú por eso no te preocupes. Solo encárgate de crear la imagen perfecta. Sé que eres perfecta para esto. Robert me lo ha dicho. —La responsabilidad era abrumadora, pero tenía razón. Yo era perfecta y que se hicieran con la propiedad no tenía nada que ver con mi labor allí.

—Perfecto —Extendí la mano para estrechar la suya y cerrar el trato—. Empezaré explorando los alrededores y el establecimiento concreto donde quieren situarse. El miércoles por la mañana podré presentarle las primeras líneas e ideas del enfoque. Usted decide por qué línea seguir. ¿Dónde puedo trabajar?

—¡Sí! Me gusta lo que escucho —Me devolvió el apretón de manos con una sonrisa—. Mi

secretaria te facilitará un espacio de trabajo a la altura —Me acompañó a la puerta cordialmente dejándome pasar. Un auténtico caballero con modales—. Rose, acomoda una zona de trabajo para la señorita Fausser, por favor. Mañana empieza con nosotros a todo gas —añadió dirigiéndose a su secretaria. Ella asintió—. Si necesitas cualquier cosa, no dudes en contactar conmigo. —Finalizó la conversación con otro apretón de manos y una palmadita en el hombro.

—Muchas gracias, Herness. Nos vemos mañana —respondí con firmeza a ese apretón y con una sonrisa sin dientes.

La librería en cuestión estaba situada cerca de la Centenary Square en Broad Street, junto al canal de Birmingham. Entendí instantáneamente por qué les interesaba la zona. A tiro de piedra podías encontrar el centro de la ciudad, el Hall of Memory de Birmingham, teatros, estadios, un monumento prominente, el canal, una zona rica y una zona verde. Tenía una localización perfecta. Y lo que más les interesaba: la mejor de las competencias bien cerquita. Era un proyecto ambicioso, pero lo único que se lo impedía era la librería justo en la esquina con el canal. No iba a ser difícil vender el hotel perfecto en ese lugar.

Inspeccioné la zona café en mano, no solo por interés profesional, sino también personal. Iba a estar un tiempo allí y quería controlar bien la zona de tiendas y vida social. Además, que no podía quedarme encerrada en un sótano bajo la atenta mirada de una juiciosa madre. Necesitaría un apartamento y, si no podía estar en el centro de Londres, lo estaría en el centro de Birmingham. Terminé mi café y decidí entrar en BookNest. Sentía curiosidad por ver cómo era por dentro y quería conocer al dueño. En realidad, quería saber por qué no quería vender. No se lo iba a preguntar directamente, pero quizás podía sacar alguna idea de cómo vender la imagen del hotel sustituyéndolo por la librería. Si el dueño actual estaba allí y no quería vender era por algo, y yo necesitaba conocer ese motivo.

Crucé esa puerta. Fue como volver al pasado. Nada más entrar, había estanterías de madera a cada lado de la puerta que llegaban hasta el techo. No había casi luz, aparte de la de las bombillas amarillas. Suelos de madera vieja y una cantidad de libros de todas las épocas, colores y tamaños. Mesas con montones de libros y cajas con más libros bajo estas. Era de locos. Pensaba preguntar luego a Oliver y a mi padre si conocían este lugar. Con lo que les gustaba leer, deberían. Aquí papá encontraría lo que él llamaba «joyas». Deambulé un poco entre las estanterías, pero no había nada más que libros, más libros y polvo. En realidad, más que una librería parecía un rastrillo de libros.

Estaba parada frente a una de las estanterías viendo qué libros contenía exactamente cuando una bestia enorme de cuatro patas se abalanzó sobre mí sin previo aviso.

—¡Controla a tu bestia! —grité desde el suelo sin ver siquiera quién estaba apartando al animal de encima de mí.

Pero sí podía escuchar cómo no paraba de repetir entre tirones:

—Lo siento, lo siento, lo siento... —Era un «lo siento» tras otro con torpeza mientras aguantaba al perro detrás de su espalda tras apartarlo de mí— ¡Dogo! —Terminó apuntando con firmeza su dedo contra el perro, que finalmente se calló y sentó. Entonces, aquel tipo con pintas de mendigo me tendió la mano para ayudarme a levantarme—. Lo siento. ¿Está bien?

Ignoré su mano; podía levantarme yo solita.

—No se preocupe. Ya ha hecho suficiente —dije mientras me incorporaba y sacudía el polvo de mi ropa murmurando en voz alta—: No entiendo cómo dejan entrar a estos bichos en las tiendas...

De normal, no tenía nada en contra de lo perros. Me he criado toda mi vida en una casa de

perros y es por eso por lo que podía decir sin dudar cientos de razones por las que los gatos eran mejores. Razón número uno: no te tiran al suelo cuando se abalanzan sobre ti por sorpresa en medio de una andrajosa librería.

—Lo siento. —¡En serio! ¿Ese tío sabía decir algo más?

Tenía el pelo castaño y largo, hasta la barbilla. Una barba corta con apariencia descuidada. Era un tío bastante desaliñado, nada especial. Vestía un jersey grande en un color como gris sucio, tejanos desgastados y una bufanda no muy gorda a rayas tribales en diferentes colores de tonos apagados. No era muy alto, aunque a mi lado, casi todo el mundo parecía ser bajo. Le sacaría unos tres centímetros y para mí eso ya era suficiente para que alguien fuera bajito. Llevaba unas gafas de pasta parecidas a las que yo con tanta intensidad ocultaba al mundo, pero él parecía llevarlas con orgullo; todo lo contrario a mí. Sin embargo, el tío parecía bastante paradito. Terminé de sacudirme, suspiré estirando la espalda y finalmente respondí:

—Ya, eso ya lo has dicho —Sonreí arrugando la nariz, pero para no dejarlo con mala sangre no lo dejé ahí. El tipo ya parecía sentirse bastante mal, y yo ya había soltado mis amigables comentarios entre dientes... y fuera de ellos—. No te preocupes. Hay cuatro perros donde vivo; estoy acostumbrada. —Y ahí sí que terminé sonriendo sin arrugar la nariz, pero sin dientes.

—Lo siento...

—Por favor, deja de decir eso. Me estás poniendo nerviosa —le interrumpí de verdad. Cualquier otra palabra en aquel momento era válida.

—¿Puedo ayudarla? —¡Por fin! ¡Palabras nuevas!

—Eeeehm, no, gracias. Solo estoy buscando al dueño de esto. —Empecé a mirar a mi alrededor en su busca.

—Ah, entonces sí puedo ayudarla —Me giré de vuelta a él y me cambió el color de la cara de golpe—. Yo soy el dueño. —Ahora era yo la que no tenía palabras

Desde luego no era como los empresarios con los que estaba acostumbrada a tratar y solo pude pensar: «Joder, he empezado de puta madre». Recapitulemos: llamé «bestia» a su perro, insinué que dejar entrar a los animales en los establecimientos privados era un error cuando es su tienda y su perro y, para terminar, le recriminé que como dijera una vez más lo siento me iba a volver loca. Un inicio de matrícula. «Muy bien, Charlotte», me dije sarcásticamente. Alargué el brazo a la estantería y saqué el primer libro que pude.

—¿Me cobras? —dije señalando el libro ganador que había sacado, sin mirar siquiera qué coño era.

—*Guía de bolsillo de aves británicas* —leyó en voz alta en un tono ligeramente interrogativo.

—Me gustan los pájaros. —Mentira. El dueño cogió el libro y se dirigió al mostrador a través de aquel laberinto de estanterías y libros.

—Cuatro perros, amor por las aves, ¿algo más? —enumeraba mientras llegábamos al mostrador y lo pasaba por su máquina de, por lo menos, el año 1800.

—También tengo un gato.

—¡Vaya! Una apasionada de los animales —Ahora hacía comentarios ingeniosos. Ahora. Terminó de pasar el libro por su máquina de última tecnología—. Nueve con noventa y nueve, por favor —No me lo podía creer: iba a pagar diez pavos por una guía de pajarracos. Me puse a buscar el monedero en mi enorme bolsa y sacar el billete de la cartera—. ¿No tendrás una granja?

—No, pero sí un huerto. —Le seguí el rollo mientras le pasaba el billete. Ahí me di cuenta: tenía tatuajes que asomaban por la mano y los dedos. ¿Cuántos más habría escondidos? ¿Cómo no me había fijado antes cuando me tendió la mano para ayudarme? Bueno, esa era fácil, porque lo ignoré

completamente.

—¿Quieres bolsa?

—No, gracias. Tengo el bolso. Y quédate el cambio. —Cogí el libro y me dirigí a la salida. Durante todo ese rato, el perro lo había seguido sin hacer ni un ruido ni tratar de matarme de nuevo. Maldita mosquita muerta.

—¡Vuelve pronto! —gritó despidiéndose con la mano desde su lado del mostrador mientras salía por la puerta.

Salí por esa puerta diez libras más pobre, con un libro completamente inútil para mí y sin completar mi misión de investigación. Caminaba calle arriba cuando ni siquiera era la dirección a la que tenía que ir, dándole vueltas a la cabeza. No podía irme de allí con las manos vacías. No literalmente, claro. Además, técnicamente era él quien había empezado enviando su perro al ataque. Así que di media vuelta y volví a la librería.

Seguía en el mostrador.

—No me refería a esto cuando decía «vuelve pronto», pero bienvenida —dijo chistoso al verme cruzar la puerta.

—¿Sabes? En realidad, no me gustan los pájaros. Bueno, tampoco me disgustan, pero lo que está claro es que me importa más bien poco su hábitat, lo que comen o lo que dejan de comer. Yo venía aquí con las ideas muy claras a hablar contigo y tú lo has estropeado todo tirándome a tu perro. Así que, ¿por qué?

Yo había escupido todas mis palabras sin control y a él lo había dejado sin nada que decir.

—Eehm, no-no sé. Normalmente no lo hace —dijo mirando a su perro entre tartamudeos.

—¡No! ¡Lo de tu perro no! —interrumpí—. Me refiero a por qué...

—¡Espera! —ahora me interrumpió él—. ¿Has dicho que venías a hablar conmigo?

—Sí, bueno, no contigo, pero sí —Me estaba liando y él también. Hice una pausa, respiré y continué—: Venía a hablar con el dueño y ese resultas ser tú.

—Ooogh..., otra vez no —Su cara cambió por completo. Parecía cansado y desganado—. Ya les he dicho miles de veces que no voy a vender y porque envíen a una chica guapa no voy a cambiar de opinión.

—¡No! —interrumpí—. ¡No vengo por la venta! —Su cara volvió a posición neutra—. Yo no tengo nada que ver con eso. Bueno, más o menos —Volvía el lío—. Quiero decir que no tengo nada que ver con el proceso de ventas. Solo quiero saber... ¡Espera! —ahora me interrumpía yo sola—. ¿Has dicho que soy guapa? —El dueño cerró la boca de golpe y se sonrojó. Ahora mismo en esa habitación su cara era lo que más color tenía—. Es igual. Olvídalo. Pero gracias —Tenía un balbuceo y un descontrol de mi cerebro y concentración exorbitante en aquel momento. Intenté centrarme en lo que venía a hacer y decir desde el principio. ¿Cómo podía ser tan segura a veces y tan vacilante otras?— Solo quiero saber por qué no quieres vender. ¿Qué tiene este sitio que lo hace tan importante?

El dueño del lugar bajó la cabeza y resopló.

—La gente como tú no lo entendería.

—Punto uno: no tienes ni puta idea de cómo soy. Punto dos: ¿por qué no lo intentas?

—Es largo de contar. —Conmigo las evasivas no funcionaban.

—Estoy libre para cenar —Y podía ser muy persistente cuando quería. La pausa estaba siendo larga, así que tomé la delantera—. Estaré esta noche a las siete en Brew Dog Birmingham. Pregunta por Charlotte Fausser. Y, si no apareces —Levanté un poco los brazos sacudiendo levemente la cabeza, mientras caminaba de espaldas hacia la salida—, sabré cómo encontrarte. —Sonreí, di media

vuelta y salí por dónde había entrado.

Esta vez sí salí de allí con algo en mis manos, aparte del libro. Solo esperaba que realmente apareciera esa noche o me quedaría esperando sola y patética como la chica rubia más desgraciada de la Vía Láctea, con sus más de doscientos mil millones de estrellas y lo que sea que contenga, juzgándome desde lo más lejano de la galaxia cercana.

## Capítulo 12

### No-cita

Inmediatamente al salir de allí, llamé para hacer una reserva. Si no todo mi plan podría irse a la mierda.

—¿Hola...? Sí, buenas tardes. Llamaba para hacer una reserva... Charlotte Fausser, esta noche a las siete, para dos... Perfecto, muchas gracias.

Colgué. La reserva estaba hecha. Todo iba sobre ruedas, a no ser que me diera plantón. ¿Se podría considerar plantón? ¿O eso solo se aplica a las citas? Porque ni de coña era una cita. Ese tipo estaba muy por debajo de mis estándares; ni siquiera cumplía el requisito indispensable número uno: ser más alto que yo incluso con tacones. Ya estaba completamente descartado por muy mono que pudiera llegar a ser bajo esa desarreglada imagen. Faltaba lo peor: avisar a mi madre de que no iba a cenar antes de que se me tirara al cuello.

De Charlotte: Mamá, ceno fuera. No me esperéis.

¡Hecho! Si no miraba el móvil, ya no era mi culpa. Yo tenía mis pruebas a un clic de mi mano. Por un momento pensé en volver a casa, cambiarme de ropa y arreglarme un poco, ¡pero no! Eso lo convertiría en una cita y no era una cita. Así que hice tiempo en una cafetería e investigué para diseñar la campaña perfecta. Tenía mucho que hacer, pero, por algún motivo, no me quitaba la cena de la cabeza. ¡Una cena con un tío del que ni siquiera sabía su nombre! ¿Por qué estaba tan nerviosa? Era trabajo. ¿Por qué lo sentía tan poco profesional? ¿Por mis pintas? ¿Por la suyas? No era posible que siguiera dándole vueltas a eso; era absurdo. Ignoré completamente la parte de mi cerebro que me decía «arréglate» y me quedé con la que decía «ponte a trabajar, puta vaga». Esta segunda parte era más agresiva.

El momento había llegado e hice caso a la parte de mi cerebro que me obligaba a trabajar o invertir mi tiempo en cosas de provecho, tanto que ya tenía un mapa de la zona con las localizaciones buenas y malas marcadas y un par de esbozos de ideas para la campaña. Estaba mal que lo dijera yo, pero «soy la hostia». Era el único pensamiento recurrente cuando obtenía resultados notablemente exitosos para mi ego. Sin embargo, seguía faltando una pieza en mi puzle: los motivos del actual propietario. Pero eso estaba a punto de descubrirlo...

*Prepuntual*, como siempre. Me encontraba ya sentada cinco minutos antes de la hora clave. El lugar era ruidoso y con gentío. Debí de haberlo imaginado, pero era el único lugar que me vino a la mente en aquel momento, me gustara o no. Así que iba a ser eso o nada. Era un lugar mucho más informal de lo que acostumbraba a pisar; ni siquiera el menú era un menú de restaurante como tal. «*Duuuh*, el nombre lo dice todo, Charlie», me reprimí mentalmente sin piedad. Mi mente no estaba cómoda en un ambiente de trabajo como ese... Mi mente no estaba cómoda en un ambiente como ese. No era mi estilo; no soy de bares con cerveza a tutiplén, paredes de ladrillo sin pulir y bancos azul desgastado enganchados a pegajosas mesas de madera mal barnizada. ¡Por Dios, si había incluso grafitis dentro del lugar! Y por no hablar de la pobre iluminación con las débiles bombillas colgando o las luces de neón por las paredes. No sabía si era un chiringuito o una discoteca. No pedía mucho más que poder verle la cara y hablar con la persona que aún podía no aparecer. Pero lo peor estaba por llegar, mi gran pesadilla: la comida. ¿Hamburguesa o alitas de pollo? ¿¡Estás de coña!?! ¿Es la comida número uno a evitar en tu primera cita! Cualquier cosa que se coma con las manos está completamente prohibida, pero aquí no había ninguna otra opción. Y, aunque esto NO era una cita, ¿qué clase de impresión profesional iba a causar con el ketchup chorreando por las manos? Ahora era yo la que quería irse de ese lugar, pero no podía darle plantón a mi no-cita. Yo era una profesional,

aunque me encontrara en un entorno que denotara lo opuesto.

—¿Le traigo algo mientras espera? —El camarero interrumpió mis pensamientos con su oferta.

—No, gracias. —Aunque sin duda necesitaba un trago, prefería esperar serena, o huir sin más si no aparecía. Ya eran las siete en punto y, aunque entiendo que no todo el mundo sufre mi enfermedad de llegar siempre antes a los sitios, supuse que él podía padecer la enfermedad de llegar siempre tarde. Solo esperaba que no fuera grave; odiaba esperar. Y que me dieran plantón.

Si hubiese sido Paul, a las siete y un minuto ya le habría enviado un mensaje exigiendo saber dónde estaba y por qué no estaba ya allí. «Si ya sabes que siempre llego tarde para qué llegas antes!», me recriminaría él. Formaba parte de mi encantadora forma de ser, pero con el librero no tenía esa confianza. De hecho, por no tener, no tenía ni su nombre. Eran las siete y tres minutos y en mi cabeza se formó la imagen de una solterona abandonada que esperaba desesperada. Solo por tres minutos tarde... ¿Qué me pasaría cuando fueran cinco?

Miraba descontrolada a mi alrededor en busca de su cara entre la muchedumbre escandalosa de ese puñetero bar. Pero nada. Los minutos pasaban lentos y tortuosos y empezaba a notar cómo mi desesperación aumentaba a una velocidad inversamente proporcional a la de los segundos. Esto era lo más cutre y patético que me había pasado nunca. En realidad, no. Era más patético aún que yo siguiera esperando con las manos vacías a que mister desconocido apareciera, negando a los camareros que me trajeran una merecida copa de alcohol para amenizar la vergüenza que estaba pasando. A los diecisiete minutos y el tercer intento del camarero, acepté una cerveza. Yo nunca bebo cerveza; me parece realmente asquerosa, pero a falta de daiquiris cualquier gota de alcohol era mejor que nada. Era ridículo. No es que llegara tarde; es que ese tío no iba a aparecer. Cinco minutos tarde era tolerable, diez podría llegar a ser aceptable con una buena justificación, ¡pero veinte! Eso era completamente intolerable. Aún así, seguí esperando. Aún no sé por qué. No me terminé aquella asquerosidad de cerveza; simplemente, pedí la cuenta.

—¿No hay acompañante al final? —Era posible que ese camarero lo hiciera con toda la buena intención y que el tono de su pregunta denotara lástima, pero no necesitaba ni su compasión ni su recordatorio, así que lo único que consiguió fue quedarse sin propina. Dejé el billete sobre su mano con una sonrisa falsa, sin dientes, como siempre. Agarré mi bolso y salí de aquel antro. Hice el recuento final. Estuve allí un total de cuarenta y tres minutos. Eso era un plantón en toda regla, fuera o no fuera cita. Mañana me iba a oír. ¡Y encima sin cenar! Quería patear una de las farolas de la calle, pero con la suerte que tenía me rompería el dedo del otro pie. Así que apreté los puños y contuve mis espasmos de rabia contenida. Había quedado como una absoluta, completa y ridícula patética.

—Podría haber llamado al restaurante por lo menos —murmuraba mientras caminaba hacia el coche. Y me puse a imitar su voz en tono burlón—: Hola, soy el tonto que le va a dar plantón a Charlotte Fausser. ¿Podrían avisarla de que no me voy a presentar? Ja, ja, sí, gracias, adiós —Terminé mi falsa imitación—. Qué triste mi vida, ¡joder!

Dejé de hablar en voz alta porque la poca gente que quedaba en la calle me miraba raro. No quería ganarme la etiqueta de «la loca del pueblo» y no necesitaba otra etiqueta más en mi espalda.

Este año, todo estaba yendo cuesta abajo. No me habían dado plantón ni una sola vez en mi vida entera, y debo decir que yo tampoco había plantado nunca a nadie, ni siquiera una planta. Así que esto era algo que sin duda no merecía. Ni esto ni muchas otras cosas. Y me daba igual que no fuera una cita; esto no se hacía. Solo había una persona en el mundo capaz de entenderme en un momento tan bajo de mi vida como este.

De Charlotte: Me han plantado y casi me tomo una cerveza en un antro poco iluminado y con mesas pegajosas sola.

De Paul: Huye de ahí. Mi Charlie no toma cervezas en antros poco iluminados y mesas pegajosas.

De Charlotte: ¿Y el plantón?

De Paul: Ni lo considero. No hay nadie allí que te merezca.

De Charlotte: No era una cita.

De Paul: Entonces no es un plantón, *cariña*.

De Charlotte: Pero estaba sola, esperando a un tío en un antro poco iluminado y con mesas pegajosas.

De Charlotte: Cuarenta y tres minutos.

De Paul: Vale. Punto número uno: ¡pobre de ti si vuelves a llamarme como una loca cuando tarde 3 minutos! Punto número dos: ¿por qué no lo has llamado?

De Charlotte: No tengo su número.

De Charlotte: Ni su nombre.

De Charlotte: Solo sé donde trabaja.

De Paul: ¿Por qué quedas con un tío del que no sabes ni el nombre? Eso sí es de loca.

De Charlotte: Lo sé. Soy patética.

De Paul: He dicho loca, no patética. No inventes.

De Paul: De todos modos, nadie da plantón a mi Charlie. Rómpele un cristal.

De Charlotte: ¡Tú sí que estás loca! Y yo no soy esa clase de loca. ¡No voy a romperle un cristal!

De Charlotte: Me sentía horrible... Una parte de mí sabe que no debería porque no era una cita..., pero eso la gente no lo sabe. He quedado como una solterona de casi treinta, acabada y esperando a un tío que no ha aparecido. Dime si no es patético y triste.

De Paul: Él es triste y patético. Tú te has mantenido como una profesional sin faltar a tu promesa y has aguantado muy dignamente. Ahora, rómpele el cristal.

Esa última era buena. Me hizo reír, pero no iba a romperle un cristal, aunque esto no iba a quedar así. «Nadie le da plantón a Charlotte Fausser», me dije imaginando cientos de frases, discusiones y conversaciones donde yo salía exitosa y ganadora. Es todo ese tipo de frases que solo te salen cuando ya ha terminado la discusión. Cuando toda conversación ya ha pasado y te viene la respuesta perfecta, pero ya es tarde, porque ya estás en tu casa dándote un relajante baño. O esas escenas que te imaginas en tu cabeza donde todo sale perfecto y a tu favor, pero que sabes que solo están en tu cabeza y nunca se harán realidad. Aunque todos esos escenarios me amenizaron el camino al coche, la vida me dio un bofetón que me devolvió a la realidad en menos de una milésima de segundo.

—¡UNA MULTA! ¡¿En serio?! —grité a la nada ante la situación. ¿Me habían puesto una multa de aparcamiento? ¿En serio? Lo que me faltaba. No podía caer más bajo esa noche. La Vía Láctea se me quedaba corta. ¡Era la chica rubia más desgraciada del Brazo de Orión!

## Capítulo 13

### Cuestión de historia

Aquella mañana crucé la puerta de mi nuevo lugar de trabajo con nada más que un café en mis manos. Aún no sabía cómo era mi despacho, así que no quería traer ni un cactus. Rose me enseñó mi nuevo espacio. Cuando Hernest dijo que me darían «algo a mi altura» no esperaba un despacho con ventanal en la planta trece, pero me gustaba lo que veía. Entraba un montón de luz, dando mucha amplitud y frescura a la moderna y tranquila estancia en la que pasaría la mayoría de mis horas. Me gustaba. En mi antiguo despacho, únicamente había una triste ventana que daba a otro edificio y una transitada calle. El resto de las paredes estaban cubiertas de estanterías que solo hacían parecer el espacio más pequeño y con menos luz. Esto era mucho mejor. Ventanal, suelo con azulejos negros reflectantes, mesa gigante de madera en blanco brillante con patas de metal y espacio para montar presentaciones. ¡Hasta tenía una planta-árbol! No hacía falta traer mi triste cactus. ¡Tenía un árbol en mi despacho!

—¡Ooh! Y también han traído este paquete para usted —añadió Rose entregándome un paquete pequeño y rectangular. Me sorprendí; no esperaba nada y mucho menos el primer día. Aunque supuse que era cosa de Robert.

—Muchas gracias, Rose. —Cogí el paquete de sus manos con una sonrisa sincera.

—¿Puedo ayudarla en algo más?

—No y, por favor, llámame Charlotte.

—Como quiera. —Rose abandonó el despacho tratándome aún de usted. Supongo que me llevaría varios intentos que me tuteara y evitar sentirme mayor. Sabía que lo hacía por respeto, pero a mi ego le dolía.

Coloqué los pocos papeles que llevaba en el bolso en relación con el proyecto y empecé a encender el portátil. Mientras este se iniciaba, abrí el paquete. Era un libro. Otra guía de pájaros y dónde encontrarlos. Esto no era de Robert. Solo una persona en toda la faz de la tierra me enviaría un libro de pájaros: el librero.

—Muy gracioso —dije. Como siempre, hablando sola en voz alta. Este despacho eran todo cristales; tenía que ir con cuidado con lo de hablar sola o verían lo loca que estaba a través del cristal.

Del libro cayó una tarjeta. Tenía un nombre, un número de teléfono y un «lo siento» escrito en boli. Estaba claro que solo podía ser él. Pero era bueno saber su nombre al fin: Greyson Jeremiah Jensen. Se iba a cagar. Lo llamé y, tan pronto como descolgó, atacué, aunque de mejor humor del que había imaginado en todas aquellas escenas anoche. Se lo había currado, eso había que admitirlo.

—Me dejaste plantada.

—¿Era una cita? —respondió Greyson.

—No. Ni de coña —Ya empezaba con mis titubeos—. ¡Pero no apareciste! Y estuve cuarenta y tres minutos esperando a un tío sin nombre, en un antro poco iluminado con mesas pegajosas.

—Lo siento.

—Eso ya lo has dicho. De hecho, lo tengo por escrito.

—Me llamo Greyson.

—Eso también lo sé. Ahora. También está escrito en la tarjeta que tengo en la mano —Decidí cambiar de tema y dejé la tarjeta sobre la mesa—. ¿Cómo sabías que trabajaba aquí?

—Supuse que estarías relacionada con los de la venta y probé suerte.

—Pues ¡bingo! —La suerte sí que estaba de su lado; tenía el libro—. Recuerdas que lo de los pájaros y yo... como que no, ¿verdad?

—Pero supiste que era yo antes de ver la tarjeta, ¿no? —¡Bingo otra vez! ¿Qué era un sabiondo? —. Creo que tenemos una conversación pendiente —Retomó el control de la conversación—. Esta vez prometo no darte plantón.

—¿Es una cita? —Lo conduje a mi bando dando un giro de 360 grados y apoderándome de su pregunta original y le colgué. Ya había trazado mi plan dejándolo en ascuas. Sonreí triunfante y maquiavélica.

Y con mi último triunfo y el control en mis manos, tuve una mañana de lo más productiva. Incluso Hernest se pasó un par de veces por mi despacho para asegurarse de que «todo estaba a mi gusto», como si se tratara de un restaurante. Aprovechando sus visitas, conseguí sacarle algo de *feedback* e información. Así sabría que mañana podría presentarle varias opciones a la altura de sus estándares. Por el momento, parecía contento, y eso me gustaba. Estaba gratamente sorprendido con mi *modus operandi*.

—Jamás he visto tantos avances y tanto trabajo bien hecho en tan poco tiempo. ¡Me gustas, chical! Robert no exageraba contigo —repetía Hernest constantemente durante aquellas improvisadas reuniones.

Me habría gustado escuchar alguna vez en boca de Robert todo lo que supuestamente presumía de mí ante otros, pero en fin... eran cosas de jefes. Salí a las tres tras comerme mi ensalada preparada de supermercado en busca de dos cafés cargaditos para llevar y empezar mi regreso a la línea de batalla. Esta vez, la guerra era con Greyson Jeremiah Jensen.

Me presenté en su tienda, cafés en mano. Estaba tras el mostrador, justo como le dejé. Cual estatua.

—¿Te has movido de ahí desde ayer? —dije al cruzar la puerta directa a él, alargándole uno de los cafés. Parecía sorprendido. Bueno, sin duda no era algo que esperara—. Así me aseguro de que no me des plantón de nuevo.

—O sea, que es una cita. —Sonrió mientras aceptaba el café.

—Ni de coña; no llevo tacones. Esto no es una cita —Sorbí café—. Sin tacones no hay citas.

—Lástima, me había hecho ilusiones —Ahora sorbía él—. ¿Nunca empiezas las conversaciones con un «hola», «¿qué tal?» o «buenas tardes»? —Me di cuenta de que tenía razón. Desde que lo conocía, no habíamos intercambiado ni un «hola».

—En mi defensa diré que empezaste tú tirándome a tu perro encima. —Si esto hubiera sido una diana, le hubiera dado de lleno al centro. Lo vi en su cara.

—Técnicamente se tiró él solo —intentó justificarse sin éxito.

—Esta victoria es mía, guapito. Ni lo intentes —sentenció con un leve movimiento de mi dedo índice—. Así que habla. ¿Por qué?

—¿Tan frío? ¿No me invitas a cenar ni nada antes? —Lo miré con la ceja levantada y la sonrisa vacilona.

—¡Lo hice! Pero me diste plantón, ¿recuerdas? —A pesar de todo, me estaba gustando la conversación. Era una irónica lucha por el poder y el control.

—Me has llamado guapo. —Volvía a intentar eludir el tema principal.

—No, tú me llamaste guapa. Yo he dicho «guapito» y con tono rencoroso. ¿Demasiado sutil para ti?

—Me cuesta captar las indirectas.

—¡Y las directas! —añadí en su nombre. Sonrió. Le devolví la sonrisa—. ¿Y bien?

Greyson dio un largo trago a su café e hizo un repaso a su entorno mirando de lado a lado la habitación entera.

—Me gusta esto —No sabía si se refería a esta conversación de besugos o a su librería—. Era de mi padre. Y antes de mi abuela, y antes de su...

—O sea, que no es el sitio. Es la historia —concluí interrumpiendo.

—También —Seguía sin poder sacarle nada en claro—. ¿Caminamos?

Con este tío estaba muy perdida. ¿A qué venía eso ahora? Sacudí la cabeza varias veces sin control con una clara expresión de «pues no sé, supongo», acompañada de un gesto de manos bastante incontrolado. Parecía más bien que estaba apartando moscas arriba y abajo. Greyson asintió y salimos de la librería. Giró el cartel a «cerrado» y cerró la puerta.

—¿Puedes hacer eso? —pregunté dubitativa.

—Soy el dueño. —Se encogió de hombros y empezó a caminar calle abajo.

—Sí, eso ya lo sé —dije con cara de obviedad, es decir, cejas arriba, ojos abiertos y sonrisa asertiva—. Pero... ¿y si viene alguien?

—El tuyo es el primer libro de este mes —Empecé a caminar tras él. No parecía que fuera a parar. Traté de pillarle el ritmo—. Y probablemente el último... —Volvió a llevarse el café a la boca para beber—. La gente ya no sabe leer; es una pena. No aprecian lo bueno de comprar un libro, abrirlo por la mitad y oler su historia antes de leerlo. Sentirlo.

—Y, si las cosas van tan mal, ¿por qué no vendes? ¡Es de locos aguantar una carga así!

—Porque no está en buenas manos. Esa librería es lo poco que queda del auténtico Birmingham —Se detuvo para girarse y señalar con énfasis su librería desde del otro lado del puente—. Esta librería ha visto crecer todo lo que hay a su alrededor —continuaba con grandes y expresivos movimientos de brazos—, y quieren tirarla abajo sin corazón para construir otra mierda de edificio. ¿Y entonces dónde queda la magia? ¿Dónde quedan esos pequeños rincones mágicos de Gran Bretaña? La gente como tú va a acabar con este país. —Volvió a caminar tranquilamente por la calle. La gente que pasaba ya no tenía que preocuparse por llevarse un manotazo accidental de aquel hombre extremadamente expresivo. Pero ya lo entendía: ese lugar tenía alma para él. Aún así, no me gustó la última afirmación.

—¿Por qué me metes a mí en el mismo saco? —pregunté un poquito ofendida. Yo tenía corazoncito; sabía a lo que se refería—. Sé a lo que te refieres y lo entiendo. Pero aún así, si tan mal te va, ¿qué más da?

—¿Lo ves? No lo entiendes —Me señaló con los dos dedos—. ¿Cuántos zapatos tienes?

—¡Y eso que tiene que ver con todo esto! —bramé al borde de la pataleta.

—Tú contesta.

Me puse a contar. Después de perder el apartamento apenas pude salvar un par, más los que llevaba puestos ese fatídico día, que eran los mismo de hoy, y, por último, los botines que jamás podría ponerme gracias a mi defectuoso pie.

—Cuatro —respondí finalmente—. ¡Pero unos no me los puedo poner! —añadí rápidamente antes de que dijera nada. Aún así pareció sorprenderle.

—Me esperaba más... —Lo imaginaba. No quise añadir la información que le faltaba de que perdí los otros ciento cuarenta y tres tras la inundación de mi apartamento—. Quizás me equivocaba contigo. —Preferí que mantuviera esa idea que le haría quedar a él como el malo y callarme como una puta.

—Bueno, ¿y eso que tiene que ver?

—No importa. Has desmontado mi teoría al tener pocos zapatos. Era una metáfora de lo poco

importante que son las cosas cuando tienes muchas iguales sin dedicarte a cuidar una sola para compartir recuerdos e historia durante años —Continuó bebiendo y caminando cabizbajo calle abajo—. Con esto es lo mismo... Acabaría el centro de Birmingham con cientos de hoteles iguales, con sus torres altas de impecables cristales y fachadas sin vida, perdiendo por completo la esencia de la ciudad original —Me miró de nuevo—. ¿De verdad solo tienes cuatro pares de zapatos? —Ahí ya no pude ocultarlo. Mentir se me daba de culo.

—Perdí los otros pocos cuando la tubería de mi apartamento reventó. —Apreté los labios para no continuar con la historia, ni con el número, pero Greyson insistió:

—¿Cuántos son pocos? —preguntó empezando a dibujar una sonrisa de «tenía razón». Me llevé un dedo a la boca para morderme la uña mientras, arrugando la nariz, mi respuesta asomaba entre dientes bajo su atenta mirada:

—Ciento cuarenta y tres..., número arriba número abajo.

Me llevé ambas manos a la cara avergonzada y él saltó con un movimiento de brazo victorioso para terminar señalándome con un merecido:

—¡Lo sabía! ¡Eres como ellos!

—¡No lo soy! —le reprendí—. Yo pondría el hotel en cualquier otro lado... Bueno, en cualquiera tampoco, pero NO obligaría a nadie a vender —añadí con una inflexión pretenciosa.

—¡Ahá! ¡Pero lo pondrías!

—Las cosas nuevas también son bonitas.

—Pero no tienen vida. No tienen historias.

—¿Qué tienes en contra de crear nuevas historias? —Ahí le había pillado.

—No tienen corazón. —Luchó por defenderse.

—Ya está. No lo intentes. Esta la he ganado yo. Para estar rodeado de palabras te has quedado sin ellas. No estoy aquí para convencerte de vender; solo quería saber el porqué. Ahora ya lo sé, gracias. —Sonreí y le extendí mi mano a modo de tregua.

—Las mejores historias ya están escritas —No aceptó el apretón de manos—. Mira a tu alrededor. Solo tienes que aprender a leerlas para vivirlas.

—Vale —Acepté el reto—. Enséñame una. —Greyson sonrió.

—Así que ¿aún puedo ganar la guerra? —inquirió golpeándose suavemente la frente con un dedo—. Te llamaré —añadió mientras se alejaba de espaldas despidiéndose con la mano. ¿Qué estaba tramando? De todos modos, tenía lo que quería y una nueva idea, un nuevo enfoque para la campaña. Una historia.

Esta noche cenaba en casa. No quería más comentarios en los forzados desayunos de mi madre y sus «con lo bien que se come en casa» o sus «parece que no me quieras; siempre estás fuera». Creo que sé reconocer de quién saqué mi vena dramática, aunque no quiera aceptarlo. Lo gracioso es que, cuando le respondía con ternura y amor como andaba exigiendo, respondía algo como: «Pues venga, a ver cuando te vas que ya tienes una edad para estar aquí». No la entendía, de verdad que no.

Otra de las cosas que tampoco entendía es que pusiera de cenar como para una familia de veinticuatro personas cuando solo éramos ella, papá y yo.

—¿Viene alguien más a cenar? —pregunté a mamá mientras ponía los platos en la mesa.

—No, ¿por qué lo dices?

—Porque hay comida para un regimiento en esta mesa.

—Anda, calla —dijo aleteando su mano frente a mi cara para que me apartara—. Si aquí solo hay

cuatro cosas. —Y puso otro plato más de comida sobre la mesa.

Sin exagerar, ahí había dos bandejas de ensalada, otras dos de queso y una olla de estofado con la que podías alimentar a cuatro familias, ¡y seguramente seguiría sobrando! Pero no quise seguir esa conversación. Yo solo quería un sándwich o unas tostadas para cenar, no la puta comida navideña. Me senté en la mesa lista para comer mientras mi madre llenaba desmesuradamente mi plato y el de mi padre. Eso sí, en el suyo solo un par de cucharadas, «que luego me sienta pesada la cena» decía.

—Papá, ¿conoces Booknest? La librería al lado del canal, por la zona de los teatros.

—¿Sigue abierta? —preguntó sorprendido. Asentí mientras intentaba tragar una de aquellas ardientes cucharadas—. Pensaba que habían cerrado hace años... Muchas de mis joyas son de allí, ¿sabes? —Los ojos parecían brillarle al hablar de aquel sitio, con nostalgia—. Aaaish..., si no estuviera tan cascado aún podría ir a sacar alguna joyita más. —Suspiró.

—Yo puedo llevarte.

—¡Nada! —interrumpió mi madre—. Con la de libros que hay cogiendo polvo. ¡Que no! A mí no me traes más libros polvorientos a coger más polvo, que se queden allí. Qué tonterías sacas, Charlie, por favor —Siempre mi culpa... «¡Qué cosas tengo, por favor! Un detalle con mi padre y no con ella, pero ¡cómo me atrevo!», pensé sarcástica ante la situación—. Y tal como tiene la vista tu padre, ¡qué va a leer! —Entonces miró a papá—. ¡Si casi necesitas la lupa para el periódico, Nicholas! —Y volvió con su frase para todos los públicos—: Mira, no me lieis. ¡Que no y se acabó!

Y en todo ese monólogo papá y yo comiendo bien calladitos para no hacer estallar la guerra. En eso él y yo éramos igualitos.

—Pues quieren construir un hotel allí —añadí intentando eludir el tema de los libros.

—Qué lástima —confesó mi padre—. Es de lo poco auténtico que queda en pie.

—¡Qué tonterías! —Mamá no parecía compartir sus mismas ideas—. Birmingham está lleno de cosas que ver. No se van a parar en una librería habiendo teatros, monumentos y todas esas cosas. Librerías hay en todos lados.

No quise volver a sacar el tema de la librería delante de mamá. Bastante bien habíamos salido del primer discurso. Mejor dejarlo como estaba, pero me moría de ganas por que papá me contara sus historias de allí, qué libros sacó o si había llevado alguna vez a Oliver. Pero esto último podría averiguarlo fuera del radar de mamá.

—Hazme una lista de libros; será nuestro secreto —le susurré al oído discretamente cuando fui a dejar mi plato al fregadero. La sonrisa que le saqué no tenía precio. Era como devolverle un trocito de vida.

Besé a los dos en la mejilla dándoles las buenas noches. Un beso igual a los dos, para que mi madre no montara otra guerra por mis favoritos.

Bajé a mi acogedor cuarto y, arropada entre tuberías, máquinas de colada y el gran congelador donde escondía mis helados, escribí a Oliver.

De Charlotte: ¿Conoces Booknest?

De Oliver: Sí, ¿por?

De Charlotte: ¿Has ido alguna vez?

De Oliver: Papá solía llevarme. Antes de que empezaras a hablar y lo encandilaras con tus *bah-bahs*.

Sabía que intentó picarme con este último mensaje.

De Charlotte: Qué le voy a hacer; soy adorable. ¿Has vuelto?

De Oliver: ¿Sigue abierto?

De Charlotte: Sí, y tiene pinta de haber muchas «joyas» como vosotros decís.

De Oliver: Entonces me pasaré con Nadine. Como hacía con papá. Seguro que le gustará.

De Oliver: Por cierto, dile a mamá que al final el cumpleaños lo haremos mejor allí, ¿vale? Hay más espacio.

De Charlotte: Haré el esfuerzo. Si vas, dile que te lo he dicho yo.

De Oliver: ¿Qué tramas?

De Charlotte: Naaaadaaa..., pero si yo hago el esfuerzo de darle una noticia horrible a mamá tú puedes hacer el esfuerzo de decir que el sitio te lo he chivado yo.

De Oliver: ¿Horrible?

De Charlotte: ¿Mamá y acontecimientos sociales? Navidad es cada año el mismo día y ya se queja en junio de que aún no tiene nada preparado para Navidad. ¿Qué crees que hará cuando le diga que en una semana es la fiesta de cumple de su nieta?

De Oliver: Vale, hay trato. Tengo que ir a acostar a las niñas. ¡Díselo!

De Charlotte: ¡Lo mismo digo! ¡Ciao!

Prácticamente todo había salido a pedir de boca, aunque tendría que enfrentarme a mamá y a su «¿y por qué no me lo ha dicho antes?» como si fuera mi culpa. Parece que ese sitio ya encerraba historias solo en mi familia, pero esa conversación había abierto una puerta con la que no contaba: ¡el cumple de Nadine! ¿Cuándo era exactamente? ¿Cuántos cumplía? ¿Qué se le regala a una niña? ¡Joder! Era la peor tía del mundo. Era un puto desastre. ¿Cómo podía olvidarme del cumple de mi sobrina? Y, por si ser la peor tía del mundo no era suficiente, habría un nuevo enfrentamiento de cena familiar en poco más de una semana. No estaba preparada para ello. Era la rubia más desgraciada de la Burbuja Local.

## Capítulo 14

### De guerras con mamá

Aquella mañana tocaba presentarse al desayuno con más fuerza de la que un café era capaz de proporcionar.

—¡Buenos días! —Puse todo mi esfuerzo en ese sonado saludo para que pareciera amigable y alegre. Necesitaría mucha más fuerza para intentar mantener ese tono durante el resto del desayuno.

—¡Vaya! Parece que alguien se ha levantado con el pie derecho —respondió mamá sorprendida porque fuera capaz de mediar palabras amables antes del café. Mi padre también bajo sutilmente el periódico incrédulo, pero ninguno de los dos me dijo «buenos días».

—Anoche hablé con Oliver —Ambos dejaron lo que estaban haciendo y me prestaron el cien por cien de su atención. Jamás en toda su vida me habían prestado tanta atención los dos, ¡a la vez!—. Me dijo que te dijera que al final celebrarían aquí el cumple de Nadine —Y antes de que me echaran las manos al cuello añadí rápido con las manos en alto—: *¡Porfavornomatesalmensajero!*

—Pero ¡cómo me dices eso! —Mamá ya empezaba con sus estreses.

—Repito: no mates al mensajero. —Aún con las manos en alto.

—¿Pero tú te crees que a mí me da tiempo a hacer nada con tan poco tiempo? ¡Cómo se le ocurre avisar con solo una semana y media! Mira..., si es que parece que está aprendiendo de ti —Ya tardaba en culparme mientras me llenaba el vaso de zumo y el plato con otra torre de Pisa hecha de tortitas—. Es que todo lo malo se pega, vamos.

Y mientras mamá seguía farfullando lo horrible que era, yo trataba de beberme la jarra entera de café ignorando sus comentarios al respecto. Hasta que llegó un punto en que no me pude creer que dijera lo que dije:

—No te preocupes, yo te ayudo con los preparativos y lo que haga falta. —De verdad que no sé por qué lo hice. Me arrepentí al instante, pero ya era tarde. Hasta mi padre se volvió a mirar incrédulo desde su periódico.

—Oye, pues claro. ¡Solo faltaría! —respondió mi madre sobrada de razón, porque decir «gracias, hija» era demasiado—. ¡Y tómate el zumo ya que se van las vitaminas!

—Sabes que no me gusta el zumo de naranja.

—Ahora resulta que a la señorita no le gusta el zumo de naranja. Si te lo has tomado toda la vida.

—Nunca me ha gustado, nunca me lo he tomado y nunca me lo tomaré.

—¿Pues entonces para qué lo preparo cada mañana?

—Pues porque te da la puñetera gana. —Y allí estaba mi furia contenida en mis puños apretados habiendo llegado al borde de mis buenas intenciones.

—¡A mí no me hables así, Charlotte Katherine Fausser! ¡Respeto a tu madre! —Salió de la cocina con su dedo apuntándome. Dejé caer la cabeza contra la mesa exhausta.

—Y el día no ha hecho más que empezar... —susurré entre dientes. Alguien tocó mi hombro y me incorporé de rebote creyendo que era mi madre. «Joder, ya la he liado otra vez», pensé. Por suerte solo era mi padre.

—A ver si encuentras alguno. —Y me pasó un papel bajo la mesa, controlando que la bruja de mamá no volviera a cruzar esa puerta, llevándose el dedo de la otra mano hacía la boca y haciendo el gesto de silencio.

Cogí el papel rápido, pero con discreción. Era su lista de libros. Le sonreí y le guiñé el ojo. Lo guardé en mi bolsillo justo a tiempo antes de que mi madre volviera por esa puerta con el abrigo, sombrero y bufanda en las manos.

—¡Venga, vamos! Que hay muchas cosas por comprar —me dijo mientras empezaba a colocarse sus capas de ropa espectacularmente horrorosas. Un sombrero verde vómito de lana y unas flores pegadas, la bufanda, también de lana, rojo oscuro y un abrigo de un tejido que no sabría describir, aunque asombrosamente gordo en color rosa y con bolitas verdes y azules enganchadas arbitrariamente por todo el abrigo. Lo único que podía pensar era: «Yo con ella no salgo así en público». Entonces pilló a mi padre de pie, algo inusual en el desayuno—. ¿Y tú qué haces ahí, Nicholas?

Miré hacia otro lado y cerré la boca. Papá empezó a titubear, pero finalmente dio con una excusa.

—Venía a rellenar mi taza de café.

—Ni hablar del peluquín. Tú no te tomas otra taza de café que luego te pones como loco. ¡Tú para el jardín! Que hay que dejarlo listo para la fiesta —Entonces papá dio media vuelta sacudiendo la cabeza. No iba a intentar rebatirla siquiera. Un hombre inteligente papá... Y entonces la atención volvió a mí—: ¡Venga, vamos! —gritó con sus prisas.

—¿Vamos a qué?

—¡Pues a comprar lo de la fiesta! Que usas la cabeza cuando te conviene —añadió yendo también a recoger su bolso marrón oscuro y sus guantes naranjas. Vaya cromo...

—Frena un momento —Me levanté antes de que fuera a más—. Yo, ahora, voy a trabajar. Cuando vuelva del trabajo, nos ponemos a comprar lo que sea —dije muy lentamente, con muchas pausas y muy clarito.

—¿Y no puedes ir luego al trabajo? —¡Qué ocurrencias! Cuando le interesaba echarme era un «¡tira! Corre al trabajo que vas a llegar tarde y tengo mucho que hacer. Aquí parada me estorbas», pero cuando le interesaba que me quedara el trabajo podía esperar. ¡Claro que sí! Es así exactamente como funciona la vida.

—No, no puedo ir luego —respondí alargando el brazo hacia mi abrigo negro—. Tengo una presentación importante. Cuando vuelva, nos vamos.

—Bueno, ¡pues no tardes! Vente directa, que sé que te gusta explayarte lo más grande ahí fuera —Comenzó a quitarse esas horrorosas prendas. Parecía que lo había comprendido a la primera—. ¡Directa para aquí te digo!

—Directita me vengo, no te preocupes —Le di un beso en la mejilla para despedirme y añadí mi puntilla final—: Pero una cosa te digo: conmigo así no sales, así que busca otro abrigo. —Y salí corriendo. Literalmente. Tenía que huir antes de que explotara la granada que acababa de lanzar.

Paré antes del trabajo en la librería de Greyson. Aún tenía tiempo antes de presentarle las ideas a Hernest.

—¿Otra vez por aquí? —anunció Greyson al verme cruzar la puerta mientras colocaba en las estanterías los cuatro libros que sostenía en las manos.

—Si es así como recibes a todos tus clientes, no me extraña que no venga nadie —le reprendí burlona.

—A todos no, solo a ti —sentenció con una sonrisa terminando de colocar los libros. Y entonces se sacudió las manos y se acercó a mí—. Bueno..., ¿puedo ayudarte?

—Necesito unos libros.

—¿De pájaros?

—Ja-ja —dije con altos niveles de sarcasmo mientras sacaba la lista de mi padre del bolsillo y se

la daba—. Son para mi padre. ¿Crees que puedes tenerlos?

Greyson estuvo callado unos instantes, concentrado en la lectura de aquella lista.

—Puedo —concluyó.

—¡Perfecto! —Cerré los puños victoriosa—. Me pasaré luego —Entonces recordé lo de mi madre. Mi expresión cambió completamente y mis puños pasaron de estar cerrados por «¡victoria!» a «mecachis»— o mañana.

—Sin problema.

—Y tenías razón —dije cuando empezaba a marcharme.

—¿Sobre qué? —preguntó Greyson sin comprender.

—Sobre que somos incapaces de empezar una conversación con un «hola, buenos días. ¿Qué tal?»

—Rio mientras yo seguía mi camino hacia el exterior de la tienda—. Tengo que irme. ¡Ciao!

Una jornada laboral, una idea exitosa y cuarenta y cinco minutos de tráfico después, llegaba el momento de enfrentarse al monstruo final: ir de compras con mamá. Por supuesto, no había hecho caso a mis consejos y se había presentado con sus ropas como si de un carnaval se tratara.

—¡Llegas tarde! —dijo mientras subía al coche.

—«Hola, hija. ¿Qué tal tu día?». ¿No puedes empezar así, aunque no te importe? —le reprendí con una burla previa a su voz, pero prefería que no respondiera—. ¿A dónde vamos?

—Yo te indico, tira.

Eso no me gustaba nada. Si había algo peor que las pintas de mi madre, eran sus indicaciones. Su izquierda podría ser a veces la derecha y sus comentarios siempre llegaban después de la intersección o de la entrada o salida de carriles, por no mencionar cuando quiere meterte en dirección contraria o que des media vuelta en una calle de un solo sentido. Pero lo peor de todo es que, a pesar de todo, la culpa siempre era tuya porque «es que no me haces caso». Me había metido en la boca del lobo.

—Mamá, de verdad, prefiero que me lo digas y ponga el GPS.

—¡Qué tonterías! Yo lo sé mejor que el chisme ese. Vamos ya, que se hace tarde.

—Que Dios se apiade de mi alma —dije por lo bajo mientras arrancaba el coche.

—¿Qué? —preguntó mi madre, que por suerte no se había enterado.

—Nada, nada..., que ¡allá vamos! —dije con mi falsa felicidad.

La primera parada fue el supermercado. Mamá llenó el maletero de ingredientes, muchos de ellos que no había visto en la vida, como si una fiesta de trescientas personas se tratara, a pesar de recordarle varias veces que solo éramos nosotros diez y probablemente Paul. Porque sí, yo misma me encargaría de convencerlo para que viniera a verme y no me abandonara en otra reunión familiar al completo. También compró una tarta congelada del supermercado, de esas para niños con dibujos. Supuestamente, la del dibujo era Rapunzel, pero cualquier mancha amarilla y rosa se parecería más a Rapunzel que ese dibujo. Todos mis intentos de frenar sus ansias de llenar su nevera y mi maletero fueron frustrados y, para mi desgracia, aún no habíamos terminado. Faltaba ir a comprar la decoración.

Una vez llegamos a la tienda especializada en fiestas y llena de disfraces, donde mi madre podría camuflarse entre los maniqués perfectamente, empezó a planear cómo decorar el jardín de cumpleaños. Quería confeti, una piñata, guirnaldas, farolillos y todo con lo que pudiera cargar el jardín. Yo ya había desistido y le dejaba llenar el carro con todo lo que le diera la gana. La seguía en silencio, sin hacer comentarios, visualizando aterrada cómo combinaría mi madre un mantel de papel estampado con tops de todos los colores vivos del arcoíris con guirnaldas en forma de flores verdes

y rosas, farolillos rojos y de caritas sonrientes, una piñata con forma de alas de mariposa de color turquesa, servilletas de papel naranjas y platos y vasos de plástico de colores amarillo, violeta y rojo. Vale que fuera una niña y que no tuviera mucha idea, pero no era tonta, y lo que estaba haciendo mi madre era un crimen contra las retinas. «Me aseguraré de recordarles a todos que vengan con gafas de sol», pensé mientras mi madre seguía cargando el carro con paquetes de globos multicolores y un paquete de diez velas. Fue entonces cuando el drama empezó.

—Coge una bolsa de popurrí mientras cojo más globos —dijo mamá. «¿Para qué coño quiere popurrí ahora?», pensé completamente fuera de mi entendimiento, aunque con todo lo que había en ese carro prefería no preguntar.

Me acerqué a la estantería en cuestión y cogí la primera bolsa que había a mano.

—Esa no. La de arriba, que tiene más.

—Mamá, por favor, ¡son todas iguales! —Mi madre quería justo la bolsa del estante de arriba del todo. Justo la que ni con mis tacones más altos podría alcanzar.

—¡Que no! Que la de arriba está más llena.

—Son exactamente iguales —increpaba sin separar los dientes ni un segundo en cada una de las palabras de la frase.

—¡Que no! ¡Se nota que tiene más popurrí!

—Mamá, por favor, no montes un numerito. Son todas iguales —repetía avergonzada tapándome la cara con la mano y hablando entre dientes para no montar el espectáculo. Todo lo contrario a mamá, que gritaba por la boca y por la ropa. No atendía a razones y empezó a saltar dando bufandazos a la estantería para hacer que la dichosa bolsa de popurrí cayera—. Voy a por un dependiente.

Una parte de mí trataba de huir de aquel espectáculo y la otra, encontrar a un intermediario neutro para coger la dichosa bolsa o para hacer entrar en razón a mi madre.

—¡Que no llames a nadie! —gritaba aún desde el final del pasillo sin parar de saltar y dar bufandazos —¡Que tú sí llegas! ¡Venga, levántame!

Toda aquella escena era simplemente ridícula. ¿En serio quería que la levantara? ¡Es más! ¿En serio pensaba que sería capaz de levantarla? Vi a un dependiente y le hice señas para que se acercara a ver aquel teatro. Y mientras él se acercaba a nosotras, yo me acercaba a mi madre, quien seguía insistiendo en que la cogiera para alcanzar la dichosa bolsa de popurrí.

—¿Puedo ayudarlas?

—No —dijo mi madre mientras seguía con su numerito.

—Sí —repliqué yo antes de que se marchara—. ¿Puede decirle a mi madre que absolutamente todas las bolsas de popurrí son exactamente iguales, por favor?

Pero mi madre no dejó que el dependiente respondiera:

—No, a las tontas de ciudad como esta podéis engañarlas —dijo mi madre señalándome—, ¡pero a mí no! —Y siguió con sus latigazos de bufanda, tirando prácticamente todo a su alrededor menos la bolsa que quería, mientras que el dependiente, tratando de calmarla, la tocó por la espalda.

—Señora, todas las bolsas son iguales.

—¡Que no! —Mi madre lo ignoró por completo y entonces empezó a subirse sobre mí tratando de alcanzar el estante más alto. Me cogió completamente desprevenida. No estaba preparada y empecé a perder el equilibrio. Traté de bajarla, pero ella no hacía más que esforzarse por agarrarse a aquella puta bolsa.

—¡Ay, mamá! —decía tambaleándome de izquierda a derecha, hacía delante y atrás, tratando de no caerme.

—¡A la izquierda! ¡Atrás! ¡A la derecha! —exigía mi madre indicándome donde quería que fuera en mis tanteos por no caerme al suelo con ella encima mientras el dependiente allí pasmado me seguía mínimamente con los brazos abiertos, expectante a que no me cayera.

—Señoras, por favor... —decía temeroso. ¡Y encima me llamaba señora!

Mi madre alcanzó en algunos de mis balanceos el estante deseado. Al agarrarse, ella, los estantes, su contenido y yo caímos al suelo como en un efecto dominó.

—¡¡¡AAAAAAH!!! —Y un gran estruendo junto a mi grito. Sorprendentemente, seguía viva.

Emergimos bajo las toneladas de bolsas de popurrí, con el dependiente parado en frente incrédulo ante la situación.

—¡Lo tengo! —Estiró el brazo mi madre, victoriosa tras obtener la dichosa bolsa. A los pocos instantes se incorporó la mitad superior de su cuerpo bajo el resto de las bolsas.

Esto no me podía estar pasando a mí. Había destrozado un pasillo entero de la tienda por una bolsa de popurrí. Frente a mí, estaba parado un receloso vendedor que no solo tendría que recoger ese embrollo, sino que, encima, tendría que aguantar un «te lo dije» sin sentido de mi madre. Y, por si fuera poco, ahora mi madre estaba a grito pelado con el dependiente demostrándole que ella tenía razón mientras el resto del establecimiento no apartaba la mirada de nosotras. ¡Era absurdo! ¡Mi madre había conseguido que el dependiente se sintiera culpable por algo que ella había causado!

—Lo siento, señora. No volverá a pasar —dijo el pobre muchacho, que no se merecía nada de lo que le había pasado. Tampoco es que yo lo mereciera; aquí los dos habíamos cargado con el muerto siendo completos inocentes. Aunque él más que yo, que era el que recogería todo el estropicio. Por lo menos, mi madre no me hizo ayudarlo, cosa que no me habría sorprendido.

—Venga, ahora recoge todo eso —le dijo señalando el destrozo, y entonces volvió su atención a mí—. Charlotte, a pagar.

Pues como siempre..., me tocaba pagar a mí. Todo aquello parecía no afectarle en absoluto, y yo pasando el peor rato de mi vida. Le faltó gritar a todos los observadores: «¡Arreando! Que el espectáculo se ha acabado».

—Mira la que has liado en un momento. Es que no se puede salir contigo. —Ahora yo cargaba con el muerto. ¿De qué me sorprendía? Era la chica rubia más desgraciada de la Nube Interestelar Local.

## Capítulo 15

### Tráfico de libros

Sabía que me había retrasado más de lo previsto yendo a por los libros, pero la locura de mamá me había absorbido por completo. De aquella tarde no pasaba que recogiera los libros de papá. Salí del trabajo y decidí no volver a casa directamente, aunque eso significara tener que aguantar la crisis de mamá por mi falta de consideración al dejarla sola con todo lo que había por hacer para una fiesta a una semana vista. Si no me entendía a mí, esperaba que fuese capaz de entender el justificante médico que pediría cuando me quitaran el cabestrillo. Ahora sí que sí, de mañana no pasaba que me pusiera tacones de nuevo.

Crucé la puerta de la librería, pero esta vez no iba con las manos vacías. Tenía que disculparme por dejarlo tirado con los libros durante dos días y el café para llevar era una disculpa perfecta.

—¡Lo siento! He venido tan pronto como he podido. Traigo café. —Sonreí con todos los dientes a la vista, mostrando que claramente no podía enfadarse conmigo.

—Es una disculpa en toda regla —Greyson ya lo estaba sorbiendo antes de siquiera dárselo. Yo leí aquel gesto como un «acepto tus disculpas»—. De hecho, que tardaras tanto me ha dado tiempo a encontrar un par más de los libros de la lista —dijo mientras sacaba una caja con mis libros. Sabía que eran los míos porque tenía la lista encima de la caja—; sin embargo, aún hay uno que se me resiste.

—No te preocupes, con eso hago feliz de sobra a mi padre por un año.

—Tiene muy buen gusto.

—Solo a veces —Recordé las pintas de mi madre y me preguntaba qué vio en ella. En fin, sin ellos yo no estaría aquí y, puesto que yo tenía buen gusto, en eso habría salido a mi padre—. ¿Cuánto es?

—Oye..., gracias. —Parecía sincero.

—¿Gracias? —pregunté extrañada con el monedero en la mano.

—No tienes por qué hacerlo —dijo señalando la caja de libros y claramente entendí que Oliver también había pasado con Nadine y había cumplido su parte del trato. Me hizo sonreír, pero continué como quitándole hierro al asunto:

—Esto es una librería, ¿no? —Greyson asintió—. Y en una librería se compran libros, ¿verdad? —volví a preguntar con obviedad. Él asintió de nuevo bajando la mirada y esbozando una sonrisa—. Pues entonces cállate porque, si no te los compro a ti, se los compro a Amazon —rematé sacándole la lengua—. ¿Aceptas tarjeta? —Me había agenciado una caja de libros y una nueva victoria. Justo antes de irme, recordé que necesitaba un regalo para Nadine—. Espera, que aún puedes ayudarme.

—Miedo me das —dijo temeroso.

—Tengo que hacerle un regalo a mi sobrina. ¿Tienes algo?

—Puede. ¿Cuántos años tiene?

—No lo sé, ¡pero sabe leer!

—Ya, gracias. Eso reduce mucho la franja —dijo sarcástico.

—No más de diez, porque solo compramos una caja de diez velas. Y es la mayor..., así que... ¡entre seis y diez! —Alcé un dedo victoriosa. Greyson puso los ojos en blanco—. ¡Oye! ¿He reducido tu franja o no? —increpé con razón.

—Vaaale... —No parecía muy receptivo— ¿Y qué le gusta hacer?

—Leer —lo dije tal cual y me quedé más ancha que nadie.

—¿QUÉ le gusta leer? —Greyson remarcó ese «qué» en busca de especificaciones. Creo que estaba agotando su paciencia, pero como yo no tenía ni idea seguí a lo mío.

—¿Libros? —dije temerosa de que me lanzara uno de esos libros a la cara. El libro no me lo lanzó, pero dejó caer su cara contra el mostrador tras haber perdido toda esperanza de recibir algún tipo de ayuda útil por mi parte.

—No me lo estás poniendo muy fácil.

—Es que no tengo ni idea.

—Ya, eso ya lo veo —respondió conteniendo toda exasperación al mínimo. Se incorporó de nuevo acompañando las gafas con el nudillo de su dedo índice para devolverlas a su posición.

—¡Ayúdame, por favor! —le supliqué—. Estoy segura de que algo se te ocurre —Empecé a halagarlo para convencerlo—. ¡Tú eres el experto!

—Cuando te interesa...

—¡Eres el mejor! ¡Confío en ti!

—Lárgate antes de que me arrepienta. —Se mantenía receloso, pero había caído.

—Entonces, ¿lo harás? —dije dando palmaditas frente a mi cara de inmensa felicidad.

—Veré qué puedo hacer con tu útil información —concluyó con una sonrisa irónica.

—¡Me vale! ¡Sé que puedes! —Cogí la caja y salí antes de que cambiara de opinión. Le había colgado el marrón del regalo de cumpleaños de Nadine. Seguía siendo una tía horrible, pero era una tía horrible con un problema menos.

Y en breve sería una tía horrible con dos problemas menos. Adiós, pie chungo. Hola, taconazos. El médico me aseguró que ya podía quitarme el cabestrillo.

—¿Y puedo ponerme ya tacones? —Estaba desesperada por escuchar una respuesta positiva a esa pregunta.

—Bueno, no es recomendable. Estaría bien que aún dejara el pie en reposo y que pruebe a seguir unos días más utilizando calzado plano para asegurarse de que todo está bien.

—¿Eso es un sí? —insistí.

—Procure no abusar de ellos. —El médico desistió de intentar concienciar me.

—¡Eso es un sí! —grité en la consulta con desmedida felicidad—. Ah, por cierto... —Mi tono cambió por completo del de loca emocionada al de seriedad y compostura absoluta—. ¿Podría hacerme un justificante médico? Como que he estado aquí, digo.

—Sí, claro. ¿Es para el trabajo?

—No, para mi madre. —¿Patético verdad? Esa misma fue la cara que me devolvió el doctor. Creo que en aquel momento quiso enviarme directamente al psiquiátrico, pero salí de allí con mi justificante y mi pie sano antes de que los gorilas me atraparan para encerrarme.

No sabía si huir a casa era lo más acertado, pues eso bien podía ser otra casa de locos, pero era lo único que tenía por el momento. Afortunadamente, gané unos minutos de paz cuando entré en casa. Mi madre estaba en «su gimnasio». Seguro que era la primera vez en la historia que lo usaba y seguramente lo hacía para rebatirme cuando discutiéramos por desterrarme al sótano y convertir mi habitación en una sala inhóspita, desolada y sin vida, con nada más que una bicicleta estática y una pelota de pilates cogiendo polvo. Pero iba a aprovechar esos minutos de paz para completar el tráfico de libros con mi padre. Como si de un delito se tratara.

Entré con la caja de libros.

—¡Papá! —grité a susurros para llamar su atención y le hice gestos para que me siguiera con

sigilo. Mi padre captó el lenguaje no verbal al momento y me siguió a su despacho, el antiguo cuarto de Oliver. Sí, el cuarto de Oliver también lo habían reconvertido, pero en algo útil y con corazón. Lo de mi cuarto era una venganza por... ¿nacer? No sé qué le había hecho a mi madre para llegar a tener esta relación de amor-odio que nos traíamos.

Dejé la caja en el suelo del estudio y entorné la puerta por si a mi madre le daba por asomarse. Mi padre se agachó y empezó a sacar algunos de los libros. Le brillaban los ojos como hacía años que no lo hacían. Abrió un libro por la mitad y lo olió. Justo lo que describió Greyson. No sabía qué era exactamente esa expresión, pero mi padre tenía una cara de felicidad y calma extrema con aquel libro sobre sus manos.

—Greyson dice que hay uno que no ha podido encontrar —interrumpí los pensamientos de papá—, pero, si lo quieres y le damos un poco de tiempo, quizás lo encuentre. —Terminé sonriéndole, agachada junto a él y esa caja de joyas mientras ponía mi mano sobre el hombro de papá.

—¿Greyson? —preguntó sorprendido.

—Sí, es el librero. Dice que tienes buen gusto.

—Así que Greyson... Él también tiene buen gusto —dijo con tono picaresco y riendo. No lo entendí, aunque él sí sabía exactamente a qué se refería. Mi padre era un hombre de pocas palabras, pero siempre decía lo que quería decir.

—Bueno, te dejo con tus libros —Le di un beso en la mejilla—. Pero que no te pille mamá, que nos la cargamos —sentencié con mi dedo, pero con cariño—. Yo más que tú.

—A sus órdenes, mi capitana —acabó mi padre con un saludo de marinero. Sonreí y entorné la puerta al salir para que mi madre no lo pillara con las manos en la masa.

Bajé al acogedor salón a intentar disfrutar de esos minutos de paz sin mamá rondando desocupada.

De Greyson: Tengo planes para el sábado noche.

¿A qué venía eso? ¿Quién le había preguntado? ¿Y qué necesidad había de restregarme sus éxitos sociales mientras yo pasaría otro fin de semana sola en el sótano de mis padres acompañada de mi gato y un dramón? Lo suyo era de una crueldad desmedida.

De Charlotte: ¡Felicidades!

De Greyson: Déjame reformular la frase. Tenemos planes para el sábado noche.

De Charlotte: ¿Qué te hace pensar que no tengo planes ya?

No los tenía. Pero tampoco quería parecer una desesperada. Aunque fuera lo que fuera, lo prefería a mi actual plan. Aunque fuese de nuevo el barucho de borrachos en el que me dio plantón.

De Greyson: Una corazonada...

De Charlotte: ...

De Charlotte: Te «escucho».

De Greyson: Fiesta. A las 19:00 en casa de unos amigos.

De Charlotte: ¿Qué pinto yo allí con tus amigos?

Sería mejor que no me hiciera tanto de rogar o acabaría perdiendo la oportunidad de escaparme durante un par de horas.

De Greyson: Vaamos... ¿Prefieres quedarte sola en casa en vez de ir a una fiesta con alcohol, rodeada de completos desconocidos y mi más que grata compañía?

De Charlotte: Deja de intentarlo; me has convencido con lo del alcohol.

De Greyson: Entonces, ¿es un sí?

De Charlotte: Pero la parte de tu «grata compañía» tenemos que discutirla.

De Greyson: Me debes una tregua.

De Charlotte: ¿Te debo qué?

De Greyson: El regalo de tu sobrina.

De Charlotte: Amén.

De Greyson: ¿Qué?

¡Qué tonta! Él no estaba dentro de mi círculo social usual para entender la coetilla de Paul para zanjar cuestiones o aceptarlas, pero no tenía tiempo de explicárselo. Allí entraba mi madre como un terremoto, con su bodi verde, mallas a rayas de diferentes azules, calentadores rosas y ¿una cinta en la cabeza? ¿Quién se cree? ¿Olivia Newton-John en *Physical*?

—Mamá, por favor... —No pude evitar que mi pensamiento sonara por todo lo alto. De verdad que fue involuntario. Eran como los espasmos cerebrales que me daban cuando interactuaba con Max, «capullo». Lo último que habría querido era que me escuchara y tenerla.

—Mamá, ¿qué? —refunfuñó pasándose la mano por la frente fingiendo quitarse el inexistente sudor.

—Nada. Es solo que nadie quiere ver eso —dije señalándola toda ella y volviendo a mi móvil.

De Charlotte: Nada, olvídale. Tengo que irme. Pásame la dirección. Nos vemos mañana.

Sabía que la conversación con Greyson podía dejarla, pero ¿la de mi madre? Allí no había escapatoria.

—¡Qué! ¡Esto es moda! —añadió mamá señalándose y repasando su atuendo de arriba abajo.

—Síí..., ¡en los 80! Ni que protagonizaras *Flashdance*.

—Aish..., estoy muy cansada para discutir —Sorprendentemente—. Con lo de enteradilla que vas tú siempre de la moda y no tienes ni idea. —Abrí los ojos como platos. ¿Había escuchado lo que había escuchado? Dejaría los ojos abiertos por no abrir la boca. Me estaba librando de una bronca y no pensaba estropearlo, pero entonces entró mi padre.

—¿Qué llevas puesto, Geraldine? —le preguntó mirándola con cara rara.

—¡Mira, otro igual! —Allí estaban de vuelta las ganas de discutir—. ¡Me tenéis harta ya! ¡Es que sois los dos tal para cual! —Mi padre iba a responder, pero hizo caso a mis sobreactuados gestos para nada discretos de llamar su atención en orden a pedirle «cállate la boca»—. Mira, da igual. Me voy a la ducha, que estoy muy cansada de hacer ejercicio. —Terminó apartándose muy dignamente uno de los pelos descolocados de su lacado pelo. Como si pudieran moverse...

Mi padre y yo nos miramos y nos aguantamos la risa hasta que saliera de verdad. No nos atrevimos a respirar hasta escuchar el sonido del agua de la ducha caer. Y entonces explotaron las carcajadas. Ese día no hubo desgracias, pero sí discusiones evitadas, pie recuperado y tráfico de libros exitoso. Algo no iba bien. Se avecinaba una buena del universo. No podía dejarme tan tranquila manteniéndome en mis niveles de rubia más desgraciada de la Nube Interestelar Local. Algo iba mal; no, peor. Algo iba a ir muy mal.

## Capítulo 16

### Comenzando una historia

Esa noche tenía que ir perfecta, aunque no sé por qué quería. En fin, no era una cita; solo era una quedada con amigos. Y, aunque Greyson fuera un rarito con el que no saldría ni en un millón de años, sus amigos podían ser de un estilo parecido o tener sentido de la moda. Quería enseñar lo perfecta que puedes estar solo con un poco de esfuerzo y unos buenos tacones. Necesitaba zapatos nuevos; los botines perfectos no combinaban con abril.

Ojalá estuviese Paul conmigo para ayudarme. Estaba hecha un lío, no sabía qué ponerme ni por qué me preocupaba por ello. No tenía nada adecuado a mis expectativas. Necesitaba comprar.

—¿A dónde vas? —preguntó mi madre al verme con la intención de abandonar la casa un sábado por la mañana.

—De compras.

—¿A comprar qué?

—Cosas.

—¿Qué cosas? —Parecía un interrogatorio a gritos de la cocina a la puerta.

—¡Ropa! —Me rendí.

—¡Uy, pues espera! Voy contigo. —Dejó el trapo y el plato que estaba secando y se dirigió corriendo a por su horrible abrigo.

—¡No! —grité atemorizada, frenándola con mis brazos. Mi padre asomó el ojo por encima del periódico.

—¿Por qué no? —¿En serio preguntaba eso después de lo del popurrí?

—Déjala, Geraldine. Habrá quedado con un chico —interrumpió mi padre asomando una sonrisilla, fingiendo seguir concentrado en su periódico.

—¡No! —increpé yo apuntándole con el dedo—. ¡Y no! —Esta vez para mi madre—. Me voy sola. Tengo un par de recados por hacer —Cogí mi bolso—. ¡Sola! —repetí por si las dudas. Después de lo del supermercado no volvería a salir en público con mi madre en años.

—Bueno, vale, pues tráeme un par de cosas que necesito. Espérate que te doy una lista —¿Mi madre se había dado por vencida? Esto era increíble.

—Si son un par de cosas, ¿por qué necesito una lista? —Estaba tentando a la suerte.

—¡Pues para que no se te olvide! —Empezó a escribir... la Biblia, probablemente—. Toma, y no vengas muy tarde.

¿Un par de cosas? ¡Esa era la lista de la compra del mes! Solo esa compra me ocuparía toda la mañana y ¿pretendía que no llegara muy tarde? Mi madre había perdido la cabeza, pero me daba igual, porque escapé de esa casa sola. Les di un beso a los dos en la mejilla, pero mi padre añadió una discreta pregunta a espaldas de mi madre:

—¿Has quedado con el de los libros? —¡Será cotilla!

—¡Papá! —grité entre escondidos susurros, sacudiendo la cabeza, pero su mirada seguía siendo inquisitiva— ¡No! —aclaré firme y con los ojos bien abiertos sin apartarle la mirada. Me incorporé y grité a voces disimulando ante mamá—: Bueno, ¡me voy! No tardaré.

Obviamente, hice primero mi parada personal. La ropa era más importante que la comida de mamá. Y era un proceso delicado que requería de mi tiempo y atención. No podía hacerlo luego con

prisas. Tenía que ser algo que gritara «soy perfecta», pero a la vez «ni lo sé ni me importa», acompañado del «es lo primero que he cogido», aunque dedicara tres horas a conseguir esa imagen. Lo conseguiría con un vestido negro de canalé ajustado largo. Básico y sencillo. Sin escote, pero con una raja en la pierna izquierda de rodilla para abajo. Era sexy pero moderado y ajustado pero con libertad de movimiento. La americana *oversize* blanca acompañaría el atuendo, pero el toque final lo pondría aquel tacón de aguja con cuatro dedos de plataforma y punta redonda en franjas blancas y negras. Tendrían que subirse a una escalera para mirarme a los ojos. Me encantaba mi *look*.

En el súper compré todo lo de la lista de mamá y algunos extras para mi uso personal, como tarrinas de chocolate. Tal y como iban las cosas, sabía que pronto las necesitaría. Y vino, pero vino del bueno; no lo que tenía mi madre por casa. Una para mí y otra para la fiesta. No quería presentarme delante de completos desconocidos con las manos vacías. De cocina no tenía ni idea, ¿pero de vino? Aún me pregunto por qué no había empezado con mi propia empresa de vinos o a buscar trabajo como catadora profesional.

—¿Charlie? —escuché una voz familiar llamándome por la espalda mientras tenía las dos botellas de vino en la mano, que estudiaba cuidadosamente. Era Oliver. Oliver con la tropa.

—¡Hola! —respondí.

—¿Tú en el supermercado? ¡Y con comida de verdad! —dijo apuntando al carro de la compra.

—Mamá me envía.

—Ya..., veo que de todos modos has procrastinado. —Esta vez señaló las bolsas de la compra de ropa.

—En mi defensa diré que yo venía por la ropa, pero mamá me ha colado la comida.

—Eso tiene más sentido.

—Pero lo del vino es cosa mía.

—A mamá no la sacas del vino de 1,99. Para ella todos son iguales —Confirmó que el mal gusto de mi madre no se aplicaba únicamente a decoración y ropa—. En fin, tenemos que seguir... ¿Le dijiste eso a mamá? —añadió disimulando el tema de la fiesta de cumpleaños de Nadine en frente de ella.

—Sí. Y me debes una bien gorda, hermanito. —No entré en más detalles, pero ya se olería a qué me refería, aunque ni de lejos podría imaginarse que acabáramos en el suelo enterradas en popurrí.

Oliver se fue por su lado y yo seguí estudiando mis opciones. Mi elección también tenía que ser perfecta.

Volví a casa con las compras hechas.

—Llegas tarde. —Como siempre las recepciones amorosas de mi madre. Dejé las bolsas sobre la encimera y aparté mis bolsas de ropa, mis botellas de vino y mis tarrinas de chocolate.

—Esto es mío —dije a mi madre con mirada posesiva y las manos protegiendo mis cosas.

—¿A ver? —Ya empezó con sus manazas.

—Se mira, pero no se toca —amenacé. Y como no pararía hasta que se lo enseñase, saqué el vestido de canalé y los zapatos para mostrárselos. Por supuesto, mi padre puso el ojo con muy poca discreción. Muy calladito y discreto cuando quería, pero en el fondo era como una vieja cotilla de pueblo.

—Pero esto no te cabe, hija. ¿Tú te lo has probado? ¡Ahí no te cabe el culo! —Siempre soportándome incondicionalmente en mis decisiones mi madre—. ¿Y con eso vas a poder caminar? De verdad, cómo te gusta tirar el dinero —Sin juzgarme, por supuesto. Arrugué el vestido de vuelta a la bolsa y metí los zapatos. No iba a molestarme en discutir. Mi cara simplemente pasó a «mejor me callo»—. Igual que el vino... A ver lo que te ha costado, teniendo aquí vino.

—¡Lo que sea! —me quejé cogiendo también mis botellas dignamente—. Me voy a dejar mis cosas abajo.

—Vale, pero sube a ayudarme.

—¡QUE SÍ! —dije gritando mientras bajaba por las escaleras al infierno.

La noche había llegado. Acompañé mi espectacular atuendo con un maquillaje que aparentaba naturalidad. Aunque de naturalidad nada, porque llevaba más capas de pintura que las paredes. Y uno de esos moños despeinados en los que en realidad has colocado cada uno de esos pelos en una posición concreta. Pintalabios *nude*, mate y permanente y los tacones de infarto. Podía decir: «¿Esto? Si es lo primero que he cogido» y el «¡Si ni siquiera me he peinado!», pero todo estaba controlado al milímetro. Era perfecto.

Esta vez llegaría cinco minutos tarde. Ni más ni menos. No quería ser la primera en llegar a una casa de desconocidos, pero tampoco la última. Solo esperaba que no me diera plantón otra vez. Aunque debido a mi enfermedad llegué diez minutos antes. Me quedé esperando en el coche y, a las 19:05 exactamente, llamé al timbre del lugar en cuestión.

—¿Quién? —¡Mierda! ¿Cómo no lo había pensado? ¿Sabían que iba? ¿Me conocerían por mi nombre? ¿Cómo no pensé en la presentación! Parecía una novata. ¿Y por qué estaba tan nerviosa?

—Eeeehm..., hola. Sí, soy Charlotte Katherine Fausser —¿Mi nombre completo? ¿Era idiota? ¡Qué coño me pasaba! Ni siquiera había entrado y ya había hecho el ridículo más grande de la noche—. La amiga de Greyson. —Me di un golpe en la frente con la palma de mi mano.

—¡Sube! —Sonó el ruido de la puerta abriéndose. Seguro que el tío se estaba descojonando de la risa.

Pero el ridículo iba más allá cuando me abrieron la puerta del apartamento y vi que incluso mi idea de *look* natural e informal con taconazos era demasiado para todos los asistentes. «Qué vergüenza...», pensé rotundamente. Solo agradecí mis capas de maquillaje para que nadie pudiera percatarse de que me había puesto roja como un tomate.

Allí la gente iba con tejanos, camiseta, pelo suelto y alguna que otra pulsera. Greyson iba como siempre, con sus pintas de indigente.

—Vaya... —me dijo a modo de recibimiento el tío que me abrió la puerta. No sé si era un vaya de «¡qué pibón!» o un vaya de «esta puta loca se ha perdido», pero prefería pensar que se refería al primer «vaya».

—Traigo vino —dije rompiendo el hielo. En verdad solo quería entrar y perderme allí dentro, escondida entre las copas de vino hasta pasar el mal trago.

—¡Genial! También tenemos cerveza —respondió aceptando mi botella y dejándome pasar.

—¿Dónde puedo dejar esto? —pregunté haciendo referencia a mi *blazer* y el bolso. Sin esos dos elementos quizás podría acoplarme mejor en la media de ese estilo de desconocidos. Como mínimo iba de negro para poder esconderme en alguna esquina sombría del apartamento. Aunque mi cabeza sobresaliera tres metros por encima de cualquier otro. Y entonces se acercó Greyson.

—Vaya...

—Dejad de decir todos «vaya» —dije agachándome un poco a su altura, entre susurros y apartándome un mechón tras la oreja a modo de disimulo—. ¡Dijiste que era una fiesta!

—Y lo es... —respondió cerveza en mano señalando a su alrededor. La gente se acercaba a saludarme, así que sería mejor dejar la discusión para más tarde.

Algunos de los otros ocho asistentes completamente desconocidos para mí dejaron de ser

completamente desconocidos en poco tiempo. Gran parte de ellos empezaron con un «vaya», y de verdad esperaba que no fuera uno de los que significaban «das vergüenza ajena». El mismo que me abrió la puerta me trajo una copa de mi vino.

—Gracias —Acepté la necesitada copa—. Soy Charlotte, por cierto.

—Lo sé. Charlotte Katherine Fausser, me lo has dicho.

—Ya..., mejor olvidemos eso. —Bebí.

—Soy Chad.

—Con Chad basta. —Reí y volví a beber.

En fin, yo no lo habría llamado fiesta a la hora de invitar a una completa desconocida. Era más bien una reunión de amigos. Todos estaban siendo muy amables y en mi defensa diré que mi atuendo casual no distaba mucho de la ropa con la que me había presentado, por lo que habría llamado la atención me gustara o no. En fin, los tacones habrían sido definitivamente más bajos, pero nada más.

—¿De dónde eres? —preguntó otra chica que parecía unirse a la conversación con Chad.

—Nací aquí, pero vivo en Londres... Vivía —Me estaba haciendo un lío—, pero ahora vuelvo a vivir aquí, solo por un tiempo.

—¡Aah! ¿Entonces conoces a Greyson de antes? —preguntó Chad.

—No.

—Y... ¿cuánto tiempo te quedas, Charlotte? —Volvía la chica a recuperar el mando de lo que parecía un interrogatorio a mi persona.

—No lo sé, pero lo suficiente como para que necesite un piso.

—¿Estás buscando piso? —Greyson se unía al interrogatorio.

—¿Tu amigo no iba a dejar un piso? —respondió con una pregunta de lo más interesante para mí la chica cuyo nombre aún desconocía, cosa que me desesperaba un poco. Quizás llegaba el momento de que me dedicara a preguntar yo en vez de responder.

—Perdona —interrumpí a propósito la conversación mirando a la chica—, quizás ya me lo has dicho —y mintiendo como una descarada—, pero no recuerdo tu nombre. Es que soy malísima con los nombres. —Y con esta nueva mentira me convertía en merecedora al Óscar como mejor actriz. Yo era buenísima con caras, nombres y, básicamente, en todo. Rozaba incluso la enfermedad a veces.

—Ups, lo siento. Soy Brittany. —Y la chica sin nombre por fin tenía nombre.

—Un placer —Sonreí. —. ¿Así que un posible piso libre dices? —Miré a Greyson.

—Sí, en dos meses.

—¿Seguirás aquí dentro de dos meses? —Rio Chad.

—Depende de él. —Señalé a Greyson. Si vendía antes de dos meses sería una mujer libre y exitosa. Si no vendía..., seguiría atrapada en las tierras de Birmingham y, si así fuera, mejor en un apartamento que en el sótano de mis padres.

—Pues entonces sí —vaciló Greyson a modo de respuesta mientras se terminaba la cerveza de un trago.

Aunque la conversación seguía fluyendo con diferentes personas entrando y saliendo de ella como si nos conociéramos de toda la vida, mi cuerpo pedía vino. Botella que, por cierto, me estaba tomando yo sola. Allí todos tiraban de cervezas; no le ponía pegas, más botín para mí. Mientras rellenaba mi copa, Greyson me cogió por banda.

—¿Es una cita?

—¿¡¡QUÉ!!?? ¡NO! —Casi me tira la copa del susto—. ¿A qué viene eso?

—Llevas tacones.

—Llevo tacones porque puedo, no por ti, guapito. —Bebí.

—¿Y antes no podías? Todos los días has venido con las mismas deportivas blancas. Y hoy llevas tacones.

—Vaya..., pues sí que te fijas en la ropa de los demás —respondí con tono de burla amigable—. ¿Tú te fijas en lo que te pones cada día? —Terminé con una sonrisa.

—Por supuesto que no. —Terminó con una sonrisa. No iba añadir un «ya..., se nota». Bebimos.

—Ya te vale.

—¿Qué he hecho? —preguntó sin entender.

—Dijiste que era una fiesta.

—Tienes razón —dijo cambiando su expresión con una mueca. Y entonces se giró hacia todo el mundo—. ¡Chicos! Charlotte tiene razón: esto no es una fiesta —¡Será posible! ¿De qué coño iba? Sucia rata traidora. ¿No me había dejado ya en bastante ridículo? Me llevé la mano a la cara. Solo quería huir de ahí—. ¿Dónde está el Twister? —añadió. ¿¡Cómo?! ¿El Twister? ¿Qué tenemos seis años? Estaba flipando. Y todos empezaron con sus vítores y aplausos ante la manifestación del Twister. ¿Iban en serio? Tenía que decirlo en voz alta; no podía ser real.

—¿Esto es en serio? —pregunté a Greyson por lo bajo.

—No hay fiesta que se precie sin Twister —respondió completamente seguro y serio frente a su afirmación. Es más, añadió la puntilla—: Es un elemento crucial —finalizó chasqueando los dedos.

—No, en serio. ¿Vamos a jugar al Twister? —Asintió. Sin ningún tipo de dudas. Incluso con una pose un tanto soberbia.

—¿Te da miedo? —Ya está. Había dicho las palabras mágicas. ¿Me estaba retando?

—Te vas a cagar —le reprendí seria, acabando la copa y quitándome los tacones. Todos vieron la advertencia y ahí sí que empezó la ovación por la inminente batalla.

No jugaba al Twister desde los diez años, y mi hermana siempre me daba una paliza, pero a él no iba a dejarle ganar. Aunque fuera lo último que hiciera. Esto era la guerra.

Roces, vino de más, posturas comprometidas, espíritu competitivo y Greyson estaban generando una tensión que no lograba comprender. Descalificamos al resto, quedando únicamente nosotros dos. La cosa estaba muy reñida.

—Ríndete ya —dijo Greyson prácticamente ahogado.

—Por mí podemos estar así toda la noche —respondí. En realidad, me estaba muriendo. Notaba cómo mis brazos flaqueaban. Nunca había tenido fuerza en los brazos. Era incapaz de hacer siquiera una flexión. Admito que tampoco es que tuviera interés en hacerlas.

Mientras, parte de sus amigos gritaban a mi favor rencorosos por ser Greyson quien los había descalificado; otros estaban a su favor porque, al fin y al cabo, eran sus amigos. Sin embargo, ninguno de los dos ganó. Chad abrió la puerta equivocada dejando escapar la bestia que una vez se abalanzó sobre mí. Estaba casi segura de que no fue un error. Era un boicot en toda regla.

—¡NO, DOGO! ¡NOOO! —gritó con terror Greyson mientras veía venir el inminente ataque de amor perruno.

De nuevo, toda aquella escena pasó frente a mis ojos a cámara lenta. Un gran danés babeante corrió hacia nosotros repleto de felicidad. Un Greyson gritando «no» y estirando el brazo con intenciones de frenar a su perro. Amigos alrededor llevándose las manos a la cara, riéndose o tirando patatas al suelo intentando atrapar a la bestia. Y yo tratando de cubrirme la cara con uno de mis brazos ante el inaplazable impacto. Eso sí, sin caerme. Hasta que Dogo colisionó contra nosotros. Acabamos los tres en el suelo, mientras Dogo lamía con amor la cara de su dueño e intentaba lo mismo conmigo.

—Ha sido divertido —confesé a Greyson en la puerta de mi coche.

—Sí, aunque hayas perdido —respondió intentando picarme. Bueno, intentando no, consiguiéndolo.

—¿Que yo he perdido? Eres tú el que ha acabado abajo, aun con el sucio intento de enviar a tu perro a derrumbarme por segunda vez.

—Yo no lo he enviado. De todos modos..., no puedo culparle. Sabe lo que le gusta.

—Ya..., seguro.

—En serio. Seguro que si ahora lo suelto volvería a saltar.

—Pues mejor no lo hagas. —Lo frené con un gesto de mano, para que se calmara.

—¿Es que Charlotte Fausser no sabe lo que quiere? —preguntó.

—Charlotte Fausser sabe perfectamente lo que quiere —reprendí dirigiéndome a mí misma en tercera persona.

—¿Y qué es lo que quiere?

No supe qué responder. ¿Qué quería? Me quedé parada pensando en todo lo que quería: recuperar mi vida, Londres, mi apartamento, el despacho de Birmingham, compras con Paul, salir del sótano de mis padres y... Algo interrumpió todos mis pensamientos de golpe.

No era un algo. Era un alguien. Era ambos.

Un beso.

Había acallado mis pensamientos con un beso, estando ya callada. ¡Era la chica más desgraciada de todo el cúmulo de galaxias a miles de millones años luz!

## Capítulo 17

### El gran dilema de Charlotte

Me había besado. Mi cerebro estaba al borde del colapso. No, mi cerebro estaba cien por cien colapsado. No podía reaccionar; no sabía cómo reaccionar. Solo terminé el beso, subí al coche y le dije «mañana te llamo», pero aquel mañana no llegó nunca.

¡Él no podía besarme! ¿Por qué lo había hecho? ¿Por qué me había dejado besar? ¡Yo era Charlotte Fausser! No estaba con tíos más bajitos que yo, norma número uno. No estaba con tíos desaliñados que vestían de cualquier forma y que eran incapaces de distinguir un Gucci de un Michael Kors. ¡No podía! ¿Y entonces por qué estaba así? ¿Es que acaso aquel botijo sin gusto ni aspiraciones me gustaba? ¡No! ¡Imposible! Iba en contra de mis normas. No podía conformarme, pero ¿por qué me costaba tanto asumir que no podía ser él por estar fuera de las normas? Al fin y al cabo, me las había inventado yo. Podía cambiarlas y olvidarlas al gusto; no es que fuera una ley del gobierno. Pero era mono... y divertido. Y casi lo peor: me gustaba discutir con él y no podía quitarme de la cabeza cada una de nuestras conversaciones de besugos, deseando tener más de esas.

—¡AAAAAAAAAAAH! —grité tirada en la cama apretándome la almohada contra la cara para que no me escucharan. Pero sí lo escucharon.

—¿QUÉ HA PASADO?! —gritó mi madre desde arriba.

—¡NADAAAAA! —Devolví el grito para que me dejara tranquila con mis dramas, mi helado y mi desgracia absoluta.

Pero el cotilla de mi padre bajó. Probablemente porque sabía que tenía helado y por eso trajo su cuchara. Se sentó conmigo y empezó a robarme indiscretamente de mi tarrina de chocolate. ¿Es que no había sufrido ya bastante?

—Déjame adivinar: ¿Greyson?

—No quiero hablar de ello, papá. Además, para ello necesito un experto en la materia.

—Creo que puedo serte de más ayuda de lo que piensas.

—Acabaste con mamá y ahora estás en un sótano robándole helado a tu hija. Creo que no es la dirección por la que quiero enfocar mi vida. —Nos reímos.

—Te gusta, ¿eh? —inquirió mi padre. Me tiré para atrás.

—Aarghh, no lo sé. No debería.

—¿Qué quieres decir con «no debería»?

—Pues... —Me incorporé de nuevo—, que no entra en mis cánones —dije formando un cuadrado con los dedos frente a mis ojos—. No está dentro de mis estándares —Mi padre se echó a reír. A carcajada limpia—. ¡Claro, sí! Tú ríete de la desgraciada de tu hija y que mamá se entere. Como baje aquí, te la cargas —Apunté con el dedo—. ¡Y deja de reírte!

—¡Estándares dices! ¿Tú crees que tu madre o yo nos elegimos en base a unos estándares?

—Bueno, pues algo tendría que gustarte, porque tuvisteis unos hijos preciosos, yo más que ningún otro, y seguís juntos —Creí que había concluido, pero vi cómo me robaba otra cucharada de helado—. Aunque huyas de ella para seguir robándome el chocolate.

—Pues claro, pero no tenía nada que ver con estándares... Si me hubiese guiado por ellos, seguiría esperando a que Jessica Lange se casara conmigo. ¿Entiendes lo que te digo?

—Por supuesto, pero eso no tiene nada que ver con mi problema. Tú te conformaste con un John

Candy chica en vez de ir a por una Jessica Lange.

—No... Lo de fuera cambia, Charlie; se pierde. Pero lo de dentro permanece y con los años mejora. Como un buen libro.

—Pues con Jessica Lange eso que dices de lo de fuera no le afecta mucho que digamos —dije intentando ignorar lo que mi padre intentaba enseñarme. Solo me estaba liando más y odiaba que tuviera razón. No sabía si lo que me molestaba era que él tuviera razón o que yo estuviera equivocada. Volví a tirarme hacia atrás—. Aaaaargh..., necesito un experto en la materia.

—Bueno..., solo piensa en lo que te digo. ¡No me respondas a mí! Pero piénsalo bien. ¿Te gusta?

Y con esa incógnita de mierda se fue, dejándome peor de lo que ya estaba. Dándole vueltas a mi cerebro, como si fuera una croqueta.

Pasaron un par de días y mi experto en la materia llegaba desde Londres para curarme todos los males, pero no fueron los únicos que estaban en la estación; me crucé con Chad y Brittany, los amigos de la fiesta de Greyson. Mi único deseo era que no supieran absolutamente nada de lo acontecido y, en caso de que lo supieran, mi deseo cambiaba a «tierra trágame».

—¿Charlotte Katherine Fausser? —dijo Chad desde mi espalda a modo saludo.

—Con Charlotte es suficiente. Hola —respondí amigable mientras me colocaba un mechón de pelo tras la oreja.

—¿Qué haces por aquí?

—¿Tan pronto estás huyendo de Birmingham? ¿Te hemos asustado? —bromeó Brittany. Seguro que sabían lo que había pasado con Greyson.

—No —dije entre risas de esas para quedar bien, mostrarme amigable y no parecer una borde total—. Solo vengo a recoger a...

—¡¡¡MI AMOR!!! —Allí estaba interrumpiendo mi conversación desde la distancia. El inconfundible tono llama-attentiones-cero-discreciones de Paul.

—Allí está —dije arrugando la cara y señalando hacia atrás sin siquiera girarme sabiendo que era él. Me despedí con la mano. En realidad, me alegraba más que nunca de verlo. Entre todas las demás circunstancias, se encontraba principalmente el poder alejarme de aquella incómoda situación lo antes posible. Di media vuelta y lo recibí con los brazos abiertos a la espera de su superabrazo—. ¿Qué tal el viaje? He reservado para cenar juntos. ¿Te ayudo con algo? —interrogaba mientras salíamos de la estación hacia el coche.

Durante la cena salió el tema de la discordia, aunque fuera una discordia que se encontraba únicamente en mi cabeza. Greyson, el librero diabólico de la calle Broad.

—Tengo un dilema Paul —confesé mientras daba un bocado al salmón a la plancha acompañado de verduras que había en mi plato—. Y necesito tu más sincera ayuda, sin risas. ¡Y sin juzgarme! —añadí advirtiendo con mi dedo sentenciador—. Es un dilema muy serio.

—Sabes que no prometo cosas que no puedo cumplir, pero prometo juzgarte con cariño y lo más internamente que pueda. —Viniedo de Paul esa promesa e intención era todo un éxito.

—Me vale —Sabía que no conseguiría más que eso de él—. Me ha besado un tío...

—¿¡QUÉ!?! —interrumpió en un tono ensordecedor.

—Gracias, ahora todo el restaurante nos está mirando. —No estaba exagerando.

—¡Serás perra! ¿Por qué no me lo has contado? Cuéntamelo todo, ¡ahora! ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Por qué? ¿Está bueno? ¿Quién es?

—Si te callaras, quizás... —le achaqué susurrando a voces y bajando la cabeza, tratando de pasar

desapercibida entre la atención que todo el restaurante nos prestaba. Paul se calló acompañando su silencio con un sofisticado y grácil gesto de mano que representaba una cremallera cerrada en la boca. Esa era mi señal para continuar, o empezar—. Fue el sábado por la noche y...

—¿Desde el sábado y aún no me lo habías contado, so zorra? —Le lancé una mirada amenazante por la nueva interrupción. Paul la entendió inmediatamente y repitió el gesto de cerrar la cremallera, incluyendo el cierre con candado esta vez.

—Como iba diciendo..., fue el sábado por la noche. Era una fiesta en casa de unos amigos suyos, por llamarlo fiesta. Ya hablaremos de eso más tarde. El caso es que después del Twister y cuando acabó todo, me acompañó al coche y me besó.

—Espera, ¿has dicho Twister?

—Te he dicho que de la «fiesta» —Hice el gesto de las comillas en la palabra *fiesta* más exagerado para resaltar el concepto— hablaríamos luego. Ahora lo importante.

—El beso.

—El beso —repetí.

—¿Qué le pasa al beso? ¡AH, DIOS MÍO! ¿Fue tan horrible?! ¿Fue malo? ¡¿FUE PEOR?! —Paul se perdió en sus monólogos del drama él solito sin dejarme avanzar con el verdadero punto del dilema. Era exasperante porque con cada una de sus preguntas captaba la atención de diferentes comensales en distintos puntos del restaurante. «Debería tener esta conversación en casa», pensé avergonzada por la atención que captábamos. Solo quería ahogarme en mi copa de vino.

—¡NO! El beso fue bien. ¡El problema no fue el beso, sino quien me lo dio!

—¡Oh no! ¡Es peor de lo que me temía! Es de un feo, ¿verdad? —Juro que Paul estaba apunto de llorar por el drama. Y yo no necesitaba otra copa de vino; necesitaba la botella entera—. ¡¡¡Oh, Dios mío!!! ¡Qué horror! ¡UN FEO!

—¡NO! Bueno, tampoco es un adonis. Es... No está en mis estándares.

—Bueno, chica, si nos regimos por nuestros estándares, acabaríamos las dos solas, viejas y acabadas —concluyó sorbiendo su copa de vino como una diva digna, como si nada hubiera pasado.

—No, guapa. Habla por ti. Yo ya tenía el hombre perfecto. Tú tienes estándares más exigentes que los míos.

—Bueno, perfecto... Perfectos los cuernos que no te caben por la puerta, bonita.

—Yo solo quiero un tío guapo, bueno, cariñoso, divertido, con buen trabajo, sin una familia de locos y más alto que yo, que me quiera y que no me ponga los cuernos. ¿Es tanto pedir?

—Pues sí —concluyó tragándose la copa de vino entera.

—Eres de gran ayuda —le reproché.

—A ver..., ¿qué requisitos no cumple? —Se puso serio, incluso entrelazó los dedos bajo la barbilla prestándome toda la atención—. ¿Es tan feo? —Su preocupación número uno seguía siendo la misma.

—No es feo, pero sin duda no da lo mejor de sí. Quizás con un buen corte de pelo, un afeitado apurado y un buen traje ganaría mucho más..., aunque para los tatuajes necesitaría tres botes por día para tapanlos. Y no es que le vaya muy bien en el trabajo —Torcí la boca—, pero —Tenía que empezar a sacar el lado bueno antes de que causara una imagen absolutamente negativa en Paul y necesitaba su ayuda objetiva— es muy divertido y hablamos durante horas, hasta discutimos. ¡Y es divertidísimo! Parece atento y cariñoso, como un romántico de películas antiguas, ¿sabes? —Por su cara no parecía estar convenciéndolo—. Pero, ahora viene lo peor, es más bajito que yo. Ese es el problema. ¡Incluso en plano soy más alta que él!

—¿Te gusta? —Esa fue su única respuesta: ¡una pregunta de mierda! ¿Si me gustaba? ¡Eso es

precisamente lo que necesitaba que él me respondiera! ¿En qué momento de la conversación se le había olvidado que tenía que resolver mi problema?

—¿Me has estado escuchando?

—Sí. Y lo que he visto y escuchado es que te da más bien igual todo lo demás con tal de tener a un tío que te haga reír y te dé el cariño y romanticismo que yo, como mejor amigo gay, no podría proporcionarte. Si fuese por las risas, te casarías conmigo, cariño. —Odiaba que tuviera tanta razón y creo que él mismo había respondido mi pregunta, aunque me daba miedo decirlo en voz alta.

—Debería llamarlo, ¿no?

—¡No le has dicho nada desde el sábado! —criticó a voces mi actitud. Le respondí negando tímidamente con la cabeza y mordiéndome el labio inferior. Era una persona horrible—. Llámalo ahora mismo y dile algo —ordenó Paul intentando quitarme el móvil del bolso.

—¡No! ¡No, no, no, no, no! —grité parando y luchando contra sus manos para recuperar mi móvil—. ¡Ahora no! —Logré capturar de nuevo el móvil en mis manos—. Ahora estoy contigo. Le hablaré mañana en el trabajo.

—¿No tienes nada mejor que hacer mañana en el trabajo que hablar con él? ¿Algo como trabajar?

—Tengo ratos muertos —reproché sacándole la lengua—. Además, deberías estar saltando de felicidad porque considere mis ratos contigo más importantes que mis ratos para mí —terminé tratando de quedar digna.

—Ni tú misma sabes lo que has dicho. —Él sí que quedó como una digna con ese final triunfante, bebiendo de su copa de vino y teniendo toda la razón.

A pesar de todo y de lo que no quería admitir en voz alta, logré eludir el tema de la nueva conversación con Greyson bajo las atentas y juiciosas intenciones de Paul y había esclarecido mi dilema. Me gustara o no.

Aquella mañana llegando al trabajo por Centenary Square, café y Paul en mano, se acercaba nuestra separación por diferentes motivos. Uno: Paul se pasearía por el centro, compraría y descubriría las maravillas que posiblemente escondía Birmingham y que yo había sido incapaz de encontrar todos estos años, mientras yo trabajaba. Dos: Greyson estaba frente a la Alpha Tower probablemente esperando a que apareciera después de haber huido de él cual rata cobarde durante cuatro días. Paul supo que algo pasaba porque corté mis indicaciones sobre qué tiendas encontraría por las diferentes direcciones cuando mi mirada se cruzó con la persona en cuestión.

—¿Qué pasa? —preguntó Paul al ver que me había quedado parada cual piedra. Y entonces siguió con sus dedos lo que fuera que apuntaran mis ojos—. ¿Quién es? ¡Oooh! ¡Es él! ¿Verdad? — En esa última frase su tono cambió de incertidumbre a sorpresa, luego a eureka y a duda de nuevo. Yo seguí paralizada y solo logré asentir bobamente, pero me espabilé rápidamente cuando Paul me dio un empujón para que empezara a caminar hacia él. El muy listo se pensaría que lo iba a dejar allí tranquilo, mirando juicioso desde lejos la situación, pero pensaba vengarme.

Me acerqué a Greyson, toqué su hombro por la espalda y empecé a decir:

—¿Llevas mucho esperando?

—Desde el sábado por la noche —Uff..., eso dolía, pero me lo merecía. Y encima era él quien llevaba dos cafés—. Perdona, no lo sabía. De haberlo sabido no lo habría hecho nunca, de verdad. — ¿Eso a qué venía? La culpa era mía. ¿Por qué me pedía perdón?

—¡No! Soy yo quien tiene que disculparse. Debí decirte algo, aunque fuera... lo que fuera.

—Me lo dijo Chad anoche. No quería causarte problemas. Yo estaba convencido de que estabas

sola y...

—¿Espera? ¿Te dijo qué? ¿A qué te referías con «problemas»? —Me había perdido—. Aquí la única que tiene que disculparse soy yo. Me besaste, te dije que te llamaría y no lo hice porque... porque estaba hecha un lío y necesitaba... —No sabía ni cómo hablar. Solo escupía palabras arbitrariamente, de las que nadie, jamás, podría sacar nada en claro. Ni yo misma. Pero entonces Greyson me interrumpió:

—¡Claro! ¡Por tu novio! Es normal. Oye, yo no quiero entrometerme entre vo...

—¡Espera! ¡¡¿Mi qué?!! —Creo que empezaba a comprender lo que pasaba.

—Tu novio..., tu pareja o prometido. ¡Lo que sea! —Empezó dubitativo, pero se proponía seguir con su monólogo de «yo no quería entrometerme en vuestra relación», así que lo detuve antes de que fuera a más.

—¡No! ¿Quién te ha di... —Y ahora ya lo entendía todo—. Aaaaah... —Pero Greyson estaba más perdido que nadie—. Ya lo entiendo.

—Pues... —Greyson abrió los brazos esperando una explicación porque ahora él se encontraba incluso más perdido que yo en mi dilema veinticuatro horas antes.

—No tengo novio. Y Chad y Brittany, lo que vieron o escucharon era a mi mejor amigo gay llegar. —Señalé hacia Paul y lo saludé. Paul respondió a los saludos. Le hice gestos para que viniera mientras continuaba.

—¿No tienes novio? —Negué con la cabeza a la pregunta de Greyson—. ¿Ni prometido? —Seguí negando bajo su insistencia —. Ni pareja ni nada de ningún tipo.

—Estoy sola conmigo misma y nadie más, así de triste soy —Terminé con las negaciones a Greyson recordándome cuán sola estaba. Paul llegó—. Y este es mi mejor amigo, Paul.

—Un placer, Charlie me ha hablado muchííííísimo de ti —se dirigió Paul a Greyson con más pluma de la que jamás habría mostrado en la normalidad.

—Ya..., gracias, Paul —dije dándole una patadita disimulada—. Tú de tantísima ayuda como siempre —añadí sarcástica.

Paul nos miró a los dos y su único comentario bastó para que quisiera huir de allí.

—Aaaish... Si solo tuvieras tres centímetros más.

—¿Cómo? —preguntó Greyson. Aquello estaba completamente fuera de su entendimiento.

Yo sabía exactamente a lo que se refería, aunque, por supuesto, fuera de contexto parecía referirse a algo completamente diferente. Me llevé la mano a la cara tratando de ocultarme.

—¡Nada! Yo tengo que irme a trabajar... Greyson, te llamo luego. Esta vez de verdad. Paul, nos vemos para comer —Y mientras me alejaba hacia la puerta me vino a la mente una brillante idea para vengarme de Paul. Paré, me giré y dije—: ¡Aah, por cierto! Greyson, ¿te he dicho que Paul no ha leído un libro entero en su vida?

Sonreí victoriosa, di media vuelta y seguí contoneándome hacia la oficina. De nuevo había lanzado la granada y huía antes de que explotara. Sin embargo, para cruzar la impecable puerta de cristal, había que tirar, no empujar. Y mi triunfal final quedó ridiculizado por mi absurda lucha con la puerta hasta que entendí que tirar no significa empujar, sino tirar. Y por si la situación no era aún suficientemente embarazosa, cuando logré descifrar el puzle para abrir la puerta, tiré tan fuerte que me di con la puerta en las narices. Literalmente. Seguro que la nariz me estaba sangrando. ¿Dónde estaban los porteros cuando se necesitaban? Era la chica rubia más desgraciada de la galaxia Andrómeda uno, dos, tres, cinco ¡y hasta diez!

## Capítulo 18

### Como el perro y el gato

El día de Nadine había llegado, y yo había hecho mis deberes. Había llamado a Greyson, como prometí, y llegamos a la conclusión de tener una cita. Una de verdad, con tacones y todo. Sin embargo, me había olvidado de la otra parte de mis deberes: no había ido a recoger en ningún momento el regalo de Nadine y ya era demasiado tarde. Tendría que recurrir a mis encantos o aceptar que era una tía horrible. Prefería la primera opción.

De Charlotte: ¿Te acuerdas de los deberes que te encargué?

De Greyson: Buenos días a ti también.

De Charlotte: Meeh..., la costumbre. Lo del regalo, ¿te acuerdas?

De Greyson: Sí, sigue esperándote en la tienda. ¿Para cuándo lo necesitas?

No respondí con palabras, sino con una foto con una sonrisa de niña buena que decía implícitamente «para hoy, porque soy una persona enormemente espantosa, me olvidé de recogerlo y lo necesito. ¿Me lo traes?». Claro, que muchas de esas palabras luego tuve que escribírselas porque mi cara de niña buena no lo decía tan claramente como pasaba en mi mente.

De Greyson: ¿Me explicas qué he visto en ti?

Me abstuve de responder, pues claramente había visto a una mujer impresionantemente perfecta, notoriamente fuera de su alcance y sumamente modesta, aunque con un pequeño problema: acordarse de los demás. Él tampoco esperó a que respondiera.

De Greyson: ¿Dónde te lo llevo?

Le pasé la dirección de mi casa. Quería dejarle claras las instrucciones, pero mi conversación se vio interrumpida por varios factores. Así que la entrega quedó involuntariamente en manos del destino. ¡Estúpido universo y sus caprichos de atentar contra mi vida e integridad!

—¡ARRIBA! —gritaba mi madre desde lo alto de la escalera al sótano dando cacerolazos. Golpes completamente innecesarios porque, en primer lugar, yo ya estaba despierta. Era el manatí de mi lado el que seguía roncando. Y, en segundo lugar, el irritante pitido de su voz era suficiente para despertar incluso a Paul.

Paul se estiró al despertarse dándome un puñetazo en la mandíbula que hizo que el móvil se me cayera.

—¿Con quién hablabas? —inquirió entre bostezos asomando un intento de sonrisa picarona bajo sus ojeras—. ¿*Sexting* mañana?

Tampoco pude responderle a Paul, pues estaba demasiado ocupada ignorando los «¡venga, venga, venga!» de mi madre y tratando de recuperar mi móvil de las garras de Paul y evitar lo que fuera que estuviera escribiendo. Durante nuestra pelea él también gritaba cual señora de barrio:

—¡Ya vamos, señora Fausser! —Aún luchando contra mis manos y alejando lo más alto posible el móvil de mí, consiguió aplacar los chirridos y golpes de mi madre.

—¡Pues venga! —Exactamente así fue como terminó con su último golpe.

—Así que va a venir, ¿eh? —me susurró Paul con un levantamiento sexy de cejas.

—Solo a traer el libro —Recuperé mi móvil de un tirón—. Luego se va —concluí borrando el «¿y qué llevas puesto?» que Paul había escrito, pero no pudo enviar gracias a mis no-gráciles movimientos de luchadora sin talento ni entrenamiento en la vida pero suficientemente eficaces, dado

el resultado exitoso de mi no-técnica.

—¿SUBÍS YA O QUÉ?! —Las suaves palabras de mi madre volvían al ataque. Estaba al borde del «como baje yo, os vais a enterar», y nadie quería eso.

—¡YA VAMOS! —respondimos al unísono con el mismo tono amoroso de mi madre. Por amoroso y suave entiéndanse el rebuzno de un asno a todo volumen.

Nos vestimos, prácticamente iguales, como si fuéramos gemelas. Llevábamos pitillos negros y camisa blanca, solo que la mía por fuera, *oversize* y de satén, más volátil, para que cayera grácilmente, básicamente con toda la gracilidad que yo no tenía. Paul, en cambio, llevaba la camisa Oxford, ajustada y por dentro del pantalón destacando su carísimo cinturón de Dior. Y como siempre, la guinda estaba en los zapatos. En mi caso, unos zapatos de salón en verde cocodrilo con un relieve que imitaba muy sutilmente su piel. Eran una elección perfecta, pues les daba el toque de color, y además verde y animal, ¡como en la naturaleza! Era una fiesta en el jardín, ¿no? ¿Qué había más salvaje y adecuado que unos zapatos verdes de cocodrilo? A veces podía ser una auténtica genio. Aunque, por supuesto, mi madre era incapaz de apreciar o entender mi más que demostrable ingenio.

—¿Qué haces con tacones? —Solo le faltaba la cara de asco, esa que a Paul y a mí se nos daba tan bien—. ¿Es que no sabes que vamos a estar fuera? —Colocó sobre mis manos un montón de platos, vasos y cubiertos—. Corre, colócalo. Y tú —a Paul—, esto —Le entregó los paquetes con los farolillos, todos de diferentes tipos y colores—. Eres alto; podrás colgarlos bien. Yo voy a empezar con las ensaladas. —Mamá se anudó el delantal y nos hizo gestos con la mano para echarnos. Luego ya se quejaría de que no la ayudábamos en la cocina.

Paul trataba de decorar lo mejor posible, dadas nuestras limitaciones, el porche con los farolillos y yo la mesa.

—¿Quién escogió esto? —preguntaba Paul con su mejor cara de asco en todo su esplendor. Seguro que la practicaba delante del espejo. Era un farolillo con, supuestamente, una carita sonriente dibujada, aunque parecía un hombre que había sido aplastado por la rueda de un tractor unas cinco veces.

—No preguntes. —Sabía que las paredes escuchaban en esa casa. Era mejor no hablar del tema.

—¿Y cuándo llega tu amorcito?

¡Greyson! ¡Mierda, no le había dejado las indicaciones de cómo proceder! Como lo pillara mi madre estaba socialmente muertísima. Espera... ¿lo había llamado «mi amorcito»? Y, espera otra vez, ¿había relacionado automáticamente «Greyson» con «mi amorcito»? ¿Qué coño pasaba conmigo?

—¡No es mi amorcito! ¡No es mi nada! ¿*Capisci*? —sentencié claramente. Paul no tenía que saber lo que había pasado por mi cabeza.

En ese momento saqué el móvil para pasarle las indicaciones. Empecé a escribirlas antes de que fuera demasiado tarde. «Sobre todo no llames al timbre. Llámame cuando llegues y sa...», pero aquel «demasiado tarde» ya lo era. Antes de que pudiera terminar la frase y enviar el mensaje, me interrumpió el dindón del timbre.

—Por favor, que sean Alice y Louis —recé en voz alta bajando el móvil. Por si acaso berreé—: ¡Yo voy! —Pero en menos de milésimas de segundo escuché a mi madre abriendo la puerta.

—Buenos días, ¿está Charlotte? —Era inconfundiblemente la voz de Greyson, que se presentó con Dogo en una mano y una bolsa de papel en la otra. Vestía con un sombrero marrón como los de los periodistas en los años 50; un cárdigan largo hasta las rodillas, también color marrón oscuro, sobre una camisa gris desarreglada; unos tejanos oscuros y desgastados claramente dos tallas mayor de lo que necesitaría; un pañuelo con rayas tribales en tonos apagados que le caía por el cuello y las botas sucias y marrones de siempre. Los tatuajes asomaban por su cuello, manos y nudillos.

Mi madre se quedó parada. Pocas veces la habían dejado sin palabras, y esta era una de ellas, aunque probablemente estaría analizando y juzgando cada átomo de lo que estaba presenciando. Mi padre bajó instantáneamente su periódico al escuchar el «¿está Charlotte?» saliendo de la boca de un desconocido.

—Tú debes de ser Greyson —dijo mi padre desde su sillón. Empezó a incorporarse para ir a cotillear bien de cerca la situación. Supongo que lo dedujo fácilmente a raíz de nuestra conversación y del chico «fuera de mis estándares».

Greyson iba a responder, pero yo corrí veloz a cortar todo tipo de conversación antes de que todo empeorara aún más.

—¡Sí! —Atravesé la casa cual velocirráptor, interponiéndome entre ellos, empujando delicadamente a Greyson y alejándolo de la puerta de entrada—. Y ya se iba.

—¡Qué tonterías dices! —saltó mi madre trayéndolo de nuevo hacia dentro de la casa—. Pero si acaba de llegar —Cerró la puerta tras él—. Yo soy Geraldine, la madre de Charlotte. No te creas nada de lo que te haya dicho de mí; es una exagerada —soltaba su monólogo victimista al pobre Greyson mientras lo acompañaba hacia lo que ella llamaba el acogedor salón y lo invitaba a sentarse en el sofá—. ¿Eres el nuevo novio de Charlotte?

—¡Mamá! —incredulé completamente avergonzada.

—¿Te quedas a comer? —añadió mi padre siguiendo la conversación de mi madre y haciéndome sentir, con ahínco, aún más incómoda ante la situación.

—¡Papá! —grité mirándolo con los ojos abiertos como platos y acompañados de un movimiento frustrado de manos.

—¿Y tú por qué no me has avisado de que venía? —me atacó mi madre—. Ahora tengo que preparar más comida —añadió mientras se levantaba para acercarse a la cocina—. Tendrías que habérmelo dicho porque...

—¡Que no! —interrumpí antes de que mi madre siguiera con su innecesaria bronca—. ¡Que Greyson ya se va! —dije tirándole del brazo fuera del sofá y tratando de arrastrarlo de nuevo hacia la puerta—. Solo ha venido a traerme una cosa. ¿A que sí? —Esto sin duda era divertidísimo para él; podía verlo en su cara.

—¿Esa de la foto enfurruñada eres tú? —respondió Greyson ignorando mi pregunta y tratando de meter baza en el asunto.

—Sí, hijo —respondió mi madre secándose la mano en un trapo de cocina mientras volvía hacia nosotros—. Siempre está enfurruñada esta niña. Así que mírala, que se me queda para vestir santos, hijo...

—Pues cuelga otras fotos —sentencié. Volví a agarrar del brazo a Greyson para sacarlo de allí—. Vamos.

—¿Qué otras fotos? —interrumpió mi madre recuperando el brazo de Greyson para quedárselo—. ¡Si no tengo ninguna tuya bonita! Mira... —Señaló la foto del baile con Oliver. Necesitaba huir de allí—. Esta es la única que...

—¡Que nada! —le recriminé—. Tienes la del trabajo y no la quieres colgar porque salgo guapa. ¡Adiós! —Tomé de nuevo el brazo de Greyson dispuesta a sacarlo de allí costara lo que costara. Aunque yo me estaba muriendo de la vergüenza, él ya no podía ocultar su sonrisa de «esto te lo voy a recordar toda tu vida».

Sin embargo, el universo no tenía los mismos planes que yo. Dogo se percató de la presencia de Foffy paseando por la cocina. Aunque para mí ver a mi gato siempre era algo positivo, había un invitado no acostumbrado a la presencia felina, la cual tampoco parecía ser de su agrado. Los perros

de la casa ya estaban acostumbrados, pero Dogo no. Ladró y tiró con fuerza de sus ataduras con la intención de atrapar a Foffy, alterando así al resto de los peludos. Foffy, bufado y asustado, empezó a corretear por toda la casa seguido del resto de sabuesos guiados por Dogo y causando algunos destrozos menores en el interior hasta que salieron fuera para continuar con la persecución.

—¡Dogo!

—¡Foffy!

—¡Chicos!

Cada uno gritábamos a los nuestros con afán de pararlos sin éxito. Greyson y yo sí que tratábamos de detenerlos con un poco más de iniciativa que mis padres, corriendo tras ellos y procurando atraparlos.

El caos no había hecho más que empezar, y las pocas cosas que tiraron en el interior no fue nada comparado con la que armaron en el exterior. Foffy salió disparado hacia el huerto. Pequeño y ágil, no causó ningún tipo de problema más que captar la atención de Paul, que seguía subido sobre la silla terminando de colgar los farolillos. Fue muy poco después cuando supo lo que le caería encima. Una jauría de perros corriendo tras Foffy, llevándose todo lo que podían y más por delante. Los más pequeños corrían bajo la mesa, los más altos la saltaban tirando gran parte de lo que había sobre esta y los más torpes arrastraban la mesa consigo. Sorprendentemente, Paul y su silla fueron esquivados por todos los perros. No podía decir lo mismo de mí. Mientras Greyson entraba al huerto con intención de detener a las bestias, yo corría en tacones esquivando cuantos más platos, vasos o cualquier cosa que me hiciera tropezar posibles. Intentos claramente sin éxito. Me resbalé cayendo de culo con uno de los platos, pateé la silla donde se encontraba Paul y lo tiré al barro junto a la silla.

—¡¡Aaaaah!! —fue mi agudo grito con el resbalón. «Seguro que me he roto el coxis», pensé. Al universo eso le habría encantado. Por suerte, como mucho, me saldría un moretón.

—¡¡Aaaaah!! —fue el agudo grito de Paul tras tirarlo. Desde fuera nadie jamás hubiera sabido de quién era cada grito.

Me incorporé tan pronto como pude para entrar al huerto con Greyson, pero no para lo que pensáis, a no ser que lo que pensáis sea detener a los perros y salvar a mi Foffy; en ese caso, sí. Desde luego, para ese instante, los zapatos de tacón de aguja y el barro no eran la combinación más acertada.

—¡Mis plantas! —Se oía gritar a mi madre histérica mirando desde el porche. Mi padre estaba expectante, simplemente disfrutando del espectáculo gratuito. Ya podía disfrutar, ya, porque luego le tocaría a él arreglarlo y entonces sí que se acordaría de mí y de mi madre.

Y entre barro, frutas, verduras, flores y perros, nos encontrábamos como si estuviéramos domando leones que ladraban desde lo más bajo de la higuera a lo más alto, donde se refugiaba inteligentemente Foffy.

—¡Cuidado con los tomates! —seguía insistiendo mamá a gritos desde el otro lado del jardín—. ¡Y los pimientos!

Greyson logró enganchar a Dogo y alejarlo un poco de la situación para calmarlo, mientras yo alejaba a los ya calmados perros enviándolos hacia mis padres. Quedaba la más pequeña y escandalosa con diferencia aún ladrando sin consuelo, alterada por lo que para ella era un juego. La cogí en brazos mientras aún ladraba y se la di a mi madre.

—Toma.

—¡Oh, Dios mío! Mira cómo te has puesto... —dijo con un tono de alta preocupación que jamás había escuchado en ella.

—No pasa nada. Ahora me cambio... —Empecé a farfullar por lo bajo mirando cómo había terminado cubierta de hojas, barro y manchas de césped mojado. Pronto me percaté de que no se

refería a mí.

—... , mi pobrecita cosita.

—¿El perro? ¿En serio? —pregunté a mi madre incrédula, reclamando la más que merecida atención—. Acabo de poner mi vida en juego en el barro ¿y tú solo te preocupas por tu rata con exceso de pelo?

—¡Ay! Qué exagerada y susceptible eres, hija —me reprochó mi madre sin importarle lo más mínimo mi estado—. Y es una *yorkshire*. No vuelvas a insultar a mi princesita.

Sacudí la cabeza. Era mejor no intentarlo siquiera. Volví a la higuera a por Foffy. Recuerdo que de pequeña escalaba cientos de veces por sus ramas y, aunque esperaba no tener que hacerlo y que Foffy bajara por su propio pie, confiaba en recordar cómo subir al árbol.

Había quedado un buen destrozo en el jardín. Y aunque los perros ya estaban calmados, algunos jugaban con los platos tirados al suelo o los farolillos descolgados. Otros simplemente continuaban revolcándose en el barro o estaban tirados en el suelo disfrutando de su obra. Greyson estaba junto a mi padre en cuclillas, cubierto también de hojas y barro y agarrando bien a Dogo para que no se volviera a desatar el caos. Hablaba con mi padre, probablemente de libros, de perros o del caos que se había montado en un momento. Cuando me acerqué con Foffy, el gran danés de Greyson volvió a hacer amago de ataque, pero esta vez Greyson distrajo su atención al momento para que no se volviera loco.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Oliver, que acaba de llegar con la tropa. Era una pregunta de lo más normal al llegar y encontrarse un jardín destruido, personas cubiertas de barro y perros jugando con y sobre los lugares donde teóricamente íbamos a comer.

Todos se miraron entre sí buscando la explicación más simple.

—¡Una fiesta zombi! —salté ocurrente e ingeniosa—. ¡Bienvenidos al apocalipsis! —Cogí uno de los farolillos caídos de la boca del perro y señalando el dibujo de la carita sonriente añadí—: ¡Mirad! ¡Los farolillos tienen hasta zombis dibujados!

La pausa se me hizo eterna. Era como si los segundos se hubieran duplicado. Finalmente se rompió el silencio.

—¡Qué guay! —gritaron al unísono Nadine, Nichole y Olivia con sorpresa y honesta felicidad. Estaban emocionadas. ¡Era una fiesta zombi de verdad!

—¡A que sí! —añadí fingiendo la misma emoción que las niñas—. ¿Quién quiere que la maquille? —Las tres saltaron esperando ser las elegidas para ser maquilladas. Era mi excusa perfecta para huir de allí antes de enfrentarme al verdadero monstruo, que iba a ser mi madre.

Si lo mirabas desde el punto de vista de mi madre, yo era una persona horrible que había arruinado y destruido sin piedad la fiesta de cumpleaños de una niña de ocho años. Si lo mirabas desde mi punto de vista, la decoración estaba mucho mejor ahora que antes y le había dado a una niña de entre seis y diez años una fiesta de zombis alucinante.

Y, aunque más adelante, cuando tuviera que trabajar en el jardín y el huerto, recordaría que era la rubia más desgraciada de todas las galaxias que rodean de cerca y de lejos la Vía Láctea, ese día no fui la tía horrible que no sabe cuántos años cumple su sobrina. Ese día fui la tía alucinantemente guay que había preparado una fiesta zombi a su sobrina de claramente ocho años, una vez que vi el número de velas que había en la tarta que soplaban.

## Capítulo 19

### Entre bandos

Aunque aquel último fin de semana había sido de locos, salí menos perjudicada de lo que esperaba. El moretón de mi culo era prácticamente invisible, la ropa podía ser salvada por la tintorería y los zapatos... ¿a quién iba a engañar? Cualquier excusa era buena para comprar zapatos nuevos. Lo hacía incluso sin excusas.

Pero ese día tenía que centrarme en la presentación. Me enfrentaría a la toma de decisiones de Robert y Hernest. Había trabajado mucho en el desarrollo de las dos campañas y, aunque yo tenía claramente preferencia por una, debía mostrarme imparcial y dejar que ellos decidieran la mejor, o sea, la que yo quería. En caso contrario, me vería los próximos meses trabajando en un proyecto que, aunque fuera bonito, no me inspiraba. Y lo que era aún peor, no me sentiría ganadora, y eso me convertía en un ser dramáticamente insoportable.

—¡Charlie! —celebró Robert con los brazos abiertos cuando crucé la puerta de la oficina. Hacía tiempo que no veía tanta falsedad reunida en una persona—. Mi superestrella favorita —añadió mientras se acercaba a mí para darme dos besos en las mejillas y cogermme de los hombros—. ¿Qué tal estás? ¿Te han tratado bien por aquí? —Me rodeó con su brazo mientras me acompañaba hacia el despacho de Hernest.

—Pues no voy a mentirte, si esto fuera Londres no me sacarías de aquí ni con un palo. ¿Me vas a poner un ventanal como ese en mi despacho? —respondí jocosa.

Robert soltó unas sonoras carcajadas mientras cruzábamos la puerta del despacho de Hernest. Estoy segura de que lo que había dicho no era ningún chiste, ni mucho menos tan gracioso.

—¡Venga, supersetrella! —Hernest me invitó a sentarme frente a él—. Sorpréndenos con tus ideas. —Directo al grano; no había tiempo que perder.

Sabía perfectamente que empezaría con la que esperaban y que terminaría con el plato fuerte, porque, aunque tenía que mostrarme imparcial con los dos desarrollos, sabía que el final es lo que todo el mundo recuerda. Como en las películas.

Las dos ideas eran muy diferentes. La primera eran líneas simples y orgánicas, futuro, progreso, cambios. Era la expresión pura de modernidad e innovación. La segunda idea, en cambio, tenía más vida, era clásica pero no recargada, eran historias, momentos, personas. Un lugar donde a la gente le gustara empezar, continuar o simplemente tener una historia. Esta fue la que los enamoró; tenía personalidad.

—¡Bravo!

—¡Bravísimo!

—¡Es perfecto!

Se iban pisando las líneas el uno al otro.

—Ahora solo falta una cosa —añadió Hernest en un tono más serio.

—¿Empezar la campaña? —pregunté fingiendo duda, pero mostrando iniciativa.

—Ojalá —respondió Robert en su lugar.

—No vende. —Hernest, más que sentarse, se tiró en la silla. Sorprendente la fuerza y el aguante del soporte de esa silla.

—No hay forma de moverlo de allí. —Me parecía muy cómico cómo se completaban las frases el

uno al otro, pero tenía que mantener el tipo.

—¿Alguna idea?

—¿Cómo harías para conseguir que alguien haga algo que no quiere hacer? —Aquí pensé «amenazarlo con despedirlo». A Robert le funcionó muy bien conmigo, pero sabía que la situación era diferente a la mía, así que no serviría.

—Mmmm, no sé... ¿Dejar de intentarlo?—respondí finalmente.

—¡Eso no tiene sentido! —criticó Robert menospreciando inmediatamente la idea con un movimiento de mano que representaba descarte.

—¡No! ¡Todo lo contrario! ¡Es una genialidad! —A Hernest, en cambio, mi idea le encantó. Incluso se enderezó con un chasquido a modo de «eureka!». Desde luego, necesitaba cambiar de jefe. A Hernest todo lo que hacía o decía le parecía una genialidad. Tampoco me importaría adoptarlo como mi madre—. Cerrar todos los contactos con él. Decirle que pasamos, que tenemos otro sitio — Estaba que no cabía en sí de gozo—. Que baje la guardia, que se olvide de nosotros.

—¡Sí! ¡Que vuelva él arrastrándose a nosotros! —Hernest contagió esa misma motivación a Robert—. Que vuelva con su fracaso arrastrándose a nosotros —Pero en Robert todo sonaba más cruel—. ¡Nos saldrá más barato!

—¡Sí! —entonces Hernest se dirigió específicamente a Robert—: Esta chica es una genio; no la dejes escapar.

Fue tras ese comentario cuando me di cuenta de en qué lío me había metido. ¿Qué estaba haciendo? ¿De qué bando estaba? ¿Del laboral o del sentimental? Me estaba involucrando sentimentalmente con una persona que, si bien no me hacía perder mi trabajo, abandonaría por Londres. Por otro lado, aunque sin pensarlo, había ayudado a mis jefes a destrozarse los sueños de una persona que, creo, me importa. Y si todo fuera según lo planeado, es decir, logran que Greyson venda, me ascienden y regreso con éxito a la gran ciudad, ¿Greyson me seguiría? ¿Sería capaz yo de rechazar el ascenso por quedarme aquí? No, eso último ya sé yo que no. ¿O sí? ¡Joder, mierda! ¿Qué me pasaba en la cabeza? Tenía que pensarlo bien. Sentía que le había hecho una jugarreta a Greyson. Y me sentía fatal. Debí callarme, quedar como una tonta con un simple «no sé» y dejar de buscar la falsa admiración de los demás.

Y, por si fuera poco, ahora me sentía horriblemente mal por llevar su idea de las historias en su contra, aunque antes de ese momento siempre he sentido que lo hacía a su favor. En fin, él se queja de que la ciudad se está vaciando de historias y de que todo lo nuevo es simple y sin vida. Solo intentaba demostrar que las cosas nuevas también pueden tener esa esencia especial en la que él tanto se refugia. Intentaba mantener su librería y su esencia viva dentro de las nuevas historias del hotel. ¿Por qué sentía de repente que lo había utilizado? A pesar de mi éxito laboral, me sentía como la chica rubia más desgraciada del gran cúmulo de planetas extragalácticos.

## Capítulo 20

### Sí-cita

Admito que una parte de mí no sabía si debía seguir adelante con esto, pero la otra parte tenía ganas de ir y ver qué tenía Greyson preparado para la cita. Además, ya estaba vestida y maquillada. No echaría por tierra todas las horas de trabajo que había invertido en mí. De nuevo, quería parecer natural, pero lo único natural que había ahí era mi color de pelo.

Muy en contra de mi voluntad, Greyson me recogería en mi casa, aún con el riesgo paterno añadido. Acepté que me recogiera sin bajar del coche, sin claxon, parando únicamente para después huir de allí al escuchar un discreto mensaje privado hacia mi persona. Tenía que reducir todos los riesgos. Sin embargo, no funcionó según lo planeado. Greyson llegó montado en una especie de cafetera roja con ruedas.

—¿Qué es eso? —pregunté desde el exterior de la ventanilla de lo que debería llamarse coche.

—¡Es Roxanne!

—¿Le has puesto nombre a tu coche? —No esperé a que respondiera. Nunca entendí la manía de los hombres o las personas de ponerles nombres a los objetos inanimados. ¡Ya tenían su propio nombre de objeto! ¡¿Por qué complicarlo más?! Ludovica la sandwichera, Martina la batidora o Roxanne el coche. No es necesario, ¡ya se llaman coche, sandwichera y batidora!—. ¿Cómo va la cosa? ¿Tengo que pedalear yo también o contigo solo ya vale? —Greyson respondió con una mirada vacilona, aunque no más que mi ingenioso comentario—. No, en serio, no pienso subirme en esa trampa mortal. Aparca ahí.

—Las condiciones de tu mensaje decían, y cito textualmente, «prohibido bajarse o hacer ningún ruido innecesario que llame la atención de los cotillas de alrededor» —expuso aún manteniendo sus manos aferradas al desgastado volante de aquella tartana. Mi respuesta fue una pose de brazos cruzados, el peso de mi cuerpo sobre una pierna y una mueca de labios fruncidos esperando a que parara el coche.

Él tampoco insistió mucho más en mover el coche varios centímetros más allá de la puerta para aparcar.

—¿A dónde vamos? —dije mientras lo hacía subir a lo que sí era un coche en su perfecto estado y esplendor.

—No te lo puedo decir; es una sorpresa —respondió abrochándose el cinturón de mi seguro vehículo—. Yo te indico.

Aaaargh... ¡Odiaba las indicaciones!

—¿Ves esto? —Señalé la pantalla del GPS del coche—. Los coches de este siglo tienen un sistema de navegación que indica correctamente a los humanos cómo llegar a los lugares. No necesito tus malas indicaciones; necesito el mapa en la pantalla —expliqué como si de un niño de cinco años se tratara.

—No te lo voy a decir. Tú decides: o mi coche o mis indicaciones.

—Soy demasiado joven para morir, así que me quedo con la segunda opción.

—Pues saliendo a la derecha.

Desde luego sus indicaciones no eran las de mi madre, tardías y sin sentido. Las suyas iban con mucha más anticipación incluso que las de los navegadores. No tan específicas como «en 380 metros

coja la salida 311», pero algo más como «ponte en el carril de la izquierda y en la tercera gira a la izquierda». Una vez llegabas a la primera, empezaban los comentarios como «esta no, pero mantente en la izquierda», cuando la pasabas, «mantente por aquí y la segunda gira a la izquierda» y así hasta que tocaba girar y te repetía a cada metro «ahora cuando puedas gira a la izquierda», «en esta gira a la izquierda», «ahora, a la izquierda», casi tan exasperante como las indicaciones de mi madre, pero mucho más útiles. Echaba de menos el silencio que puedes poner a la voz del navegador.

Finalmente llegamos al lugar en cuestión: el jardín botánico de Birmingham. Tenía gracia; yo lo había llevado al huerto y él me llevaba a un lugar con más flores y más barro.

—¡Hemos llegado! —exclamó al bajar del coche abriendo los brazos y gritando con ellos un «¡sorpresa!» como si fuese la mejor idea que había tenido en su vida—. Vamos a pasear. —Su sonrisa irradiaba ilusión y felicidad. La mía... dejémoslo en que un paseo no entraba en mis expectativas de «cita».

—¿Un paseo? —Greyson asintió sonriente. No parecía captar mis expresiones faciales o el tono de indirecta de «¿estás de broma?» en mi voz. Empezó a caminar. No estaba segura de si era real o estaba en una pesadilla. Tenía que preguntarlo—: ¿Pero te refieres a caminar? En plan..., ¿caminar sin rumbo? ¿Sin motivo? ¿Solo tirar por la calle con tacones sin razón? ¿Como sacar de paseo a tu perro? —Mientras lo seguía yo continuaba con mi monólogo interrogativo que él ignoraba completamente mientras seguía sonriendo sin rumbo por el jardín—. Sabes que no soy un perro, ¿verdad? ¿Por qué me llevas de paseo? ¿Qué necesidad hay de arruinar tan deliberadamente unos preciosos zapatos? ¿Acaso ves a la Mona Lisa colgada de la fachada del Louvre? ¡¿Allí?! ¡¿Expuesta a las inclemencias del tiempo?! ¿No, verdad? Pues ¿por qué les haces lo mismo a mis zapatos? —Mi vena dramática empezaba en el modo bombardeo—. Los tacones son para sentarse en una silla, cruzar las piernas y presumir de la preciosa figura que te hacen. ¡No para destrozarnos en la gravilla! —Yo sabía que para mí todo esto era un drama, pero a él le parecía un número cómico de lo más divertido.

Greyson ni siquiera intentó callarme durante mis desvaríos o mi atentado al comparar la Mona Lisa con mis zapatos, porque sí, quizás ahí sí que había exagerado un poco. Pero un dulce gesto por su parte me dejó sin palabras. Esta vez no fue un beso del que huir. Me había cogido de la mano. Debería haber sido tierno, pero no puede evitar sentirlo raro. En fin, si una persona tres centímetros más bajita que tú te coge la mano, no se nota mucha diferencia al entrelazar los dedos, pero con tacones esos tres centímetros se incrementaron a trece y no pude evitar sentirme como una señora tratando de cogerle la mano a su hijo. Nuestras manos no terminaban de encajar con naturalidad. ¿Sería una señal? ¿Debía huir de allí antes de que empeorara? Greyson no solo interrumpió mis palabras, también mis pensamientos.

—Por cierto, el piso de mi amigo estará libre este finde —Se me abrieron los ojos como platos. Aquella afirmación había captado toda mi atención, evadiéndome de todo lo demás. Ya ni me daba cuenta de que seguía caminando por los jardines cogida de la mano—. Por si aún te interesa mudarte.

—¡Sí! ¡Claro!

—Y ya sé que no eres un perro —añadió riéndose de mis anteriores comentarios, ignorando completamente mi énfasis en el «¡Sí! ¡Claro!» respecto al hecho de salir de la casa de locos en la que me encontraba—, pero si no te saco de tu despacho de cristal no podré hacer que te enamores de Birmingham como deberías ni enseñarte las historias que te prometí cuando nos conocimos.

Paramos sobre un pequeño puente de madera rodeado de todo tipo de plantas, desde las hojas más pequeñas en el verde más oscuro a las más grandes en el verde más vivaz. De entre tanta hoja, en algún punto asomaban florecillas naranjas y amarillas. Un pequeño riachuelo pasaba justo por debajo de nosotros, fluyendo a pocos metros de distancia desde unas piedras según subía el camino. Muchos

pensamientos abordaban mi cabeza en ese momento, como «vuelvo a tener los tacones con barro» o «por favor, que no salga ninguna abeja», aunque a pesar de todo el más redundante era el de «que esto no termine nunca» mientras Greyson me miraba y hablaba apasionado de las historias que escondía este rincón al que me había llevado. No sabía qué veía en ese momento en Greyson, pero era increíble. Ojalá fuese así siempre. Se sentía lleno de vida, entregado, le brillaban los ojos y gesticulaba con énfasis cada una de las historias de amor que habían pasado por ese puente. Desde luego, logró que viera con ojos diferentes aquel lugar. A él. No paraba de parlotear y, sin duda alguna, sus monólogos eran mejor que los míos.

No sé si lo hice por sus historias, porque yo también quería participar en ellas o si, después de todo, lo que quería era tener mi propia historia allí, pero lo besé. Esta vez lo callé yo. Y aunque cuando contara esa historia no mencionaría que yo era la que se agachaba mientras él se ponía de puntillas, sí podría contar que tras ese beso no huimos ninguno de los dos. No sé por qué lo hice, pero así lo sentí y así pasó. Normalmente, ni en mil años lo habría hecho, pero Greyson lograba, de alguna manera, que hiciera cosas que jamás se me habría pasado por la cabeza hacer.

Un beso, un paseo y varias historias apasionantes después, llegaba la hora de la segunda parte de la cita. El té. Me había invitado a tomar el té. ¿En qué siglo vivía ese hombre? Era clásico y extravagante, si es que esa definición podía ir destinada a una misma persona. Estábamos en The Pavilion Tea Room del jardín botánico. Sinceramente no tengo ni idea de tés. Soy más de cafés y experta en vinos, pero de tés no sé ni media. Leer aquella carta era como leer chino. Aposté por el té verde de menta. Prefería el café, pero Greyson se negaba a invitarme a tomar el té y que yo me tomara un café. Era como si de repente se hubiera convertido en el Sombrero Loco con su fiesta del té. Él, en cambio, escogió el té de frutas de la casa. Decía que se sentía con ganas de innovar. En todo caso, acompañó su té con sorbete de limón. Yo prefería el *brownie* de chocolate.

—¿Y cuál es tu historia? —pregunté mientras vaciaba el azucarero dentro de mi taza de té—. Me he pasado la tarde escuchando historias de cientos de personas diferentes, pero ¿qué hay de ti?

—Yo no tengo historia. Soy un preservador —se mofó—. El guardián.

—¿No fuiste tú quien me dijo que todo el mundo tenía una historia?

—Esas palabras jamás han salido de mi boca. —Era verdad, nunca había dicho eso, pero no se me ocurría otra forma de indagar en su vida. Era increíble lo muchísimo que podía hablar de todo y de todo el mundo menos de él.

—¡Claro que sí! —mentí.

—Yo no he dicho eso, y lo sabes. —Creo que sabía que mentía por su forma de mirarme y arquear las cejas mientras bebía de su té sin azúcar.

—Vale... ¡Pero! —No iba a dejar que eso quedara así, mientras yo bebía de mi azúcar con té—. Tienes que tener una historia, y quiero saberla.

—¿Y si no te la cuento?

—¡Ajá! ¿Así que SÍ hay una historia? —Remarqué el «SÍ» con un asertivo y decidido movimiento de cabeza.

—Una simple y sin interés, pero te puedo contar la de Booknest.

—Es un principio... —Desistí.

—Mi bisabuela —Acababa de empezar y ya se había tomado una pausa para tomar una cucharada de sorbete y un trago de té—. En aquella época, ver a una mujer con un libro era de locos, pero ella los amaba. Me atrevería a decir que los quería más que a mi propio bisabuelo, según cuenta la historia —Era monísimo. Se estaba poniendo rojo mientras contaba la historia. ¿Le daba vergüenza? ¿La habría contado antes a alguien más? Siguió narrando cómo su bisabuelo compró el

edificio, montó con sus propias manos todo su interior y se lo regaló a ella solo por ver aquel brillo en la mirada que le provocaba a su mujer. Y aunque sus palabras escondían pasión al contarle, sus muecas eran desconcertantes. Arrugaba mucho la nariz, hacía gestos extraños con la boca e, incluso, sacaba la lengua. ¿Me estaba tomando el pelo?—. Todo era de mi bisabuela. Mi bisabuelo solo ponía la cara al público. Ya sabes, una mujer a cargo de un negocio en aquellos tiempos, ¡blasfemia! —Esta vez la mueca fue con toda la cara: abrió la boca, sacudió la lengua y arrugó el resto del rostro hasta cerrar los ojos—. Incluso publicó algunos libros bajo un seudónimo. Eran cuentos, historias, para su hija. Maaah... —Ese extraño sonido lo hizo mientras abría la boca para airear la lengua—. Mi abuela heredó ese mismo amor por los libros, por las historias. Hizo que quisiera coleccionarlas y guardarlas todas en su pequeño nido. Maaah... —Otra vez. Y el rojo en su cara ya era el equiparable al de un tomate.

—¿Estás bien? —pregunté preocupada interrumpiendo la historia mientras él seguía sacudiendo la lengua.

—Sí —graznó seco—, solo necesito agua. —Hizo un gesto a la camarera pidiendo agua.

—¿Seguro?

—Sí, sí... —dijo rápido mientras acababa con el vaso como si no hubiera tomado nada tras semanas en el desierto—. ¿Por dónde iba? ¡Ah, sí! —No tuve que responderle—. La librería la llevaba por completo mi bisabuela, a escondidas del público por supuesto, y así mismo le pasó a mi abuela — El color de su cara no podía ser ni natural para un tomate—, que se la pasó a mi padre...—Tosió y arrugó la cara tratando de esconder algún movimiento con la lengua. Algo iba mal. Aunque era lo último que quería hacer, tenía que interrumpirlo.

—¡Estás rojísimo! ¿Seguro que estás bien?

—¿Qué lleva el té? —logró preguntar entre tos y tos a duras penas mientras se ponía la mano en la garganta. Miré la carta, pero no especificaba nada más que «frutas de la casa».

—Eehmm..., no sé... ¡Perdone! —Detuve a la misma camarera que previamente había traído el agua—. ¿Qué lleva el té de frutas de la casa?

—Lima, uvas, melón...

—¿Melón? —interrumpió Greyson con pavor en el rostro.

—Sí, melón chino y melón verde —añadió la camarera.

—Soy alérgico al melón —dijo cada vez más rojo manteniendo la mano en el cuello. Ahora era yo la que cambió la cara por una de terror en estado puro.

—¡¡¿ESTÁS DE COÑA??!! ¿Eres alérgico a una fruta y coges un té de frutas sin preguntar? — Sin embargo, creo que no tenía tiempo para continuar con aquella discusión, ni él mucho más tiempo para hablar. Y desde luego no quería sumar a mi gran lista de desgracias «muerto en la primera cita». Dejé lo que fuese de dinero sobre la mesa mientras me levantaba corriendo a llevarlo al hospital—. ¡Quédese el cambio! —grité mientras arrastraba a lo que quedaba de mi cita al coche.

Era increíble. ¿Es que nada podía salirme bien? Acabar en urgencias en mi primera cita. Greyson ya tenía unos labios que ni el mejor cirujano podría poner tanto ácido hialurónico para dejarlos así de gordos y carnosos. Desde luego, viéndolo ahora me alegraba de haberlo besado antes.

Mientras esperábamos en la consulta a que el analgésico hiciera efecto y la hinchazón bajara y se estabilizara a algo normal, le pregunté:

—¿Cuántas historias has coleccionado tú? —Greyson sonrió un poco a mi pregunta. No sé si porque no quería o porque no podía mover más la cara.

—Como te he dicho —dijo a duras penas—, yo solo soy un preservador —añadió con un tono de decepción en sus palabras—. Mi padre era un auténtico cazador...

—Cuéntame tu historia —insistí—. No podemos irnos a ningún lado hasta que te cambie la cara, así que... —Terminé encogiéndome los hombros.

—Tú sí que puedes irte.

—Cuando acepto una cita me comprometo a terminarla hasta despedirnos en el coche, piso o donde sea que termine —recité con la mano derecha levantada cual juramento—. Hasta que no te deje con tu cafetera móvil, estoy atrapada aquí contigo. Tendrás que aguantarme. —Una sonrisa pareció asomar en su hinchada cara.

—Y... ¿cuál es su historia, señorita Fausser? —Era un caso perdido. Sabía que aquel día no conseguiría más información de él y, visto su estado, casi era mejor que siguiera hablando yo durante el resto de la cita.

—¿Mi historia? —Me eché un poco hacia atrás, estirando la espalda y juntando las rodillas con las manos mirando hacia arriba en busca de la respuesta—. Nací en Birmingham. La pequeña de tres hermanos que solo heredaba ropa, libros, juguetes... Solo quería algo mío. Algo nuevo. Ser la primera en algo. Alguien que no me comparara o me conociera por «la hermana de». Supongo que esa búsqueda me alejó de todo y esa lucha por ser la primera me convirtió en la bruja controladora y perfeccionista en la que me he convertido. Yo solo quería ser Charlotte. Y en Londres puedo ser ella, pero en Birmingham... hay algo que no me deja ser lo que tengo que ser.

—¿Lo que tienes que ser? —Greyson preguntó, pero fue interrumpido por la entrada del médico.

—¡A ver esa cara, señor Jensen!

El doctor nos dejó salir con varias indicaciones para Greyson y así terminó la hora del cuento. Además, se quedó dormido en el coche camino al suyo. De acuerdo con mis estándares, aquella cita jamás se habría encontrado en mi top diez. Sin embargo, hubo algo en aquella cita que tampoco la convirtió en una de las peores. Desde luego, creo que no entra en el top diez de nadie una cita en las urgencias de un hospital, pero ya estaba acostumbrada a ser la rubia más desgraciada de las galaxias y sus universos internos en los que mi sufrimiento formaba parte de la orden del día. Al menos, no se me había muerto en la cita o durante.

## Capítulo 21

### Zapatos y mentiras

El siguiente fin de semana, cuando Greyson ya pasó de cara de Quasimodo a la normalidad, tuvo el detalle de ayudarme con la mudanza, aunque solo dejé que me ayudara en el trayecto de la puerta de casa de mis padres hacia fuera. No tuve mucho problema en meter mis nueve cajas en el coche. Me congratulaba ver que ya eran nueve y no cuatro; denotaba mejora.

Greyson me esperaba con las llaves en la puerta del edificio con Dogo, quien se alegraba mucho de verme a mí, pero no tanto de ver a Foffy. Esta vez parecía que Greyson lo tenía bien cogido, pero sabía que era cuestión de tiempo que me asaltara. Las llaves colgaban de sus dedos contoneándose ante mis ojos. ¡Un apartamento para mí! No más desayunos innecesarios, ni gritos por las escaleras, ni intromisión en mi intimidad para poner la lavadora. Y lo mejor, no más *oufits* ochenteros y extravagantes sin preparación ocular previa. Aún me parecía increíble que no me hubieran aumentado las dioptrías o se me hubieran desprendido las retinas.

—Ahora te toca a ti celebrar una fiesta en el apartamento para inaugurarlo —dijo Greyson a modo de saludo, restregándose aquellas sensuales llaves frente a mi cara.

—Yo no doy fiestas en casa; no tengo 21 años. —Hice el intento de agarrar las llaves, pero Greyson apartó rápidamente la mano y con la otra hizo un gesto de «no, no, no». Era normal. Él tenía ventaja en cuanto a libertad de movimiento que a mí me faltaba, cargando una caja con una mano y el transportín con Foffy colgado del hombro. Volví a coger la caja con las dos manos antes de que se me cayera y Greyson llevó su no-no-dedo a sus labios, exigiendo el pago antes del intercambio. Puse los ojos en blanco.

—¿Seguro que no te dará una reacción alérgica? —dije para picarlo y entonces sí pude atrapar las llaves —. ¡Hay más cajas en el coche! —grité mientras me dirigía a abrir la puerta. Y aunque no pude verlo, sé que él también puso los ojos en blanco.

El nuevo apartamento no era un dúplex moderno en el centro de Londres con ventanales y muebles chic. Era más bien un quinto sin ascensor con ventanas pequeñas y muebles de tatarabuela. En fin, los pocos que había. Pero era mejor que un sótano sin puerta y estaba a pocos minutos del centro caminando. El suelo no era de mármol fino; era más bien madera porosa, ajada y oscura. La cocina no tenía isla; era una pared de azulejos ocre, con armarios de madera y encimeras con más madera oscura en su parte superior. Las puertas de los armarios imitaban los cristales con vidrieras de las iglesias, pero sin santos ni cristos y en plan mal. Mal, pero mal mal. El resto de la estancia estaba prácticamente vacía, ocupada por una viga de madera en el centro de la habitación, una mesita de café cuadrada y al final de esta una chimenea que no parecía muy seguro encender. Dos puertas de madera negras más completaban el piso. Una para el baño, diminuto y sin bañera («adiós baños de espuma», pensé), y otra al cuarto, que, sí, tenía una cama y un colchón..., pero no pensaba dormir en ese colchón. Sabía que no era Londres y que no podía esperar mucho más de Birmingham. Sin duda alguna, ese apartamento era mejor que vivir con mi madre cerca de los treinta y sin novio.

Dejé la primera caja en el suelo y a Foffy en la encimera.

—Controla a tu bestia —advertí mofándome de nuestros inicios y señalando a Greyson y Dogo arbitrariamente—. De hecho..., no me fío de ninguno de los dos —Volví a coger el transportín y lo dejé en el colchón del cuarto, abierto, con varios objetos para Foffy, formando así su campamento

base—. Todo controlado —añadí cerrando la puerta tras de mí para que ni uno ni otro entrara o saliera.

—¡Vaya, qué afortunados! Nos ha tocado el cuarto grande —vaciló Greyson hablándole a su perro. Respondí sonriendo mientras negaba con la cabeza.

Repetimos tres veces más el viaje de los cinco pisos de escaleras hasta subir la última caja. Otra cosa no, pero yo ya había hecho ejercicio para un mes y me había ganado con creces la botella de vino que escondí en una de las cajas. El problema ahora era saber en cuál.

—¿Qué haces? —preguntó Greyson, que me veía abriendo y moviendo todas las cajas sin sacar nada útil de ninguna de ellas.

—Busco el vino. —No lo miré al contestar; seguía concentrada en mi ardua tarea.

—Tienes un problema.

—También guardé cerveza para ti.

—¿A qué estamos esperando? —No tardó ni medio segundo en ponerse a buscar la caja que contenía el alcohol. Luego la que tenía un problema era yo—. ¡Lo tengo! —Sacó un botellín.

Mi cabeza se levantó instantáneamente, cual gacela al creer oír al depredador acercarse, y por supuesto salí corriendo, pero a por el vino.

—¿Y cómo vas a abrirla, lista? —Intentó picarme al ver que la botella de vino tenía el corcho y él había logrado abrir su botellín con un golpe en la encimera.

—Ja... Aficionado... —Cogí el sacacorchos del bolso—. Lo tengo todo controlado —concluí victoriosa con una sonrisa sin dientes que había aprendido a dominar gracias a mi jefe, o por su culpa.

—¿Llevas un sacacorchos en el bolso?

—¡NO! Llevo un llavero que casualmente es un sacacorchos. —Estaba de lo más ingeniosa aún sin vino en las venas.

Brindamos con las botellas y dimos un buen trago. Empecé a colocar las pocas cosas que podía.

—¿Cuándo te llegan los muebles? —preguntó Greyson apoyado en la encimera mientras consumía su cerveza.

—El lunes —Coloqué los dos libros de pájaros, la tarjeta de Greyson y mi orquídea de plástico en una de las estanterías cerca de la entrada. Exponiéndolos. Vi por el rabillo del ojo la sonrisa que dibujé en la cara de Greyson. Se había sonrojado—. ¡OH, DIOS MÍO! —grité entrando en pánico y girándome repentinamente hacia él. Pegó un bote del susto, mirando a lado y lado creyendo que pasaba algo a su alrededor. Justo la reacción que esperaba.

—¿¡Qué!?! ¿Qué pasa?

—¡Tu cara! ¡Estás rojo! —Greyson rio mordiéndose la lengua. Buscó algo que tirarme, pero no había nada—. ¿Tengo que llevarte al hospital?

—Dogo, ataca —ordenó con la intención de detener mi vacile, pero Dogo estaba tan cómodo, tirado con sus mofletes estirados por el suelo, que el único esfuerzo que hizo fue el de mirar a Greyson cuando escuchó su nombre. Al terminar, bajó lentamente los ojos, ignorándolo por completo. Greyson se puso de cuclillas frente a él—. ¡Eh, colega! No puedes dejarme en ridículo así. Haz algo al menos, ladra, ¿estornuda?, ¿mueve la pata? —Pero lo único que hizo fue mover la cola para colocarla a la derecha en vez de a la izquierda. Greyson desistió y volvió a ponerse en pie. Yo los rodeé y me senté en la encimera junto con mi botella de vino. Era el único sitio donde sentarse en aquellos momentos—. ¿Estás cómoda? —preguntó incorporándose a mi lado. Respondí asintiendo mientras seguía bebiendo a morro—. ¿Y qué vas a hacer hasta que lleguen los muebles?

—Dormiré en el suelo como si tuviera 21 años y volviera de fiesta.

—Aaaah..., ¿así que hay cosas de cuando tenías 21 años que volverías a hacer? —El tono de su voz decía que tramaba algo.

—No voy a dar una fiesta en mi casa. No las daba con 21; no voy a empezar con 28.

—¡Oh, no! —Fingió llevándose las manos a la boca como si estuviera dolido—. ¿No dabas fiestas a los 21?

—No. Yo iba a las fiestas que daban los otros —me pitorreé victoriosa.

—Chica lista —respondió dándose un par de toques en el lateral de la cabeza con el dedo índice—. ¿Y el resto del día? ¿Contarás las florecitas del papel de la pared?

—Suenan como un buen plan —dije echándome hacia atrás y mirando arriba como si lo pensara. Aproveché para quitarme los tacones y dejarlos caer, empujándolos con la punta de los pies. Greyson no pudo evitar bajar la mirada al escuchar el ruido de los zapatos al caer. Volvió a mirar hacia arriba y se colocó justo frente a mí. Dejó el botellín a un lado y puso las manos a cada lado de mi cadera. Bajé mi mirada hacia él. Nuestras caras estaban a pocos centímetros la una de la otra—, pero tengo que ayudar a mi padre con el huerto. Lo destrozamos un poquito.

—Yo también puedo ayudaros —añadió acercando la cara un poco más. Puse las manos sobre sus hombros, rozándole la nuca suavemente.

Ese momento me parecía demasiado sensual, tierno e irresistible. Nos acercamos lentamente. Esta vez no me importaba que mi cabeza estuviera por encima, ya que estaba subida en la encimera, y esos besos los había visto en las películas. Eran *cuquis*. Pasé su pelo detrás de su oreja para besarlo.

*¡AAAAAH! Oh ¡AAAAAH! Oh, trouble, trouble, trouble.*

Mi tono de llamada con la versión cabra de la canción *I knew you were trouble* de Taylor Swift interrumpió nuestro momento cursi. El grito de la cabra me hizo botar del susto. «Esto en las pelis románticas no pasa», pensé. Bajé rápidamente de la encimera, apartando a Greyson para responder. Era Paul, muy oportuno, como siempre. Estuve varios segundos dudando, mientras la cabra seguía gritando, pero al final decidí no responder.

De Charlotte: Ahora no puedo, cari. Mañana te llamo. *Tequiiiiieeroooooooooooooo.*

—Lo siento —Me giré hacia Greyson con sonrisita de ángel. El respondió negando con la cabeza a modo de «no pasa nada», agarró su botellín y se fue hacia la mesita de café, junto a la cual se sentó en el suelo dejando ir algún quejido de abuelo—. ¿Cuántos años tienes? ¿Sesenta? —me burlé acercándome.

—Sesenta y dos, para ser exactos —respondió continuando la broma—. ¿Jugamos a un juego?

—¡Claro, miraré en el armario de juegos! —respondí guasona y me senté frente a él, al otro lado de la mesita—. Oooh, vaya... No tengo el Twister. —Terminé con una falsa carita triste, mientras que Dogo se movió de la cocina para tumbarse entre nosotros. Greyson empezó a acariciarlo.

—No me refiero a eso.

—Al de la botella no vale. Solo somos dos —continué vacilona.

—Nunca he jugado a la botella. —Eso sí me sorprendió.

—¡Es imposible!

—Pero cierto. —Sonrió resignado.

—¿La botella? ¿Verdad o reto? ¿Siete minutos en el cielo? —Greyson negó todo—. ¿¡Pintarse las uñas en la fiesta de pijamas!?! —grité desesperada, aunque sabía que esta última le haría reír. Y así fue—. No puedo creerlo.

—Aunque te cueste creerlo, yo no era el niño guay del cole.

—Aunque te cueste creerlo, no me cuesta creerlo. ¡Pero qué malos! ¿Era yo tan mala? —Mi tono de voz pasó por tres estados diferentes: el lógico, el indignado y el dubitativo.

—Probablemente.

—En ese caso... —Hice que se terminara su cerveza de un trago. Cuando la terminó la tumbé sobre la mesa y añadí—: Gire la botella, señorito Jensen.

Greyson soltó una risilla y giró la botella. La botella empezó a dar vueltas y terminó apuntando a Dogo.

—Creo que este juego no me gusta —Rio. Se agachó a darle un beso en la frente a Dogo y rascarle bajo las orejas—. A ti te molesto siempre, ¿verdad, chico? —Para Dogo no parecía nada nuevo.

—Yo no hago las normas —dije encogiéndome de hombros y negando con la cabeza, después de darle un trago al vino.

—Y ahora no me queda cerveza...

—En un rato empezarás a verla con deseo. —Señalé la botella de vino que sostenía en mis manos.

—¿La botella? —preguntó picarón. ¿Qué era esa nueva actitud que asomaba tras aquella sonrisilla?

—Por supuesto —sentencié inclinándome hacia él incitándolo. Pero me puse en pie rápidamente antes de que pudiera actuar.

—¿Ya huyes? —Me siguió con la mirada mientras me alejaba corriendo.

—¡Media botella de vino! —grité mientras llegaba a la puerta del baño. Estaba segura de que eso lo explicaba todo.

Una parte de mí sí que se estaba meando; la otra quería salir de allí y analizar bien la situación. Estaban pasando muchas cosas y no sabía si era el vino o si estaba en pleno uso de mis facultades mentales. Estaba segura de que lo segundo no era posible, ni sin alcohol en las venas, así que... ¡Mierda! ¿Me estaba dejando llevar por la situación? Esto solo complicaría más las cosas. Me lavé la cara con agua bien fría; tenía que lograr cambiar la atención. ¡Colocar cajas! Eso era: tenía que colocar cajas, apartarlas, distraerme. Y dejar el vino... Eso sería lo más difícil, pero si no lo hacía acabaría perdiendo el control.

Salí del baño y me dirigí directa a las cajas. Estaban en medio. Odiaba tener cosas por medio. Cogí la primera caja y la llevé al rincón junto a la chimenea. Fui a por la siguiente.

—Te ayudo.

—N-no, no hace falta —Pero no era una pregunta. Ya se había levantado para ayudarme a apilar las cajas—. Es que no soporto tener las cosas por medio. —Intenté excusarme, pero ambos sabíamos que no tenía nada que ver.

Cogí una caja que parecía más pesada que el resto, pero a mitad de camino Greyson me paró.

—¿Pasa algo? Puedo irme, si quieres... —Me quedé de piedra. ¿Pasaba algo? Y ¿por qué negué instantáneamente con la cabeza cuando dijo «puedo irme»? ¿No quería que se fuera? Mi cuerpo ya me había traicionado antes de que mi cerebro pudiera analizar y responder a esa pregunta.

—¿Por qué quiero complicarlo todo? —exploté. Greyson sacudió la cabeza sin entender nada—. Quiero decir... ¿Qué pasará luego? ¡Yo solo tenía que trabajar y recuperar mi vida! No ena... —Me callé al momento... ¿Iba a decir lo que iba a decir? No, no podía decir eso, y mucho menos en voz alta. ¿Estaba loca o qué?—. Odio Birmingham —Desistí—. Siempre saca lo peor de mí.

—¿Lo peor? —trató de interrumpir Greyson, pero, así como yo exploté y desistí, también lo hizo la caja que cargaba, dejando caer por el culo una cantidad de zapatos bastante numerosa. Desde luego, tenía unos pocos más de los que le dije.

—En mi defensa diré que el día que me preguntaste cuántos zapatos tenía solo tenía cuatro.

—¿Verdad o reto? —Esa fue la respuesta de Greyson. Tenía miedo. Porque si era reto, podía pedirme que lo besara y yo perdería todo uso de razón después de eso. Y, si decía verdad, podría obligarme a decir en voz alta lo que más temía, y entonces... acabaría pasando lo que sabía que pasaría si pedía reto. Supongo que opté por tratar de evitar lo inevitable.

—¿Verdad? —Escogí temerosa.

—¿Cuántos zapatos tienes? —Desde luego esa no era la pregunta que esperaba. Me quitó un peso de encima, y no me refería al de la caja que ya no merecía la pena seguir sosteniendo. Todas las mentiras habían caído ya por su propio peso.

—Más de los que necesito, pero nunca suficientes —Sonrió para mi sorpresa. Seguíamos los dos parados como estatuas uno frente al otro. Él sujetándome por los brazos—. ¿Verdad o reto?

—Verdad.

—¿Cuál es tu historia? —Greyson hizo amago de separarse al soltarme de los brazos, pero esta vez yo lo atrapé por las manos—. Si no respondes, te toca reto.

—Es la historia del amigo de los libros, del que nunca se atrevió. De aquel que se dedicaba a mirar por la ventana mientras otros hacían y deshacían su vida a su antojo. De aquel que perdió su historia por conservar la de los demás —Sentía las lágrimas a punto de inundar mis ojos de la misma manera que ya inundaban los de Greyson—. De aquel que aprendió que todas las historias ya estaban contadas y encerradas en libros, le gustara o no —Greyson intentó cambiar de tema y actitud. Trató de dibujar una sonrisa—. ¿Ves? Nada interesante. Solo un guardián —Ya lo entendía, pero esa no era su historia. La suya estaba encerrada bajo esa coraza—. ¿Verdad o reto?

—Reto.

—Pronuncia la palabra.

—¿Qué palabra?

—La que has llamado antes de mentir.

—¿Qué mentira? ¿Los zapat...? —Greyson negó con la cabeza, interrumpiéndome.

—La de que Birmingham saca lo peor de ti. Pronuncia la palabra que no te atreviste a expresar.

Las lágrimas estaban a punto de desbordarse. Apreté la mandíbula tratando de apartar la mirada. Tragué saliva inconscientemente. Greyson me guio de vuelta a sus ojos, colocando sus dedos en mi barbilla. Sin apartar la mirada y perdida en sus ojos, encontré el valor suficiente para decirlo en voz alta.

—Enamorarme. —La primera lágrima empezó a caer. Era imposible contenerme más. Era real; ya lo había dicho en alto.

Pero las lágrimas no fueron lo único que no pude reprimir más. Lo besé. Lo besé como nunca. Y lo odié. Lo odié por obligarme a pronunciar esa palabra. Lo odié por hacerme llorar frente a él, por no poder contenerme. Y lo odié por no haber podido controlar la situación.

Me rendí. Oficialmente había puesto mi mundo patas arriba. Me levantó sin dejar de besarme y rodeé su cintura con mis piernas, pegándome más a él. Traté de quitarle la camisa y él torpemente logró quitarme la mía. Estaba nervioso y yo, muerta de ganas. Intentó hablar, pero le hice callar. No quería hablar; ya habíamos hablado demasiado. Más de la cuenta.

Sucedió. Tirados en el suelo entre zapatos y mentiras. Perdí todo tipo de control, pero en aquel momento no me importaba recuperarlo. Solo quería disfrutar de él, con él. Me daba igual el suelo, el apartamento y hasta lo que sucediera en el futuro. Por primera vez en mucho tiempo estaba en el presente. Al fin y al cabo, era una experta en intentar retrasar lo inevitable. Invertía tanta energía en ello que quizás, por una vez, merecía la pena dejar de intentarlo.

—¿Te quedas? —susurró Greyson abrazándome al terminar.

—No puedo quedarme —contesté sin mirarlo a los ojos. No me atrevía. Cada vez que lo miraba a los ojos perdía el control. Mantuve la cabeza sobre su pecho, temerosa de mirarlo a la cara y perder de nuevo el sentido—. Mi vida está en Londres.

Pude sentir cómo le clavaba una estaca, pero no podía mentirle. No podía mentirme. Era la chica rubia más desgraciada del universo.

## Capítulo 22

### Echar raíces

Apenas habían pasado veinticuatro horas desde que me fui de casa de mis padres cuando ya volvía a cruzar sus puertas.

—¡Buenos días! —grité al cruzar la puerta, avisando de que había llegado.

—¡Llegas tarde! —respondió a voces mi madre. «Como siempre», sonó automáticamente en mi cabeza. Fui directa a papá, le di un beso en la mejilla y me senté a su lado.

—Buenos días, cariño. ¿Y ese cambio?

—¿Lo dices por la ropa? —Llevaba mis *joggers* grises con una camiseta básica blanca de manga corta y las bambas. Ya había aprendido la lección de los tacones y el huerto. No iba a cometer el mismo error—. Vamos a trabajar en el jardín, ¿no?

—No me refería a la ropa, cielo —respondió picaron levantándose y cerrando uno de los libros de la lista, acompañado de quejidos de señor mayor. Como los quejidos de Greyson. Me dio repelús.

—¿A qué te refieres? —Hice hincapié siguiéndolo al jardín.

—Tu cara.

—Ja, ja. No me he maquillado, vale.

—Niña tonta —respondió con cariño poniendo sus manos en mis mofletes—. Tú estás más guapa así, pero no hablo de eso. Te ves radiante; se refleja en tu cara. Has estado con el chico ese, ¿verdad? —Nunca había soportado que me tocaran la cara, y mucho menos los mofletes, así que aparte disimuladamente las manos lo más rápido que pude. Y segundo, ¿cómo lo sabía? No había hecho nada fuera de lo normal que indicara que..., bueno..., eso—. ¿Es tu novio?

—¡Papá!

—Yo sé que te gusta —añadió mi padre prosiguiendo el camino al huerto y entrando con cuidado entre las plantas. Me apuntó con el dedo, moviéndolo como si me advirtiera. Giré los ojos y me llevé la palma a la cara para bufar. A ver si me deshinchaba y desaparecía de allí—; no me engañas. Puedo hacerme más viejo, pero aún me percató de los pequeños detalles.

—No es mi novio —«aún», añadí mentalmente sin querer—, en serio —Entré con él para empezar a arreglar el huerto—. Bueno..., ¿dónde están los guantes, las palas y las herramientas esas? —pregunté desbordante de seguridad y confianza. Mi padre me enseñó sus manos y las movió frente a mis ojos subrayando que las «manos» eran las herramientas que buscaba—. ¡¡¿LAS MANOS?!! —¿Aquella seguridad y confianza que desbordaba hace unos segundos? Evaporizada instantáneamente. Inexistente. Como si nunca hubiera pasado por mi vida, en ningún momento—. ¿Tocar el barro, conscientemente, con las manos? ¿Sin nada? ¿Directamente? —Necesitaba confirmarlo.

—Sííí. —Asintió mi padre con vehemencia y obviedad, como si le estuviera haciendo una pregunta de locos. Volví a bufar. «Va a ser un día largo...», pensé despidiéndome de mis uñas tal y como las conocía.

Bajé al barro con papá para remover la tierra, sirviera para lo que sirviera. Mi padre se empeñó en enseñarme y decirme lo que debía hacer, mientras yo lo ejecutaba de la mejor manera que sabía, poniendo la mejor de mis intenciones. Pasamos de tomates a pimientos. De lechugas a coliflores. Y de fresas a zarzamoras. Ahora tocaban las flores que decoraban el alrededor de la verja.

—Me gusta ese chico —expuso mi padre sin apartar la vista de sus manos.

—¿Aún sigues con eso?

—No es un muñeco Barbie de esos; es buen chico —continuó diciendo mientras seguía concentrado en las raíces de las flores—. Sabes que se me da bien calar a las personas.

—Yo no digo que no lo sea, pero... —Mi padre levantó la mirada, expectante a la excusa—, pero mi vida está en Londres y la suya aquí.

—La vida está allí donde echas raíces. Podríamos sacar todas estas plantas y ponerlas en cualquier otro lugar, que seguirán echando raíces. Pero tienes que hacerlo bien y tienes que llevarte la planta entera —Sacó la planta y la sostuvo en la mano, entera, con la tierra y las raíces al completo—, no solo la flor de fuera —Cogí la planta—. Si no, no crecerá. Se marchitará, se pudrirá y morirá —Sacó otra planta y me hizo un gesto con la mano para que lo siguiera. Fuimos al otro lado del jardín, donde ágil y con una mano hizo un hueco en la tierra casi al momento y plantó allí su flor con cuidado—. A veces un simple trasplante lo arregla todo. —Hizo otro agujero justo al lado, indicándome que también colocara allí la que yo llevaba. Y con esa misma destreza enterró ambas raíces creando un nuevo rincón para aquellas dos plantas. No necesitaba más palabras; sabía exactamente lo que quería decir.

—¿Qué son? —pregunté.

—Azaleas.

—¡¡¡A COMER!!! —Aquel era el graznido de mi madre llamándonos.

—No te la dejes nunca en la montaña. Si grita, los depredadores la confundirán con una cabra con esos berridos —confesé por lo bajo a mi padre sacándole unas risas.

Entramos a casa, dejamos los zapatos llenos de barro en la puerta del patio, antes de que mamá se volviera loca, y fuimos a lavarnos las manos. Yo con extra de jabón.

Me senté en mi sitio de siempre, a la espera de que pusiera lo que le diera exactamente la gana en mi plato para luego quejarse de que no me lo terminaba.

—¿Te pongo más?

—No, ya está.

—Bueno, una más. —Y echó otro cucharón de cocido. ¿Para qué preguntaba? No, es más, ¿por qué me molestaba en responder? Apoyé la cabeza en la mano dejando pasar las tres siguientes cucharadas, porque, cuando decía una, eran cinco. Pero a la cuarta opté por frenarle la mano y alejarla de mi plato.

—¡Vale, ya! De verdad, ya está. —Acompañando mis palabras con un gesto de manos indicativo de «basta» que consiguió detenerla.

—Bueno, si quieres más, aquí hay.

—No te preocupes. Si solo con mi plato puedo alimentar a Etiopía —susurré con los ojos abiertos, moviendo la cuchara con desgana en mi plato.

—¿El qué?

—Qué no te preocupes, tranquila. —Levanté rápidamente la cabeza para mirarla con una sonrisa sin dientes. Se sentó a la mesa y empezamos a comer.

—Bueno, y ¿qué tal con el novio este?

—¿Qué novio? —le pregunté mirándola con fingida desorientación—. Yo no tengo novio.

—Sííí —respondió con insistencia mi madre—, el chico del otro día.

—Noooo —imité su tono—, ese no es mi novio. Yo-no-tengo-novio —repetí palabra a palabra con lentitud y énfasis en el «no».

—¡Pues a qué esperas! —Golpeó la mesa con la mano—. ¡Que se te va a pasar el arroz! Con casi treinta años y aún así.

—¿Así como? —¡Yo a veces era tonta! ¿Por qué preguntaba? De verdad, a veces no pensaba bien.

—¡Pues así, así! —«Muy específico, gracias, mamá», pensé girando los ojos. Menos mal que la voz de mi interior no salió a la luz, y no era por falta de ganas—. Así, sin novio, ni casa, ni trabajo ni nada de nada.

—Tengo casa y trabajo. —Traté de interrumpirla.

—¡No, eso no es nada! Un trabajo trabajo. —Otra respuesta concisa y concreta, ¡claro que sí!—. De los de verdad. Y de casa nada, que sigues con el alquiler ese. Con la de casas bonitas que hay por aquí.

—Bueno, no voy a comprar una casa que no quiero en un sitio que no quiero.

—Bueno, pues tendrás que quererlo porque si tu novio está aquí.

—¡PERO QUE NO TENGO NOVIO! —Llegué al límite, me exasperé y golpeé la mesa.

—¡¡NO DES GOLPES EN LA MESA!! —Mi madre respondió subiendo el tono y dando otro golpe.

—¡¡¡PUES NO DES GOLPES TÚ TAMPOCO!!! —Ahora yo grité más, poniéndome en pie.

—¡¡¡¡SIÉNTATE AHORA MISMO Y COMPÓRTATE EN LA MESA!!!! —Se levantó tirando su servilleta al suelo para vociferar ella más fuerte.

—¡SENTAOS LAS DOS AHORA MISMO! —bramó seco mi padre aún sentado a la mesa. Y, como dos globos pinchados, nos desinflamos volviendo a sentarnos y quedándonos inmóviles en nuestro sitio. Eran pocas y contadas las veces que mi padre reaccionaba a nuestras discusiones, o a las de nadie. Así que cuando lo hacía, todos nos reiniciábamos al instante—. Vamos a comer tranquilos —Como si no pasara nada, era capaz de volver a su estado zen natural, recuperando su actitud normal y corriente. Se llevó otra cucharada a la boca tranquilamente, mientras mi madre y yo seguíamos inmóviles cuales piedras—. Ya la has oído, Geraldine, no tiene novio. Fin del tema.

Mi madre se recolocó el pelo lacado dignamente omitiendo lo sucedido y volvió a colocar su servilleta en el regazo para seguir comiendo. Yo volví a coger sin ganas mi cuchara y, al intercambiar miradas con mi padre, logré que leyera de mis labios un «gracias» inaudible antes de seguir comiendo. Él sonrió y asintió levemente. No hubo más palabras en aquella comida.

Hacía años que no llegaba a esos extremos, de hecho, desde la adolescencia, con nuestras discusiones por pintarme los labios de rosa para ir al instituto. Armábamos unas buenas por esa tontería. No sabía por qué había explotado. Supongo que ya eran muchos años reteniendo y, como decía siempre Alice, todo acaba saliendo. Por otra parte, como yo dije, Birmingham sacaba lo peor de mí. Era la chica rubia más desgraciada de este universo y del que se esconde a través del espejo.

## Capítulo 23

### De perdidos al río

De Greyson: ¿Te apuntas a un fin de semana fuera? Prometo nada más que diversión y buenos ratos.

La luz de la pantalla del móvil al recibir aquel mensaje me sacó de mis tareas laborales. ¿Diversión? ¿Qué era divertido para Greyson? Porque ya había aprendido que para él «fiesta» significaba «simple reunión con amigos». Me recliné en mi silla mirando el móvil y con el café en la mano seguí la conversación.

De Charlotte: ¿Qué propones exactamente?

De Greyson: Montaña, amigos, campin... ¡Diversión en estado puro!

No pude evitar soltar varias carcajadas con solo leerlo. ¿Había puesto «campin» y «diversión» en la misma frase? No podía aguantarme de la risa. Incluso estando con el culo en la silla sabía que podría caerme.

De Charlotte: Creo que te has equivocado de número, de persona y de todo.

De Greyson: Vaaaa, te prometo que será divertido.

De Charlotte: Eso ya lo has dicho.

De Charlotte: Yo soy más de hoteles con muchas estrellas, ciudad y desayunos con diamantes...

De Charlotte: Hace mucho que pasé del campin al glampin.

De Charlotte: Fui por una mierda de esas de empresa. Una actividad «divertida» para el buen rollo y buen ambiente entre los colegas del trabajo. Básicamente: caerle bien al jefe y obtener un aumento.

De Charlotte: Va a ser que no.

De Greyson: ¿Qué tengo que hacer para convencerte?

De Greyson: Te llevaré café a la oficina todos los días.

De Greyson: ¡Tres veces al día!

Admito que eso último no sonaba mal, pero no tenía que hacer ningún tipo de esfuerzo para tener café en mi oficina. Si aceptaba, solo saldría perdiendo. Me obligaría a hacer algún esfuerzo para obtener un café que, ya de por sí, podía adquirir sin ningún sacrificio ¡Aceptar eso sería simplemente absurdo!

De Greyson: Te prometo que habrá buen café durante la acampada.

De Greyson: ¡Y! La montaña...

Eso ya sonaba mejor, pero no podía venderme así de fácil.

De Charlotte: Puedo tener buen café, desde mi nueva cama en mi nuevo-viejo apartamento.

De Greyson: Pero no estaré yo para acompañarte...

¿Intentaba seducirme?

De Charlotte: Pero tengo un gato. Un gato lo arregla todo.

De Greyson: Solo es un fin de semana. Me lo debes.

¿Que qué? ¿Que yo le debía algo? ¿En qué mundo vivía? Pero entonces me puse a pensar. Y mierda. Sí que tenía razón. El regalo de Nadine, la mudanza...

De Charlotte: Créeme, no soy la clase de persona que quieres encontrarte en la montaña.

De Greyson: No te encontraré; te llevaré.

De Charlotte: No soy la clase de persona que quieres llevar a la montaña. ¡Y mucho menos de acampada!

De Greyson: Me muero de ganas por llevarte. Por eso sé que va a ser divertido.

¿Podía dejar de ser tan encantador? A pesar de que en la segunda parte de esa frase estaba escrito implícitamente «me voy a reír de ti».

De Charlotte: ¿Qué se supone que voy a hacer yo allí? Además, son TUS amigos. ¿Qué pinto yo allí?

De Greyson: Mis amigos te adoran.

¡Por supuesto que me adoraban! ¡Todo el mundo me adora! Menos mi madre... Pero eso no quitaba que fueran SUS amigos y que yo no pintara nada en la montaña, de acampada con mis no-amigos.

De Greyson: Te los ganaste cuando te quitaste los tacones para patearles el culo en el Twister.

Desistí, porque realmente sí que se lo debía..., aunque se había pasado con creces con los intereses.

De Charlotte: ¿Hay algún ápice de oportunidad para que pueda saltarme la acampada y cambiarla por mi casa o un bungalow?

De Greyson: No.

De Charlotte: ¿Una caravana?

DE Greyson: No.

De Charlotte: ¿Algo con un mínimo de techo y suelo de verdad?

De Greyson: Cero.

De Charlotte: Eres insoportable, ¿lo sabes?

De Greyson: ¿Eso es un sí?

De Charlotte: ¿Qué necesito?

Parte de mí entendió por qué remarcó varias veces el hecho de «es la montaña; no lleves tacones», pero no era tonta. Sabía que no podía ir a la montaña con tacones; el dolor de pies sería inconcebible. Del resto de cosas dijo que se encargaría él, lo cual me contentaba porque tenía demasiado que hacer como para preocuparme por aprender todo lo que una acampada representaba. Quizás aún podía ponerme enferma... Mi única condición fue que yo llevaba el coche. Ya ponía en demasiado riesgo mi vida en la montaña como para jugármela así de descaradamente con el universo montada en su cafetera-móvil. Además, si necesitaba huir, podría hacerlo.

De Charlotte: No prometo no intentar enfermarme gravemente de aquí al sábado.

De Greyson: Contaba con ello.

Se acercaba la fecha de mi muerte y necesitaba ropa apropiada para ello, pero mi difícil decisión de pantalones se vio interrumpida por mi inconfundible tono de llamada.

—¿Qué es mejor: pantalones de montaña con o sin bolsillos? —enuncié automáticamente al coger la llamada de Paul.

—¿Qué haces comprando ropa de montaña? —Apuesto que la cara de Paul al otro lado del teléfono era esa cara de asco que indudablemente tenía más que ensayada.

—No preguntes; responde.

—*Leggings* con bolsillos.

—Pues es verdad —Dejé ambos pantalones y me moví—. ¿Qué te pasa?

—¿Vas a estar aquí en julio?

—Para eso quedan dos meses aún, Paul... ¿Me estás llamando en serio por tu cumpleaños dos meses antes?

—Es importante, ¿vale? Necesito saber si vienes.

—¡*Duuuub!* No sé si estaré o no, pero es TU cumpleaños. Por supuesto que iré. ¿Qué clase de pregunta

de mierda es esa?

—Quería asegurarme de que no te habías olvidado de mí con tu nuevo novio —insinuó con un falso tono de pena.

—No es mi novio —Me vino a la cabeza toda la discusión con mi madre del otro día—. Por favor, no me hagas tener que repetirlo. —Sé que notó por mi tono de voz agotado en esta última frase que no merecía la pena seguir con el tema.

—¿Por qué vas a la montaña? ¿Otro rollo empresarial de esos para obtener puntos a favor de tu bolsillo?

—No... —Suspiré.

—¿Quién no debe ser nombrado?

—Sí que puede ser nombrado, pero no etiquetado —aclaré—. No es un ex.

—Y a este paso está lejos de serlo, chica...

—¿Qué insinúas?

—Ya lo sabes. Te vas a la montaña con él; no digo más.

—Técnicamente es con unos amigos..., no con él.

—Engáñate como quieras, pero tu único amigo soy yo y no me vas a encontrar en la montaña. Nunca —Odiaba que tuviera razón—. Tengo que colgarte, cari.

—¿Me vas a dejar así? —Increíble. «Rata egoísta», pensé—. ¿Qué hago?

—Pues llevarte repelente de mosquitos. ¡Ciao! —Colgó.

Mis intenciones en aquella acampada no eran desentonar con el resto del grupo como en la fiesta, pero al ir a recoger a Greyson vi como todos iban con auténticas pintas de montañero y con pantalones con bolsillos, menos yo, que llevaba mis deportivas blancas de siempre, *leggings* negros a conjunto con el sujetador deportivo y dos sudaderas. La del camino, con escote, un nudo en la cintura y ligerita, y la de la noche, blanca, increíblemente gorda y grande, capaz de cubrirme completamente cuando me encogiera dentro de ella. Tenía un lobo estampado en negro, muy minimalista, pero le daba el toque. Recuerdo perfectamente que la compré por el dibujo y se convirtió en mi favorita. Esa sudadera junto con los *joggers* y la básica blanca eran mi atuendo de casa o de enfermedades. Me la ponía o quitaba según tenía frío o calor. Sin embargo, como decía, todos llevaban mochilas más grandes que ellos, pantalones color tierra con muchos bolsillos y chaquetas, camisetas y polares con parches en los codos, cuales niños de cinco años. Tras verlos a ellos me alegré de llevar conmigo el atuendo de la enfermedad de recambio, por si acaso.

Aún no había bajado del coche. Quizás estaba a tiempo de huir, pero Greyson tocó a la ventana de mi coche. Me pilló. Bajé la ventanilla.

—¿Puedo recurrir a mi protocolo de mentiras y decir que estoy enferma?

—Tarde, ya estás aquí. En perfecto estado —Me abrió la puerta y con un leve sacudido de cabeza añadió sonriendo—: Venga, baja.

—Pero ellos aún no me han visto. Podrías ayudarme un poco —insistí tratando de seguir con la mentira, pero no parecía convencerlo por mucho que rogara.

Bajé arrastrando el culo y la espalda por el asiento con un gruñido de resignación. Algo así como «*mmgggb*». Seguro que ningún diccionario podría definir con exactitud su significado. Ese sonido englobaba miedo, pereza, resignación, queja, lloro... No podía encerrarse dentro de ninguna categoría específica. Y eso me dio una idea: ¡podía dormir en el coche!

Acaricié la cabeza de Dogo levemente según mis pies tocaron el suelo.

—¿Has visto? No llevo tacones —dije señalando mis deportivas—. Ya eres casi tan alto como yo.

—¡Charlotte Katherine Fausser! —dijo burlón Chad desde el otro lado del coche recibíendome con los brazos abiertos.

—Me lo vas a recordar siempre, ¿verdad?

—Toda tu vida. —Nos saludamos con un abrazo.

—Suerte que me queda poco tiempo. —Reí mientras saludaba a Brittany y a los demás, refiriéndome a mi inminente muerte en la montaña.

—¿Estamos todos? —preguntó Brittany.

—Faltan Joy y Fred..., como siempre —añadió Chad. Todos se rieron. Yo no pillé el chiste, aunque supuse que eran esa clase de personas que no sabe ponerse el reloj en hora.

—¿Les mentisteis con que habíamos quedado media hora antes? —inquirió Brittany.

—Creo que ese truco ya no cuela —concluyó Greyson.

Se oyeron unas voces disculpándose por nuestra espalda.

—Lo sentimos

—¿Llegamos tarde?

Nos separaron en coches, pero yo dejé claro que iba en el mío. Era como un gato; necesitaba tener clara mi vía de escape en caso de necesidad. Nadie puso pegas. De hecho, se rieron. No estaba segura de haber contado ningún chiste. Greyson abrió la puerta trasera para subir a Dogo al asiento.

—¡Eh, eh, eh! ¡Espera! —le frené antes de que siguiera con sus sucias intenciones—. ¿Qué haces?

—Subir a Dogo —respondió con completa normalidad.

—No. Al maletero —señalé. Greyson miró el maletero, no apto para el transporte de perros.

—No está acostumbrado a ir solo en el maletero y no tienes red ni nada —Cada día odiaba más Birmingham y su forma de hacerme perder la razón en todo—. No va a ir en el maletero. Podemos ir en mi coche. —Eso sí que no. Sé que no pude ocultar mi cara de terror. Supongo que tenía que resignarme a que lo que esa noche se convertiría en mi cama estaría llena de pelos y babas de perro. Soplé hasta desinflarme. Hice un gesto con la mano invitándolo a que siguiera adelante y subí al coche esperando a que Greyson atara bien a Dogo y subiera al coche. Puse el navegador, me planté mis gafas de sol más grandes que mi cara para prepararme del incipiente sol del horizonte y conduje dos horas y media hasta el lugar de la acampada.

Olía a mierda de caballo y a césped mojado. Lo peor y lo mejor de los dos mundos. Todo cuanto había a mi alrededor era verde y húmedo. El elemento estrella: el barro. Al ver que en todo mi alrededor no había nada más que plantas, hierbas, árboles y bichos volví a desinflarme con un bufido. Por lo menos no llovía..., al menos por el momento. Y mientras yo soplaba vaciando los pulmones con las manos en la frente en señal de «¿dónde me he metido?», el resto gritaban: «¡Yuuhuuuu!» con los brazos estirados en señal de éxito, se reían o acomodaban sus cosas en el suelo sin importarles que fuese césped mojado y barro. Dogo corría como un loco jugando con la pelota que Greyson le lanzaba, aunque no sé si disfrutaba más el perro o el dueño. Yo solo podía pensar en esas patas de barro pisando mis asientos mañana.

Mientras seguía abstraída en mi mundo analizando la situación, Greyson gritó mi nombre para sin previo aviso tirarme la pelota a la cara. Supongo que pretendía comprobar mis reflejos para que la atrapara, pero mis reflejos siempre me han instado a apartarme de cualquier objeto volador que se acerque a demasiada velocidad a mi cara.

—Se supone que cuando te lanzan una pelota tienes que cogerla —explicó Greyson acercándose a mí y dejando que Dogo corriera hacia la bola.

—Si supiera jugar con las pelotas no las tendrías tú —respondí. En voz alta y clara. Obviamente

sin pensar que la interpretación de las palabras que acaba de vomitar podía ser diversa. Me llevé la mano a la cabeza avergonzada mientras se me escapaba la risa. Era mejor que no apartara la mano de allí en lo que quedaba del día porque parecía necesitarla para esconderme. Por suerte a él también le hizo gracia. Cogió la mano de mi cara para apartarla, pero no la soltó.

Dogo regresó con la pelota con babas en la boca, dejándola en mis pies a la espera de que hiciera algo con ella.

—Lánzase —me pidió Greyson—. No puedes ser tan terrible. —Estaba claro que no tenía ni idea.

—En secundaria recibí un balonazo en voleibol que me tiró al suelo. Estaba cuidadosamente cubriendo mi cara del saque de mi compañera y a cambio recibí el de la tía que jugaba a tres campos de distancia. —Greyson se agachó a coger la pelota.

—Bueno..., esto es solo una bolita de goma diminuta en comparación. Estoy seguro de que sobrevivirás —Me ofreció la pelota mientras la estrujaba con la mano mostrándome lo blandita que podía llegar a ser—. Solo tienes que tirársela.

—No sé tirar pelotas. ¿No puedes hacerlo tú? Eres todo un profesional. He visto tu trabajo —bromeé. Greyson no cejaba en sus intenciones por ridiculizarme—. Aagh..., ¡vale! —Cogí la pelota—. ¡Solo una vez! —añadí advirtiéndole con el dedo.

Lancé la pelota como pude. No llegó muy lejos, pero no fue tan patético como temía. Greyson celebró mi lanzamiento y su victoria con un grito y el puño en alto. Se le veía radiante y feliz. Supongo que el esfuerzo mereció la pena.

Chad nos reunió a todos para explicarnos el plan. La idea era dejar tiendas, sacos y elementos pesados en «el campamento base», es decir, donde los coches, e ir a hacer la excursión lo más ligeros posible. Cuando termináramos, volveríamos al «punto de partida», o sea, los coches, y montaríamos las tiendas y esas cosas de acampadas de las cuales no había entendido ni media. Pero me había enterado de lo suficiente, y es que después de la excursión podía volver a mi coche.

La excursión era ardua. Primero para arriba, luego para abajo. Primero atraviesa el camino, luego las ramas. Que si salta las piedras, que si rodea las piedras... Estaba exhausta y no encontraba el encanto a hacer eso sin motivo. El paisaje, decían... Bueno, el paisaje eran piedras, hierbas, árboles altos, árboles más bajos, más hierbas y más piedras. Unas por medio, otras por los lados. Ramas asaltándote cual *paparaççi*. Un poco de barro por allí, charcos por allá y de vez en cuando tierra seca. Nada que no pudiera ver en un fondo de pantalla. Lo bueno de esas fotografías era que no tenías que salir corriendo de las abejas, espantar los mosquitos con las manos o untarte con un repelente apestoso y pegajoso. ¡Todo ventajas!

Durante el exasperante camino hubo varios tipos de conversaciones, como «¿al final te quedas?» o «¿ya sabes cuándo te vas?», que eran preguntas que no sabía responder. Otras preguntas eran «¿a qué te dedicas?», cuya respuesta iba seguida de «¿y eso qué es?». Sin embargo, mi pregunta favorita y la más repetida en aquel camino fue la de «¿cómo lo llevas?». ¡Pues mal! ¿Cómo lo voy a llevar perdida en la montaña? Pero no podía responderles eso y aprendí que la técnica era sonreír y asentir, como Barbie me enseñó en sus maravillosas películas de la infancia. La verdad es que esa técnica funcionaba. Debería empezar a aplicarla en mi día a día. ¿Serviría con mi madre? Quizás esa era la solución a nuestros problemas.

—¿Y si paramos a comer? —anunció Brittany por el camino. Me gustaba lo que escuchaba. Por las voces de mi alrededor, parecía no ser la única a la que le gustaba esa idea.

—Vale —respondió Chad mirando el mapa y su alrededor en busca de una solución a nuestro problema estomacal—. Si cruzamos el río y vamos un par de minutos por ese camino, hay un claro

bastante chulo para comer. —No me entusiasmaba mucho la idea de cruzar un río sin puente. ¿Qué tenían de malo las rocas del lado del camino?

Greyson se acercó a mí y me susurró cariñoso:

—Sobrevivirás. —Colocó su mano en mi cintura para guiarme como si fuera un baile de salón, ayudándome a enfrentarme al monstruo final.

Me fijé cuidadosamente dónde colocaban los pies los dos primeros y Greyson. Respiré hondo, me armé de valor y coloqué el pie en la primera piedra. Antes de sacar el segundo pie de la zona segura, estudié la situación de Dogo y sus movimientos. No quería elementos externos añadidos al actual riesgo, pero parecía que él estaba cuidado y distraído al otro lado con Chad. Avancé cuidadosamente piedra a piedra, logrando llegar a la mitad del cruce con éxito. Ahora se incrementaba el nivel de dificultad: los saltitos. Como en los videojuegos, había que ir de plataforma en plataforma hasta pasarte el nivel. No era momento de recordar cuánto odiaba ese tipo de videojuegos y lo malísima que era. Tenía que concentrarme en mis pies cayendo correctamente sobre las piedras y nada más. Sentía todas las miradas atentas a mi persona, lo que me ponía más nerviosa, porque el ridículo al caerme sería imposible de ocultar.

Continué avanzando con cuidado, tratando de pisar sobre seguro. Me daba la sensación de que era a la que más tiempo le iba a llevar cruzar ese puto río. Tenía que acordarme de no aceptar nunca más ni un solo plan «divertido» de Greyson. Y allí estaba, el monstruo final. El salto a la otra orilla. Volví a respirar hondo, una vez, otra vez y una vez más, por si acaso. Salté.

¡Oh, Dios mío! ¡Lo había logrado! Había llegado viva y seca al otro lado.

—¡Aaaaah! —grité de felicidad y choqué victoriosa las palmas al aire con Greyson.

Canté victoria demasiado pronto. Mi grito llamó la atención de Dogo. El chocar las palmas con Greyson se lo tomó como un juego y, por tanto, como una invitación a ello. Se abalanzó sobre mí con la lengua fuera rebotando de lado a lado. Los allí presentes vieron mi cara transformarse en terror en estado puro, pero era imposible detener aquel salto perruno. Sus patas embarradas impactaron sobre mi pecho empujándome directa al agua. Sé que caí a cámara lenta a ojos de los demás. A mí solo me dio tiempo a ver un perro enorme volando hacia mí y sentir el agua congelada atravesar la ropa y entrar en lugares en los que no debería.

Allí estaba yo, tirada en medio del río con kilos de perro sobre mí lamiéndome la cara, lo que Dogo consideraba besitos, sabiendo que el universo no me dejaría salir impune de esa escapada. Debí suponerlo. Era la chica rubia más desgracia del universo, del paralelo ¡y del adyacente al paralelo!

## Capítulo 24

### El ataque de la bestia

Estaba claro que no era mi día y que este no había acabado. Desde luego, el hecho de que me cayera al río les pareció a todos de lo más divertido. Yo, por el contrario, admito que a día de hoy aún no le encuentro la gracia.

Regresando al «campamento base» lo único que quería era coger el coche, conducir hasta casa, darme una ducha caliente y hundirme en mi colchón nuevo de dos por dos. Así que fui directa al coche y Greyson echó a correr tras de mí.

—Eh, eh —Me detuvo—. ¿Todo bien?

—Solo voy a cambiarme —mentí restándole importancia a algo que, para mí, sí la tenía, pero no podía pagarlo con él. Además, recordé cuando le dije en urgencias que me comprometía a quedarme hasta dejar a la persona en el lugar que corresponde. «Seré bocazas», añadió mi cerebro en su espasmito verbal. Y el tema de la acampada le hacía más ilusión que una caja a un gato, hecho que aún hoy continúo sin comprender. Sin embargo, entendí que no podía irme—. Pensé bien cuando traje ropa de recambio. —Abrí la puerta del coche y me encerré un rato un poco más largo del necesario para cambiarme para concienciarme de lo que me esperaba. Mejor dicho, para intentarlo.

Al entrar pude oír la voz de Brittany preguntando a Greyson «¿todo bien?», a lo que él respondió rascándose la cabeza y asintiendo mientras volvía con ellos y mi cerebro volvía a responder mentalmente «si tú supieras...».

Salí a reunirme con la gente, con mi *look* de las enfermedades. Parecía más bien una mendiga. Entre las opciones para ayudar, elegí la menos peligrosa. Podía montar tiendas de campaña, con miles de tubos, palos, clavos y telas que jamás sabría colocar y con las que me volaría o acabaría clavada junto a ellas en el suelo. Podía encender el fuego, pero la muerte por abrasión era demasiado terrible; prefería el ahogamiento. O hacer la barbacoa, que era más de lo mismo. También estaban los que jugaban con Dogo, pero ya había tenido suficiente dosis perruna por hoy. Y, finalmente, podía preparar la comida con Brittany. A pesar de mis habilidades en la cocina, supuse que untar mantequilla en el pan no iba a ser tan difícil.

—¿Te echo una mano? —pregunté mostrando una iniciativa fingida que para nada albergaba en mi interior, ya que, si fuese por mí, seguiría en el coche. Probablemente camino a casa. Pero ahí estaba, así que mejor hacer algo para que el tiempo pasara rápido.

—¡Claro! —respondió Brittany con clara expresión de calma y felicidad. No sé si porque le encantaba estar allí y hacer eso o porque le encantó la idea de que me ofreciera a ayudar y pasar el rato con ella.

—Antes de empezar, quiero aclarar que soy bastante torpe, así que prefiero dejarte la parte de los cuchillos a ti. —Brittany se rio.

—Sin problema. Allí tienes el tomate rallado. ¿Puedes untarlo en las tostadas? —Señaló uno de los laterales de la mesa.

—Eso es algo que sí puedo hacer —Sonreí. En fin, no era mantequilla como planeaba, pero la acción no distaba mucho de la otra. Vi las latas de atún justo al lado—. Pongo luego el atún por encima.

—Seeh... —respondió como derritiéndose de placer, como cuando pruebas el *coulant* de

chocolate en un restaurante donde sí saben hacerlo. Irresistible.

Greyson y Chad se acercaron a nosotras tras terminar de montar la tienda. Chad rodeó por detrás a Brittany colocando su cabeza en su hombro. Claro, que él era de mi altura y Brittany estaría por el metro setenta y dos; estaturas perfectas el uno para el otro. Greyson trató de hacer lo mismo, pero pude ver cómo al acercarse por detrás se puso ligeramente de puntillas para darme un beso en la mejilla. A pesar de continuar rodeándome por la cintura, se colocó a mi lado. Esas puntillas eran como una puñalada para mí.

—¿Cómo están nuestras chicas favoritas? —preguntó Chad. «¡¡¡¡¡¿¿¿Nuestras???!!!»», sonó en mi cabeza cual bomba repetidas veces. No pude esconder mi cara de «¡¡¡¡¡¿¿¿CÓMOOOOOO???!!!». ¡Yo no era la chica de nadie! Greyson y yo éramos amigos por el momento, no habíamos establecido nada y, como mucho, muchísimo, éramos amigos con derecho, pero yo no era su chica. Un chico que no podía colocar la cabeza encima de mi hombro cuando me rodea por detrás no podía ser mi chico—. ¡Los palacios ya están listos! —continuó Chad exultante y lleno de buenas intenciones. Habría deseado ver los palacios de los que hablaba cuando miré a mi alrededor. Solo vi cachos de tela clavados con palos en el barro.

—Nosotras casi estamos —respondió Brittany devolviéndole un beso en la mejilla a Chad—. Me falta aliñar la ensalada y a Charlotte poner el atún en las tostadas.

Eran de esas latas en las que, en vez de la tapa de metal, tienen la tapa de papel de aluminio, las del abrefácil, como para los niños pequeños. El formato definitivo «no más cortes», a no ser que seas Charlotte Katherine Fausser.

—¡MIERDA! —Me corté. Agarré mi dedo con la otra mano y me aparté instantáneamente de todo y de todos—. ¡Joder! —grité llevándome el dedo con el corte a la boca.

—¡No! ¡No lo chupes! —Me detuvo Chad llamando mi atención y extendiendo el brazo hacia mí. Es probable que esa sea la única vez que escuches a un hombre decir «no chupes»—. Tengo alcohol en el botiquín. —¿Botiquín? ¿En serio venían incluso con botiquín? Esta gente eran auténticos frikis de la montaña y yo una simple patana incapaz de abrir una puta lata de atún con abrefácil.

Greyson siguió a Chad en busca del kit de primeros auxilios, o sea, alcohol y tiritas. Yo volví a refugiarme en el asiento trasero de mi coche. Esto era ridículo.

—¿A ver ese corte? —Se acercó cariñosamente Greyson, tratando de calmar mis nervios. Cogió mi accidentada mano—. Buenas noticias: no hay que amputar. —¿Pretendía hacerse el gracioso?

—¡Esto es absurdo! ¡Estoy harta de intentarlo!

—Solo es un corte —respondió quitándole importancia—. Y la mancha de sangre se irá. —¡Ah! ¿Que también me había manchado? ¡Magnífico! Gruñí de desesperación llevando la otra mano a mi cara, de donde jamás debió despegarse.

—¿Qué es esto? ¿Qué hago aquí? ¿Qué... —murmuré sacudiendo la cabeza sin despegar mi mano de allí. Levanté la cabeza para mirarlo a los ojos—, qué coño es esto?

—Dímelo tú: ¿por qué aceptaste?

—Porque te debía una —afirmé rotundamente.

—No —respondió riéndose—. Una persona no acepta un fin de semana en la montaña por un simple regalo a una niña de siete años.

—Ocho —interrumpí—. Ahora tiene ocho años. —Era increíble que no lo hubiera olvidado.

—¿Por qué?

—Porque cumplió ocho años. La gente cumple años en los cumpleaños —repetí mi respuesta con obviedad. Greyson se reía y yo estaba al borde del ataque de nervios. ¿Por qué se reía? ¿Qué tenía tanta gracia?

—¿Por qué aceptaste? —aclaró entre risas para volver a mirarme serio y tierno. Ahora entiendo por qué se rio. Fue una respuesta absurda, pero estaba demasiado ofuscada para verlo. Respiré hondo y bufé. Hasta se movieron los pelos de Greyson.

Yo conocía muy bien la respuesta en ese momento. Porque me importaba. Porque me gustaba. Porque me había acostado con él y estaba segura de que estaba enamorada, aunque tuviera que ponerse de puntillas para besarme. «¡Estúpidos tres centímetros!», repetía mi cabeza cada vez que lo veía, pero de nuevo no quería decirlo en voz alta.

—Dímelo tú —respondí finalmente con sus mismas palabras.

—Porque estoy tan enamorado de ti como tú lo estás de mí —Era cierto—. Charlotte Kather...

—No —Lo paré en seco—. Si esto va a seguir como creo que va a seguir no puedes continuar así. No puedes llamarme así. Hasta mi jefe me llama Charlie. No puedes seguir llamándome Charlotte, y mucho menos Charlotte Katherine Fausser. ¿Te llamo yo Greyson Jeremiah Jensen? — Ahí estaba yo con mi parloteo insaciable—. ¿O señor Jensen? No, ¿verdad? Pues...

Me calló con un beso. Supongo que era nuestra técnica infalible para callarnos el uno al otro. Un método ya más que demostrado. Manteniendo su mano en mi mejilla y sin apartar mucho más la cara continuó diciendo:

—Charlie, ¿qué te parece que exista un «tú y yo»? Juntos. Solos, tú y yo.

—¿Y qué pasará cuando me vaya?

—Ssshhh... —Colocó su dedo en mi boca—. Es ahora. Solo ahora. Respóndeme ahora. ¿Sí o no?

Todas las posibilidades pasaron por mi cabeza, todos los prejuicios, todas las dudas. Como quien ve pasar su vida entera justo en el momento antes de morir, pero esta vez no veía el pasado, sino todas las posibilidades del futuro. Hice lo que me pidió. Las ignoré todas y respondí, aunque mi cabeza había respondido mucho antes que mis palabras, asintiendo lenta pero repetidamente.

—Sí —Ambos sonreímos—. Me parece bien —Era como si me hubiera quitado un gran peso de encima. Greyson me besó la mano del corte terminando de colocar la tiritita—. ¿Dejará cicatriz, doctor? —No me refería al corte.

Sobreviví a la cena, a la hoguera y a las historias de miedo sin ser devorada por los mosquitos, probablemente por el hecho de rociarme con repelente cada diez minutos y por tener a mano el insecticida a cada intento de acercamiento. El único que seguía a mi lado era Greyson, pero, si no fuera por la situación, habría huido como los demás; estaba segura de eso. Y llegó la hora de dormir, cuando fui a por la almohada a mi coche. Al entrar en la tienda con ella, Greyson me miró como si fuera un bicho raro.

—¿Te has traído la almohada? —Rio extrañado.

—¿No pretenderás que duerma en el suelo, tal cual? —Toda esa frase podría resumirse en un «Duuuh».

—Tienes esto. —Trató de señalar seductoramente su parte brazo-hombro-pecho donde en todas las películas americanas la mujer coloca la cabeza después del sexo.

—No me importará colocar mi almohada ahí. Lo siento, pero no hay comparación entre viscoelástico y carne y hueso.

—Incomparable —se burló negando con la cabeza y fingiendo entenderme—. Vamos, chico — Llamó a Dogo para que entrara en la tienda y dio varios toques en el suelo para que se tumbara en uno de los rincones. Como si la tienda fuera suficientemente grande como para encima tener que

compartirla con un perro gigante que no hacía más que atentar contra mi vida desde el día que me conoció. Pero no hice ningún comentario al respecto; más bien contuve mis labios con fuerza estirándolos hacia el interior de mi boca para que no se me escapara ni un murmurio. Cuando Greyson volvió a mirarme, cambié rápidamente a la sonrisa sin dientes para colocar mi almohada y tumbarme hacia el lado contrario como pude. Greyson se tumbó junto a mí, abrazándome y haciendo la cucharita, besó mi omóplato y me susurró—: El otro día no te importó dormir en el suelo. —«Picarón», pensé mordéndome los labios con una sonrisa.

—El otro día —Me giré un poco hacia él con las mismas intenciones con las que se había acercado—, no tenía una almohada viscoelástica.

—Solo zapatos y copas de más. —Sonrió y empezamos a besarnos.

Me coloqué lentamente encima de él sin parar de besarlo y me aparté, levantándome levemente para quitarme la parte de arriba.

—¡¡¡AAAAAAAAAAAAAAAAAAAAAH!!! —Una araña gigante cayó de no sé dónde y paró justo en frente de mis ojos dispuesta a acabar con mi vida. Agarré mi insecticida sin parar de gritar de pánico—. ¡AAAAAH! —Dogo se volvió loco conmigo ladrando a toda potencia y correteando dentro del poco espacio de la tienda. Yo seguía rociando insecticida hacia todas las direcciones, entre gritos y sin mirar, y Greyson andaba como loco apartándose de mis ataques de insecticida, sin saber bien a quién de los dos debía calmar primero.

Desde el exterior de la tienda solo se verían sombras rebotando de lado a lado de la tienda. Oírían gritos de horror que ni la mejor actriz en la mejor película de miedo sería capaz de imitar, el flus-flus del insecticida vaciándose en el interior de la tienda y mis exigencias de «¡quítamela, quítamela!» y «¡mátala, mátala!». También la lucha de Greyson por quitarme el bote y no morir él intoxicado antes que la araña.

Greyson luchó contra mi locura durante mis frustrados intentos de genocidio arácnido. Finalmente consiguió quitarme el insecticida y yo salí huyendo de semejante monstruosidad, bien lejos de la tienda maldita. Dogo me siguió fuera aún ladrando. El resto de la gente asomaba la cabeza por las puertas de sus tiendas cotilleando que estaba pasando.

—¡No! —Terminé vocalizando mientras apuntaba a Greyson y a su tienda antes siquiera de que pudiera pedirme que volviera a la tienda y me tranquilizara. ¡Yo estaba MUY tranquila!—. ¡No puedes pedirme que vuelva allí dentro para morir atacada por esa bestia! ¡NO! —Paré para respirar, posando las manos en la cadera.

—Es una arañita microscópica...

—¿¿¿¡¡¡PEEEERDOONAAAA!!!?? —acusé—. Me parece increíble que antepongas la vida de ese animal salido de las peores páginas del libro de las bestias de Harry Potter antes que la mía.

—¡Es diminuta! —insistió Greyson.

—¡Gigante!

—Minúscula —continuó desesperado.

—¡ENORME! —remarqué. Me faltaba el aliento, estaba desquiciada y no paraba de gesticular mostrando el tamaño, ¡para nada exagerado!, con el que vi a esa araña con mis propios ojos.

—Ni media pulgada.

—¡Se acabó! —Puse las manos en alto—. Me voy a dormir al coche. ¿Me pasas mi almohada? ¿Sabes qué? Déjalo —dije en mi completa bipolaridad—. Seguro que la ha tocado. Me compraré otra.

Y así tan dignamente me fui a encerrarme en mi coche libre de arañas. No sé qué pasó fuera de mi santuario los siguientes minutos, pero sé que Greyson vino al coche a por mí. Probablemente

porque con tanto insecticida esa tienda ya era inhabitable. Tocó el cristal de mi coche y quité el seguro para que pudiera entrar.

—Lo he intentado —aclaré algo más calmada antes de que empezara él.

—Lo sé. —Sonrió asintiendo levemente, aunque parecía devastado.

—He lanzado una pelota, me han tirado al río, me he cortado con una lata de atún y me ha atacado una araña gigante—dije enumerando lo más calmada que pude y contando con los dedos todos los sufrimientos por los que había pasado en menos de veinticuatro horas—. Esto —Señalé mi coche y exactamente el asiento del coche donde me encontraba— tienes que concedérmelo. Por favor.

—Traigo tu almohada —Sonrió—, libre de arañas. Te lo prometo. —Le devolví la sonrisa.

—Siento haberte intoxicado. Solo quería matar a la araña. —Le puse mi mejor carita de pena. Como la del gato con botas de Shrek.

—Ven, vamos. —Hizo el gesto invitándome a acomodar mi cabeza como lo hacen en las películas americanas. Era demasiado bueno para mí; podía verlo. Y si él podía hacer un esfuerzo por mí, yo podía hacer otro, a pesar de todos los que ya había hecho durante el día. Abrí la puerta del coche e invité a Dogo a entrar con nosotros.

—Sube, chico. —Dogo entró zarandeando el rabo con extra de felicidad. Y aunque allí los tres dormiríamos bastante más apretados que en la tienda, vi cómo Greyson apreció aquel gesto más que nada de lo que había hecho durante el día. Lo besé en la mejilla, me acomodé en su pecho y le deseé buenas noches. Greyson me dio un beso en la cabeza y terminó rodeándome con su brazo.

Y aunque el día no había sido fácil ni de lejos y me habían pasado todas las cosas posibles para recordarme que era la chica más desgraciada de ciento siete universos paralelos al mío, estando entre los brazos de Greyson me sentía como si nada de eso importara en aquel momento.

## Capítulo 25

### Lo importantemente superfluo

El tiempo, por primera vez en ese terrorífico año, parecía pasar volando. Incluso el universo parecía ignorarme. Cero dramas. No había uñas o tacones rotos, tampoco barro o caídas de culo. Mi apartamento tampoco explotó, ni implosionó, ni se derrumbó o inundó. Vamos, que mi única desgracia fue volver a pasarme del límite de la tarjeta de crédito, pero fue por una buena causa.

Era como si Greyson me refugiara de lo malo o a lo mejor era el universo gritándome: «Nada peor te puede pasar. Has acabado con él. Buena suerte. Con cariño, el puto universo». Sincera y profundamente esperaba que no fuera eso. Esperaba que fuera más un «ya te hemos jodido bastante este año. Disfruta un poco de la vida. Volveré. Con cariño, el puto universo», aunque eso significara que volvería a sufrir. Me costaría admitirlo en voz alta y en público, sobretodo en público, pero me encontraba irremediabilmente cómoda y feliz con él. Era como si toda la presión desapareciera, como si ya fuera perfecta sin tener que serlo. Todo sucedía sin esfuerzo y eso era raro. Nada en mi vida surgía y funcionaba sin esfuerzo. ¿Por qué eso sí? Tenía que encontrar el fallo y, desde que me lo propuse, no tardé ni cinco minutos en verlo. Supongo que solo quise estar completamente ciega durante meses.

Era sábado por la noche. Estábamos tirados en el sofá de su casa. Su casita era de lo más acogedora, típica inglesa de herencia familiar. Las vigas de madera adornaban el techo y las estanterías, las paredes. Excepto una. La pared con la chimenea frente al sofá era de piedra, como en las típicas casas de montaña o las que aparecen siempre en las típicas películas de «blanca Navidad». La verdad es que le daba un toque precioso. Yo siempre había querido una pared con una chimenea así. La de mi antiguo apartamento de Londres era guay, moderna, simple, blanca..., pero no era la chimenea de película. No tenía esa misma esencia. No podía saber de qué color eran las paredes. Con tantos libros y estanterías, no había prácticamente un ápice de pared libre y los pocos que había se veían colapsados por cuadros, fotos o papeles con notas. Pero había una cosa que me llamaba la atención de su casa y es que en cada espacio posible había una butaca, cojines o cualquier rincón mullido y apetecible donde te apetecía sentarte y acurrucarte. Greyson afirmaba: «Cualquier lugar es bueno para leer». Supongo que por eso había acomodado su casa para eso. Desde mi punto de vista era más bien un «puedo desmayarme tranquila». Cayera donde cayera, caería en blandito. Alfombras, mantas, cojines... La casa estaba cubierta.

Esa noche quería convencerlo para ver una película, pero... él no ve películas; él lee libros. Así que yo comía palomitas con los pies sobre sus piernas mientras veía por millonésima vez *Querido John*. Él reposaba su tocho sobre mis piernas mientras leía y comentaba repetidamente: «Eso no es así» o «Eso no pasa», o interrumpiendo para explicarme cuál era la verdadera relación y problema entre Savannah y Tim, por no mencionar el drama entre John y su padre.

—¿Tú no estabas leyendo? —reproché—. Pues lee —le impuse.

—¡Están destruyendo la obra de Nicholas Sparks! —Se quejó señalando con la palma abierta la pantalla del televisor.

—Es Channing Tatum; puede estropear lo que quiera. —«Puede estropearlo hasta a mí...», añadió mi cerebro involuntariamente.

—En la película solo toman las decisiones y avanzan superfluamente por la historia. ¡No saben ni

por qué lo hacen!

—Porque se quieren —respondí con obviedad.

—No, en el libro hay amor; en la película, vacío.

—¿Cómo va a estar vacío si siempre acabo llorando?

—Eso es porque dejas de ver a Channing Tatum en la pantalla —me picó. Admito que dejar de tener a ese monumento frente a mis ojos era doloroso, pero no como para terminar llorando. Le tiré una palomita a la cara. Dogo ladró exigiendo otra, miré cómplice a Greyson, quien asintió, y le lancé otra a Dogo. El perro la atrapó con la boca y ladró de nuevo. Lo interpreté como un «gracias...» y en mi mente añadí: «Y que sepas que estoy de tu lado», poniéndose a mi favor tras ser sobornado con una palomita—. En serio, léete el libro —Greyson apartó mis piernas y se puso en pie. Tardó unos instantes y volvió con un libro en la mano. Imagináis cuál, ¿no?—. Ya me lo agradecerás.

El libro de *Querido John* de Nicholas Sparks pesaba algo así como mi gato. Era enorme y estaba lleno de páginas con palabras seguidas por más palabras, que a su vez formaban oraciones que daban sentido a las letras para pasar de nuevo a ser palabras.

—¿Cuántas páginas tiene esto? —Miré torciendo el gesto. Era una expresión facial que mezclaba incompreensión, asco, sorpresa y miedo—. ¿Qué se supone que quieres que haga con esto? ¿Me hago albañil y lo uso de ladrillo?

Greyson inclinó la cabeza y suspiró.

—No tengo tiempo para leer. Las películas resumen lo esencial y necesario en un transcurso de tiempo más que aceptable para perder. —Continué jugando al escaqueo.

—Confía en mí.

—No prometo nada —Aparté el libro a un lado y volví a la película. Vi a Greyson ponerse los zapatos. Fue entonces cuando descubrí el gran fallo. ¡Sus zapatos! Estaban destrozados, sucios, viejos y con ventilación, lo cual no formaba parte del diseño ergonómico del zapato original. Necesitaba ropa. Ropa nueva y de su talla—. ¿Dónde vas?

—A sacar a Dogo.

—¿Te acompaño? —Admito que tenía cero ganas de levantarme del sofá para pasear a un perro y esperaba que dijera que no.

—No, tranquila —Se inclinó para darme un beso de despedida—. Tú puedes quedarte tranquila leyendo —añadió de espaldas saliendo por la puerta para no dejarme tiempo para replicar.

Así que me quedé sola, en su mullido sofá, con el libro de una peli a mi lado, llorando por Channing Tatum.

Los siguientes días no pude evitar pensar en aquel tremendo fallo. No me lo quitaba de la cabeza. ¿Podría arreglarlo? En fin, si podía sacar lo mejor de marcas, empresas, productos y lugares o hacerles un cambio de imagen completo, también podría con Greyson, ¿no? Solo era ropa.

De Charlotte: ¿Recuerdas cuando fui a la montaña?

De Greyson: ¿Te refieres a cuando intentaste asesinarme?

De Charlotte: Yo no intenté asesinarte.

De Greyson: Dogo, señor Arácnido y yo no estamos completamente de acuerdo con esa afirmación.

De Charlotte: Pues discútelo con mi abogado.

De Charlotte: Como veo que la respuesta es Sí, ahora quiero llevarte a un sitio que a mí me encanta pero que probablemente odies.

De Greyson: ¿Tú planeando una excursión?

De Charlotte: Afirmativo.

De Greyson: ¿Dónde? ¿Al centro comercial?

¡Ding, ding, ding! ¡Premio! Sé que él lo dijo bromeando y esperaba que realmente fuese una broma. Pero no lo era.

De Charlotte: Afirmativo.

De Greyson: Estaba de broma. Lo sabes, ¿no?

De Charlotte: Te informaré próximamente de los detalles. Tengo que trabajar. ¡Ciao!

No quise responderle. Me pareció más cruel, y por tanto mejor, dejarlo con la palabra en la boca. Él continuó con varios mensajes como «¿sabes que yo también puedo ponerme enfermo?», «yo no fui tan malo con lo de la acampada» o mi favorito «la injusticia entre ambos escenarios es abismal». En este tenía toda la razón: lo suyo fue mucho peor.

Tardé varios días en poner en orden mi faena y quehaceres para poder juntar tiempo suficiente para una tarea tan importante como la de la misión «Ropa bien para un Greyson bien». Me di cuenta de que cada vez pasaba más tiempo con Greyson y en su casa que en mi propio trabajo y apartamento. Pero finalmente lo logré. Y aunque su desgana fue mucho más notable que la mía en la acampada, pude arrastrarlo con más facilidad que él a mí. Hasta que descubrió mi oscuro secreto. Eso complicó un poco más que se dejara convencer. Las compras eran para él, no para mí. Quizás opté por suprimir ese detalle en la explicación. Pero tampoco era como para compararlo con una redada de drogas. Eso fue sumamente exagerado por su parte.

Empecé por lo más suave, MossBros. Aunque logré que cayera en la compra de dos pantalones, no muy de mi agrado, todo hay que decirlo, por lo menos eran de su talla.

—¡Lo conseguiste! ¿Nos vamos ya? —¿Se pensaba que con una tienda y dos pantalones iba a darme por vencida o satisfecha?

—¡Solo hemos estado en una tienda!

—Exacto, y llevo más pantalones de los que necesito —vaciló con una sonrisa sin dientes. No podía quitarme esa expresión. Esa expresión era mía. Yo se la había robado a mi jefe. Él no podía apropiarse de ella; no tenía derecho. Y mucho menos por dos pantalones.

—Vamos a Flannels. —Le devolví mi sonrisa sin dientes.

—Allí no hay nada que necesite.

—Necesitas zapatos —le reprendí tirándole del brazo y empezando a caminar en la dirección correspondiente.

—¡Ya tengo zapatos! ¡No voy descalzo!

—Poco te falta.

Entramos en Flannels inundados por marcas y opciones a las que Greyson solo respondía con negativas o caras de asco que, con completa seguridad, podría haber aprendido de Paul. Podría haber aprendido muchas cosas de Paul el día que los abandoné para irme al trabajo, como su gusto sofisticado por la ropa, la belleza de la vida urbanita o por qué los gatos son mejores que los perros. Sin embargo, aprendió su cara de asco.

—¿Pero tú has visto cuánto cuesta esto? —preguntó Greyson agarrando unas deportivas, extremadamente horribles, de Gucci. Suerte que tenía cara de asco al cogerlas. Si no habría pensado que lo suyo ya no tenía remedio—. ¡Esto cuesta más que mi coche!

—Cielo —suspiré quitándole de las manos esa monstruosidad—, solo mis uñas valen más que tu coche.

Nos fuimos de allí con las manos vacías. No había nada allí con lo que hubiese querido ver a Greyson o a nadie vestido. Y entonces terminamos en Charles Tyrwhitt, donde sin duda volvería a quejarse de los precios, pero sabía perfectamente que podría encontrarle los zapatos perfectos. Y, si me dejaba, incluso un traje a su medida.

—¿Trajes? Yo no uso trajes.

—También tienen zapatos y prendas de punto —añadí fingiendo emoción y sorpresa—. ¡Como a ti te gusta!

—¿Puedo ayudarles? —preguntó el dependiente. Era un hombre de unos cincuenta, con la cabeza completamente rapada, pero no rapada por gusto. Era de esos calvos rapados de los que se tiran a la piscina antes de que pase. Muy serio y de aire refinado. Sin duda, parecía apreciar mi atuendo, pero no el de Greyson por el repaso de pies a cabeza que le dio. Sin embargo, fue muy bueno tratando de ocultar su cara de menosprecio.

—No... —empezó Greyson.

—Sí —interrumpí educadamente—, buscamos un traje sencillo, casual, para una cena bastante informal. —El dependiente nos hizo un leve gesto para que lo siguiéramos mientras yo continuaba con mis necesidades.

—Si es una cena informal, ¿por qué necesito un traje? —me susurró Greyson mientras seguíamos al dependiente. Lo ignoré.

—También un par de zapatos. Unos para el día a día...

—¿Y qué cena? —insistió incomprensivo.

—Y otros para eventos más especiales —continué diciendo.

—¿Qué eventos? —Estaba asustado.

—Los que puedan surgir —le respondí.

—No necesito ningún traje —continuó replicando por lo bajo intentando que el dependiente no se diera cuenta.

—¿Alguna gama cromática de preferencia?

—¿Cómo? —respondió automáticamente Greyson sin tener ni idea. Era como si le hubieran hablado en chino.

—Azules —respondí en su lugar. El dependiente asintió e hizo una mueca de aprobación.

Nos mostró varias opciones. Más bien me las mostró a mí; parecía que tenía claro quién escogería.

—Estos son los que más salida y éxito están teniendo últimamente. Puede decantarse por el clásico azul tinta —dijo acercándonos el traje para que pudiéramos tocar y ver el derecho y el revés del tejido— o, si se atreve con algo más vivaz, puede optar por este en azul *royal*. —Colocó este segundo a la derecha del primero.

—Yo veo los dos iguales. —Esta vez no susurró tanto, pues el dependiente claramente lo escuchó y puso los ojos en blanco.

—Veo que el estilo de su amigo es bastante excéntrico. Quizás me atrevería a aventurarme con este otro —El dependiente trajo otro traje de su elección—. Azul francés con estampado de pavo real.

Estoy segura de que hicimos nuestros mejores esfuerzos por no mostrar expresión alguna. Por suerte, yo fui más hábil para escapar de aquella opción.

—¿Qué hay de ese? —Señalé el traje de negocios en color aguamarina que sí me convenía. No era el típico azul carca y, sin duda, ese color sí convenía a Greyson. Pude verlo en sus ojos.

—Es usted una mujer de buen gusto, señorita. —No pude evitar sonreír. El dependiente nos

facilitó el traje para que se lo probara.

—Pruébate lo —ordené—. Vamos a buscar los zapatos mientras —dije mirando al dependiente, quien asintió. Parecía un poco seco, pero desde luego sabía lo que hacía. Me cayó bien. Sobre todo, cuando en el primer intento me enseñó los zapatos perfectos. No pude ocultar mi cara de felicidad. ¿Cómo algo tan sencillo como un zapato Oxford con suela flexible podía ser tan perfecto?

—Son perfectos —respondí sin apartar la mirada mientras los sostenía en mis manos.

Se los llevé a Greyson, quien salió del vestidor prácticamente irreconocible. «Dios mío, lo que hace un buen traje», pensé mordéndome el labio sabiendo que si estuviéramos en otra situación no me contendría y se lo quitaría inmediatamente. Me había quedado embobada. En realidad, fantaseaba con cómo volvería de una cena con él, vestido con ese traje, la barba y el pelo arreglados, y cruzaríamos la puerta besándonos apasionadamente deseando quitárselo y hacerlo de nuevo en el mismo suelo del salón.

—¿Y bien? —interrumpió expectante, abriendo sus manos a la espera de una respuesta. Me acerqué a arreglarle el cuello de la camisa con la americana.

—Estás impresionante —le respondí mirándole fijamente a los ojos.

—Es superfluo —bufó en señal de desaprobación.

—Y dale con la palabrita —protesté—. Pues, si tan superfluo es, ¿por qué te importa?

—¿Por qué te importa a ti? —Me apartó las manos y se giró hacia el espejo. Esta vez era él quien bufaba hasta desinflarse.

—Me gusta lo superfluo —confesé volviendo a colocar mis manos sobre su cuello y mirándolo a los ojos a través del espejo.

—Ni siquiera sabes lo que significa —se burló, pero su estado pasó de risa a seriedad melancólica en menos de una milésima de segundo—. Esto no va conmigo —Se giró hacia mí y me rodeó por la cintura—. Tampoco puedo pagar esto.

—No ibas a hacerlo de todos modos.

—Ni en broma. —Intentó apartarse, pero lo tenía bien cogido.

—Piensa que es como si yo me comprara más ropa —Reí tratando de convencerlo, pero negó con la cabeza, como si estuviera avergonzado—. Vale, pero los zapatos nos los llevamos.

Dejé a Greyson cambiándose de nuevo y le compré los zapatos y un par de jerseys de punto que combinaban con sus pantalones nuevos. Aproveché que aún no estaba para pagar y maquiné un poquito.

—Guárdeme el traje. Vendré el lunes a recogerlo —Y entonces añadí con el dedo sentenciador —: ¡Es un secreto! Que quede entre usted y yo, caballero —Extendí la mano a modo de trato. Naturalmente, no iba a costarme convencer al dependiente de que me guardara un traje de seiscientas libras. Pude ver la sonrisa en la cara del dependiente solo con pensar en la comisión que tendría por ventas ese mes y me devolvió la mano cerrando el trato sin ningún atisbo de duda. Greyson volvió. Guardé mis tarjetas de crédito y le dije sonriente—: ¿Vamos a comer?

No hubo más compras. Yo sabía cuándo parar a la hora de torturar a una persona. Simplemente dejé que el resto del día fluyera por su curso y que Greyson cargara con las bolsas.

Los días y las semanas continuaron pasando y nuestras citas se transformaron de tomar el té, acampadas, cenas en restaurantes e ir al cine a más de «¿tu casa o la mía?». No recuerdo haber tenido esa velocidad de adaptación y aceptación con Markus. También había pasado de los tacones altos y la ropa impecable a tacones más bajos y ropa más común, a estar en *joggers* y descalza en casa. Con Markus nunca estuve así. Greyson y Birmingham ejercían una extraña influencia en mi

comportamiento.

La cita de esa nueva noche era comida china grasienta a domicilio, sofá y peli, o libro en su caso. Estábamos en el salón junto a la mesita de café de madera, completamente cubierta de la comida que habíamos pedido. Él estaba sentado en el sofá y yo en el suelo, utilizando sus piernas de respaldo, mientras nos pasábamos bocados de comida y charlábamos.

—¿No te da miedo estar tan cerca de la muerte cada día? —pregunté.

—¿Qué? ¿Cuándo? —respondió confuso.

—Cada día, ya sabes..., desde aquí hasta el trabajo en tu coche-trampa-mortal.

—Roxanne no es una trampa mortal. Es más segura que tu monstruosidad a cuatro ruedas.

—Yaaa... —Me reí—. Seguro.

—¿Sabes que estás preciosa cuando te ríes?

—¿Y eso a qué viene? —Me sonrojé.

—Solo quería decírtelo —explicó sin dejar de mirarme a los ojos cautivado. Dejé la comida a un lado y me puse sobre él. Lo rodeé por el cuello y él a mí por la cintura. No sin antes colocarme el pelo detrás de las orejas, lo besé.

—¿Es como en tus libros? —Greyson negó lentamente con la cabeza sin apartar la mirada de mis ojos.

—Es mejor —confesó—. Las palabras se quedan cortas. —Volvimos a besarnos. Sabíamos a lo que íbamos.

Me levantó y me llevó arriba. Hasta cerró la puerta con el pie antes de que se colara Dogo. No me soltó ni una vez hasta que nos dejamos caer en la cama. Esa cama baja entre techos de madera abuhardillados con aquella luz tan débil de la lámpara colgante. Normalmente odiaba esa lámpara que no iluminaba nada, pero hoy le daba un ambiente diferente. Y la ventana justo en el cabecero donde solo se veía bosque. También odiaba que siempre que la abríamos se colaban todo tipo de bichos, pero ahora estaba cerrada y la luz de la luna se filtraba reflejando sobre la cama leves sombras de árboles. También en Greyson. Él estaba encima. Nunca había estado encima. Al menos no conmigo. Me encantaba. Me enredé entre sus piernas y brazos. Poco más tarde, bajo sus sábanas. No me importaban sus tatuajes, ni su barba desaliñada, ni su pelo sin cortar. Solo me importaba que no parara de besarme. Que me abrazara toda la noche y que no dejara de tocarme. Tampoco quería que terminara. Pero terminó. Terminamos. Aunque no dejó de abrazarme y me besó una vez más en la cabeza sin soltarme.

—Quizás después de todo no necesitabas el piso —me susurró mientras me acariciaba el cabello.

—¿A qué te refieres? —Giré levemente la cabeza para mirarlo.

—Tienes mi casa —Noté cómo el pánico y el estrés me invadían. ¿Vivir juntos? Greyson pudo notar ese miedo en mi lenguaje no verbal—. Últimamente estás más aquí que allí. —Intentó excusarse. ¡Eso no significaba nada! ¿O sí? ¡No! Solo pasábamos tiempo juntos, pero yo mantenía mi privacidad y mi vida aparte. Yo necesitaba mi vida. Y, además, él también pasaba muchas noches en mi apartamento. No era justo afirmar tan vehementemente que yo pasaba más tiempo aquí que allí. ¿Mudarme con él? No podía; tenía que volver a Londres. ¿Cuándo había perdido de vista mis objetivos? No podía decírselo así. Le rompería el alma.

¿Qué debía hacer? ¿Por qué me había metido tan deliberadamente en esa situación? Era la chica rubia más desgraciada de este universo, los ciento siete siguientes con todas sus galaxias y todos sus miniuniversos!

## Capítulo 26

### Camino a la perfección

Tras aquella conversación con Greyson con respecto a vivir juntos, me di cuenta de que debía volver a centrarme en mis objetivos. Recuperar mi vida. Mi trabajo en Londres, mi piso en Londres, mis amigos en Londres... Mi vida en Londres. Me encantaba mi vida con él, pero ¿por qué no podía ser en Londres? ¿Por qué tenía que dejarlo yo todo? ¿Por qué tenía que hacer yo todos los esfuerzos y sacrificios este año? ¿No tenía ya suficiente el puto universo? Quizás si hacía mejor mi trabajo podría convencerlo y él se vendría conmigo.

Me puse manos a la obra. No solo tenía que analizar y reestructurar el concepto de «un lugar con historia», sino que, además, podría tratar de mantener la librería. Si eso era lo que le importaba, podía ser parte del rincón del vestíbulo, el rincón con historia. Tenía que hablar con Hernest. ¡Urgentemente!

Me colé precipitadamente en su despacho. No toqué, no pregunté; solo entré y me impuse presentándome frente a él y plantándole los conceptos sobre la mesa.

—Tengo una idea.

Hernest me miró.

—Luego te llamo —dijo colgando inmediatamente su llamada como si nada hubiera pasado. Me había convertido en algo más importante que su llamada, por lo que yo denominaría mi entrada como algo triunfal. Me miró—. Te escucho —Levanté la presentación que había colocado boca abajo y le mostré su contenido. Asintió frunciendo los labios—. Te escucho con atención. —Eso sí que era un triunfo.

No necesité muchas más palabras para convencerlo. Como dicen, «una imagen vale más que mil palabras». Aunque Greyson estaría en desacuerdo con dicha afirmación, unos jueces no.

—No dejas de sorprenderme, Charlie... ¿Cómo has descubierto todo eso?

—Tengo mis contactos —concluí.

—Sigue trabajando en eso. Envíaselo a todos. Quiero a todos en el mismo barco a partir de ya. Yo hablaré con Robert —continuó efusivo y emocionado. Era como si no respirara entre orden y orden. Lo había conseguido: la perfección—. ¡Eres extraordinaria, chica! —me gritó antes de que pudiera salir de ese despacho.

Volví a mi camino. Retomé mis objetivos. Y no solo volvería a mi vida perfecta, sino que la mejoraría. Esa nueva dirección me llevaría trabajo y tiempo que no tenía. Además, no quería pasar más tiempo allí, así que me llevaría el trabajo a casa si hacía falta. Y la hacía... El universo no podía quitarme esto. Charlotte Katherine Fausser atacaba de nuevo con más fuerza que nunca.

Capítulo 27  
Se acerca *Jumanji*

Sabía que las cosas cambiarían y, si bien el paso de vivir juntos me parecía muy precipitado, quizás había otras cosas que pudiera ofrecer a cambio. Como aprendí con mi gato: un no por un sí. No me iría a vivir con él, pero... podría hacer el esfuerzo de presentarlo oficialmente a mis padres como mi pareja.

Íbamos camino a casa de mis padres y se le notaba nervioso, pero no le culpo; yo estaba acojonada. Sabía perfectamente que a mi madre todos los hombres le parecían bien para mí hasta que se convertían en mis parejas. Una vez llegado ese punto, todos eran insuficientes. «No sé qué has visto en ese piltrafilla. Tienes que estar realmente desesperada» o «en fin, si a ti te gusta, habrá que aguantarlo» y, por supuesto, mi preferido, «deberías aprender a estar sola y no conformarte con el primero que pasa por delante». Cuando volvía a estar sola, ese «piltrafilla» y ese «primero que pasa por delante» habrían sido el hombre perfecto para mí «si no fuese tan exigente». Todo eso resultaba extremadamente exasperante.

No quise decirle que probablemente ahora mi madre no lo soportaría. Ya estaba suficientemente nervioso, pero le diría que no era nada personal y que «es por mí, no por ti», como si de una ruptura se tratara.

—¿Estás segura de que le gustará este vino? —preguntó Greyson revisando la botella y tratando de entender algo de lo que decía la etiqueta.

—No —respondí seca. Noté el brote de terror en sus ojos, así que continué con la explicación razonable—: Mi madre no apreciará ningún vino nunca. No entiende la diferencia entre uno de 1,99 y otro de 78 libras, pero sin duda lo apreciará más viniendo de tu mano que de la mía —No parecía muy convencido—. Tú tranquilo. A mi padre le encantas y a mi madre también..., antes de que fueras mi novio —El terror volvía a sus ojos—. No te lo tomes como algo personal —le calmé con un movimiento de mano—. No es por ti; pasa con todos.

—¿Todos? —En esa palabra sí que pude sentir su pavor y sorpresa.

—No han sido tantos... Solo digo que —Tragué saliva— mi madre solo espera poder meterse conmigo y con mi vida todo el tiempo. Así que, si no tengo novio, el problema es que no tengo novio y, cuando lo tengo, el problema es el novio que tengo. Pero da absolutamente igual que seas tú o George Clooney. Todo estará mal para ella —Lo miré; no parecía haberlo tranquilizado. Puso todo de su parte, incluso llevaba el suéter de punto beis con los pantalones nuevos que le compré. Le sonreí—. No te agobies: yo pararé las balas.

Eso sí le tranquilizó. Aparqué en la puerta y antes de cruzar la puerta al infierno lo besé para coger fuerzas. Creo que también se las di.

—¡Hola! —anuncié al entrar dejando el bolso y las llaves en el mueble del recibidor.

—¡LLEGAS TARDE! —Torcí el gesto, apreté los puños y suspiré para aliviar la tensión.

—Creo que ahora entiendo por qué siempre llegas antes a los sitios —me susurró Greyson al oído. Nunca lo había pensado. Quizás mi madre era la culpable de mi terrible enfermedad.

—¡Uy! —dijo mi madre sorprendida—. No sabía que venías con alguien. —Automáticamente mi padre sacó el ojo de detrás de su libro para figonear.

—Hola, chico —interrumpió mi padre por su lado creando otra conversación paralela. Extendió el brazo a Greyson y se estrecharon las manos—. Me alegro de verte de nuevo por aquí.

—Sí lo sabías —empecé a decir mientras me acercaba a darle un beso en la mejilla a mi padre—. Te envié un mensaje, ¿recuerdas?

—¡Pues tendrías que haberme avisado! —Puse los ojos en blanco.

—Gracias, señor, lo mismo digo —continuó Greyson en la conversación con mi padre—. ¿Interesante la lectura?

—¡Lo hice, mamá! —Sonreí sin dientes, me senté e hice gestos a Greyson para que le diera el vino.

—Ahora no sé si tendré comida suficiente. Esas cosas se dicen.

—No te preocupes; comeré menos —contesté manteniendo la falsa sonrisa—. ¿Qué te parece?

—He traído vino —manifestó finalmente Greyson tras las muchas idas y venidas de mi madre.

—No tenías por qué molestarte, hombre —Mamá cogió el vino de sus manos y empezó a descorcharlo sin perder el tiempo, a pesar de seguir refunfuñando con sus excusas—: Ni siquiera creo que vaya con la cena que he preparado.

Mi padre se acercó a Greyson y, una vez a su lado, le aclaró disimuladamente:

—Eso es un gracias de su parte. —Y le dio una palmadita en el hombro.

Vimos la mesa puesta como si de Navidad se tratara y miré a papá.

—Sabía perfectamente que veníamos, ¿verdad? —Asintió.

—Lleva todo el día preparándose —Esta vez asentí yo como diciendo: «Ya... si ya lo sabía»—. ¿Nos sentamos? —Y en esta ocasión los tres asentimos como si afirmáramos al unísono.

Mi madre plantó en el centro de la mesa el plato estrella: una fuente con tilapia al horno con mantequilla de limón, un plato que raramente cocinaba, porque sabía que me gustaba, lo cual me sorprendió gratamente.

—Guau, mamá, tiene una pinta excelente. —¿Veis? Yo sí podía ser buena con mi madre.

—Lástima por el vino. —Ella, en cambio, no podía.

—Es un rosado afrutado. Puede ir perfectamente con el postre —sugerí—. Y, si no, no te preocupes, que por mi parte cae seguro.

—Tengamos la fiesta en paz —medió mi padre. Empezamos a comer—. Decías que tenías una noticia que darnos, ¿no? —preguntó tratando de sacar un tema de conversación en la mesa. Aunque por la sonrisa y su forma de preguntar sabía exactamente la noticia. ¿De verdad tenía que decirlo en voz alta?

—Sí, ehm... —Dejé el tenedor a un lado, me limpié la boca con la servilleta y miré con atención a mi alrededor.

—¿No estarás embarazada? —interrumpió mi madre mis preparativos no verbales para anunciar lo obvio.

—No, mamá. No estoy embarazada —aclaré tratando de mantener la calma. Cogí de la mano a Greyson sobre la mesa y lo anuncié—: Greyson y yo estamos juntos —No se movió ni un músculo en la mesa. ¿Había hecho algo mal?—. Como pareja —insistí por si no había quedado suficientemente claro.

—¡Ves como era tu novio! ¡Pa' qué me mientes! —saltó mi madre convirtiendo, como siempre, toda situación en algo que girara a su alrededor. Decidí no continuar por ese camino y mirar la reacción de mi padre.

—Me alegro. Sabía que era cuestión de tiempo —Y entonces le dio un codazo amistoso a Greyson—. Yo apostaba por ti desde el principio, chico.

—Gracias, señor. —Asomé una sonrisilla vergonzosa, pero de alivio.

—Llámame Nicholas —Era sin duda el primer chico que mi padre había aprobado desde el

minuto cero. Miré a mi padre sonriendo emocionada, me cogió de la mano y añadió sincero sin apartarme la mirada—: Es el primero con el que podré mantener conversaciones de verdad. —Eso era todo un cumplido.

—Pues cuida bien a este, porque como se te escapé a ver pa' lo que quedas... ¡Ni pa' vestir santos, te digo!

—Gracias, mamá... —Sus comentarios siempre tan acertados. A pesar de todo, allí podía leer un «este me gusta». A su modo, por supuesto.

La noche transcurrió sin incidentes, a pesar de que mi madre volvió a sacar y airear libremente todos mis trapos sucios y errores del pasado, como cuando con tres años creía que los padres y profesores eran «humanos gigantes con cinco años y medio... ¡por lo menos!» o cuando dejé el biberón con cinco años porque no quería mancharme al beber de un vaso, cómo después me pasé años bebiendo solo con pajita y, la peor, mi trauma con *Jumanji*. Por suerte, todas aquellas anécdotas solo hicieron reír a Greyson en vez de hacerle huir, lo cual decía mucho a su favor. Pero entonces llegó la pregunta mortal:

—¡Qué bien que por fin te asientes y te quedas! —Bueno..., no fue una pregunta mortal. Fue más bien una afirmación sin fundamento ni razón por parte de mi madre. Una imposición.

—Yo no he dicho eso. —La tensión se palpó en el ambiente de golpe.

—Hay cosas que no hace falta decir para que las sepa, hija —continuó dándoselas de sabelotodo —: Como lo de tu novio.

—Es tarde —No iba a entrar al trapo—. ¿Nos vamos? —pregunté a Greyson deseosa de escapar de allí y no abordar aquella conversación de nuevo. Esto sí que no debería haber sido una pregunta, sino una imposición.

Volvíamos al coche camino a mi apartamento.

—¿*Jumanji*? ¿En serio? —preguntó tratando de sacar un tema de conversación por el camino.

—En mi defensa diré que me la pusieron con cuatro años. Esas arañas gigantes impactan mucho más de lo que piensas —me justifiqué.

—¿De ahí lo de las arañas?

—No eres el primero al que casi asfixio con insecticida por un bicho. Mi hermana también estuvo a punto de morir durante unas vacaciones en el pueblo. Pero fue su culpa, por ponerme *Jumanji* y por no matar a la araña cuando se lo pedí.

—Ya..., creo que deberías dejar de intentar matar a la gente con insecticida.

—¡Lo intento! De verdad, pero... en fin. Es instinto de supervivencia. —No me faltaba razón. Esta batalla estaba más que ganada.

—Quizás podríamos tener una tarantulita —El frenazo fue real. Mi cara gritaba claramente: «¡¿¿QUE QUÉ??!!»—. Tranquila..., solo bromeaba. —Colocó suavemente su mano en mi regazo y me besó en la mejilla.

—¿Subes? —pregunté al aparcar frente a mi apartamento. Asintió.

—Solo un rato. Dogo está solo en casa.

Subimos. Me descalcé lo primero y fui directa a la nevera a llevarle una cerveza.

—¿Qué es todo esto? —Oí preguntar a Greyson parado en el salón.

¡Mierda! Había dejado todas las cosas del hotel sobre la mesa: el diseño, el eslogan, los logos, la... la puta historia.

Greyson estaba hojeando las fotos y papeles. Su mirada mostraba cómo se sentía, papel tras papel, cada vez más defraudado conmigo. Dejó caer los brazos.

—Dime que no es cierto. —No me miró.

—¿A qué te refieres? —Me acerqué lentamente. En el momento en que mi mano rozó su espalda, explotó. Como una bomba de relojería. Con rabia, dolor e incluso odio.

—¡Me has vendido!

—¿Qué? ¡No! —repliqué, o al menos lo intenté.

—¿Un lugar con historia? —Me cogió fuerte por los brazos con intención de zarandearme—. ¿Qué historia, Charlotte? —insistió desesperado sin esperar respuesta—. Aaah... ¡Sí! ¡La que te conté! ¡CONFIANDO EN TI!

No era un simple cabreo; estaba herido. En sus palabras solo había dolor, pero ¿por qué?

—No lo entiendes, Greyson —traté de calmarlo y hacerle entender.

—¡Sí! ¡Sí lo entiendo! —espetó conteniendo sus puños. Sabía que no iba a pegarme a mí, pero sí a la pared o algo peor.

—¡No, no lo entiendes! —esta vez era yo quien gritaba—. ¡Es por tu puta librería! ¡Estoy trabajando cuanto puedo para preservarla!

—¡Está perfectamente preservada conmigo! —respondió—. ¡No necesito ningún puto hotel vacío que pretenda beneficiarse de las historias de los demás! —Había perdido los nervios—. ¿Que quieres preservarla? ¿Porque me entiendes? —cuestionaba ofendido mis afirmaciones—. ¡Pues no haber trabajado en esa mierda! —continuó con su monólogo de decepción hacia mi persona, sin querer entender todo lo que había trabajado para que, pasara lo que pasara, no perdiera su puta historia familiar. ¿Por qué estaba tan ciego? ¿Es que no podía ver todo lo que había hecho por él?

La explosión terminó y yo mantuve la boca cerrada. Ya solo quedaban los pedazos. Se sentó y arrastró las manos por su pelo. No me moví.

—Me equivoqué contigo —confesó devastado.

—Solo intentaba no perder tu historia. A Hernest le encantó la historia. Cambiamos todos los planes para mantener la estructura original y respetar...

—¿Respetar? —Levantó la cabeza y me miró directamente. Tenía los ojos rojos y las pupilas dilatadas. Me lo preguntó como si no conociera el significado de esa palabra—. ¿Cuánto tiempo llevas con esta farsa? No, no me lo digas... —Volvió a levantarse—. Fui un idiota al pensar que tendría una mínima oportunidad contigo, que te enamorarías de mí y de Birmingham tanto como yo de ti, que te quedarías por mí o porque preferirías nuestra vida antes que la tuya.

Eso me dolió. Mucho más que nada en el mundo. ¿Cómo podía decir eso? ¡Todo lo que estaba haciendo era por él! ¿Y así me lo pagaba? ¿Por qué no era capaz de entender nada? Estuve esforzándome todo este tiempo por adaptarme a su vida, a su perro, a su Birmingham y a sus estúpidos planes divertidísimos. ¡Por el amor de Dios, si incluso jugué al Twister! Trabajé a contrarreloj para mantener su estúpida librería y dejar su historia y su legado prácticamente intacto en una nueva vida. ¿Cómo se atrevía a insinuar que no entendía el significado del «respeto»? Ya está. Lo había intentado. Puse todo de mi parte. Todo. Por él.

—Quizás el amor que tanto anhelas solo existe en tus libros —confesé apretando la mandíbula e impidiendo que mis lágrimas cayeran—. Quizás lo que quieres entender del amor es distinto —continuó—. Quizás de lo que estás enamorado es de esa absurda idea del amor.

—Tú tenías razón...

—¿En qué? —Apreté los dientes para poder pronunciar esas palabras sin romper a llorar.

—Birmingham saca lo peor de ti —Greyson se dirigió directo a la puerta sin mirarme. Se detuvo un solo instante con la mano en el pomo—. Pregúntate una cosa —Me miró, por primera vez en toda aquella guerra—. ¿Por quién lo haces? ¿Por mí o por tu ascenso? ¿Por tu vida perfecta en Londres? —Bajó la cabeza, asintiéndose a sí mismo—. Has hecho una gran actuación, Charlotte Katherine

Fausser.

Se marchó.

Aquella fue la peor batalla. Me dejó sola, completamente sola. Y no lloré. No brotó ni una lágrima después de aquel portazo. Estaba completa e irrevocablemente bloqueada. Solo hubo un sentimiento, una sensación que sentí que salía volando de mi cabeza, dejándome sola y vacía. Es como si me hubiera dejado hueca por dentro. Era la chica rubia más desgraciada de todos los universos interuniversales.

Capítulo 28  
Un clavo saca a otro clavo

Pasé unas semanas sumamente abstraída. Hernest entró en mi despacho.

—¿Todo bien, Charlie? —Supongo que, si yo irrumpía libremente en su despacho, él podía hacer lo mismo. Su pregunta me devolvió al mundo real.

—Todo perfecto —mentí con una perfecta sonrisa.

—Te noto fuera estos días.

—Oh, no es nada —Moví las manos enfatizando el querer restar importancia a mis desquicios mentales—. De hecho..., quería preguntarle si puedo pedirme este viernes libre. Me gustaría bajar unos días a Londres por unos asuntos.

—Desde luego, con todo lo que has trabajado —Estaba a punto de marcharse, pero se detuvo en la puerta—. De hecho —Se lo pensó mejor—, tómate el resto de la semana. —Pero a mi favor.

—Gracias. —Sonreí. Realmente necesitaba salir de Birmingham después de todo. Hernest se fue con una sonrisa de esas que se te dibujan después de hacer una buena obra. Al parecer yo fui su obra de caridad del mes.

De Charlotte: ¿Me acogerías antes en tu casa?

De Paul: ¿En serio?

De Charlotte: Puedo llegar esta noche o mañana. ¿Qué prefieres?

De Paul: La duda ofende. ¡Te quiero conmigo ya!

De Charlotte: Pues nos vemos esta noche.

De Charlotte: Llegaré tarde.

Efectivamente y como prometí, llegué tarde, pero Paul me recibió con el abrazo más amoroso y largo del mundo. Después de eso no tenía muy claro que tuviera fuerzas para volver a Birmingham de nuevo.

—Soy una desgraciada —admití mientras me achuchaba—. ¿Por qué pensé que podía dejar de serlo?

—Cariño, soñar es gratis —dijo sin soltarme—. Vamos, pasa —Me tiró del brazo hacia dentro—. Tengo el vino esperándonos.

Nos acomodamos en el sofá con el vino a mano.

—Bueno, ¿me lo vas a contar?

—¿El qué? —Estaba en otro mundo, pero Paul lanzó una mirada que decía «ya sabes a qué me refiero»—. No hay nada que contar. Simplemente se terminó —Mi respuesta no pareció convencerlo—. Ni siquiera tuvo que empezar —Me autoconvencía parlotando y tragando vino—. Me esforcé para nada. No iba a ninguna parte. Mi vida está aquí —Le sonreí sin dientes y cambié de tema inmediatamente—: ¡Además! Yo estoy aquí por ti y por tu cumple. Te prometí que no faltaría y, además, tengo estos días para ayudarte con el estrés.

—Tía..., treinta —respondió susurrando como si se tratara de un drama o de un oscuro secreto—. Estoy en mis últimos días de la década guay.

—No será para tanto.

—Claro, tú tienes un año más en la década de la vida y el desenfreno. Yo estaré en los treinta. Ya puedo sentir las arrugas incipientes dispuestas a arruinarme la cara.

—Ya..., no creo que las arrugas aparezcan mágicamente en tu cara una vez soples las velas, así que tranquila.

—Sabes que en unos días podré increparte que no tengo por qué escuchar consejos de una cría de veintitantos años.

—Sabes que en unos meses yo también cumplo años, ¿verdad?

—Sí, pero son veintinueve. Seguirás en la flor de la vida. Mientras que yo me marchito sola.

—Y luego la exagerada soy yo —Me lanzó una mirada fulminante—. Tranquila, que no morirás sola; estarás conmigo hasta que la muerte nos separe.

—Amén —Brindamos y nos acabamos la copa de un trago—. ¿Otra? —No sé si me miró en busca de mi cómplice aprobación para tomarse otra copa o en busca de una responsable negativa, pero si era lo segundo no lo iba a obtener de mí en esos momentos.

Dormimos como marmotas hasta bastante tarde aquel jueves de verano. Le prometí que pasaría toda la tarde con él de compras y preparando su superfiesta de cumple, pero quería acercarme al restaurante de Alice a comer y darle una sorpresa. Alice y Louis estaban seguras de que llegaría el sábado, así que confié en que fuera una grata sorpresa que me vieran unos días antes.

Crucé la puerta del restaurante, con mis sandalias ocre de tacón y mi vestido camisero de The Row con un fino cinturón marrón a la cintura.

—¡No me lo puedo creer! —oí decir a Louis nada más cruzar la puerta. Me recibió con un abrazo—. Creíamos que llegabas el sábado.

—Cambio de planes.

—Estás guapísima —añadió sorprendida—. Voy a llamar a Alice. —Se asomó por la puerta de la cocina y oí un leve «Alice, ¿puedes salir un momento, por favor?».

Estaba segura de que Alice se encontraba bastante atareada en la cocina en ese momento porque le costó varios intentos que saliera de allí. No quería decirle que era por mi culpa, para no arruinar la sorpresa. Al tercer intento consiguió que saliera de la cocina, limpiándose efusivamente las manos en su trapo de cocina. Su expresión cambió de «¿por qué me molestas ahora?» a «¿por qué no me lo has dicho antes?».

—¡Charlie! —Corrió efusivamente a abrazarme. O estrangularme. Fue un poco fusión de ambos—. ¿Por qué no me habías dicho que venías?

—Sorpresa —respondí.

—¿Tienes donde quedarte?

—No estarás en un hotel, ¿no?

Ambas preguntas sonaron prácticamente al unísono.

—No, tranquilas. Estoy con Paul; está todo bien. Oye, ¿qué hay que hacer en este restaurante para que te den de comer? —terminé diciendo burlona, lo que sobresaltó a Alice, que volvió corriendo a la cocina. Como si se hubiera olvidado de algo—. Es broma. Puedo esperar a que terminéis y comemos juntas.

—Eso estaría bien. Nos queda una hora más o menos —respondió Louis.

—Me paso en un rato entonces. Tengo que hacer un par de recados.

Le di dos besos y salí en busca del regalo de Paul. Paul no era una niña de ocho años de la que no sabía ni su edad por muy sobrina mía que fuera. Sabía exactamente cómo era Paul y lo que quería, así

que encontrarle un regalo no era difícil. Lo difícil era encontrar un regalo que ya no tuviera. Por suerte contaba con un par de ases en la manga, como el haber chafardeado cuidadosamente todo lo que tenía en su armario y la orden de «prohibido comprarte absolutamente nada hasta que pase tu fiesta de cumpleaños», para asegurarme que no se compraría mi regalo en el transcurso de esos dos días. Porque sabía que era muy capaz de hacerlo.

Londres me sentaba bien. Lo sentí mientras caminaba por Oxford Street con bolsas en la mano como si de la Quinta Avenida de Nueva York se tratara. En Birmingham había olvidado cómo curarme de todo mal con adquisiciones materiales, cómo era mi verdadera vida y cuánto me gustaba pasar la tarjeta de crédito físicamente en vez de virtualmente por la tienda *online*. Me daba poder. Además, tenía a Paul y a Alice y, no voy a mentir, lo siento por Oliver, pero la quería más a ella. Se había puesto muchas más veces de mi parte que él. A eso se le llama lealtad.

Volví al restaurante para comer con Alice y Louis. Sabía que eran las sobras del menú del día, pero para mí parecía un banquete con gusto.

—No te haces a la idea de cuánto he echado de menos tu comida —confesé glotoneando aquella *delicatessen*.

—Exageras —respondió Alice evasiva a mis sinceros cumplidos.

—¿Y cuándo no lo hago? De todos modos, eso no quiere decir que sea mentira —Me llevé otra cucharada de *ratatouille* a la boca—. ¿Y qué tal todo por aquí? ¿Alguna novedad?

—Ya sabes, lo de siempre... —respondió Louis con poco énfasis.

—¿Y tú? Mamá nos dijo que hay un hombre en tu vida... —Alice movió las cejas insinuante. Esperaba la chicha de ese cotilleo. Me temía que iba a decepcionarla.

—Lo hubo. Siento decepcionarte. —Ladeé la cabeza con una mueca de «lo siento, no hay cotilleo».

—No te creo —replicó Alice—. Ya de por sí te cuesta la vida presentarles alguien a papá y mamá como para presentarles uno y terminar con él en menos de una semana.

—Es el del cumpleaños de Nadine, ¿verdad?

Vaya par de cotillas. No me esperaba eso de Louis. Había estado escondiendo muy bien esa faceta suya todos estos años.

—¿Qué te hace pensar que no huyó justo después de conocer a mamá? —Pero mi intento de interrogatorio evasivo no funcionó—. Simplemente, teníamos enfoques diferentes. Esperábamos cosas diferentes. Así que... ¡se acabó!

—¿Te crees que Alice y yo estamos siempre de acuerdo en todo?

—Y no por eso rompemos la relación.

—Quizás solo tengáis que hablar y llegar a un punto intermedio —Louis recuperó la palabra. Era como si se completaran las frases.

—No me refiero a estar de acuerdo o no. Es más complicado que eso. Además, no quiso escuchar. No puedes hablar con alguien que no quiere escuchar.

—En eso estamos de acuerdo —añadió Alice, aunque sé que ella se refería a mí cuando me ponía cabezota con ella.

—De todos modos, yo estaba haciendo todos los esfuerzos... Él no cedió ni un poquito.

—Explícate—exigió Louis.

—No, porque sé cómo sois vosotras dos. Y os vais a poner en mi contra. —En realidad me daba un miedo terrible que hubiera un mínimo de posibilidad de que yo estuviera equivocada. Y sabía que, si eso pasaba, con Alice y Louis estaba perdida.

—Con eso solo me haces entender que estás rompiendo la relación por un capricho, Charlie.

—¡No es un capricho! ¡Es mi trabajo! —protesté—. ¡Y mi vida! Mi vida está aquí. ¿Os hacéis a la idea de lo mucho que echaba de menos esto?

—¿Lo has dejado por Londres? —preguntó Alice escéptica.

—¡NO! —Respiré hondo. Estaba a punto de perder los nervios—. Solo digo que yo tengo aquí mi trabajo y mi estilo de vida, tengo ambición y quiero crecer, no quedarme estancada con los fantasmas del pasado. Y él prefiere su mier... —No quería usar esa palabra, por mucha rabia que me diera; no se lo merecía. Así que paré a pensar qué quería decir y decirlo mejor—. Y él prefiere su vida tal cual está, sin cambios, ni progreso —Terminé bajando la cabeza—. Y yo no entro en esa ecuación.

—Charlie —Alice usó su voz más dulce y me cogió de la mano—, quita el trabajo de la ecuación. De eso hay por todos lados, a montones, y más con tu talento. Serías capaz de vender hasta arena de la playa como si del Sáhara se tratara. ¿Qué habrías hecho?

—No..., no lo entendéis —Me levanté eludiendo y dando por terminada esa conversación—. Tengo que irme; he quedado con Paul.

—Charlie, yo no... —Alice intentó detenerme. No quería escuchar eso. No sé ni por qué lo intenté; sabía que no me entenderían.

—Nos vemos el sábado para desayunar.

Me fui con dolor de estómago.

Llegó el sábado noche y con ello la tan esperada fiesta de Paul. Por mucho que se quejara de cumplir años, le encantaba. Era el único día del año en el que todo tenía que girar en torno a él, literalmente. Si no lo felicitabas, estabas muerta socialmente para él y, si le hacías un regalo feo, también. Yo por suerte podía jugar mi baza y es que a él se le olvidó felicitarme por mi cumpleaños el año pasado, así que tenía que perdonármelo todo. Era importante recordárselo cuando quería ganar alguna discusión con mi argumento infalible: «Si yo me hubiera olvidado de tu cumple, me habrías matado, y yo ni me enfadé». Siempre funcionaba. No obstante, yo no solo no me había olvidado nunca de su cumpleaños, sino que, además, le hice un regalo perfecto. Fue tan acertado que incluso descartó el modelito que tenía planeado desde hacía un mes para ponerse mi regalo.

—Tienes un don para los zapatos, cari —confirmó al plantarse aquellos zapatos con sus pantalones verde vino acompañados de una camisa blanca remetida por el cinturón—. Son perfectos —añadió seduciéndose frente al espejo.

Yo por mi parte repetía marca con un vestido de crepé negro y largo con corte al bies de The Row. Lo acompañé con unas finas sandalias doradas a conjunto con la cadena que caía de mi cuello hasta la cintura en diferentes vueltas.

Tenía un reservado en Maddox Club y había puesto a todo el personal patas arriba para que inundaran el local de rosas, violetas y purpurina. No le bastaba solo con la iluminación; él quería más. Además de encargarse de toneladas de champán rosado en botellas de purpurina y obligar al servicio de esa noche a llevar chaleco de lentejuelas plateadas, camisa rosa y pajaritas de plumas violeta. Le faltaban los cisnes. *La vie en rose*, llamó a la fiesta. Canción que, por cierto, sonó en el guardarropa durante toooda la noche. No obstante, la que sonaba en la sala sí que era de este siglo, aunque admito que abusó un poco de Britney Spears para mi gusto. De todos modos, después del tercer daiquiri de fresa eso ya no importaba mucho.

—¿Charlotte? —oí una voz que me llamaba por la espalda—. ¿Charlotte Fausser? —¡Era Max! Seguía estando como un tren—. ¿Qué haces aquí? —Me recibió con dos besos—. ¿Cuándo has vuelto?

—El jueves, pero solo por unos días —respondí —, desgraciadamente. —Giré los ojos irónicamente.

—Te veo bien —No tardó mucho más en flirtear y yo le seguí el rollo, porque él estaba incluso mejor y yo estaba con un par de copas de más. Así que di una vuelta sobre mí misma luciéndome coqueta—. ¿Te invito a algo? —Aún tenía una copa en la mano.

—Estoy servida —Noté cómo se le agotaban las ideas—, pero podemos bailar. —Y esta nueva sugerencia lo animó a no perder las esperanzas de volver a acostarse conmigo.

—Un segundito, cariño —Paul me tiró del brazo fingiendo una cordial sonrisa al nuevo aparecido—. ¿Qué haces? —preguntó sonsacándome una respuesta en un intento de evitar que cometiera lo que para él sería un terrible error.

—Pues lo que se hace en las fiestas. Bailar y ligar.

—No, tú no puedes ligar.

—¿Por qué? —pregunté indignada.

—¡Por Greyson! —respondió Paul con obviedad.

—Greyson ya dejó muy claro lo horrible que soy. No creo que quiera volver con alguien que me recuerde que soy más diabólica que el mismísimo Lucifer.

—Sabes que te arrepentirás si te tiras a ese adonis de ojos verdes.

—Bueno..., un clavo saca a otro clavo, ¿no? —rechisté a punto de finalizar esa discusión. Era una mujer libre y soltera, con la oportunidad de tirarse a un capullo que sí cumplía mis estándares y no pensaba perder la oportunidad por estancarme en el pasado—. Pues si el clavo está bueno, que clave.

Pude ver su cara de decepción antes de agarrar del brazo a Max y arrastrarlo a la pista de baile, pero también sabía que él estaría allí cuando llegara mi arrepentimiento. Y llegó, por supuesto que llegó. Tan pronto como terminamos en la cama de Max y se me pasó el efecto del alcohol. No tardé mucho en darme cuenta de que solo lo había utilizado por rencor y para intentar quitar el clavo equivocado. Era la chica rubia más desgraciada del universo y del universo interestelar paralelo.

Capítulo 29  
¿Significaría lo mismo que la luna para Savannah?

Regresé a Birmingham el domingo por la noche, muy a mi pesar. Guardaba mucho mejor recuerdo del primer encuentro con Max que del segundo y no es que fuera malo; es que yo estaba mal. Fue una equivocación. ¿Tenían razón? ¿Había sido mi culpa? Empezaba a pensar que sí lo había hecho por mí. Por un trabajo de éxito. Por contar con un proyecto triunfante, perfecto y superestrella como todos esperaban de mí. Quizás tenían razón y todos mis esfuerzos no habían sido por Greyson, sino por mi vida perfecta de antes. ¿Era eso posible? Y, después de todo esto..., ¿podría volver a mi vida de antes? ¿Sin más? Al fin y al cabo, todos parecían dejar bien claro que todo era mi culpa.

No tenía fuerzas para mucho más esa noche, así que me *empijamé*, me recogí el pelo en un moño tan desastroso como el interior de mi cabeza en ese momento y me dejé caer en la cama sin pensar.

—¡Au! —Me golpeé con algo. Aparté un poco las mantas. Era el libro de *Querido John* que Greyson me dio para que leyera. Cosa que, obviamente, no hice. Lo dejé ahí tirado junto con el traje que jamás podría regalarle y pensé que leerlo quizás era una forma de empezar mi rehabilitación. Aunque fuese solo por mí y él nunca fuera a saberlo.

Esa noche no dormí. Leí. Leí sin parar, por no hablar de llorar... Y esta vez no era por Channing Tatum. Pero ya había sonado la alarma y tenía que ir a trabajar, así que el final de mi historia tendría que esperar. Sin embargo, las noticias que me esperaban en el curro no eran tampoco de lo mejorcito. Tan solo con cruzar la puerta me dijeron «Hernest quiere verte» y eso no sonaba muy bien. Toqué a la puerta antes de entrar.

—Buenos días. ¿Querías verme?

—Tenemos un problema.

—¿Conmigo? Dijiste que me tomara los días...

—No, no, no —me interrumpió Hernest restándole importancia—. Nada que ver. No obstante, sí que es un problema para ti. —Y entonces solo pensé «pues a llorar», porque no sabía si sería capaz de soportar otro problema. Sin embargo, responder eso no me parecía muy profesional, así que opté por sustituirlo.

—¿De qué se trata? —pregunté con un tono que denotaba un falso «todo tiene solución».

—BookNest vende.

—Hasta donde puedo leer eso suena a buenas noticias para vosotros. —Crucé las piernas con pose interesante ocultando por completo mis verdaderos pensamientos. ¿Greyson iba a vender? ¿Después de todo? Sentía que se me partía el corazón. ¿Por qué? Eso era bueno para mí, ¿no? ¡Volvería a Londres! ¿Es que en estos días había entrado en razón? ¿Tenía yo razón? ¿Lo hacía por mí?

—Lo serían si nos la vendiera a nosotros —continuó Hernest. Y entonces mis pensamientos cambiaron de bando. ¿Lo hacía por fastidiarme? ¿Ahora de golpe quería vender la librería? Y, si lo hacía, ¿lo haría a otro para joderme la vida?—. Así que todo eso del lugar con historia... lo perdemos. Necesitamos una nueva —Seguía sin entenderlo. ¿Por qué lo hacía? Tenía que hablar con él—. Y otro sitio —Hernest pareció ver el vacío, la incomprensión e incluso la rabia en mis ojos, pero clarísimamente no la entendió. Él creyó que era por un tema completamente distinto—. Créeme, Charlie, nadie lo siente más que yo. El tiempo y el dinero invertido en todo esto para nada. Aún así, espero contar contigo para el nuevo plan. —Sus últimas palabras me despertaron.

—Aquí..., ¿en Birmingham?

—Solo hasta que todo esto termine —Hernest se sentó—. No creo que tengamos otra opción.

—Supongo. Solo... necesito hablar con un par de personas en Londres antes. —Mi boca escupía aquellas palabras, pero mis ojos iban de lado a lado intentando apagar todos mis pensamientos que me gritaban «¡no puedes quedarte allí!» y ahogando todas las lágrimas que intentaban desbordarse al ver mi sueño alejarse a una velocidad inalcanzable.

—Si es por Robert, está más que de acuerdo —aclaró Hernest—. Ya hemos hablado nosotros de lo que supone que yo te retenga en mi oficina. No te preocupes. —Intentó ser chistoso, pero en mi cabeza solo sonaba una y otra vez que no. No podía quedarme en Birmingham, no podía perder mi vida así, no podía, simplemente no. Había estado tan cerca de Londres que no podía volver a la casilla de inicio otra vez. Era un duro golpe.

—Tengo que irme —respondí sin pensar—. Quiero decir... —Cerré los ojos y empecé a respirar hondo. Y una vez más. Otra más por si acaso—. Necesito asimilar el tiempo y el trabajo que... ¡Organizarme!

—¡Por supuesto! —asintió Hernest—. Créeme que soy el primero que entiende la frustración de haber perdido casi seis meses de trabajo y volver a empezar... Pero he visto tu talento. Si pudiste sacar magia de un antro viejo y polvoriento como ese, podrás hacerlo de nuevo, sea donde sea que caigamos. —Sabía embelesar con las palabras, desde luego, pero esos halagos no quitaban de mi cabeza todas las dudas, líos y preguntas. Tenía que hablar con Greyson.

Por supuesto, no respondió a mis llamadas ni a mis mensajes. Tampoco esperaba que lo hiciera. Pero sabía cómo encontrarlo. Y, si no estaba en su librería, sabía dónde vivía. Así que allí fui y vi su coche en la entrada. Le gustara o no, me escucharía. Aunque fuese a través de la puerta.

Llamé varias veces a su puerta, pero no me quiso abrir, ni siquiera se dignó a gritarme que me fuera por mucho que le suplicara «¡Greyson, tengo que hablar contigo!» o el «tenemos que hablar» que normalmente indica ruptura, aunque en nuestro caso llegara tarde.

—Greyson, ¡por favor! Solo escúchame, ¿vale? —Esperé unos instantes algún mínimo ruido que indicara que haría el favor de escucharme—. Me equivoqué, ¿vale? ¿Es que tú no te has equivocado nunca? —No sé por qué pregunté eso. Era evidente que sí. Lo había dejado muy claro con su «me he equivocado contigo» y no quería volver a escucharlo. Esperaba de corazón que se hubiera equivocado al decir que se equivocaba conmigo. Valga la redundancia—. Mira... —Miré hacia abajo y respiré hondo—. No puedes vender. No..., no puedes perderlo todo por mi culpa —confesé finalmente. Esperé unos instantes. Necesitaba al menos una señal de que me estaba escuchando—. He sido una egoísta y no solo te he estado mintiendo a ti todo este tiempo..., también a mí misma. ¡Pero no me di cuenta! No lo sabía. Y... aunque sé que... —No podía continuar con eso. Corté y cambié la dirección de mis palabras—. Tú no te mereces esto —Apoyé la cabeza en su puerta—. Por favor, Greyson, ábreme.

—¡GUAU! —sonó tras mi espalda. Era Dogo que, a diferencia de Greyson, sí parecía alegrarse por verme.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Greyson seco.

Me giré mirando a la puerta y a él intermitentemente.

—De puta madre. Me he estado confesando a una puerta —me lamenté y me volví hacia Greyson—. Tengo que hablar contigo. —Aunque dudaba de que me saliera tan bien como con la puerta.

—Estoy ocupado. —Intentó pasarme de largo y entrar en su casa, pero me puse en medio.

—¡No puedes vender! —Me interpuse. Le asomó una mueca de incredulidad, pero incredulidad de la mala, de esa que dice «no me lo puedo creer. ¿En serio me vienes con esas?».

—¿Por qué? ¡Oh! Por tu trabajo, claro... —Jamás había oído ese tono tan irónico e hiriente de su boca—. Míralo por el lado bueno, Charlotte. Se acabó; puedes volver a tu Londres —Me apartó y entró en su casa. Antes de cerrarme la puerta en las narices añadió—: De nada.

¡Genial! Había desperdiciado mis palabras con una puerta. Intenté volver a llamar, pero... se había terminado. Así que hice lo mismo que John: irme. No sin antes devolverle el libro. Lo dejé en el umbral de su puerta. Quizás cuando lo mirara significara lo mismo que la luna para Savannah.

Me fui. Esta vez el «pues a llorar» de esa mañana podía llevarse a cabo en vez de seguir fingiendo. Y lloré. Lloré como si fuese la chica rubia más desgraciada de todos los sistemas universales reales e irreales del universo.

## Capítulo 30

### Una jugada maestra

Había llegado el último día de mi carrera. Greyson iba a firmar, no con mi compañía, pero su vida tal y como la conocía también terminaría.

No sabía cuál sería mi próximo paso, pero era injusto que al final ninguno de los dos consiguiera lo que quería. Mi parte más egoísta pensaba que, si al final iba a vender, qué más le daría venderlo al hotel y hundirse solo con el barco en vez de arrastrar a los demás, pero otra parte de mí lo entendía... Si iba a dejar su vida, mejor que fuera en lo que él consideraba «buenas manos» a pesar de mis esfuerzos.

Mi teléfono sonó; era Robert. Supongo que me llamaba para recordarme mi fracaso (e invitarme a irme para no volver). Respondí la llamada.

—¡Lo logramos! —gritó Robert emocionado desde el otro lado de la línea. Ni siquiera me había dado tiempo a decir «hola». Sus palabras de felicidad extrema simplemente me asaltaron, pero no entendía nada.

—¿Qué quieres decir? Greyson firma, pero no con nosotros.

—No, eso es lo que ÉL piensa.

—¿Qué quieres decir? —Estaba en *shock*. Repetía mis propias palabras incapaz de encontrar nuevas. Era increíble la cantidad de veces que tenía incontinencia verbal y ahora no era capaz de encontrar una puta frase diferente.

—El comprador está comprado.

—¿Qué quieres decir? —Parecía un disco rayado.

—Creo que lo sabes... —Robert parecía cansado de escuchar la misma frase sin sentido repitiéndose tanto en mi cabeza como fuera de ella—. Tenemos el contrato con el comprador. Cuando la tienducha sea suya, será nuestra. Adiós a lo viejo. ¡Hola, nuevo mundo! Tan pronto como tengamos la firma empezaremos la remodelación y verás todo tu trabajo cobrando vida.

—Perdona, estoy en *shock*. Entonces... ¿mantengo el trabajo?

—Más que eso, Charlie: te quiero en Londres en seguida, en primera línea. —No creía lo que estaba pasando. ¡Lo había conseguido! Todo el drama y el sufrimiento sirvieron para algo. ¿Se había acabado la mala racha? ¡Volvería a Londres por la puerta grande!

—Llegaré lo antes posible. —Colgué. Mi cara estaba dibujando una incontrolable sonrisa. No podía creerlo. Mis manos se movían arriba y abajo sin saber exactamente qué hacer, sin posibilidad de controlar mi felicidad, y los saltitos entre pie y pie lo demostraban.

Tenía que contárselo todo a... ¡Greyson! Mi cara cambió por completo. Mis saltitos y manos se pararon en seco, al igual que mi cara pasó de grata emoción a un blanco traslúcido que reflejaba claramente lo que mi mente repetía en ese momento: «Mierda». ¿Era justo?

Se me había bajado la emoción a los pies de golpe. Tenía demasiadas preguntas rondando mi cabeza en ese momento, como ¿por qué era Greyson la primera persona que me venía a la cabeza para darle la buena noticia? Al fin y al cabo, nuestra relación no iba encaminada hacia la misma dirección. Él no me entendía y no compartía esa ambición por avanzar en la vida. Él estaba cómodo viendo simplemente la vida pasar. Si se lo dijera, sé que respondería algo como «felicidades, ya tienes lo que querías», sin ser siquiera una felicitación sincera. Notaba incluso el retintín de su tono de voz

en mi pensamiento. Y ahora que había analizado todo esto me seguía preguntando por qué él.

Durante toda esta montaña rusa emocional había otra pregunta que no paraba de aparecer en mi cabeza como el *spam* de Fabletics en mi bandeja de correo. ¿Soy una sucia rata traidora? No era que yo le estuviera engañando. Yo no tenía nada que ver con eso. Pero el hecho de conocer ahora la trampa me convertía indirectamente en cómplice y no podía evitar pensar que eso estaba mal. Si lo llamaba, jodía mi futuro, pero... ¿merecía la pena? ¿Es que acaso Greyson se lo merecía? ¿Podría cargar con mi conciencia después del juego sucio?

Sí, ya sé que en este mundo, si quieres ganar, tienes que ser un cabrón y jugar con la doble moral y la falta de ética, pero... sé que, si no abría la boca, mi conciencia no estaría tranquila. Y, aún más, el universo me la devolvería triplicada, como si en todo lo que llevaba de año no hubiera tenido ya suficiente. No es que yo mereciera más que él mantener mi vida.

En todas las batallas había cientos de miles de soldados caídos. ¿Por qué Greyson era diferente? ¿Por qué no podía soportar su caída? O, peor aún, ¿por qué iba a cargar con su caída sobre mi espalda? ¡Yo no tenía nada que ver! Todo ese plan no formaba parte de mi jugada.

Y ahí estaba la respuesta que tanto tiempo llevaba buscando. Yo no había ganado la guerra. Ni siquiera formaba parte de aquella partida de ajedrez. La jugada final era cosa suya. Hacía mucho que había perdido. Él podría ser todo lo conformista que quisiera, evitar todas las discusiones y esconderse en sus libros, pero jamás me la habría jugado. A nadie. Quizás él y su absurda teoría del amor eran ciertas. Quizás me había contagiado alguna de sus ideas románticas. O quizás, simplemente, me había enamorado de la persona que pensé que jamás podría formar parte de la «perfecta» y estúpida vida que quería y que tanto imaginaba, sin pensar en lo que realmente merecía la pena tener.

Después de todo lo que le había dicho, estaba en todo su derecho de odiarme, pero no podía dejar que perdiera a su verdadero amor, su librería. Greyson no lo merecía. Yo no lo merecía. Y, si él caía, yo caía con él, aunque nunca lo supiera.

Lo llamé, pero no respondió. Por mucho que corriera, no llegaría a tiempo y, aunque me puse en marcha entre llamada y llamada, lo único que podía seguir haciendo mientras lo intentaba era escribirle. Los mensajes quizás sí los leería.

De Charlotte: ¡No lo hagas! ¡Es una trampa!

De Charlotte: ¡Por favor, contéstame!

De Charlotte: ¡Está comprado por el hotel!

De Charlotte: Estoy de camino. ¡Por favor, no firmes!

Pero todos los intentos eran inútiles. No respondía absolutamente nada. Yo no paraba de correr, llamar y escribir, esquivando gente, coches y farolas. Había elegido un día horrible para llevar tacones, pero en ningún momento de mi vida habría imaginado que correría siete manzanas para salvar a un hombre que ni siquiera sabía que quería. O al menos intentarlo. Y, por si fuera poco, intentarlo aún sabiendo que él no quería volver a verme. Solo esperaba que, al menos, hubiera leído uno de los mensajes, que respondiera alguna de las llamadas, que el comprador se hubiera retrasado o que escuchara todo lo que tenía que decirle cuando llegara. Estaba poniendo todas mis esperanzas en no dejar que la cagara y todos mis pulmones en no parar de correr.

Siete manzanas, diecisiete llamadas perdidas y cuarenta y cinco mensajes después, llegué a mi destino. Sabía que necesitaría un par de pulmones y tacones nuevos después de eso. Solo esperaba que mereciera la pena la pérdida, aunque todo apuntaba a que no.

Greyson estaba vaciando todas las estanterías y llenando cajas con lo que antes llenaba las paredes de la librería. Dogo ni siquiera se movió de su sitio; eso no era buena señal. Greyson aún no me había

visto entrar. Estaba de espalda a la puerta, llenando aquellas cajas. Rompí el silencio:

—¿Recibiste mis mensajes? —Apenas podía respirar, así que había más intento de respiración que palabras en aquella pregunta.

Greyson paró lo que estaba haciendo como un autómata. Ya no más «cojo un libro y lo meto en la caja». Se detuvo, pero no se dio la vuelta. Tampoco respondió. Así que volví a intervenir con algo más de aliento en mis pulmones y tratando de mantener la calma.

—Te he llamado. —Lo intenté de nuevo con más énfasis.

La había jodido. Tanto tiempo centrada únicamente en mí, mi bienestar y mi puta vida me había hecho no ver lo que tenía delante de las narices. No estaba segura de poder mirarlo a la cara si se daba la vuelta. Debí colgar a Robert en el momento en que lo supe y avisar a Greyson directamente. Debí haber corrido más, saltar vallas y atravesar la carretera sin mirar. Debí haber hecho tantas cosas que no hice que ya nada importaba. Era la chica rubia más desgraciada de todo el cúmulo de universos posibles de todos los universos universales, interuniversales y extrauniversales. Pero lo peor no era eso. Lo peor fue que arrastré a Greyson conmigo a la desgracia y eso jamás me lo perdonaría.

Capítulo 31  
Feliz fin de racha

Greyson alargó la mano, cogió el papel que había sobre su mesa y dio media vuelta mostrándome el papel firmado.

—Lo siento —Di unos pasos hacia él—. He intentado avisarte tan pronto como lo he sabido. Bueno, he tenido un pequeño debate interno porque...

—Lo vi —interrumpió Greyson.

—¿A tiempo? —añadí dubitativa. Greyson asintió—. No entiendo nada. —Empecé a negar con la cabeza repetidamente, como si tuviera un tic.

Si lo recibió a tiempo..., ¿por qué firmó? ¿Se había vuelto loco? No sé por qué me lo preguntaba a mí misma. ¡Lo tenía delante para preguntárselo! Pero antes de que pudiera preguntar y empezar de nuevo con mi vómito de palabras, Greyson pudo leer la pregunta en mi cara.

—Lo recibí a tiempo —Dejó el papel sobre algunos de los libros en la mesa y avanzó hacia mí—. Recibí justo lo que necesitaba.

Me besó. Un beso suave e intenso. Él de puntillas, yo sin palabras. Ese beso me las robó todas, como siempre pasaba. A un espectador le hubiera parecido un beso tierno y cómico al mismo tiempo. Normalmente, Hollywood terminaría con la cámara dando vueltas a nuestro alrededor. Chico y chica en un beso intenso en medio de una habitación rodeada de libros polvorientos, cajas y estanterías llenas y vacías. En nuestro beso, yo me quitaba los tacones para ponerme a su altura mientras mantenía los ojos abiertos tratando de entender lo que todo eso significaba, mientras que él era la actriz estadounidense que sabía exactamente todo lo que estaba pasando y lo sentía con todo su corazón. No me malinterpretéis: yo también lo sentía con toda la pasión del momento, pero no entendía por qué estaba pasando. En realidad, aquel beso se frenó con una risa cuando me descalcé para acercarme a su cara. Greyson mantuvo su mano en mi mejilla, pero no podía evitar reírse.

—Sabía que no me equivocaba contigo —confesó—. Ibas a dejarlo todo por mí...

Sonreí. Me estaba tragando mis palabras. El romanticismo que él me vendió durante todo ese tiempo no era humo. Y, sin yo saberlo, hice que alguna de esos cientos de páginas cobrara vida para él.

—Y, cuando yo iba dejarlo todo por ti, tú decidiste hacerlo por mí —le dije sin apartar la mirada, conteniendo como siempre todas esas lágrimas que solo querían inundar la habitación.

Greyson asintió. Él también entendió que no podía ser un guardián toda su vida y que merecía vivir su propia historia. No cometería el mismo error dos veces.

—Espero que haya buenas librerías en Londres.

Me besó de nuevo. Esta vez más fuerte, más detenidamente, con más amor. Era un beso de película. Este sí que era el beso de Hollywood que toda chica espera tener alguna vez en la vida. La merecida recompensa después de tanto drama.

—Tenías razón —añadió—: las historias nuevas también pueden ser buenas.

Descalza, con lágrimas y con los ojos cerrados, continuamos ese maravilloso beso y, aunque esto no fuera el final, tampoco era el comienzo. Solo era un capítulo más.

Resultó no ser tan mal año después de todo, aunque quizás una tregua de un par de años no me vendría mal. Estaba segura de que el universo seguiría maquinando cómo divertirse a mi costa, pero, por lo que a ese momento respectaba, disfrutaría de la buena racha mientras durara. Después de todo,

resultó que era la chica rubia más afortunada de todo el cúmulo de universos posibles de todos los universos universales, interuniversales y extrauniversales.